

A romantic scene featuring a man and a woman in profile, facing each other in a dark, atmospheric setting. The woman has long, wavy blonde hair. The man is wearing a dark suit. In the background, a bookshelf is visible, with several books stacked on top. The overall mood is mysterious and intimate.

UN SINFIN  
DE SECRETOS  
INCONFESABLES

KAREN WELLS

*UN SINFÍN  
DE SECRETOS  
INCONFESABLES*

**KAREN WELLS**

©UN SINFÍN DE SECRETOS INCONFESABLES

©Karen Wells

Noviembre 2019

Edición: Isabel Mata Vicente

[isalbamatadiccionario@gmail.com](mailto:isalbamatadiccionario@gmail.com)

Portada: Alexia Jorques

[info.alexiajorques@gmail.com](mailto:info.alexiajorques@gmail.com)

**ISBN: 9781698236063**

**Independently published**

Registro Propiedad Intelectual: 29 de julio de 2019

Generalitat Valenciana.

**Todos los derechos reservados.**

*Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o en fotocopias, sin permiso previo de la autora. La infracción de los derechos mencionados, puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270) y siguientes del Código Penal.*

# *Índice*

*BIOGRAFÍA*

*AGRADECIMIENTOS*

*DEDICATORIA*

*SINOPSIS*

*20 de marzo de 2010*

## **Primera Parte**

*1. Un nuevo trabajo*

8 de enero de 2018

*2. Débora*

*3. El albergue juvenil*

*4. La gala benéfica*

*5. Sara*

10 de enero de 1995

*6. La comida*

*7. El reencuentro*

13 de febrero de 1995

*8. La entrevista*

*9. Noche de juerga*

*10. El beso*

23 de febrero de 1995

*11. Nostalgia*

*12. No hay vuelta atrás*

5 de marzo de 1995

*13. Esta vez invita Cristian*

*14. La noticia de Beth*

*15. Juntos, pero no revueltos*

*16. El apartamento de Esteban*

*17. Simples vecinos*

*18. La Feria de «Segundas oportunidades»*

*19. Encuentro decisivo*

16 de junio de 1995

## **Segunda Parte**

*20. El viaje*

*21. Esther*

*22. La familia de Esteban*

- 23. El accidente*
- 24. La casa del pueblo*
- 25. La caja de los recuerdos*
- 26. Confesiones*
- 27. Una relación basada en la confianza*
- 28. La ilusión de emprender un nuevo proyecto*
- 29. A lo Kim Basinger*
- 30. Confesiones en el pub*
- 31. Planificando las reformas*
- 32. Las clases de baile*
- 33. Sí, lo hice*
- 34. La verdadera historia*
- 35. Celeste y Beth trabajan juntas*
- 36. La reforma*
- 37. Marcando terreno*
- 38. Otra realidad*
- 39. Cambio de cargos*
- 40. Volver a actuar*

### **Tercera parte**

- 41. Visita a Sara*
- 42. La inauguración*
- 43. Le gustas*
- 44. La verdad de Débora*
- 45. La pelea*
- 46. Sin noticias de Beth*
- 47. El psiquiátrico*
- 48. El escondite*
- 49. De vuelta a casa*
- 50. La verdad de Joseph*
- 51. El desengaño*
- 52. Amigos*
- 53. Volver al trabajo*
- 54. Vuelta a la normalidad*
- 55. No más mentiras*
- 56. Otra vez todos juntos*
- 57. El altercado*

*58. Lo encontrado en el escondite secreto*

*59. Día de playa*

*60. Un buen susto*

*61. En familia*

*62. Visita en casa*

*63. Joseph vuelve a casa*

*64. La hipoteca*

*65. «Déjà vu»*

*66. Cada vez más cerca*

*67. Extrañas sensaciones*

*68. En comisaría*

*69. La declaración del cómplice*

*70. La otra versión*

*71. El poder del dinero*

*72. Nada concluyente*

*73. Atando cabos*

*74. De vuelta en casa*

*75. Unos despiertan simpatía, otros, morbo*

*76. Venganza*

*77. La pelea final*

*78. De nuevo en el pueblo*

## **Epílogo**

## AGRADECIMIENTOS

Ante todo, he de decir que no tendríais este libro en vuestras manos si no fuera por Emi Negre. Cuando le ofrecí el argumento por si quería desarrollarlo en uno de sus libros (de momento tiene tres: *Bulling*, *secuelas del pasado*, *48 horas para un destino* y *La herencia del pecado* **ganadora del Premio SUSEYA a la mejor novela negra de 2019**) jamás pensé que terminaría escribiéndolo yo misma. Él ha estado a mi lado en todo momento, incluso antes de empezar con la primera palabra, siempre atento cuando necesitaba un poco de ánimo y ayudándome a descubrir por mí misma cómo desarrollar la estructura y los diálogos, siempre ahí cuando de repente, me enfadaba conmigo misma porque no lograba transmitir lo que tenía en mente. Es un gran escritor y una persona maravillosa, muchísimas gracias, Emi.

También a mi vecina «Luna» por esas largas charlas en las que elegimos vestuario y música para los personajes mientras nos tomábamos un café.

A Maite por su paciencia al responder a todas mis preguntas sobre temas legales.

A todos y cada uno de mis Lectores Cero por sus aportaciones.

A mi familia por estar siempre ahí, en los buenos y malos momentos, por apoyarme y escucharme siempre.

A mi editora Isabel Mata Vicente y a Alexia Jorques por esta portada tan maravillosa.

Y en especial a ti, amigo lector, espero de todo corazón que disfrutes con la lectura de este libro tanto como yo al escribirlo. Gracias por dedicarme parte de tu tiempo.

## **DEDICATORIA**

Para mis padres,  
hermanas, sobrinos/as  
y en especial,  
para mi hijo.

También para Belén, Joana y Emi  
por estar ahí siempre  
que los he necesitado.



## SINOPSIS

### **Esteban:**

Desde su más tierna infancia, siempre ha sido un chico serio y formal. A sus veintinueve años ocupa un puesto de relevancia en un periódico muy importante. Con la llegada de una nueva compañera, con quien tendrá que compartir despacho, su mundo se verá sacudido por una descarga de energía positiva y espontaneidad, como un huracán arrasando todo a su paso.

### **Beth:**

Es una joven sociable y apasionada, vive cada momento de su vida con intensidad. Su infancia estuvo llena de cariño, estabilidad y unos valores que sus padres, no sin esfuerzo, le transmitieron. Al conseguir su primer trabajo en un periódico de gran repercusión social, ve cómo su sueño se hace realidad.

**Un oscuro pasado se esconde para ambos y jamás pensaron que saldría a la luz.**

El hallazgo de unas cartas será el comienzo de una investigación que no puede dar marcha atrás mientras se adentran en un mundo de falsedad e hipocresía. Beth verá tambalear su cordura cuando se enfrente a la verdad de su propio pasado.

Esteban se verá en la tesitura de tener que afrontar errores que, aunque no superados, para él ya formaban parte de un lejano pasado.

**Un thriller cargado de escenas sugerentes y mucha tensión.**

Juntos explorarán los anhelos y necesidades de cada uno y sobre todo, descubrirán que hay sentimientos capaces de superar cualquier obstáculo.

## 20 de marzo de 2010

Estaba inquieta, con los nervios a flor de piel, debían de ser imaginaciones suyas, nadie la estaba siguiendo, desde hacía un par de días, como ella sospechaba.

El todoterreno negro se acercaba a toda velocidad, iba a adelantarla, pero no era el mejor momento para hacerlo, a ambos lados de la carretera había un profundo barranco y las curvas se sucedían para acoplarse al hermoso paisaje, lleno de abundante vegetación. No lo hizo. Aceleró y frenó bruscamente, justo detrás de ella. Acto seguido, empezaron a dar repetitivos golpes contra la parte posterior de su coche y se puso muy nerviosa. ¿Qué querían?

Repasó lo sucedido en los últimos días y un rayo de claridad se cernió sobre su persona, su cuerpo se vio sacudido por un escalofrío que se materializó en la base de la columna y se expandió hasta erizar el vello de su nuca, consciente de una realidad: ¡aquello no iba a terminar bien!

Su mente deseaba gritar a los cuatro vientos que no suponía ningún problema para ellos. Si no había dicho nada en los últimos diez años, ¿por qué iba a hablar ahora?

Tras una fuerte sacudida, se vio lanzada hacia delante y el cinturón se le clavó en la piel, produciéndole un intenso dolor en el hombro y en el pecho, impidiéndole respirar durante unos segundos. El coche se zarandeó antes de caer al vacío y sus ojos se abrieron asustados, ya no pudo controlar el vehículo, la vegetación le salía al encuentro a toda velocidad y ella no podía hacer nada por evitar lo inminente.

Un fugaz pensamiento se abrió paso desde su subconsciente: olía a tierra mojada, las huellas de sus neumáticos quedarían marcadas y alguien la encontraría antes de que las alimañas se diesen un festín con su cuerpo.

Gritó mientras intentaba esquivar todo lo que se interponía en su camino. Fue inútil. El árbol que detuvo su avance también provocó que se estrellase contra el parabrisas, miles de fragmentos se adhirieron a su cuerpo. Se sintió magullada, sin fuerzas para seguir respirando, mientras todo a su alrededor se oscurecía.

Apenas consiguió abrir los ojos cuando sintió una presencia a su lado. «¡Por favor, ayúdame!», suplicó, esperando hallar un atisbo de humanidad. No fue así. Vio cómo el individuo retrocedía mientras un pequeño destello afilado la deslumbraba.

Segundos después, alguien empezó a zarandearla. Estaba tan cansada. Una luz blanca la reclamaba. ¡Sintió tanta paz! Oyó gritar su nombre entre súplicas e intentó retroceder, pero la luz la envolvía, no la dejaba escapar.

¡Se dejó llevar! «¿Por qué?», fue su último pensamiento.

## **Primera Parte**

# 1. Un nuevo trabajo

8 de enero de 2018

Era el primer día de trabajo para Beth. La noche anterior había dejado preparada la ropa que deseaba ponerse, pero debido a la tormenta decidió que debía prevalecer la comodidad sobre la apariencia y terminó vestida con unos vaqueros y unos botines semiimpermeables.

No sabía si le asignarían una plaza de aparcamiento, ni cuál sería su sueldo, ni el horario. En realidad, no sabía nada. Era un puesto de prácticas y se lo habían dado gracias a uno de sus profesores. Solo era consciente de la enorme oportunidad que suponía ese trabajo para enriquecer su currículum, pues se trataba de un periódico de tirada nacional muy conocido.

El espejo del ascensor le devolvió la imagen de su melena ondulada con reflejos dorados y el brillo de su mirada acentuado por el rímel. Al salir del edificio abrió un bonito paraguas marrón pintado a mano, se lo había regalado su padre tras comprárselo en una parada del mercadillo. Unos niños con apreciables deficiencias mentales se lo habían ofrecido y su progenitor tuvo que llevársela a rastras después de estar más de media hora hablando con ellos y de que acabara comprando media tienda.

Cuando llegó a aquel edificio de dos plantas, sacudió el paraguas varias veces, lo cerró y se dirigió a la recepcionista:

—Buenos días. Mi nombre es Beth y soy la chica nueva de prácticas. Me dijeron que me presentara a las nueve y que preguntase por Esteban.

La mujer, de unos cincuenta años, le sonrió con afecto.

—Buenos días y bienvenida. Esteban es el asistente personal del director. Su despacho está en la primera planta, sube por las escaleras y gira a la derecha, al final del pasillo lo encontrarás. Mi nombre es Rosa, si necesitas algo, no dudes en pedírmelo.

—Muchas gracias —Beth se alejó con una sonrisa.

Le sorprendió, tras abrir la puerta, ver a un chico no mucho mayor que ella, su pelo era negro y lo tenía revuelto, llevaba gafas de pasta y mostraba una mirada inteligente. Era bastante alto y no estaba nada mal, intentó imaginárselo sin gafas y con una ropa informal, no pudo evitarlo, sus labios se curvaron imaginando mucho más de lo que sus ojos le mostraban en esos momentos.

—Hola. ¿Te ha comido la lengua el gato? —Esteban sonrió al recordar que la acababa de ver, a través de la ventana del despacho del director, saltando sobre los charcos. Le hizo gracia aquella actitud tan jovial.

—No, perdona. ¿Eres Esteban? —preguntó tras reponerse de la primera impresión—. Esperaba encontrarme con alguien mucho mayor.

—Vaya, gracias. Yo empecé como tú, con un contrato de prácticas, hace seis años, pero en otra sección. Ahora me ocupo de facilitarle el trabajo al jefe. Controlo su agenda y, bueno, un montón de cosas más, es un buen tipo.

—¿Y yo qué debo hacer?

—Lo que te mandemos.

En esos momentos, se abrió la puerta y entró un hombre, este sí representaba la imagen que Beth esperaba de un director: cincuenta y pico años, trajeado, sienes plateadas..., ya lo conocía, salía cada día tanto en la prensa rosa como en los periódicos con algún tipo de calado social. Él y su mujer estaban muy involucrados en algunas ONG y en galas benéficas.

—Buenos días, Joseph. Te presento a Beth —dijo Esteban.

—Buenos días, Esteban. —Sonrió afable—. Beth, es un placer conocerte. —Se acercó para darle dos besos.

—Esta es tu mesa. Ve instalándote mientras yo hablo un momento con Joseph en su despacho.

Le habían asignado una pequeña mesa con un ordenador, detrás de la misma estaban ubicados varios archivadores y estantes. Un poco más lejos, había otra mesa mucho más grande llena de papeles y sin ningún tipo de decoración personal.

Cuando salió Esteban del despacho, le indicó que se acercase mientras le señalaba con la mano una silla situada delante de él. Le dijo que su trabajo consistiría en ir a por el material de oficina que se le pidiese, hacer fotocopias, atender a las visitas y lo que hiciera falta. Ya le iría informando de todo sobre la marcha. Beth asintió con una sonrisa, consciente de que si quería progresar en esa empresa, debía demostrar su valía.

Llevaba un mes trabajando allí cuando Esteban le preguntó si le apetecía un café. Ella lo preparó para los dos y se lo tomaron en los sillones situados frente a su escritorio, donde solían esperar a las visitas. Era la primera vez que su jefe tenía ese tipo de detalle con ella, aunque muy cordial, era un chico serio y reservado.

—Beth, se está organizando una gala benéfica y necesito que vayas a la Imprenta Soler a pedir doscientas invitaciones. Elige las que más te gusten. A última hora ya concretaremos menú, el importe a pagar por el cubierto y el número de invitados. También hay que llamar a revistas y periódicos para que se hagan partícipes del evento, la publicidad siempre viene bien. ¿Te ves capaz?

—Sí, pero yo creía que era Débora la que se encargaba de estos asuntos.

—Se le han complicado las cosas, el tiempo se nos echa encima y ya nos hemos comprometido.

—Tranquilo, yo me ocupo. Ahora me pasaré por la imprenta y elegiré las invitaciones. Ya me explicarás después lo que tengo que comunicar a los otros medios.

—Muchas gracias. Esto no forma parte de tu trabajo, pero ya te recompensaremos de alguna manera.

—No te preocupes, me encanta estar aquí.

—Te pagamos una miseria por hacer de chica de los recados —constató sonriendo—. Esto no forma parte de tus tareas.

Beth observó cómo su superior se tensaba. Momentos después, la puerta se abrió y apareció una chica rubia y elegante, de mirada retadora y no demasiado agraciada.

—Esteban, ¿está mi padre?

—Ya sabes que no. Solo vendrá para la reunión de esta tarde.

—¿Es a las siete?

—Sí, como todos los martes a principios de mes. ¿No te ha salido la alerta en el ordenador

junto con la orden del día?

—Sí. Bueno, me voy —concluyó sin haber llegado a soltar el picaporte.

—Celeste, espera. Esta es Beth, mi nueva ayudante. Ella es Celeste, la hija de Joseph.

—Encantada de conocerte —la saludó Beth.

—Hola, no te había visto, lo mismo digo. —Su mirada altanera y el rictus de su boca no correspondían con sus palabras.

## 2. Débora

Unos días después, una mujer arrebatadora entró en el despacho. Era tal y como salía en las revistas: De pelo corto y rubio, ojos claros, piel perfecta y sonrisa deslumbrante.

—Hola, cielo. Tú debes de ser Beth. —Se acercó como si fuese a darle dos besos, pero no llegó a rozar su piel—. Soy Débora, la esposa de Joseph. Espero que estos dos te estén tratando bien. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en decírmelo.

—Gracias, señora —dijo Beth con una sonrisa.

—No me trates de señora, eso me hace sentir vieja. Llámame Débora, o Deby, como me llaman mis amigos. —Un guiño acompañó sus palabras—. Chicos, os dejo, voy a hablar con mi marido.

Beth la siguió con la mirada mientras una sonrisa de felicidad se apoderaba de su rostro, incapaz de creer que después de admirarlos durante tantos años, ahora los tuviese tan cerca. Ese trabajo era como un sueño hecho realidad, estaba empezando desde abajo, pero ella era perseverante y sabía que allí podría llegar muy lejos. Su propio jefe había comenzado en las mismas circunstancias que ella. El ambiente era muy bueno y solo Celeste parecía estar por encima de todo.

En cuanto cerró la puerta del despacho, una Débora enfurecida se enfrentó a Joseph:

—¡Dos mil euros me pide el sinvergüenza de mi cirujano plástico por volver un día antes de sus vacaciones!

—Débora, por favor, ¡Aquí no! —exclamó Joseph suspirando con resignación—. Ya lo hemos hablado en casa. Estás perfecta.

—No. Mira estos lunares en el escote y estas arrugas en el cuello. ¡No puedo salir así en las fotos! —exclamó subiendo el tono de voz.

—¿Vas a hacer que vuelva el médico antes por una tontería así? Llama a tu estilista, ella sabrá como disimularlo. Además, tienes cincuenta y dos años. ¿No crees que ha llegado el momento de aprender a envejecer con dignidad?

—No mientras pueda evitarlo. Además, ya me he hecho una prueba y se nota.

—Manda que retoquen las fotografías antes de publicarlas.

—Nada de eso, ya está arreglado. ¡Le voy a pagar los dos mil euros a ese malnacido! —declaró colérica.

—¿Quién se los va a pagar? Porque te recuerdo que tú no trabajas. Tu única obligación es ocuparte de las galas benéficas, y solo cuando eres tú la que te comprometes, como la que tenemos ahora entre manos —matizó él.

—¡Pero si va a ser dentro de dos semanas! No me da tiempo, y además, estaré tres o cuatro días sin poder salir de casa.

—No te preocupes, está todo solucionado, gracias a Esteban y Beth.

—Pues de maravilla. Solo falta que Celeste me entregue el guion de lo que tengo que decir. Adiós, Joseph. —Se dio media vuelta, respiró hondo, puso su sonrisa más perfecta y abrió la

puerta.

Beth continuaba con la boca abierta: ¿Quién era esa arpía? ¿Dónde estaba la Débora de las revistas? Esa que era todo elegancia y destilaba glamur por cada poro de su piel, siempre pendiente de los desfavorecidos e implicada en todo aquello que tenía un noble fin.

Cerró la boca de golpe, pues Débora caminaba hacia ella resuelta.

—Esteban, Beth. Muchísimas gracias por haceros cargo de los preparativos de la gala, no sé qué haría sin vosotros. Gracias de todo corazón.

Lanzó dos besos al aire y se marchó.

Beth entrecerró los ojos y giró la cabeza hacia donde sabía que se encontraba Esteban.

—Alguien debería decirle que el despacho no está insonorizado —dijo con una sonrisa forzada.

—Lo está. Antes, toda esta diáfana parte era un solo despacho, hasta que empezaron a poner tabiques para crear varias dependencias. De esa puerta para fuera no se oye nada. Por cierto, ¿eres consciente de que el día en que empezaste a trabajar con nosotros firmaste un contrato de confidencialidad? De lo que oigas aquí, no puedes decir ni una sola palabra.

—Vaya, hombre. Entonces ¿no puedo ir a la competencia a contarles el chisme? —Un guiño acompañó sus palabras y el color de su rostro se intensificó al recordar con quien estaba bromeando, y más todavía cuando vio que él agachaba la cabeza y volvía a su trabajo mientras la comisura de sus labios se estiraba.

Días después, Beth oyó una nueva conversación, esta vez entre Joseph y Esteban:

Por lo visto, durante una cena familiar Joseph había comentado que en la próxima reunión de la junta directiva iba a proponer que se crease una nueva sección, más humana, donde gente anónima pudiese contar momentos de su vida que resultasen interesantes para la sociedad.

Celeste dijo que ella no iría porque tenía esa hora reservada para hacerse un *lifting*. Joseph le echó en cara que esa reunión acontecía solo un día al mes. Le preguntó si no había podido elegir otro día. Debía ir a la reunión, ¡sí o sí!, le ordenó tajante.

Y ella lo hizo, presentando el proyecto como propio, y por supuesto que gustó, era algo que llevaba meses perfilando.

Entre eso y lo de su mujer, Joseph se preguntaba qué había hecho mal. Llevaba años al frente del periódico, implicándose en todo lo que allí se hacía. ¿Por qué su mujer y su hija se aprovechaban de todo y de todos? ¿Por qué no valoraban nada?

Beth entendió entonces el rifirrafe entre Celeste y Esteban. Él ya sabía que ella no deseaba asistir a las reuniones. Así que Esteban era el paño de lágrimas de Joseph. Pensó apesadumbrada que su jefe no merecía vivir rodeado de sanguijuelas.



### 3. El albergue juvenil

El viernes por la tarde, Beth y Esteban fueron juntos en coche a un albergue para ver actuar a un grupo musical. Un par de días antes, un amigo de él se presentó en el periódico, tras un abrazo y un buen apretón de manos, Esteban pareció rejuvenecer.

Dani, así dijo llamarse, tenía un aspecto un tanto extraño, aparte de su vestimenta, destacaba su cabello, de un color indefinido y con unas largas rastas. Les sugirió que asistieran al ensayo y si les gustaba, que le dieran la oportunidad a su grupo de tocar en la gala. Enseguida, Esteban le propuso a Beth ir el viernes y ella aceptó. A simple vista, cabía destacar que para ser tan amigos, eran polos opuestos, la manera de comportarse y la vestimenta de uno y otro eran muy distintas, a pesar de la familiaridad que mostraban.

Antes de marcharse, preguntó: «¿Está la bruja?». Cuando Esteban asintió, Dani hizo un comentario que dejó a Beth inquieta: «Nadie amenaza a un amigo mío sin sufrir las consecuencias». Acto seguido, se quitó la sudadera y dejó al descubierto pulseras y colgantes que le daban un aspecto más extravagante todavía. La «bruja» por la que acababa de preguntar resultó ser Celeste, la hija del gran jefe. Beth se quedó con las ganas de saber más, consciente de que Esteban no la iba a sacar de dudas.

El albergue «Segundas Oportunidades» era un caserón reformado, en cuya puerta un grafiti les daba la bienvenida. Les hicieron pasar a una amplia estancia en la que había un par de mesas largas y bancos a juego. Cuadros de distintos tamaños y adornos *hippies* hechos con cuerdas y objetos reciclados formaban la decoración y le daban un aspecto curioso y acogedor.

Les invitaron a merendar y después, el grupo «Los muchachos» empezó a tocar. El entusiasmo, motivación, energía y cuidado con el que ejecutaban su escenografía les encantó. Tocarón un buen rato, tanto canciones conocidas como otras compuestas por ellos.

Esteban y Beth se miraron y una sonrisa se dibujó en sus rostros. ¡Por supuesto que iban a actuar en la gala! Beth les propuso imprimir tarjetas con un número de contacto para que una vez se diesen a conocer, la gente pudiese contratarlos para cumpleaños, fiestas privadas o cualquier otro evento por el estilo. La propuesta fue recibida con una enorme ovación y todos corearon su nombre. Dani fue el primero en darle un fuerte abrazo, seguido del resto de los allí presentes. Cuando acabaron, les propusieron ir a un *pub* cercano para celebrarlo.

Esteban se dio cuenta de que Beth había encajado bien entre ellos y decidió dejarla en su compañía para ir a jugar una partida de billar. Un momento después, ella sintió que alguien la cogía del hombro para que se diera la vuelta, era Dani.

—Anda, no te quedes con las ganas, pregunta.

—¿El qué? —replicó Beth.

—Llevas un buen rato observándonos y poniendo una cara rara. Así que, suéltalo.

—Está bien. Estoy viendo mucho toqueteo y abrazos, se me hace raro. Mira eso. —Con un movimiento de cabeza señaló la mesa de billar.

Esteban acababa de meter una bola en el agujero y su compañero de equipo, tras chocarse las manos, le dio un fuerte abrazo, también las dos chicas que estaban mirando se abrazaron entre ellas y después, a los jugadores.

—Ahí va el motivo. Estos chicos provienen de orfanatos, casas de acogida y hogares desarraigados, ya sabes. Yo les enseño la importancia del contacto humano, el afecto que se transmite con una simple palmada en la espalda. La mayoría de estos chicos nunca han tenido eso antes y puedo asegurarte que es muy reconfortante.

Beth sabía que tenía razón, sus padres eran muy cariñosos, su madre solía arreglarlo todo con un abrazo cuando las cosas no salían bien o con un beso ante cualquier rasguño y, por arte de magia, todo quedaba olvidado.

—Espera, has dicho que les enseñas. ¿A qué te refieres? ¿Qué haces tú en ese albergue?

—Soy psicólogo juvenil, ¿No te lo dije? —Sonrió al ver su cara de estupefacción, sí, solía producir esa reacción en la gente que tras ver su aspecto, se formaban una idea equivocada sobre su persona, y esta vez no era diferente—. ¡Chicos, ya está bien, ya sabéis que si uno se emborracha, pagáis todos las consecuencias! —les gritó Dani.

—Es para Esteban. Necesita desahogarse. —Una sonrisa traviesa acompañó las palabras de Héctor.

—Esteban ya va bien, te he visto llenarle el vaso varias veces —aseguró Dani.

—¿Hace mucho que lo conoces?

—¿A Esteban? Desde siempre. Fuimos juntos al colegio y desde el primer día, nos hicimos inseparables, él era el alumno perfecto, un sabelotodo, pero muy introvertido, siempre correcto, excepto cuando yo lo convencía para hacer alguna trastada, tarea nada fácil, te lo aseguro. En la adolescencia me uní a una comuna *hippy*... —Su tono de voz había ido cambiando a medida que hablaba mientras una sombra velada se cernía sobre sus ojos.

—No sé por qué ya me lo imaginaba. —Sonrió divertida.

—Esteban vino a rescatarme y terminé matriculado en un curso de Psicología juvenil, según él, yo tenía cabeza y podía aconsejar muy bien a los demás desde mi propia experiencia.

—Hola, chicos —dijo Esteban arrastrando las palabras—. Oye, Dani, ¿por qué tus chicos siempre me lían? Yo solo he pedido un ron con cola, ¿por qué estoy así?

—¿Y cómo es así? —preguntó Dani arqueando una ceja.

—¡Ya lo sabes! Pues, así. Beth, por el amor de Dios, no te muevas tanto, que me mareo. —Le rodeó el cuello con los brazos y se acercó a su cuerpo—. ¡Qué bien hueles! —Aspiró con fuerza, haciendo que su nariz contactase con su piel.

—Anda, siéntate —dijo ella aguantando la risa.

—¿No te ha hablado Dani de lo guay que es el contacto físico? Pues yo así estoy de maravilla. —Esteban se separó de ella, puso las manos sobre sus hombros y las fue acercando poco a poco a la base de su cuello en una lenta caricia—. Por cierto, esta noche estás muy guapa —susurró buscando su mirada.

Beth nunca lo había visto tan desinhibido. Se dio cuenta de que todos los observaban con disimulo. «¿Lo habrán emborrachado a propósito para que se lance?», pensó. Lo que no tenía tan claro era que él hubiese dado su consentimiento.

—Así que hoy estoy muy guapa, ¿y ayer, no lo estaba? —preguntó retándolo.

—Por supuesto que sí. Te he visto preciosa siempre, desde la primera vez en que te vi saltando bajo la lluvia. Nena, creo que voy a besarte. —Fue subiendo las manos desde el cuello hacia arriba para acariciar suavemente sus mejillas con los pulgares y al cabo de un instante, las bajó hasta tocar sus labios con suavidad, siguió descendiendo hasta que se apoderó de su cuello por la nuca y la acercó a su boca.

Beth se había quedado sin aliento, transportada a un mundo de sensaciones inexploradas con tan solo el primer contacto. De repente, fue consciente de la ausencia de conversaciones a su alrededor, la música envolvente la animaba a dejarse llevar mientras la boca de su jefe estaba cada vez más cerca, parecía que lo veía a cámara lenta, pero en el último instante, giró la cabeza, aun sabiendo que se arrepentiría después, y sintió un húmedo beso en la mejilla.

—No voy a enrollarme con mi jefe —fue lo único que atinó a decir.

—No, por Dios, él podría ser tu padre, lo que quiero es que te enrolles conmigo, deja a Joseph fuera de esto —alegó a grandes voces sobre su oído.

El pub pareció cobrar vida. A su alrededor la gente silbaba y se oían frases alentadoras. Beth estaba colorada. Cuando Esteban, animado por el griterío, volvió a intentarlo, ella le puso un dedo sobre los labios y le dio un suave beso en la mejilla mientras le susurraba:

—Eres mi jefe y estás medio borracho, creo que es el momento ideal para que me des las llaves de tu coche y te lleve a casa.

—Aguafiestas. Míralos a todos, están deseando que me des un besito, anda nena, un beso y cierro el pico.

—Si te doy un beso ahora, ¿me darás las llaves sin rechistar y dejarás que te lleve?

Esteban asintió con una sonrisa bobalicona. Beth le dio un rápido beso en los labios y luego se giró e hizo una reverencia de cara al público, que aplaudió emocionado. Acto seguido, cogió a Esteban por el brazo y abandonó el local.

Dani salió tras ellos y metiendo la mano en el bolsillo del vaquero de Esteban, sacó un manojito de llaves y separó una de ellas.

—Esta es la llave de mi casa, está mucho más cerca y yo aún tardaré un buen rato en ir. ¿Sabes cómo llegar? —le preguntó a Esteban.

—Por supuesto —le respondió tras arrebatársela de las manos.

Cuando el lunes siguiente se vieron en el despacho, ninguno de los dos hizo alusión a la salida del viernes. A media mañana, Esteban se acercó a su mesa.

—Este es el número de teléfono del albergue y el correo electrónico —le dijo ofreciéndole un trozo de papel—. Lo he escrito a mano, pásalo al ordenador y haz copias para repartirlas en la gala.

—De acuerdo. ¡Esteban! —llamó cuando él estaba a punto de llegar a su mesa—. ¿Puedo utilizar papel de colores?

—Sí, por supuesto. Si no hay, apúntalo en la lista y que lo compren. ¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó Esteban extrañado.

—Estoy dándole vueltas a algo, cuando lo tenga claro, te lo cuento.

—Está bien —dijo antes de sentarse ante su escritorio.

## 4. La gala benéfica

Todo estaba saliendo a la perfección. Débora, con un vestido de un llamativo color rojo cuyo escote y corte de falda llamaban la atención, recibía a los invitados a medida que iban llegando antes de pasárselos al *maître*, que los llevaba a la mesa correspondiente. Todo lo que envolvía la gala mostraba un aire de distinción. En el centro de cada mesa redonda había un plato con flores rojas y un jarrón de cristal con una vela y unas varas de colores en el fondo, encima habían puesto unos canutillos con unas cintas azules que daban un bonito colorido.

Mientras se servía la cena, una música suave creaba un ambiente muy acogedor. Débora subió al estrado para hablar de la necesidad de hacer esos eventos para obtener fondos a favor de los niños necesitados que no tenían cubiertas las necesidades más básicas, como alimentos, agua, medicinas y demás. Todos aplaudieron cuando dio por finalizada su intervención y animó a Beth a dar su discurso.

Beth llevaba un vestido estampado por encima de la rodilla y unas sandalias de tacón, un conjunto de colgante y pendientes con una pequeña piedra brillante remataban su atuendo. Lo más caro que llevaba encima era, sin duda, la pulsera de su mano derecha, que le había regalado Joseph como agradecimiento por su dedicación.

Estaba espléndida, se había puesto maquillaje para disimular las pecas que tenía debajo de su ojo derecho y estas desaparecieron, los productos de su neceser hacían maravillas. No estaba acostumbrada a hablar en público y temía quedarse en blanco.

—Buenas noches a todos —saludó paseando su mirada por toda la sala para después centrarla en Joseph y Esteban, tal y como le habían aconsejado—. Ante todo, quiero felicitar a nuestra anfitriona. —La señaló y esta asintió sonriendo—. Señoras y señores, hoy tengo el placer de presentarles a unos chicos que conocí hace pocos días en el albergue «Segundas oportunidades». Han formado un grupo de música llamado «Los muchachos» y aprovechan esta noche para darse a conocer y así también terminar con la leyenda urbana de lo que es un reformatorio. Son chavales que no han tenido una vida fácil y que luchan por salir adelante, pero más que hablar yo de ellos, me gustaría que subiese aquí uno de sus cooperantes, ese tipo de las rastas que está junto a la puerta.

La gente comenzó a murmurar.

—Ya lo sé. Cuando lo vi por primera vez, pensé que si le daba un euro, seguro que se lo terminaba fumando. —Se oyeron risas contenidas y Beth pensó que aquello iba bien—. Pero en cuanto empezó a hablar, cambié de opinión. Dani, por favor, sube.

Y subió. Después de dar un fuerte abrazo a Beth, inició su discurso y los dejó a todos con la boca abierta. Cuando la gente abandonó el recinto, todos ellos llevaban consigo el canutillo que se habían encontrado en el centro de mesa con el número de teléfono del albergue.

Todos los periódicos hablaban de la gala, fue un éxito absoluto. Cuando Esteban salió del despacho de Joseph, se acercó a ella y le comunicó:

—Joseph quiere verte en su despacho.

Beth se sorprendió, su contacto con él era muy puntual, siempre era Esteban el que le decía lo que debía hacer. Decidió no retrasar más el momento.

—¿Se puede? —preguntó.

—Pasa y siéntate —respondió el jefe señalando una silla—. Quiero agradecerte todo lo que has hecho estos días. Esteban y yo vamos a comer al restaurante de Quique Dacosta. Sé que te aviso con poco tiempo, pero la reserva no se puede cambiar para otro día, me gustaría que nos acompañases.

—Me encantaría. Es un restaurante al que siempre he querido ir. Pero siento decirle que he quedado ya con mi padre para comer. —Cruzó los dedos con la esperanza de que sus ruegos fueran escuchados.

—¿Por qué no le llamas y le dices que venga con nosotros? —insistió Joseph.

—Lo intentaré. Ahora está dando clase, le enviaré un mensaje de texto y en cuanto me conteste, le digo algo. —Se levantó y se dirigió a su mesa. Una vez en ella, sonrió para sí misma, ir con su padre al Quique Dacosta sería un sueño hecho realidad, y gratis.

Pero la felicidad se torció enseguida con la entrada de Débora, que los fulminó a todos con la mirada.

—Joseph, quiero hablar contigo —exigió.

—Beth, te importaría bajar a... —Esteban miró a su alrededor, inquieto, hasta que se tropezó con la mirada suspicaz de Beth—, bueno, que más da, hoy van a salir chispas de ahí dentro.

—Pero ¿por qué? Ha salido todo de maravilla.

—Sí, pero le has quitado protagonismo y no le gusta nada pasar desapercibida. Hoy los periódicos debían estar cayendo rendidos a sus pies.

—¡Mira esto! —exclamó Débora.

—Sí. Ya lo he leído. Todos hablan muy bien de la gala. ¿Cuál es el problema? —Joseph ya sabía cuál era.

—Era mi gala. Con la que me comprometí, llevaba meses con ella y esa niñata se ha llevado todo el mérito. Debí hablarle antes de lo del albergue, si lo hubiera hecho, lo habría comentado yo, entiendo de esas cosas.

—Débora, ¿acaso le preguntaste por qué quería subir al estrado, lo que iba a decir?

—No.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Y yo qué sé, cuando me comentó que quería decir unas palabras, no le di mayor importancia.

Joseph pensó en Esteban, fue él quien sugirió que, en vez de involucrar a media empresa, le diesen a Beth más responsabilidad. Había advertido que le gustaba superarse y era muy decidida, lo había demostrado con creces.

—¡Quiero que la eches! —exclamó Débora fuera de sí.

—¿Qué?

—¡Que la eches, ya me has oído! —gritaba encolerizada—. No quiero volver a verla, y es mi última palabra.

Dio un portazo al salir y su mirada de desprecio atravesó a Beth como si de un puñal se tratase, el rencor que vislumbró en su rostro la dejó conmocionada. No era justo, la iban a despedir por hacer bien su trabajo.

Sin decir palabra, Débora atravesó el cubículo, dejando a su espalda una enorme sensación de desasosiego.

Cuando notó que sus ojos se humedecían, se levantó y se dirigió a los archivadores, pero al momento, sintió una mano en su hombro, sabía que era Esteban y no quería que la viese llorar. Le oyó suspirar:

—Anda, ven aquí. —La rodeó con sus brazos.

—Me van a echar —susurró entre sollozos.

—Claro que no. Por eso no te preocupes —ambos susurraban abrazados.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Y es posible que no vuelvas a ver a Débora, así que tranquila.

—¿Cómo que no volveré a verla? No te entiendo —dijo apartándose de él.

—Eres buena en tu trabajo y tienes afán de superación. Hemos estado hablando Joseph y yo. Aquí necesito a alguien de prácticas y no podemos desaprovechar tu talento y mantenerte haciendo fotocopias. Te vamos a trasladar a otra sección, aún no sabemos a cuál, no hay prisa.

—Si estoy en otra sección, ¿vendrás a verme?

—Por supuesto.

Beth fijó su mirada en la de Esteban, parecía buscar en la profundidad de sus ojos, este enrojeció al imaginar que ella podía leer sus pensamientos. En esos momentos, solo le apetecía una cosa:

—Beth, si intento besarte, ¿me lo impedirás en el último momento?

Ella sonrió moviendo la cabeza a ambos lados, se puso de puntillas y buscó su boca. Esteban le salió al encuentro y notó una suave mano que se posaba en su nuca. Su corazón se aceleró mientras sus labios se tanteaban antes de que sus lenguas se buscasen. Fue un beso lento, muy suave, al que ninguno de los dos deseaba poner fin.

Joseph necesitaba salir a tomarse una copa después de la escena con su mujer y vio cómo se besaban. Con una sonrisa, volvió sobre sus pasos, se quedó mirando el sillón del escritorio e hizo algo que llevaba mucho tiempo sin probar: se sentó poniendo las manos detrás de la nuca y los pies sobre la mesa. Cerró los ojos y se perdió en sus recuerdos.

## 5. Sara

### 10 de enero de 1995

A sus treinta y dos años Joseph acababa de convertirse en el director general del periódico. Poco o nada iba a notarse el cambio porque hacía años que las decisiones importantes pasaban por sus manos. Entre sus prioridades estaba la de insonorizar el despacho porque consideraba que ciertos acuerdos y conversaciones no tenían por qué ser del dominio público.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el chirriar de la puerta de la entrada, por la que vio aparecer a dos chicas de poco más de veinte años, una era un torbellino rubio, con el pelo rizado, que se apoyó en el mostrador dando una perspectiva magnífica de sus pechos al recepcionista, que enseguida se unió al juego; la otra joven también era guapa, pero se la veía mucho más recatada.

Miguel, situado tras el mostrador, sacó un formulario para la segunda sin desviar la mirada que tenía centrada en el escote de la amiga. Desde el piso superior, el nuevo director entrecerró los ojos ante la poca profesionalidad que demostraba su empleado. Ella escarbó en su bolso hasta que sacó un bolígrafo. Cuando terminó de rellenarlo, vio cómo se empapaba de todo mientras los otros dos seguían a lo suyo, sus risas lo invadían todo.

Decidió bajar para poder contemplarla más de cerca, había algo en esa joven que lo atraía, no sabía por qué. El sonido de sus pisadas advirtió al personal de su llegada y todo quedó en silencio, el jefe acababa de salir de su guarida.

Al percibir su presencia, la piel femenina adquirió una deliciosa tonalidad rojiza, ninguno de los dos apartaba su mirada del otro, como si estuvieran hipnotizados. Un tiempo después, ella le confesaría que su rostro era el que se le aparecía en sus fantasías nocturnas.

Cogió los papeles que ella acababa de dejar sobre la mesa y debajo del formulario encontró un texto escrito a mano con una bonita caligrafía. «¡Así que de eso se trata!», pensó. La joven iba a presentarse al concurso de relatos cortos. Volvió a centrarse en el formulario para averiguar su nombre:

—Así que tú eres Sara, encantado de conocerte, yo soy Joseph. —Se acercó a ella y le dio dos besos—. Y tú, ¿quién eres?

—Esther.

—Encantado. —Repitió el mismo ritual con ella antes de decir—: Buena suerte, Sara.

Se dio la vuelta y se encaminó a la salida.

Días después, cuando vio el relato entre los finalistas, Joseph pensó que Miguel lo había puesto allí para poder ver de nuevo a la rubia. Se quedó sorprendido al leerlo, era muy bueno.

Llamó a su ayudante para comprobar su agenda y ver qué día se podía programar la entrega de cheques y entrevistas a los ganadores. Miguel le comentó que Sara vivía en un pequeño pueblo y como la entrega sería tarde, ya no tendría combinación para regresar a su casa esa noche. Joseph le ordenó que reservara una habitación para ella en un hotel cercano.



Recordaba que Miguel le preguntó si podía invitar también a la amiga para que acompañara a Sara. Por la cara que puso, Miguel se dio cuenta de que había metido la pata, pero Joseph aceptó de todas formas.

Según le confesaría Sara después, cuando llegó la carta con la felicitación y la reserva, se alegró mucho, pero no fue una novedad porque Esther ya se lo había dicho un par de días antes. También se enteraría de que esa misma noche lo de Miguel y Esther quedó en nada.

## 6. La comida

Beth les presentó a su padre. No era lo que ellos esperaban, se notaba que padre e hija se adoraban y enseguida, vieron de quien había sacado ella esa tenacidad, su implicación y que se sintiera cómoda en cualquier lado, pero ahí acababa todo el parecido. Él era regordete, bonachón, con una cara amistosa y sin ningún tipo de complejos.

Se habló con toda confianza y Cristian concluyó:

—Mi chica vale mucho y no voy a consentir que la dejéis en la retaguardia. Ella puede con todo y si no pudiera, muchacho, ¿cuento contigo para que le echas una mano?

—Y dos si hace falta, señor —respondió Esteban con una sonrisa aprensiva. «¿Deberé enfrentarme a Débora?», se preguntó. Observó a Beth, sentada a su lado. «Por supuesto que lo haré», se dijo decidido.

—Con una es suficiente, pero por ahora, podrías ponerlas encima de la mesa, ¿no?

Esteban enrojeció, desde el beso de esa mañana, no había vuelto a tocar a Beth, no sabía a qué venía ese comentario.

—Papá, ya está bien. —Inclinó su cabeza para evitar que viesen cómo la comisura de sus labios se estiraba.

—Solo quería comprobar una cosa, hija.

Joseph observó a Esteban y a Beth, recordando el beso de esa misma mañana, esperaba haber presenciado el principio de algo importante, hacían buena pareja.

—Por cierto —dijo Cristian—, quisiera felicitaros por la gala, sale en todos los periódicos, hablan tanto de los vestidos de las señoras como del menú y de esas tarjetas que Beth y yo fuimos a elegir.

Beth se atragantó y Esteban tuvo que darle unos golpecitos en la espalda mientras luchaba por contener la risa. ¡Menuda pillada! Cuando levantó la vista, dos pares de ojos los escrutaban a ambos.

—Estoy considerando enviar a alguien a que haga un reportaje del albergue, la gente siente curiosidad. —confesó Joseph.

—¿Cómo que a alguien? ¿Quién mejor que ellos para hacer ese trabajo? —declaró Cristian.

—Joseph, lo haremos nosotros —dijo Esteban—. Dani es como mi hermano y conozco el albergue como la palma de mi mano.

—Ya contaba con vosotros —aclaró Joseph sonriendo—. Por cierto, el otro día estuvieron a punto de llamar a seguridad porque un tipo con mala pinta había entrado en el despacho de Celeste. —Esteban y Beth se miraron de reojo—. Lo curioso es que momentos antes lo habían visto salir del mío. ¿Algo que comentar al respecto? ¿Qué tiene que ver mi hija con todo esto?

Por debajo de la mesa, Beth le dio un apretón a Esteban en la pierna, para darle ánimos y que se sincerase, no sabía lo que había pasado, pero no podía ser tan grave como para tener que aguantar que Celeste lo mangonease.

—Joseph, era Dani y como te he dicho antes, es como un hermano para mí. Digamos que yo soy el buen chico mientras que él es el frívolo, el carismático... ¡Él es él! Estando en la universidad, me convenció para ir a comprar marihuana para una fiesta, con tan buena suerte que hubo una redada y nos pillaron con todo encima. Celeste se enteró y me amenazó con contártelo, y ya sabemos que en esta profesión la reputación es muy importante. Joseph, tengo antecedentes.

Lo soltó de tirón, con miedo a lo que pudiesen pensar de él los allí presentes o a que les diera por profundizar más en su pasado.

Joseph comenzó a reír, eso tenía gracia, el recto e introvertido Esteban con antecedentes por drogas, su risa contagió al resto de la mesa. Por debajo de ella, una mano se posó con suavidad sobre el muslo de Beth, seguido de un pequeño apretón como muestra de agradecimiento, pero no la retiró enseguida, lo hizo muy despacio, dejando un cúmulo de sensaciones por donde pasaban las yemas de sus dedos.

Joseph se abstraigo en sus pensamientos. «Bendita juventud».

## 7. El reencuentro

13 de febrero de 1995

Cuando volvió a ver a Sara, ya les habían hecho la entrevista y algunas fotos. Luego les sacaron un tentempié para hacer tiempo hasta que él llegase.

Joseph, al ver que Sara estaba sola en una esquina, se acercó a saludarla:

—Enhorabuena.

—Muchas gracias —una sonrisa espontánea brotó de sus labios.

—¿Qué te parece la habitación? Sabíamos que no tenías combinación para regresar a casa y decidimos facilitarte las cosas —le aclaró con un guiño—. Pero creí que te traerías a tu amiga.

—Se ha quedado en el hotel. No sabía si sería correcto que estuviese aquí en estos momentos.

Miguel se acercó para sugerirle seguir con las fotos. Posaron todos juntos, esa iba a ser la que encabezaría el reportaje. Cuando el fotógrafo les dijo que se juntasen más, la cogió por la cintura para acercarla y sintió un cosquilleo cuando sus dedos se rozaron. Luego se hizo otra con cada uno de ellos.

Tras finalizar la sesión, Sara llamó a Esther y fueron todos juntos a tomarse unas copas para celebrarlo. Cuando quisieron darse cuenta, se habían quedado los dos solos, los demás habían vuelto a sus casas y Esther y Miguel hacía un buen rato que habían desaparecido.

Sara no se enteraba de nada o quizá fue el alcohol el que había hecho su papel, se la veía muy tranquila y animada, incluso le dijo que le apetecía bailar y salieron un rato a la pista. Fue Joseph el que señaló que se había hecho tarde y que debía regresar a casa.

La acompañó al hotel y antes de despedirse, ambos se fundieron en una sola mirada. Recordaba que sintió un cosquilleo inquietante, que quiso alargar la noche y que fue consciente de que no debía, recordaba haberle susurrado: «Te haré llegar el reportaje antes de que se publique». Le tocó el cuello con suavidad mientras besaba su mejilla. Con un escueto «Buenas noches» se dio media vuelta para marcharse, antes de hacer algo de lo que pudiese arrepentirse después.

No pudo evitarlo, se giró para mirarla por última vez y vio que ella se acariciaba con mirada soñadora la parte del cuello que él le había tocado, aceleró el paso con una sensación extraña.

## 8. La entrevista

Beth estaba emocionada, casi no había dormido esa noche. Iba a realizar su primera entrevista de verdad, con su nombre escrito al pie del reportaje.

Les recibió Oscar, el director del centro, un hombre de mediana edad, serio y formal.

—¡Esteban, cuánto tiempo sin verte! —exclamó dándole un buen apretón de manos—. Dani me ha dicho que vendrías a entrevistarme, aunque no sé qué podría contarte que no sepas ya.

—Oscar, ella es Beth, mi compañera —la presentó Esteban mientras ella se acercaba para darle dos besos.

—Y yo soy Cristian, su padre. Me he autoinvitado, espero que no te moleste. Tenía muchas ganas de ver este lugar. No debe ser nada fácil dirigir un sitio así, tanto adolescente junto, hay muchas hormonas sueltas por aquí dentro. —Su cara de aprensión fingida les hizo reír a todos. Beth lo miró con cariño, sí, así era su padre.

Oscar les hizo pasar al despacho sin más preámbulos. Esteban puso la grabadora encima de la mesa y dirigiéndose al resto de los oyentes, comentó:

—He pensado que así será más ameno que tomar apuntes.

—Por mí perfecto. ¿Qué queréis saber?

—Pues mira, voy a empezar yo —puntualizó Cristian—. ¿De dónde vienen estos chicos?

«Buena pregunta», pensó Esteban, apreciando la iniciativa y el verdadero interés del padre de su compañera.

—Nos llegan de varias formas distintas. A veces, los trae la policía por dictamen de algún juez, porque han cometido pequeños delitos: hurtos, peleas, etc., o porque se escapan de casa y el juez no cree conveniente su regreso, pero al ser menores tampoco los puede abandonar a su suerte. Otras, son sus propios padres los que los traen porque se ven incapaces de controlarlos.

—¿Cómo conseguís mantener un sitio así? ¿De dónde sale el dinero? —preguntó Beth.

—Los padres pagan una cuota mensual. También recibimos muchas subvenciones del ayuntamiento y del Gobierno. No vamos sobrados, pero las necesidades básicas están cubiertas. Los chicos hacen bisutería y otras manualidades que luego venden en los mercadillos para sacarse algo de dinero para sus propios gastos.

—Cuéntanos cómo es la vida aquí en un día normal, ¿qué hacéis? —siguió preguntando Beth.

—Vamos a ver: Las mañanas son para adecentar el albergue, estudiar y hacer las tareas que tenga cada uno en el plan semanal: poner lavadoras, barrer, ayudar en cocina y demás. Se desayuna a las nueve, el almuerzo es a las diez y media y se come a las dos. Después, tienen un tiempo libre hasta las cuatro. De cuatro a cinco toca leer, estudiar o juegos de mesa. Hay algunos de ellos que no saben leer ni escribir y hay otros que saben demasiado —afirmo haciendo una mueca—. Luego tocan las aficiones, tenemos un grupo musical, un huerto y un grafitero, también hay algunos que hacen bisutería o pintan cuadros, por la tarde pueden salir, pero les gusta más quedarse aquí.

—¿Hay algún horario de cierre? ¿A qué hora tienen que volver por la noche? —intervino Esteban por primera vez, sabía la respuesta de antemano, pero pensó que a los otros les interesaría conocer la historia.

Oscar le lanzó una mirada significativa para luego dirigirse a sus otros interlocutores:

—No hay hora de cierre, pueden venir a la hora que quieran, pero para desayunar tienen que estar todos sentados a la mesa. Esa norma la puso Dani. La primera vez que me dijo que se los llevaba de marcha, me opuse con firmeza y él me amenazó con dejar el trabajo, su argumento fue que esos chicos estaban acostumbrados a otra clase de vida, por lo que si no se les daba ese desfogue, estallarían.

—¿Y qué pasó? —preguntó Cristian al ver que Oscar se detenía.

—Varios de ellos volvieron borrachos, me enfadé con Dani y le pregunté si era eso lo que pretendía, con una sonrisa de autosuficiencia me respondió que sí. Subió a despertarlos como todos los días y luego siguieron con el plan de tareas, a las cuatro se los llevó al huerto y estuvieron trabajando a pleno sol. Debido a la resaca, tuvieron que llevar consigo cubos y fregonas para limpiar las vomitonas propias y las de los que no estaban en condiciones ni para eso. Nunca más han vuelto a emborracharse, salen, beben, pero se controlan unos a otros.

—¿Desde cuándo trabaja aquí Dani? —se interesó Beth.

—Hará unos cuatro años. Hace las cosas a su manera. Va de amiguete y se lo cuentan todo. Las terapias colectivas las hace en el comedor con los chicos sentados en los bancos o encima de la mesa, para las individuales se hace el encontradizo y se limita a charlar. Parece uno de ellos, sabe cómo tratarlos.

—¿Hay más trabajadores aparte de vosotros?

—Natalia, la cocinera. Ha estudiado algo de psicología y es como una madre para ellos, sobre todo con las chicas.

—¿Cuándo deben irse de aquí? ¿Hay alguna edad en concreto? Mireia tiene diecisiete años y Héctor veinticuatro —señaló Esteban.

—Lo deciden ellos mismos cuando están preparados y tienen independencia económica. Héctor ha empezado a trabajar en un taller, Dani ya le ha dicho que espabile, que su cama está pidiendo un nuevo inquilino y que el piso que comparten los del *pub* tiene una habitación vacía.

También les dijo Oscar que Dani les tenía guardada una noticia sensacional a los chicos, pero no quería chafársela, así que lo mejor era que fueran a reunirse con el resto.

La noticia era muy buena, el ayuntamiento les iba a dejar una sala en La Casa de la Cultura durante un fin de semana para que hiciesen lo que quisieran y así sacarse un dinero extra.

Todos gritaron como locos y empezaron a abrazarse, Esteban y Beth se unieron de inmediato a las muestras de afecto, Cristian tardó un poco más, pero enseguida se contagió de las buenas vibraciones que allí se percibían. Tras mirar a su alrededor, observó cómo su hija se echaba en los brazos de su jefe.

Decidieron ir al *pub* esa noche para celebrarlo. Cristian, delante del espejo de su casa, se preguntaba en qué momento lo habían enredado para que terminase prometiendo que saldría a tomarse una copa. Él ya no tenía edad para eso. «¿Qué tienen esos chicos que los hace tan especiales?».

Vio aparecer a Beth por detrás.

«Ya no es una niña, desde luego que no», pensó mientras se apartaba para dejarle espacio y que terminara de arreglarse.

## 9. Noche de juerga

Esteban pasó a buscarles. Le hicieron subir a casa pues a Beth le faltaban dos minutitos de nada que acabaron siendo casi quince.

Cuando salió, estaba impresionante, su melena ondulada con reflejos dorados llamaba la atención. Una minifalda blanca la cubría hasta medio muslo, dejando un buen trozo de carne al descubierto, pero una fina gasa con transparencias evitaba que se viese más de lo necesario. A juego llevaba una camiseta de gasa negra con el mismo tipo de transparencias en el pecho, insinuaban mucho, pero dejaban ver poco, unas botas negras remataban el atuendo.

Cuando pasó por delante, él vislumbró su espalda y sus ojos se abrieron como platos, allí sí que había mucha piel al descubierto, de una anilla dorada, a la altura del cuello, salían varias tiras de transparencias que llegaban hasta la cintura. Esteban se vio recorriendo aquella piel con sus manos y parpadeó varias veces para quitarse aquella imagen de la cabeza.

Ella también se quedó impactada al verlo, parecía que podía desnudarla con la mirada, sus ojazos verdes la tenían bajo su hechizo y sus carnosos labios le prometían el paraíso. Cuando se levantó para saludarla, un nuevo pensamiento se coló en su subconsciente: «¡Vaya, menudo cuerpazo esconde el jefe debajo de su traje de oficina!». Al acercarse para darle dos besos, ella le rodeó el cuello con sus brazos y él, tras un momento de incertidumbre, puso las manos en su cintura. Tras separarse, lo miró y en su rostro se dibujó una dulce sonrisa.

—Esteban, ¿y tus gafas?

—Solo las llevo para trabajar, me es más cómodo, ahora llevo lentillas.

—Pues tienes unos ojos impresionantes, deberías ponerte las lentillas más a menudo.

—Tú estás preciosa. —Esteban esbozó una tímida sonrisa para devolverle el cumplido.

—Chicos, y si lo dejáis ya y nos vamos —carraspeó Cristian. «No, desde luego que ya no es una niña», se dijo con un cierto malestar antes de que un pensamiento le sobreviniera: «Tengo que hacer una parada antes de llegar al *pub*».

El local estaba lleno y Cristian entendió la razón cuando vio un cartel en el que había escrito en grandes letras: «Los jueves las consumiciones 2x1». Enseguida se encontraron con los demás porque lo primero que hicieron los tres fue buscar al tipo de las rastas.

Hacía un rato que Beth no veía a Cristian ni a Esteban por ninguna parte. Parecía que se los había tragado la tierra. Pidió una consumición y le pasó la otra a Dani pensando que si él no la quería, seguro que encontraría a alguien a quien dársela.

El misterio quedó resuelto cuando los vio entrar de nuevo en el local. Esteban parecía consternado y apartó enseguida la mirada. Su padre le sonrió mientras levantaba la mano. Se preguntó qué estarían haciendo en el exterior. Los miró con suspicacia, pero ninguno de los dos tenía nada que decir.

Al cabo de un rato, Esteban se le acercó para decirle que iba a la barra y que si quería tomar algo. Ella asintió y fueron juntos.



—Hoy no te están rellenando la copa como el otro día —afirmó con una sonrisa traviesa.

—No. Dani les ha hecho prometer que no lo harán, siempre y cuando me porte como un hombre.

—Y eso significa... —dejó la frase sin concluir.

—Pues no lo sé con exactitud. Hace un rato, tu padre me ha dicho que saliese con él y me ha hecho un regalito. —Le cogió la mano y puso en su palma un pequeño paquete de preservativos—. Con una amenaza muy contundente, me ha dicho que si te dejo embarazada, me corta los huevos y me los pone de sombrero. También que no hace falta que los utilice hoy, pero que más vale prevenir que lamentar. No entiendo nada, si yo tuviese una hija de poco más de veinte años que le molase un tío de casi treinta, le diría que fuese con cuidado, pero, desde luego, no le daría preservativos. ¿Entiendes ahora por qué necesito una copa?

Ella se acercó a él con una sonrisa provocativa hasta rozar su mandíbula con la boca y depositar en ella un suave beso. Esteban se la quedó mirando alucinado.

—Si no supiese que nos están todos observando, te llevaría al puñetero almacén que hay al lado de los servicios. Pero si está aquí hasta tu padre, por Dios.

«¡Almacén! ¿Y cómo sabe él eso? ¿Habrá llevado allí a alguna chica?». Una sensación que no supo definir se apoderó de ella. Esteban hizo entrechocar sus copas y tras beberse la mitad de su contenido de un trago, entrelazó sus dedos con los suyos. Poco antes de llegar a donde estaban los demás, la soltó y se fue a hablar con los chicos.

Cuándo sus miradas se cruzaron, Beth le hizo un significativo gesto y se fue. Al cabo de unos segundos, la siguió, incapaz de mirar atrás, sintiendo un montón de ojos clavados en él.

La encontró forcejeando con la puerta del almacén.

—Espera, tiene truco —susurró a su oído mientras ponía su mano sobre la de ella.

—¡Qué rápido!

—Sí. Vengo bastante por aquí. —La hizo entrar con un pequeño empujón y antes de cerrar, vio que Cristian y Dani se acercaban. «¿Piensan montar guardia en la puerta o qué?». Esperaba que Dani se llevara a Cristian de allí.

En cuanto se cerró la puerta, Esteban acarició su mejilla y acercó la boca para darle pequeños besos, la notó distante y no entendió aquel cambio, ya que había sido ella la instigadora.

—Cariño, ¿qué sucede?

—Así que vienes mucho por aquí.

«¡Está celosa!», pensó y en vez de sacarla de su error, decidió seguir el juego. «¿Cómo es posible que me conozca tan poco?».

—Pues bastante. —Continuó dándole besos en la mandíbula y en el cuello mientras ella se mantenía estática—. Allí, al final, hay una habitación, siempre que vengo aquí con Dani, le obligo a que se lleve las sábanas para lavarlas. Esos chicos, cualquier día de estos, van a coger algo. Tal vez la próxima vez que vengamos quieras unirme a nosotros. —Vio venir el guantazo y le paró la mano en el último momento—. Beth, por Dios. Creí que me conocías más. —Vio lágrimas en sus ojos y se las secó con los pulgares mientras entraba en detalles—. El encargado y los dos camareros vivían en el albergue. Cuando viene un pedido, nos llaman y les ayudamos a descargar, a cambio tenemos las copas gratis. Yo soy el que más maña tiene a la hora de abrir.

—Imbécil. —Lo cogió de las solapas de la camisa y lo acercó a su boca.

—Oye, haz el favor de no decir palabrotas. Sigo siendo el jefe. —Se puso a reír y se apartó.

Ella no le hizo caso, buscó su boca y se perdió en ella. Cuando el beso concluyó, Esteban dijo que debían salir y abrió la puerta antes de que ella pudiese decir nada, pero ella quería más. Esteban llegó a cruzar la mirada con Dani antes de que Beth lo abrazase por detrás y le susurrase al oído: «¿No piensas cumplir tu palabra y comportarte como un hombre?». Cerró dando un portazo.

—Me parece que tu hija va a aprovecharse de mi chico —comentó Dani. Cristian lo miró consternado y Dani, poniéndole la mano en el hombro, lo llevó donde estaban los demás.

En el interior del almacén, Esteban sonrió.

—¿Es esto lo que quieres?

Con una mirada traviesa y antes de que Beth fuese consciente de lo que iba a suceder, la acorraló contra la pared y mientras con una mano sujetaba las suyas por encima de la cabeza, con la otra le tiró del pelo para que la levantase, cuando ella abrió la boca para gritar, él se la cubrió con la suya, sumergiendo la lengua en el interior de la cavidad para absorber el jadeo que salía de ella. No querían darse tregua, sus lenguas luchaban con fiereza, ella quería soltar sus manos para poder acariciarlo, forcejeaban y eso les excitaba a ambos.

Él la soltó, llevaba toda la noche queriendo acariciar la piel que intuía bajo las transparencias de su espalda, puso allí sus manos y con la yema de los dedos fue abriéndose camino, ella le tocaba la cabeza para que no pudiese interrumpir ese beso que le estaba provocando un estado embriagador, sus dedos la estaban volviendo loca, los sintió en la cintura y luego fueron subiendo hasta apoderarse de sus pechos. Esteban trazaba pequeños círculos con los pulgares alrededor de sus pezones, duros como una piedra. Cuando intentó levantar el jersey para acariciarla sin ropa, ella pareció volver de donde estaba y lo miró con ojos asustados, al ver Esteban esa expresión en su rostro, sus manos retrocedieron. Volvió a comerle la boca y continuó masajeándole los pechos por encima de la ropa. Cuando sus manos bajaron hasta apoderarse de sus nalgas, ella no replicó. Se las apretó una y otra vez, pero cuando intentó meter la mano por debajo de la falda, otras manos se posaron sobre las suyas, alejándolas con un movimiento brusco e instintivo.

«Vaya, mi chica no está preparada para jugar piel contra piel, ya llegará el momento».

Salieron asidos de la mano, sonrientes, delante de la puerta no había nadie, fue un alivio.

Estaba sonando la canción *Obsesión*:

*No, no es amor, lo que tú sientes se llama obsesión...*

Esteban la cogió de la cintura para acercarla de nuevo a su cuerpo, ella se reía mientras se dejaba llevar, era un baile muy sensual. La besó con decisión y cuando levantó la cabeza, comprobó sorprendido que todos estaban observándolos y sonreían divertidos, haciendo a escondidas la señal de la victoria, todos menos Cristian, él les miraba de una forma extraña y eso le disgustó. Decidió coger al toro por los cuernos antes de perder el valor.

—Dame un minuto, cariño, enseguida vuelvo. —Tras un último y rápido beso, se dirigió a donde estaba Cristian.

—¿Vamos fuera?

—Sí, claro.

Ya en el exterior, inició una conversación:

—Cristian, para que te quedes tranquilo, te informo de que la caja de preservativos sigue intacta. ¿Entendido?

—Entendido. —Cristian sonrió.

—Beth me gusta y no pretendo hacerle ningún daño, si es eso lo que te preocupa. No me gusta nada cómo me mirabas antes, ni sé lo que ronda por tu mente, no entiendo este cambio conmigo.

—No es por ti. Como novio de mi hija, no se me ocurre nadie mejor. Tienes mi aprobación — le dijo tocándole la cara con suavidad—. Soy yo y mis fantasmas del pasado. No me gustaría que Beth terminase igual que su madre, es lo único que me queda y no quiero verla sufrir.

—¿Qué le pasó a su madre?

—Alto ahí. Guarda tu instinto de periodista para otra ocasión. Ahora estamos de fiesta y no creo que sea el mejor momento para confesiones.

Cuando volvieron a casa, Cristian iba de copiloto. Nada más llegar, se despidió de Esteban con un apretón de manos y les dejó un momento a solas con la excusa de ver los mensajes de WhatsApp en el móvil. Esteban y Beth se abrazaron y con un último beso, se dieron las buenas noches.

Cuando Joseph llegó a la oficina al día siguiente, frunció el ceño, extrañado por la ausencia de Beth, pero cuando se adentró un poco más, la encontró apoyada en la mesa de Esteban mientras hablaba con él.

—Buenos días, chicos.

—Buenos días, Joseph —contestaron los dos.

—Beth, prepáranos el café, por favor —pidió Esteban.

En el momento en que Joseph se giraba para ir a colgar la cazadora en su despacho, vio cómo los dos se daban un beso y oyó que Esteban, dándole una palmada en las nalgas a Beth, le decía:

—Ya está bien de holgazanear, haz el favor de ponerte a trabajar.

Ella se dio la vuelta mientras le sacaba la lengua.

—Oye, ¿tengo que recordarte quién es el jefe? Por cierto, me debes una disculpa, ayer me llamaste imbécil.

—Te estabas comportando como tal —le replicó ella.

«¿Qué habrá hecho Esteban ayer para que Beth le llamase imbécil? ¿Qué hacían esos dos juntos fuera del trabajo?», Joseph sonrió para sí mismo, recordando un momento similar, hacía ya muchos años.

## 10. El beso

23 de febrero de 1995

Llamó a Sara en cuanto supo que ya se estaba imprimiendo el reportaje y le dijo que avisase a su amiga, que iban a ir los tres de pícnic, recordaba que le había hablado de un lugar precioso cerca de su pueblo. Cogió las fotos en las que ella salía e hizo copias para llevárselas.

La excusa que se dio a sí mismo para ir fue que así tendría la posibilidad de hacer una serie de reportajes sobre pequeños pueblos con encanto a los que la gente podía ir a relajarse y disfrutar de la naturaleza, pero en cuanto vio aparecer las primeras casas, tuvo que admitir que aquello no había sido más que una excusa. Había deseado volver a ver a Sara desde el primer momento en que su vista se posó en ella, se sentía como un adolescente ante una primera cita.

En cuanto terminaron el pícnic, Esther les anunció que se iba porque tenía cosas que hacer.

Él se sintió invadido por una sensación de culpabilidad y remordimiento por algo que aún no había hecho, pero que deseaba con desesperación.

Se tumbó sobre el césped y ella hizo lo mismo, ambos se sentían cohibidos, era Esther la de la charla fácil y risa contagiosa, no ellos.

Joseph fue deslizando la mano hasta que tocó la de ella con los nudillos, al cabo de un momento, sus dedos estaban entrelazados. Ella le preguntó por su mujer, en principio, para introducir algo de sentido común en lo que estaba sucediendo. Él le dijo que su mujer estaba en una cena para recoger fondos para las mujeres maltratadas. Se había incorporado un poco para poder verla mientras hablaba y acabó confesando que ni su mujer era como la gente creía ni su matrimonio tampoco.

Joseph apoyó la cabeza en la suya y la bajó despacio para darle un pequeño beso, no pudo evitarlo, tampoco que el beso se intensificase y terminasen los dos rodando por el césped con la respiración entrecortada. Fue ella la que se apartó, ambos se miraban asombrados, ¿Qué había sucedido? Él dijo que debían regresar. El camino de vuelta lo hicieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

## 11. Nostalgia

Hacía ya tantos años. ¿Por qué ahora volvían esos recuerdos a su mente? Tal vez era debido a la juventud de Beth, a esa inocencia que tanto le recordaba a ella, no sabría decirlo. Se preguntó qué sería de su vida. La voz de su asistente le devolvió a la realidad:

—Joseph.

—Pasa, Esteban. ¿Qué tal con la entrevista?

—Muy bien, hemos conseguido un montón de material, ahora solo falta montar el reportaje.

—¿Saldrá en la edición del martes?

—No, vamos a esperar un par de semanas. El ayuntamiento les ha cedido un local para que hagan una feria, así les promocionaremos y la gente los tendrá más en la cabeza con ese evento más próximo. Estaba pensando...

—Suéltalo ya —Joseph arqueó un ceja mientras lo miraba con suspicacia.

—Una de las chicas es aficionada a la repostería. Quiere hacer recetarios pero no sabe muy bien como. ¿Y si se los montamos nosotros con la condición de que lleven publicidad del periódico?

—Me parece perfecto.

—¿Nos encargamos también de las pancartas publicitarias?

—Como queráis. Si acude tanta gente como pensáis atraer, ¿crees que van a poder con todo?

—Sí. Beth, Cristian y yo ayudaremos, así como todos los chicos que han tenido algo que ver con el albergue.

—Contad conmigo también —sonrió entusiasmado—. Ese fin de semana quiero mi agenda libre desde el jueves por la tarde y que tú y Beth estéis disponibles. Coge el material que necesites y la furgoneta para llevar las cosas.

—Gracias, Joseph. Nos vamos a ocupar de todo lo relacionado con el albergue fuera de nuestro horario de trabajo.

—Espera, a ver si lo podemos arreglar de otra forma. Beth se puede encargar de hacer los recetarios, si no sabe, se lo explicas. Y para las pancartas, ¿tenéis algún diseñador en mente o recurrimos a alguno de los nuestros?

—Los hará Héctor, uno de los chicos. Está esperando que le pase las medidas para poder empezar.

—Mira si hay alguna máquina en horario laboral que no esté en funcionamiento y así vais adelantando.

—Gracias. Ayer, después de la entrevista, los chicos estaban tan emocionados organizándose que Dani tuvo que coger papel y lápiz para ir tomando apuntes, no había manera de pararlos. Después, salimos a celebrarlo.

—Bueno y entonces... ¿En qué momento exacto te ha dicho Beth que eres un imbécil?

Esteban sintió que se le subían los colores y fue una suerte que estuviese sentado porque de repente, le faltó el aire.

—Chico, tranquilízate, que te va a dar algo, pero tu chica tiene razón, deberíamos haber

insonorizado hace tiempo las distintas áreas de este despacho. —En su mirada y en su sonrisa se notaba que estaba pasándose en grande—. Ya era hora de que todos los dramas y las escenas no fuesen en una única dirección. Bueno, ahora, léeme lo que tengo para hoy.

Viendo la reacción de Esteban ante el comentario, Joseph pensó que no era nada probable que algún día se enterase del porqué Beth consideraba que Esteban era un imbécil.

## **12. No hay vuelta atrás**

**5 de marzo de 1995**

Se había peleado con su mujer, una vez más, no recordaba el motivo. La miró y se preguntó si aún quedaría algo en ella de la chica de la que se enamoró. No, se había enamorado de una ilusión. Era una chica preciosa, encantadora, de buena familia, alguien a quien amar y por quien ser amado, pero nada salió como esperaba. Se preguntaba si debajo de tanto retoque, aún quedaba algo de ella.

Su suegro jugó bien sus cartas, de eso tardó años en enterarse. Se lo vendió a su hija como un buen partido, capaz de proporcionarle una vida con todo tipo de lujos, como ella estaba acostumbrada.

Pensó en Sara, ella sí que era real. Necesitaba verla, sentir que en el mundo aún había algo que valía la pena.

Ella se sorprendió cuando abrió y lo vio ante su puerta, más aun cuando él le pidió que lo acompañase. Sin opción a pensárselo, Sara se encontró frente a su chalet. Para él fue verla y relajarse. Se lo contó todo: su vida era una farsa y ya no aguantaba más.

Él sirvió dos copas y cuando quiso darse cuenta, la tenía entre sus brazos. La subió a la habitación de invitados y allí comenzó a desnudarla, ella respondía con ansia.

Cerró los ojos, lo único importante para él en esos momentos era hacerla feliz, darle el placer que tanto se merecía. Fue un error abrirlos y ver el cuadro que su mujer se empeñó en comprar para decirle después que no le gustaba, pero que era de un pintor a tener en cuenta, él no recordaba su nombre ni le importaba. Volvió a cerrarlos y visualizó el mueble bar del salón, otro capricho. No pudo aguantar más, Sara no se merecía convertirse en la amante de un hombre casado y ni mucho menos, perder la virginidad allí, donde todo le recordaba a su mujer.

Se detuvo, cubriéndose la cara con las manos, esperando a que la respiración y los latidos de su corazón se ralentizaran. Le pidió perdón, abrazándola con fuerza, como si su vida dependiese de ello. Él lo arreglaría todo: pediría el divorcio y dejaría que las cosas se tranquilizaran antes de volver a verse, si no, los periódicos los destruirían y no quería que la gente pensase que su matrimonio se rompía porque había una tercera persona de por medio.

### 13. Esta vez invita Cristian

Cuando sonó el teléfono, Esteban se sorprendió, en la centralita solían apuntar los recados y los números de teléfono para después dárselos de una vez en una nota y él decidía si devolvía las llamadas o no.

—Buenos días. Al teléfono hay un tal Cristian que dice ser el padre de Beth. ¿Quiere que le pase la llamada?

—Sí, claro.

—Hola, chico. ¿Tienes a mi hija por ahí?

—Sí, Cristian, ahora te la paso.

Antes de colgar, marcó los números que correspondían a la extensión de Beth.

—Beth, es tu padre. ¿No sabe que puede llamarte sin pasar por centralita?

—¡Chico, te estoy oyendo! —voceó Cristian—. Pues claro que lo sé, pero el número está colgado bajo un imán en la puerta de la nevera de casa y yo estoy en el colegio. He tenido que buscar el número en la guía y no ponía la puñetera extensión.

—Papá, ¿ocurre algo?

—No, hija, es solo que estaba pensando en invitaros a comer. Esta tarde no tengo clase y me apetece una pizza.

—Cuenta conmigo. Ahora le pregunto a Esteban.

Este levantó la cabeza del ordenador al oír su nombre, aunque no se había perdido detalle de la conversación, y aceptó enseguida.

—Papá, cuenta con nosotros. A la una y media, cuando salgamos, iremos a la pizzería.

—Estupendo, díselo también a Joseph.

—¿Qué? —exclamó escandalizada—. ¿Cómo le voy a decir a mi jefe que venga a comer a la pizzería de Carlos?

—¿Cuál es el problema?

—Él está acostumbrado a otro tipo de restaurantes, más selectos.

—Anda, pásamelo y se lo digo yo.

—Papá, no creo que sea una buena idea.

—Beth, él nos invitó dentro de sus posibilidades económicas, si nosotros lo llevamos a un restaurante del mismo tipo, el resto del mes no podremos comer. Así que haz el favor de marcar su extensión para que hable yo con él. ¿Qué te apuestas a que dice que sí?

—Nada. Contigo siempre pierdo. Espera y le pregunto a Esteban.

—Mi padre quiere hablar con Joseph, ¿puede?

Esteban cogió de nuevo el teléfono y marcó una extensión.

—Joseph, el padre de Beth al teléfono, ¿puedes hablar con él?

Desde su mesa, Beth escuchaba una animada conversación:

«Por supuesto que iré a comer con vosotros. Me encanta la pizza».



Fue una comida muy agradable. Cristian y Beth conocían a todo el mundo y como otras veces, cuando el local se vació, Carlos le hizo una señal a Cristian y este le dijo a Joseph que le acompañase. Esteban y Beth, desde sus asientos, miraban divertidos cómo ambos se peleaban con un trozo de masa para darle forma circular.

Esteban cogió su móvil y les hizo varias fotos. Joseph parecía muy distendido, hacía mucho tiempo que no se le veía tan tranquilo y animado.

—Beth, mírame. —Esteban le hizo una foto y sonrió al ver el resultado, pensó en ponerla como fondo de pantalla, pero no, decidió que sería mejor una de los dos juntos. Se levantó y situándose tras ella, hizo un par de selfis después de que Beth se apoyara en él.

—Necesito ir al baño, ¿me acompañas? —le susurró Esteban al oído.

—No. Hoy está el jefe, pero el de verdad. No creo que sea buena idea.

Esteban pensó en decirle que era una cobarde, pero decidió que era mejor no desafiarla. Lo que si le dijo fue:

—Joseph no va a volver al periódico —informó mientras se sentaba de nuevo.

—¿Y eso?

—Tengo una entrevista con la revista *Glamour* —aclaró Joseph sentándose—. Débora lleva meses dándoles largas, pero después del reportaje de la gala, quiere volver a la palestra. ¡Ya veréis cómo lo consigue! Hoy debería estar comiendo con ellos, pero me ha salido un compromiso al que no he podido negarme.

—¡Brindo por ello! —exclamó Cristian haciendo chocar su copa con la de Joseph.

—Así que cuando terminemos aquí, me iré a casa a que me maquillen para que no salgan brillos en las fotos, si no, mi mujer se enfada porque dice que eso le roba caché. Esteban, cierra tú, ¿de acuerdo? —En cuanto se calló, se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—Claro, no te preocupes por eso.

—¿Qué vais a hacer vosotros?

—Pues terminar de montar la entrevista, clasificar las fotos que vamos a utilizar y si sobra tiempo, he pensado en que podríamos ir al albergue a llevarle a Héctor los rollos de papel para que empiece con las pancartas.

—Estupendo. Hacéis un buen equipo, ¿verdad, Cristian?

—Verdad, sí señor —afirmó sonriente.

Volvieron a escuchar las grabaciones y Esteban dejó que fuese Beth la que expusiese sus ideas para hacer el montaje, pues quería ver cómo trabajaba.

Estaba concentrada en los diálogos que estaba transcribiendo cuando sintió la mano de Esteban sobre su pierna. Se la quitó de encima sin miramientos, pero instantes después, él volvió a tentarla tocando su cuello con la yema de los dedos.

—Esteban, ¿quieres estarte quieto? Quiero terminar de hacer esto.

—Está bien, ahora vuelvo. —Se dio la vuelta y salió para cerciorarse de que ya no quedaba nadie.

Después, volvió a su mesa y encendió el ordenador para adelantar su trabajo.

—Perdona, necesito coger el bolígrafo azul —le avisó Beth al cabo de un rato metiendo la

mano por delante del ordenador.

—Toma. —Esteban se lo pasó sin mirarla, deseando que quitase la mano de en medio y lo dejase terminar.

—Necesito coger folios de tu impresora.

Cuando se estiró por encima de la mesa, Esteban observó que se había desabrochado un par de botones del vestido. «Así que se trata de eso», constató dejándola seguir con la farsa como si no se hubiese dado cuenta de nada.

—Ahí detrás hay un par de paquetes por empezar, puedes coger uno.

—Ah, vale, gracias —dijo Beth con desaliento.

Se dio la vuelta para dirigirse al armario, desistiendo de cualquier método de acercamiento, cuando sintió que una mano le rodeaba la cintura y perdía el equilibrio para verse lanzada sobre el regazo de Esteban.

—Oye, ¿se puede saber qué te pasa? —le preguntó mientras la sentaba a horcajadas sobre él.

Al acercársela de esa forma, su vestido se subió y dejó las piernas al descubierto hasta las caderas. Esteban la cogió de las nalgas y ella se acercó más a su entrepierna, que enseguida se despertó. En vez de retroceder, ella comenzó a friccionar con mucha lentitud.

—Dios mío, Beth. No hagas eso si no piensas llegar hasta el final —dijo él entre gemidos. Beth se retiró un poco y Esteban se arrepintió al momento de sus palabras.

—Es igual. Ponte como estabas.

Su miembro presionaba los vaqueros y Esteban quería liberarlo, pero no sabía cómo reaccionaría ella. La acercó más a su cuerpo y comenzó a besarla. Segundos después, ella se incorporó y llevó las manos de Esteban a sus pechos. Sí, la noche anterior se había dado cuenta de que aquello la volvía loca, sobre todo cuando cogía los pezones entre sus dedos y los estiraba un poco.

Sus miradas se encontraron, él bajó las manos hasta situarlas por encima de las rodillas de Beth y fue subiéndolas sin apartar la vista de sus ojos. Cuando llegó al elástico de sus bragas, notó como ella se tensaba, así que pasó de largo hasta llegar a su abdomen y trazó pequeños círculos alrededor de su ombligo mientras acercaba con lentitud la cabeza a sus pechos y les daba suaves besos a través del tejido, luego empezó a lamer los pezones que se insinuaban bajo la tela, sacó las manos de debajo de la falda, las puso sobre el escote sin apartar su mirada de la de ella y comenzó a desabrochar el vestido hasta que el sujetador quedó expuesto. Era de color negro, igual que las bragas, el conjunto era precioso, pero él se centró solo en el sujetador, que aunque precioso, en esos momentos le molestaba. Siguió el contorno hasta localizar el cierre, que se resistió un poco, y cuando liberó los senos, los abarcó con la palma de la mano y los masajeó para luego meterse un pezón en la boca mientras jugueteaba con el otro.

Beth gemía y se movía sobre su miembro. Volvió a coger sus nalgas para acercarla aún más si era posible, pero no hacía falta, ella se convulsionaba y jadeaba con fuerza.

En eso estaban cuando de repente, la puerta se abrió. Para ellos fue como un mazazo y ambos se quedaron quietos al instante.

—Se acaba de abrir la puerta, ¿verdad? —constató Beth apoyando la frente en la de Esteban.

—Verdad.

—Y el que la ha abierto sigue estando ahí detrás, ¿no?

—Sí —murmuró Esteban con un hilo de voz.

—Creo que el que está ahí podría volver a cerrar y darnos un par de minutos para recuperar un poco de nuestra dignidad —dijo Beth alzando la voz.

Pero la puerta seguía abierta y el que allí detrás estaba no parecía tener ninguna intención de irse.

—¡Joseph, cierra la puerta de una puta vez! —bramó Esteban.

Esta vez la puerta sí que se cerró y detrás de ella, un Joseph aturdido y sudoroso, se tapó los ojos con las manos mientras luchaba por respirar y se repetía una y otra vez: «No, no es ella, no es Sara, no puede ser Sara».

## 14. La noticia de Beth

El lunes por la mañana, Beth y Esteban llegaron juntos y se sorprendieron al ver que Joseph ya estaba allí. Una puerta entreabierta dentro del despacho le dio a Esteban la pista irrefutable de dónde había pasado la noche su jefe.

La pequeña estancia anexa la solían utilizar para arreglarse o descansar un poco cuando tenían que asistir a alguna cena o evento, pero Esteban sabía que, últimamente, él la ocupaba muy a menudo para otro fin.

—Bueno, deséame suerte —le dijo a Beth—. Espero que le hayan hecho un lavado de cerebro y haya olvidado la escenita del viernes. ¡Menudo corte!

—Yo sigo pensando que ese hombre pasa mucha hambre. Venga, mi héroe, tú puedes. —Beth aplaudía con descaro.

—Cariño, la puerta está abierta, te recuerdo que puede oírte Joseph y el resto del periódico.

—Exagerado. Venga, no lo alargues más y entra de una vez.

—Esteban, ¿puedes venir un momento? —exclamó Joseph desde la puerta—. Beth, por favor, no he desayunado. ¿Puedes bajar a la panadería y traerme un cruasán?

—Sí, claro.

En cuanto salió, Joseph le hizo un gesto a Esteban para que se acercase y cerró la puerta:

—Siento lo del viernes, no sé qué me pasó. Me pillasteis desprevenido y no supe cómo reaccionar.

—Tranquilo, queda olvidado. La culpa fue nuestra, empezamos de broma y la cosa se nos fue de las manos. No volverá a suceder.

Joseph sacudió una mano, como quitándole importancia al asunto, había otra cuestión que requería una respuesta y ya se le hacía cuesta arriba el tiempo que llevaba esperándola.

—Escucha, quería preguntarte algo, ¿cómo se llama la madre de Beth?

—Sara, ¿por qué?

—¡Lo sabía! ¿Cómo no me di cuenta antes? —Joseph se dio la vuelta llevándose las manos a su cabello plateado y tras sentarse en su sillón, lanzó una carcajada nerviosa mientras miraba a Esteban con un brillo renovado en sus ojos y una amplia sonrisa.

—Beth es como su madre. Fuimos amigos, ¿sabes? Así que se casó con Cristian. ¿Ya no están juntos? Bueno, son cosas que pasan, aunque pensándolo bien, no es el tipo de hombre que me imaginaba para ella, aunque Cristian me cae muy bien. ¿Dónde está ahora Sara?

—Joseph, Sara está muerta. Falleció hace unos años en un accidente de coche.

El rostro de Joseph adquirió un tono ceniza, intentó hablar, pero un nudo en la garganta se lo impedía, tenía los sentimientos a flor de piel. Su mente se negaba a admitir una realidad tan devastadora mientras su subconsciente le jugaba malas pasadas haciendo quinielas de lo que habría podido pasar de haber tomado una decisión distinta hacia toda una vida, le parecía todo tan lejano y tan cercano a la vez. Llevaba todo el fin de semana pensando en ella, incluso tuvo la

tentación de llamar a Esteban en varias ocasiones para obtener información antes. «Mi Sara muerta, no, no es posible. No lo es», se decía con amargura.

—¿Estás bien? —preguntó Esteban alarmado.

—No. Necesito descansar. Por favor, anula todas las citas de mi agenda y no me pases con nadie.

—Sí, ahora mismo me pongo a ello.

Beth estaba esperando fuera del despacho.

—Acabo de tener una conversación muy extraña con Joseph. ¿Sabías que conocía a tu madre?

—No. No lo sabía.

—Se ve que eran amigos y no sabía que había fallecido. Se lo ha tomado bastante mal.

Le vieron salir al cabo de unas horas, seguía muy pálido, con la cara hinchada y la mirada perdida.

—Beth, siento mucho lo de tu madre, era una mujer muy especial. —Le tocó la mejilla con suavidad, con una familiaridad nada propia de él, pero al instante, retiró la mano con brusquedad, como si le quemase, y parpadeó varias veces—. Bueno, chicos, nos vemos mañana, cuidaos. — Salió arrastrando los pies.

—¿No ves lo raro que está? —preguntó Esteban casi gritando—. Voy a ver su agenda por si tengo que hacer alguna llamada.

Cuando entró en el despacho de su jefe, algo llamó su atención, además del desorden que allí reinaba, vio unos papeles amarillentos por el paso del tiempo transcurrido desde que habían sido escritos. Los cogió con mucho cuidado y vio unas zonas circulares en las que el papel más clareaba. «Lágrimas», concluyó convencido mientras un nombre que no le cogió por sorpresa saltaba a la vista.

—Beth, ven un momento.

—¿Qué pasa?

—Mira esto. ¿Son de tu madre?

—Sí. —Cogió los papeles con una mirada nostálgica—. Sé que le gustaba escribir, mi padre siempre dice que era muy buena inventando historias.

—Aquí hay unas fotos. ¿Es esta tu madre? Aquí hay otra, está con Joseph y en la mano sostiene un diploma y un cheque.

—Bueno, ya sabemos de qué se conocían —corroboró.

—¿No te parece muy extraño todo esto?

—No, acaba de enterarse de que ha fallecido. Seguro que se ha acordado del relato y lo ha sacado, después de tanto tiempo, habrá tenido que rebuscar entre los archivos, por eso ha formado este desastre.

—Sí. Tienes razón —respondió Esteban no muy convencido, nunca había visto ese desorden en el despacho.

Al cabo de un rato, Esteban se acercó a su mesa.

—Beth, ¿Te gusta la comida china?

—Me encanta.

—Te invito a cenar esta noche. Pero tú y yo solos. No quiero tener delante a Dani, ni a tu padre, ni a los chicos. Quiero una cena de pareja.

—¿Me estás proponiendo una cita? —Beth sonrió levantando las cejas.

—Creo que sí. Una cena a la vista de todos, pero sin nadie incordiando.

—Me apunto. Voy a llamar a mi padre para decirle que no me espere.

—Perfecto. Voy a seguir trabajando —le dijo después de hacerle un guiño.

## 15. Juntos, pero no revueltos

Dani y Esteban estaban tomándose unas cañas cuando este último recibió un mensaje de WhatsApp.

—¿Quién es? ¿Beth? —preguntó Dani al ver su sonrisa.

—Sí.

—¿Habéis quedado para esta noche?

—No. Ayer salimos a cenar. Me acaba de decir que se lo pasó muy bien y a ver cuándo repetimos.

—Vaya, ¿Cuándo pensabas contármelo?

—En cuanto cierres el pico dos segundos seguidos. —Esteban entrecerró los ojos.

—Tienes razón. Falta muy poco para la feria de «Segundas oportunidades» y vamos todos como locos, pero está bien, me callo. ¡Cuenta! —Sonrió, se estaba divirtiendo.

—Fuimos al chino que hay cerca de la oficina. Esa chica es fabulosa. Estuvimos charlando y luego fuimos a bailar, cosa que le encanta. —Algo en sus ojos hacía pensar que estaba reviviendo ese momento

—¿Por qué no fuisteis al pub? Estábamos todos —quiso saber Dani.

—Pues por eso mismo. ¿Sabes que hasta ayer por la noche nunca tuvimos una cita los dos solos?

—Casi te la tiras, pero no la habías llevado a cenar. ¡Tío, eres un crack! —Dani se puso a reír ante el sonrojo de su amigo—. Dile que venga esta noche a ver *Yucatán*.

—Ahora mismo le escribo. Estaba esperando a ver si daba señales de vida.

Esteban se lo comentó, pero Beth le dijo que ya tenía planes para esa noche, había quedado con unas amigas.

—Menuda cara de desilusión, pues sí que te ha dado fuerte.

—Nunca me había sentido así. La veo todos los días en el trabajo y fuera de él, pero no sé en qué punto está lo nuestro. Me hubiera gustado que me incluyese en sus planes y conocer a sus amigas —concluyó con resignación.

—Dale tiempo. Si tú no sabes en qué punto está lo vuestro, igual a ella le pasa lo mismo y no quiere invadir tu espacio. Deberíais hablar más y enrollaros menos —aseguró riendo—, pero bueno, hay tiempo para todo. Mañana le propones otra salida de pareja y a ver qué pasa.

La película que fueron a ver después no les defraudó, salieron comentándola y riendo. Héctor, siempre al acecho, observó que se acercaban a ellos un grupo de chicas jóvenes muy animadas. Conforme se aproximaban, su vista se posó en una de ellas y una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Esteban, mira quién viene por ahí!

Iban vestidas todas igual, con vaqueros y una camiseta blanca en la que habían grabado una frase en rojo que decía: «Despedida de Estela». Una de ellas llevaba la camiseta distinta, era roja con las letras blancas y ponía: «Yo soy Estela».

Dani y Esteban se miraron de reojo porque la chica, aunque delgada, mostraba una pequeña protuberancia en la barriga, lo que explicaba su temprano matrimonio. Esteban se preguntó por qué Beth no le había comentado nada de aquellas amigas.

—Hola, Beth. —Se acercó a saludar Héctor antes de que Esteban tuviese tiempo a reaccionar.

Todas las chicas se giraron, eran siete u ocho, y no hacía falta fijarse mucho para constatar que habían bebido más de la cuenta.

Beth les presentó a sus amigas, pero cuando llegó el turno de Esteban, su piel comenzó a adoptar un subido tono rojizo.

Él detectó algo en sus facciones que no supo identificar, algo había cambiado en su semblante que provocó que la piel de la nuca se le erizase. Ella no se alegraba de verlo, de eso estaba seguro, y cuanto más pensaba en los posibles motivos, más nervioso se ponía. «¿Qué está pasando? ¿Por qué me esquiva la mirada?», se preguntaba.

Dani, previendo una inminente escena desagradable, cogió a Beth por la cintura.

—Hola, guapa. —Estaba incómodo, algo se le escapaba. Conocía a Esteban y sabía que no iba a dejar las cosas así, sin más, era un hombre que quería respuestas para todo, al fin y al cabo, para eso se había hecho periodista—. Preséntame a tus amigas —susurró mientras besaba su mejilla.

Esteban se quedó desolado cuando Beth cogió a Dani de la mano y se lo llevó con ella, dejándolo solo y sin ninguna intención de saludarlo ni de presentarle a nadie, no salía de su asombro. Al cabo de un momento, fue tras ellos.

—Beth, ¿no vas a presentarme a tus amigas?

—Sí, claro —respondió acalorada—, bueno, mejor no. No creo que sea una buena idea.

—¿Y eso, por qué? —preguntó Esteban contrariado. Al oír el tono de su voz, todos le miraron y guardaron silencio.

Beth lo cogió del brazo, insegura, sin atreverse a mirarlo a la cara, y se lo llevó a un rincón menos concurrido.

—¡Chicas, sigamos a lo nuestro! —exclamó una de las amigas con voz estridente—. ¡Ese tipo debe de ser Esteban, ¿verdad?! ¡Ese hombretón capaz de inmovilizarla contra la pared mientras la besa como un dios y con sus manos la lleva al paraíso!

Ocho chicas corearon la palabra «verdad» entrechocando sus manos mientras los chicos se partían de risa.

—El recatado de Esteban, quién lo iba a decir. ¡Esteban, semental, hazle perder el control, bésala como solo tú sabes hacerlo! —gritó Héctor entre carcajadas.

—Pero ¿qué coño estás diciendo? —preguntó Esteban achicando los ojos mientras veía que Beth se detenía y cogía aire contrayendo las facciones de su rostro mientras se giraba con brusquedad, buscando a la dueña de la voz que acababa de oír.

—¡Mierda, a la que haya sido la mato! —gritó Beth preparada para salir corriendo en busca de ella.

De forma instintiva, Esteban la cogió por la cintura y la levantó del suelo mientras ella pataleaba.

Dani, intentando mantener la compostura, miró a Esteban e imitó un beso de película. Este se relajó y atrayéndola con brusquedad, buscó su boca, quería darle un escarmiento por el susto que



acababa de darle cuando de pronto, sintió que las manos de Beth le rodeaban el cuello. «¡Mujeres! ¿Por qué tienen que ser tan complicadas? ¿Por qué nunca hablan claro? La madre que la parió», pensó besándola con intensidad, sin importarle nada ni nadie.

Cuando se reunieron con el resto del grupo, Esteban recibió palmaditas en la espalda junto con la guasa de sus amigos y dos besos en las mejillas, con sonrisa incluida, de cada una de las amigas de Beth.

Tras despedirse, ellas siguieron su camino y ellos se fueron al *pub*.

Un rato después, Esteban se sobresaltó y derramó parte del *whisky* que contenía su vaso cuando sintió que lo cogían de la cintura y le besaban el cuello con fuerza.

—Joder, Beth, qué susto. —Buscó al resto del grupo con la mirada—. ¿Qué hacéis aquí?

—Mis amigas piensan que sois unos chicos muy guapos y divertidos, así que cuando les he dicho que sabía dónde encontraros, pues eso, aquí estamos. Y yo también quería ver a mi chico —susurró pegándose a su cuerpo.

—Antes casi no me saludas y ahora resulta que soy tu chico —le espetó.

—¡Ay, Esteban, no seas malo! —Apoyando los brazos sobre la barra, gritó—: ¡Juan, pon una ronda de chupitos para todos!

Los vasitos desaparecieron antes de que llegaran a ser posados en la barra.

—¡Por nuestra Estela y por estos chicos tan guapos! —exclamó una de ellas.

Se oyó un entrechocar de cristales y una buena parte del líquido morado se deslizó por las manos de todas ellas, incapaces ya de mantener un mínimo de estabilidad.

—Anda, ve y diviértete con tus amigas, yo voy a saludar a Estela, que entre tanto ajetreo, la habéis dejado sola.

Beth bastante hacía con sostenerse en pie como para discernir si la acababa de regañar o la estaba animando, así que decidió pasar de todo y hacer lo que le había dicho.

—Enhorabuena, Estela —dijo Esteban.

—Gracias. —Una tímida sonrisa se insinuó en su rostro.

—¿Te diviertes? Cuando todos están por los suelos y tú no, la perspectiva suele ser muy distinta, ¿verdad?

—Ya te habrás dado cuenta de que no puedo beber, entre la boda y el embarazo... ha sido todo tan rápido... ¡Lo siento, son las hormonas!

Esteban, desolado, observó cómo Estela se ponía a llorar.

—Si necesitas algo, cuenta con Beth y conmigo. —Un suave roce en el brazo de la chica acompañó sus palabras—. Juan, ponle a mi amiga un licor de mora sin alcohol, y otro para mí. —Propuso un brindis—: ¡Por ti, Estela, para que te vaya todo muy bien y seas muy feliz!

Ambos sonrieron entrechocando sus copas.

—Eso no vale. —Beth se acercó tambaleándose—. No habéis contado conmigo. ¿Qué estáis bebiendo?

—El agua de los floreros —bromeó Esteban—. ¿Quieres?

Antes de que terminara de hablar, Beth ya le había quitado la copa y dado un buen sorbo mientras Estela, con una mano, se tapaba la boca para no reír y con la otra les decía adiós para dejarlos solos.

Beth amoldó su cuerpo al de Esteban, deslizando una mano entre ambos hasta detenerla sobre su miembro. Este se tensó ante tan íntimo contacto a la vista de todos.

—Tengo muchas ganas —susurró a su oído para acto seguido, morderle el lóbulo con fuerza—. Llévame al almacén.

—Imposible, está Héctor con una de tus amigas en él.

—¿Con cuál? —Beth se dio la vuelta, después de apartar las manos del cuerpo de Esteban, para ver cuál de sus amigas le había fastidiado los planes. Mientras las señalaba una a una con un dedo, iba diciendo sus nombres para descubrir a la que estaba ausente, pero como no enfocaba bien y las otras no se estaban quietas, se veía obligada a empezar una y otra vez.

—A este paso no lo vas a averiguar nunca. Es una chica pelirroja con el pelo largo.

—¡Ah! Debí suponerlo, siempre desaparece la misma. ¡Y tú tienes prohibido acercarte a ella! ¿Está claro?

—Clarísimo. Pues sí que te has vuelto posesiva —afirmó riendo—. De acuerdo, yo solo te miraré a ti.

—Pues llévame al coche o a tu casa. Donde sea, pero sácame de aquí.

Beth, con una sonrisa lasciva, volvió a bajar la mano hasta posarla sobre su miembro, al darse cuenta de que este crecía por momentos, su sonrisa se ensanchó. Esteban aspiró con fuerza, notando cómo su miembro palpitaba mientras ella lo abarcaba con la mano. Se lo estaba poniendo en bandeja, lo que más le apetecía era agarrarla y sacarla a rastras del local, pero muy a pesar suyo, al fin, decidió retirar la mano de Beth.

—No creo que sea buena idea, eres tú la que pone siempre los límites y no creo que en estos momentos estés en condiciones de hacerlo. No quiero que mañana me recrimines nada ni que nuestra primera vez sea así. Cariño, vuelve con tus amigas, antes de que me arrepienta.

Hizo que se diera la vuelta y sin apartarse de la intimidad que le procuraba el hueco entre la barra y el taburete de su derecha, la empujó hacia la multitud. Se quedó solo y excitado.

Al cabo de un momento, apareció Dani a su lado.

—¡Joder, cómo van tu chica y sus amigas!

—Acabo de rechazar a Beth —susurró con resignación—. Necesito un *whisky*, doble.

La mano de Dani se posó en su hombro.

—Estoy convencido de que lo necesitas. ¿Esteban?

—¿Sí? —afirmó él levantando la mirada.

—Eres un tío legal, has hecho bien.

Esteban alargó la mano y tanteó dentro de la barra hasta que encontró un bloc de notas y un bolígrafo. Tras escribir algo en una hoja, la arrancó y lo volvió a dejar todo en su sitio. Luego se acercó a Beth y tras doblar el papel delante de ella, se lo metió en el bolsillo trasero del pantalón.

—Buenas noches, cariño.

Ella le rodeó el cuello y lo besó. Con todo el autocontrol que pudo reunir, Esteban cogió las manos que le rodeaban y las apartó.

Se despidió de todos sin mirar atrás, consciente de que si lo hacía, no se marcharía solo.

Cuando Beth se acostó, un buen rato después, nada más cerrar los ojos recordó a Esteban

doblando un papel y manoseando su trasero. Se levantó de la cama de un salto, se dirigió al cesto de la ropa sucia y sacó de él sus vaqueros, no sabía si era un recuerdo real o producto de su imaginación, pero sentía curiosidad. Cuando vio la nota, se la acercó entusiasmada al corazón y después, la puso a la altura de sus ojos. Tras leerla, emocionada, comenzó a darle besos al papel. Cuando lo vio lleno de pintalabios, recordó que no se había desmaquillado y corrió a hacerlo, pues no quería que su piel absorbiese el maquillaje mientras dormía.

Cuando Cristian se levantó el domingo por la mañana, fue a la nevera a por un cartón de leche para desayunar y tropezó con un papel lleno de pintalabios rojo en forma de besos en el que aún se podía leer:

*Si mañana a las cinco estás en condiciones, te espero en mi piso.*

*c/. Pintor Sorolla n° 128, 4° piso, puerta 8, edificio A.*

*PD: Tráete el bañador, el código de la entrada es el \*48A.*

Cristian sonrió pensando en que esa nota no iba dirigida a él.

## 16. El apartamento de Esteban

Cuando el *GPS* le informó de que había llegado a su destino, se quedó asombrada. Era un barrio tranquilo, con altos edificios y un extenso parque muy bien cuidado. Bajó del coche y al acercarse, pudo distinguir un pequeño río con peces de colores y nenúfares que terminaba en un cercado con un embalse lleno de tortugas que tomaban el sol con sus cuellos estirados. También había varias zonas con columpios para distintas edades y varios caminos para pasear, a cada pocos metros de los mismos, a ambos lados, vio también bancos para sentarse.

La sobresaltó una voz a su espalda:

—Hola, Beth. He bajado a esperarte y me ha sorprendido ver tu coche vacío. ¿No me das un beso? —La cogió de la cintura y la besó con lentitud—. ¿Cómo va tu resaca?

—Pues ahí está —respondió con un guiño—. Por cierto, gracias por no aprovecharte ayer de la situación, me siento muy violenta. Ya sabes que yo no me suelo lanzar de esa manera —balbuceó mientras enrojecía.

—No te preocupes. Además, esta noche sí que pienso... aprovecharme de la situación. —Vio que Beth se detenía y miraba su coche—. Vamos, cariño, no seas niña, ayer casi me lo suplicaste. ¿Acaso pensabas que estando solos en mi casa no iba a pasar nada? —Acarició su cara con suavidad—. Como ya te dije, tú pones los límites y sabes que yo nunca los rebaso, puedes confiar en mí. —La acercó a su boca, estaba tensa y eso no le gustó—. ¿Has traído el bañador? Podemos meternos un rato en la piscina, viene genial para la resaca.

—Está en el maletero.

Esteban cogió la bolsa y dándole la mano, la obligó a caminar hacia el edificio. Si por fuera ya le había causado buena impresión, el interior no la defraudó. Abarcó todo lo que pudo con la mirada: el parque infantil, la pista de pádel, las zonas ajardinadas...

—Esteban, ¿dónde está la piscina?

—En la azotea, y el gimnasio, en el sótano.

—Oye ¿Y tú cómo puedes costearte esto? —Ya no lo veía como su compañero de trabajo, con el que tenía mucho *feeling*, de repente, Esteban se había convertido para ella en alguien inalcanzable.

—Con una hipoteca, como todo el mundo —afirmó divertido, pero vio un gesto de duda en el rostro de Beth y decidió darle más explicaciones—. Hace un par de años hice un reportaje sobre pisos de lujo que no se habían vendido y los bancos querían deshacerse de ellos porque les suponía un gasto bastante considerable de comunidad. Beth, este me costó mucho menos de lo que supones, pero la verdad es que pago un dineral por gastos de comunidad, en eso tenían razón ellos. Y hablando de costos, soy yo el que aprueba las nóminas. ¿No has notado nada este último mes? —La miró arqueando una ceja.

—Sí. —Lo abrazó soltando una risa contagiosa—. Me han subido el sueldo.

Cuando llegaron ante el ascensor, Esteban abrió la puerta y la dejó pasar mientras ella seguía

riéndose emocionada.

Un recuerdo cruzó por la mente de Esteban: «El hombretón capaz de inmovilizarla contra la pared mientras la besa como un dios y con sus manos la lleva al paraíso». Sin pensárselo demasiado, le atrapó las manos y las alzó sobre su cabeza, inmovilizándola y adueñándose de su boca, la besó con urgencia, no dando tregua a su lengua, que danzaba nerviosa en el interior. La risa de Beth se transformó en un jadeo.

—Beth, cariño, me vas a volver loco. Entra y ponte el bañador antes de que me lo piense mejor y no te deje salir de la habitación.

El piso de Esteban tenía un amplio y luminoso comedor, en el que destacaba un sofá en forma de L y una mesa baja ante él, debajo del cristal de la misma se veía una consola con todos sus accesorios y enfrente, un televisor de 50 pulgadas colgado de la pared. La decoración era bastante escasa.

La llevó a su habitación para que se cambiara y Beth pudo ver que era de estilo *vintage*. En ella solo había una cama de ciento cincuenta centímetros de ancho con dos mesitas a los lados, una cómoda con un espejo encima y un armario de tres puertas de color vainilla y con unas rallas entrelazadas de distintas tonalidades marrones en la parte superior e inferior de ambos muebles. Aparte de una colcha también marrón y unas cortinas a juego, no había ningún objeto de decoración. Aunque era preciosa, Beth pensó que si aquella habitación fuese suya, pondría un par de cuadros encima del cabecero.

Abrió una puerta y un agradable olor a coco inundó sus fosas nasales, observó el frasco de gel donde aún podían verse restos de gotas de agua formadas por la condensación del vapor y una toalla, que aunque estirada se veía que estaba húmeda, recién usada. Volvió a aspirar con fuerza, cerrando los ojos e imaginando que era ella la que con sus manos secaba el cuerpo de Esteban. Unos golpes en la puerta la devolvieron a la realidad.

—Beth, ¿quieres darte prisa? O sales ya o entro a por ti. Yo también tengo que cambiarme

Cuando abrió la puerta, llevaba puesto un bikini negro estampado con unas hojas verdes y flores rojas, la sonrisa de Esteban le transmitió que le gustaba lo que veía. Cogió su vestido playero, levantó los brazos y dejó que se deslizase con suavidad sobre su cuerpo, sabiendo que Esteban no se perdía detalle de ninguno de sus movimientos, pero cuando puso una rodilla encima de la cama estirándose para alcanzar el neceser, oyó que la puerta del baño se cerraba a sus espaldas.

Al cabo de unos minutos, subieron a la azotea. Esteban giró la llave y ante los ojos de Beth apareció una piscina con un *jacuzzi* y varias hamacas. Una cubierta de plástico transparente lo envolvía todo y él le dijo que en verano se apartaba a un lado y quedaba toda la azotea al descubierto.

Esteban saludó a una pareja joven que se unió a ellos en el *jacuzzi* y antes de que se marcharan, quedaron en llamarse algún día para salir a cenar los cuatro. La mirada que se cruzaron Beth y Esteban demostró que les gustaba su nueva faceta como pareja.

Cuando volvieron a la habitación, Beth preguntó:

—Esteban, ¿no hay otro baño?

—Sí, pero no lo utilizo nunca, oye, ¿y si nos duchamos juntos? —le propuso con voz seductora

mientras con el dedo le recorría el cuello.

—¡Ni de coña!

—Pues no sabes lo que te pierdes.

—Oye, ¿tú lo has hecho muchas veces? —En su voz se percibía un matiz de celos.

—No, Beth, no lo he hecho nunca, y no sabes cuánto me apetece en estos momentos.

Ella se pegó a su cuerpo, buscando su boca, y comenzó a acariciarle la espalda. Esteban la besó con suavidad, no quería que se asustase y le pusiese límites antes de empezar. Sintió que ella se separaba un poco para poder acariciar su pecho, la expresión de su cara delataba el estado de excitación en el que se encontraba, se mordía el labio mientras movía la mano despacio.

Esteban aprovechó esa separación para tocar sus pechos y encontró sus pezones duros, como ya esperaba, y sin perder tiempo, buscó el cierre del biquini para dejarla desnuda de cintura para arriba.

—Espera un momento. —Con una mano le dio un fuerte tirón a la colcha y la dejó caer al suelo.

La besó de nuevo con fuerza mientras la obligaba a caminar de espaldas hasta que tropezó con la cama y con un pequeño empujón, la tumbó en ella. Beth puso los pies sobre el colchón y con una risa nerviosa, intentó huir de él, que la persiguió con movimientos felinos, muy despacio, sin apartar la mirada de su rostro y con una sonrisa que decía: «En cuanto te pille, vas a saber lo que es bueno». La mesita de noche le impedía cualquier escapatoria, aunque tampoco era eso lo que pretendía. Esteban posó las manos en sus pantorrillas y fue subiendo con una lentitud exasperante hasta que llegó a la cara interna de sus muslos. La risa de Beth se transformó en un gemido cuando las manos de Esteban tocaron el elástico de su biquini.

—Esteban, yo pongo los límites, el biquini se queda en su sitio. —Gimió cogiendo su mano para enseguida volver a soltarla cuando él respondió.

—Está bien. —Pero para sí mismo añadió: «De momento»—. Tranquila, cariño, tú mandas.

No retiró la mano, el biquini seguía en su sitio, él solo acariciaba los bordes y cuando la apartó, lo hizo con movimientos lentos y suaves por encima de la tela, haciendo que uno de sus dedos se hundiese con suavidad allí donde la tela cubría su feminidad, ella levantó la cadera con un movimiento instintivo. Esteban la miró mientras se apoderaba de sus pechos y tras un pellizco en cada uno de sus pezones, los lamió con intensidad mientras oía cómo ella gemía mientras le apretaba la cabeza. Siguió subiendo para cogerla por el cuello con las dos manos y acercarla a su boca, se besaron con ansia.

Beth no podía estarse quieta, sus caderas buscaban un contacto más íntimo. El miembro de Esteban le presionaba la entrepierna y eso la hacía sentirse poderosa, viva, le gustaba percibir ahí su dureza. Notó que la mano de Esteban se acercaba a la zona prohibida, pero antes de darle tiempo a protestar, él la retiró y comenzó un lento movimiento de vaivén encima de ella, hacia delante y hacia atrás, incrementando la velocidad cada vez.

—Beth, cariño, última oportunidad, ¿puedo...? —le costaba hablar, apenas podía controlarse.

—No —soltó ella entre gemidos.

—Beth, cariño, estoy a punto...

Su voz entrecortada y la expresión de su rostro le indicaron a Beth mucho más de lo que ella estaba dispuesta a entender. Un instante después, él gimió con fuerza y se desplomó sobre ella.

—¿Esteban? —preguntó con timidez.

—¿Sí, cariño? —Se incorporó y tras sacar un paquete de clínex del cajón de la mesita, la limpió con cuidado mientras ella observaba fascinada—. Beth, ¿de veras eres tan inocente? —preguntó extrañado.

—Bueno, sí. El sexo es mi asignatura pendiente.

—¿Por qué? Nadie lo diría por la forma en que respondes a mis caricias.

—No lo sé.

Él puso la mano sobre el biquini y empezó a moverla con lentitud.

—Tranquila, solo quiero darte placer, no pasa nada.

La beso con lentitud. El biquini estaba empapado, supuso que de la piscina, pero intuyó que también de excitación, así que profundizó en el beso al tiempo que metía la mano bajo la prenda, no se equivocaba, su sexo se tragó los dedos empapándolos al momento. Él no daba tregua con su lengua, quería tenerla atrapada con sensaciones múltiples, buscó su clítoris y ella, de inmediato, se convulsionó sin control, gimiendo con desesperación, casi llorando de placer mientras pronunciaba su nombre.

La abrazó con fuerza mientras ella se enroscaba entre sus brazos y tras llevarla hasta el clímax, se quedaron los dos relajados y abrazados en silencio. Al cabo de un rato, Esteban comprobó que la respiración de Beth se había ralentizado, tenía los ojos cerrados y mostraba una bonita sonrisa.

—Te quiero —murmuró mientras la besaba con suavidad para no despertarla. Ella se revolvió en sueños, lo abrazó con fuerza y se acopló a su cuerpo.

Esteban la miraba embelesado, hacía bastante rato que ella dormía entre sus brazos. La sacudió con suavidad.

—¡Beth, despierta!

—Hola.

Ese simple saludo le supo a gloria, no sabía cómo respondería ella después de haberse saltado los límites.

—Hola. ¿Tienes hambre? Nos damos una ducha y te invito a cenar.

—¿No podemos cenar aquí? —preguntó somnolienta.

—Tengo pizzas en el congelador. ¿Te apetece?

Ella asintió y cerró los ojos de nuevo.

Esteban se encontraba en el comedor con unos DVD en la mano. Se decidió por un cantautor melódico que tenía unas letras preciosas. Observó la mesa en la que había puesto las pizzas y dos coca colas, pensando en que no era el tipo de cena que había imaginado con ella en su casa. Le hubiese gustado tener una botella de vino y unas velas para crear ambiente, pero no tuvo muy claro que ella llegara a presentarse y un domingo no era fácil conseguir esas cosas. Cenaron callados, con Pablo Alborán de fondo. Beth seguía la letra en su cabeza.

*«Tú me has hecho mejor, mejor de lo que era y entregaría mi voz a cambio de una vida entera. Tú me has hecho sentir...».*

—Beth, ¿estás aquí? —La miró con preocupación porque ella parecía ausente.

—¡Eh! Sí, perdona —contestó con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Si estás mal por lo de antes, lo siento. No he respetado tus límites y no sabía que también los

hubiera para mí. —Una mueca escapó de entre sus labios sin que se percatase—. Siempre me pones a cien y después, nada. Beth, por favor, di algo. Me estás poniendo nervioso —aseguró sin saber qué más decir.

Beth se acercó a él, lo abrazó con suavidad y se puso a llorar. Esteban la miró asombrado, sin saber a qué se debía su llanto.

—Lo siento. ¡La echo tanto de menos!

—¿Qué? ¿A quién? Beth, ¿qué está pasando? —Le levantó la cara, acarició su mejilla con ternura y buscando su huidiza mirada, susurró—: ¿Por qué no me lo cuentas?

Ella respiró hondo con los ojos cerrados y poco a poco, los abrió antes de empezar a hablar.

—Yo tenía catorce años cuando mi madre murió. Una de las últimas conversaciones que tuvimos fue la típica entre una madre y su hija a esa edad, sobre sexo. Lo recuerdo como si fuese ayer. Me dijo que yo le recordaba mucho a ella cuando era joven, cuando lo vivía todo con una intensidad tremenda. Me aconsejó que con el amor y el sexo tuviera mucho cuidado, que debía procurar no abrir mi corazón al primer hombre que me regalase palabras bonitas y un maravilloso futuro, que esperara a que me demostrara con hechos lo que sus palabras decían porque a estas se las lleva el viento, que esperase, sin prisas. Y sobre todo, que nunca me escondiera, hiciera lo que hiciera, porque de ese modo, sabría que no estaba haciendo nada malo o que pudiese perjudicarme.

—Me hubiese gustado conocerla, tu madre debía de ser una mujer muy especial —susurró.

—Murió poco después y sus palabras se me quedaron grabadas a fuego por lo que descubrí al poco tiempo.

Beth levantó la cabeza y una sombra de duda atravesó su mirada, Esteban, sintiendo que iba a detenerse, le apretó la mano con suavidad para infundirle fuerza.

—Tía Esther vino a vernos un tiempo después. Era la mejor amiga de mi madre. Yo me había ido a la cama y al cabo de un rato, tuve sed, así que salí a por un vaso de agua y les oí hablar. Esther quería que yo fuese ir a vivir con ella. Cristian la miraba boquiabierto, con lágrimas deslizándose por su cara. Ella le decía que estaba dándole la oportunidad de empezar de cero, sin ninguna carga a sus espaldas, pero Cristian se puso furioso, nunca he vuelto a verlo así, y le dijo que saliese de su casa, que yo no era ninguna carga, que acababa de perder a su mujer y que no iba a consentir que le arrebatasen también a su hija. Esther le dijo que lo hacía por su bien porque, total, tampoco era su hija biológica. Supongo que hice algún ruido porque ambos se giraron en el mismo momento. Cristian corrió a abrazarme y me dijo que estuviese tranquila, que nadie nos separaría.

—Y Esther, ¿qué hizo? —preguntó con voz pausada.

—Se marchó y desde ese día, no he vuelto a saber nada de ella. Cristian y yo estuvimos hablándolo una vez y decidimos olvidarnos de todo y no volver a sacar nunca más el tema. Me dijo que él era mi padre, el padre más feliz del mundo, y que tenía a la mejor hija que jamás hubiese podido soñar. Quiero muchísimo a Cristian, pero hecho tanto de menos a mi madre que sigo pidiéndole consejo y hablando con ella, siento que sigue aquí, conmigo. No estoy loca, ¿verdad?

—Claro que no. —Esteban la cogió entre sus brazos cuando vio que ella dejaba el trozo de



pizza sobre el plato y que lo buscaba para apoyarse en su pecho. Un rato después, tras prepararle una infusión, la llevó a la habitación.

Esteban, a su lado en la cama, se perdía en sus cavilaciones. «Cristian no es su padre, ¿quién lo diría?». Nunca había visto tanto cariño entre dos personas. Se fijó en los números luminosos del despertador de su mesita, marcaba las 22:50, y tras pensárselo un momento, cogió el móvil y le envió un mensaje:

*«Beth está conmigo. Pasará la noche aquí, ¿ok?».*

Vio que el móvil de Cristian se ponía «en línea» y que aparecían dos iconos azules. Al momento, cambió a «escribiendo»; 22:52, otra vez «en línea»; 22:53, «escribiendo». Lo dejó sobre la mesita y cuando vibró, le echó un rápido vistazo, recibió como respuesta un simple «Ok». Se preguntó qué estaría pasando en esos momentos por la cabeza de Cristian y, más que nada, en qué momento habría aparecido Cristian en sus vidas. Aquella era una pregunta que esperaba poder formularle algún día.

*«Buenas noches, Cristian»*, escribió Esteban.

*«Buenas noches. Cuida de ella»*, respondió Cristian.

Beth se despertó sobresaltada, el reloj marcaba las 3:20, y encendió la luz, alarmada.

—Mierda, tengo que irme. Esteban, ¿por qué no me has despertado? Cristian estará preocupado.

—Cristian ya sabe que estas aquí, conmigo.

—¿Qué? —voceó ella con una mirada acusadora.

—Necesitabas descansar y además, ya sabes que no hay que esconderse de nada.

—Gracias por aguantar mi escenita —balbuceó.

—De nada, cariño. ¿Cómo te encuentras?

Ambos estaban acostados, mirándose a los ojos, Beth sonrió y metiendo la mano por dentro de la parte superior del pijama de Esteban, acarició su piel.

—Mucho mejor.

—Beth, si no quieres, no va a pasar nada. —Su mano se posó encima de la suya y ella la apartó con una sonrisa maliciosa.

—Claro que quiero. Nunca había estado así con un hombre y quiero explorar —concluyó pellizcando uno de los pezones de Esteban.

Este se levantó de un salto, dejándola perpleja, y con un rápido movimiento, se deshizo de medio pijama. Acto seguido, se arrodilló sobre la cama y entre risas comenzó a forcejear con ella mientras le quitaba la ropa, dejándola solo con una pequeña braguita de encaje. Volvió a levantarse y con una mueca, se señaló el pantalón.

—¿Puedo?

Al ver que asentía, se lo bajó con movimientos comedidos, dejando al descubierto un eslip tensado por su miembro erecto. Con una pose teatral, se tumbó sobre la cama con los brazos y las piernas extendidas mientras exclamaba:

—¡Soy todo tuyo, explora lo que quieras! —Un levantamiento de cejas y una sonrisa que llegó hasta sus ojos acompañaron sus palabras.

Sintió las manos de Beth tocando su pecho con suavidad, las yemas de sus dedos se movían con lentitud. Bajó hasta su ombligo e hizo pequeños círculos a su alrededor, aumentando su diámetro conforme cogía más confianza y seguridad. Siguió bajando hasta llegar a la cara interna de sus muslos, Esteban se puso en tensión. Ella sustituyó las manos por su boca y subió de nuevo hasta su pecho, respiraba aceleradamente y se dejó caer encima de él, buscando su boca con desesperación.

Esteban pensó en darle la vuelta y colocarse encima, pero no, ella le había dicho cuál era su intención, quería explorar, y aún quedaba mucho terreno por descubrir. Respiró hondo y cogiéndola por la cabeza, la deslizó de nuevo hacia abajo.

Ella estaba fascinada, Esteban era todo lo que cualquier mujer podía desear. Sintió que algo presionaba su barbilla y se quedó mirando el eslip, que estaba tenso por la expectación, a través de la tela se intuía un bulto que en condiciones normales no debería sobresalir de esa forma. No se atrevió a mirarlo a la cara, puso la mano sobre el bulto y fue moviéndola para abarcar las partes que se apreciaban.

Esteban se sorprendió, ella tanteaba con suavidad por debajo de la goma de su eslip con la yema de los dedos, fue como si le hubieran soltado una descarga eléctrica cuando, sin previo aviso, se lo bajó, dejando su miembro libre, este saltó con fuerza y se quedó erguido. Beth sonrió mientras lo miraba con fascinación y lo cogía con determinación, haciendo resbalar su mano sobre él, recorriendo cada centímetro.

Observó cómo Esteban cerraba los puños aprisionando la sábana con fuerza, aumentó la velocidad y él jadeo, ella sonrió levantando la mirada y se quedó deslumbrada, su expresión la sorprendió, tenía los ojos cerrados y con la boca entreabierta dejaba salir el aire con suavidad, debió presentir su mirada porque abrió los ojos y los dejó fijos en los de ella.

—Beth, cariño. Por lo que más quieras, no te detengas ahora —suplicó.

Se sintió especial bajo su mirada, un sentimiento desconocido la embargó, Esteban elevó las caderas con un último gemido antes de que Beth bajase la vista hasta su mano y viese cómo el resultado de su excitación escapaba de su confinamiento. Se quedó maravillada al unir su mirada con la de Esteban, la expresión de su rostro decía más que cualquier palabra.

—Esteban, ¿podrías hacerme lo mismo que ayer?

Él sonrió mientras le acariciaba la clavícula, descendió despacio hasta sus pechos, los mimó con esmero y siguió bajando para recorrer el encaje de su tanga con los dedos.

—¿Puedo? —preguntó antes de quitarle lo único que llevaba encima. Se puso de rodillas delante de ella y Beth levantó las caderas para facilitarle la labor, él no dejó que cerrara las piernas y se colocó entre ellas, Beth se tensó cuando vio que él bajaba la cabeza.

—Esteban, ¿qué haces? —jadeó.

—Llévate a donde llegaste ayer.

Una vez sus cuerpos fueron satisfechos, se abrazaron mientras sus respiraciones se normalizaban. Les pareció que habían pasado solo unos minutos cuando una suave melodía les devolvió a la realidad.

—¡Esteban, apaga eso! —exclamó Beth tapándose la cabeza con la almohada.

—Cariño, son las siete y cuarto. Hora de levantarse, hay que ir a currar—. Se quedó

contemplando su cuerpo desnudo, preguntándose si habría tiempo para repetir, pero un cojinazo lo sacó de sus ensoñaciones.

—¡Deja de mirarme de esa manera y levántate!

Unos minutos después, Esteban oyó como aporreaba la puerta del baño.

—¡Date prisa, que voy a llegar tarde! Tengo que pasar por casa, no tengo nada que ponerme — exclamó Beth irritada.

—Ya está. —Esteban abrió la puerta envuelto con una toalla. Miró a su alrededor, todo estaba desparramado por el suelo, su bikini había ido a parar encima de la colcha, que estaba toda enrollada, al igual que sus braguitas. Se quedó mirando el pantaloncito vaquero y sonrió, sin proponérselo, al imaginarla entrando en el despacho con eso.

—¡Y si dejas de sonreír y te echas a un lado para que yo pueda ir adelantando! —exclamó contrariada.

—Sí, señora. Pues sí que te levantas de mala leche —sonrió mientras se echaba a un lado.

## 17. Simples vecinos

Antes de entrar en la oficina, vio que tenía un wasap de Esteban:

*« Le he dicho a Joseph que te he enviado al archivo para que me busques un documento, cuando llegues, tráenos el café y salúdalo a él. A mí no, porque acabas de verme.*

*PD: Acabo de dejarte y ya te echo de menos».*

Después de llevarles el café, volvió a su mesa y vio el recetario de cocina. Sin esperar instrucciones, comenzó a transcribirlo.

Cuando salieron del despacho, Esteban captó un asentimiento por parte de Joseph y sonrió, se sintió orgulloso por la iniciativa de su chica, pero de súbito, enrojeció cuando en su mente trasladó esa iniciativa a otros aspectos.

Beth apartó su mirada del ordenador, había oído que la puerta se abría, pero la conversación y los pasos se habían detenido. Sus dos jefes la estaban mirando con una sonrisa. Sintió cómo enrojecía, recordando que no le había dado tiempo de maquillarse, lo que hizo que el tono de su tez siguiese subiendo con intensidad.

Volvió a concentrarse en su ordenador, pero no lo consiguió, las miradas de los dos continuaban taladrándola mientras ella imaginaba un montón de escenas en las que prefería no pensar en esos momentos. Se prometió a sí misma decirle a Esteban que eso de hacerlo todo público tenía unos límites. Pasaron tan solo unos segundos, pero a ella le parecieron una eternidad.

—¿Se puede saber por qué me miráis así? Esteban, ¿qué le has contado?

—Nada, cariño. Nada de nada —balbuceó enrojeciendo con intensidad.

Joseph no pudo contener la risa, el enrojecimiento de ambos y el «cariño» que se le había escapado a su asistente le dio varias pistas. Cuando Joseph se encerró en su despacho, continuaron oyendo su risa.

—Yo no he dicho nada, Beth, te has delatado tú solita. De todos modos, el otro día nos pilló en pleno asalto —recordó con una pequeña sonrisa.

—Ahora ya no se puede hacer nada. Cristian, mi padre —puntualizó—, nos espera para merendar.

—De acuerdo, ¿cómo se lo ha tomado?

—Bueno, me ha dicho que parece un buen chico, pero que vaya con cuidado. Le he explicado que tuve una crisis y que terminé hablando más de la cuenta. Entonces ha comentado que si yo puedo pasar la noche en tu casa, tampoco tendrás tú ningún problema en venir a merendar a la nuestra —terminó con una sonrisa condescendiente y bajó la mirada.

—Beth, mírame. —Le puso las yemas de los dedos bajo la barbilla para levantar su cara—. No tengo ningún problema en ir a merendar con tu padre —aseguró—. No hemos hecho nada malo, nada de lo que debamos avergonzarnos. —Ella le rodeó la cintura con los brazos mientras apoyaba la cabeza en su pecho y cerraba los ojos.

Cuando salieron de la oficina, fueron a casa de Beth. Esteban entendió entonces la reticencia de ella a que viera su piso. Ya había estado una vez allí, pero no se fijó en nada que no fuese ella. Observó con más atención su barrio, céntrico y ruidoso, de calles estrechas y aceras desniveladas. El piso era acogedor, pero antiguo y pequeño.

Les abrió un Cristian meditabundo y les hizo pasar al pequeño comedor, donde les esperaba una bandeja con café, leche, zumos, varias piezas de bollería industrial y unas barritas de *muesli* con frutos rojos. Beth atacó las barritas, como Esteban había previsto, mientras los hombres daban buena cuenta de la bollería. Esteban pensó que en cuanto llegase a casa, debería bajar al gimnasio porque los cruasanes rellenos de chocolate eran su perdición.

Cristian sacó el tema, no sin antes preguntarle a Beth si estaba preparada para oír toda la historia. Afirmó que ya que «la caja de Pandora» había sido abierta, tal vez había llegado el momento de empezar a investigar, y quién mejor que su hija y su yerno periodistas.

—¡Papá, no te pases! —le reprendió Beth.

—A ver, hija, ¿seguro qué quieres oírlo? Hay una parte de todo esto que tú ni sospechas. — Ella asintió mientras cogía la mano de Esteban—. ¿Por dónde empiezo? —murmuró abstraído.

—¿Cómo las conociste? —preguntó Esteban.

Cristian sonrió, «periodista hasta la médula», se dijo.

—Conseguí una plaza de profesor y alquilé el piso de aquí al lado. Mis vecinas eran dos chicas guapísimas y una niña de unos tres años.

—¿Yo? —preguntó Beth.

—Sí, pequeña, tú. —Sonrió con cariño—. Enseguida me di cuenta de que no iba a aparecer ninguna figura paterna. Esther era decidida y dinámica y a Sara la envolvía un halo de melancolía que me intrigaba, solo tenía ojos para su hija. Trabajaba dando clases particulares, haciendo traducciones o limpiando casas. Me enamoré de ella desde el principio. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y Beth soltó la mano de Esteban para sentarse junto a su padre—. Tranquila, estoy bien. Sigamos. Le comenté a tu madre que si te apuntaba en mi colegio, yo podría llevarte y traerte para que ella dispusiera de más tiempo. Me respondió que lo pensaría y al final, aceptó. Durante el curso siguiente lo hicimos así y la gente se acostumbró a verte siempre conmigo. Tú me llamabas papá y yo no lo desmentía. Esther comenzó a salir con un chico y me explicó que querían trasladarse a Madrid, pero que no quería dejaros solas. ¡Fue mi oportunidad! Le dije a tu madre que si Esther se iba, ella sola no podría con todo, y le ofrecí un trato: ¡Qué nos casásemos! Yo le daba protección y respetabilidad, como si de una figura paterna se tratase, y a ambos nos venía bien tener compañía, nos llevábamos muy bien y sabíamos a qué atenernos ¡Fue todo tan fácil! Acordamos que yo pagaría un alquiler, el piso era suyo, y con eso cubriríamos los gastos. Así que me trasladé a la habitación de Esther en cuanto esta se quedó libre.

—¿Qué? ¿Fue solo un acuerdo? Pero si erais la pareja ideal, siempre os he visto muy enamorados y felices. —Beth no salía de su asombro.

—Eso llegaría después. Tú eras muy pequeña por aquel entonces, íbamos juntos a todas partes, pero tu madre y yo no manteníamos ningún tipo de contacto íntimo, eso lo dejó muy claro Sara desde un principio. Pasados varios meses, un día, cuando volví a casa, vi que tú no estabas y me sorprendí. Sara me dijo que habías ido a pasar el fin de semana con Esther. Me cogió de la mano,

cosa que nunca antes había hecho, y me llevó al comedor. Había preparado una cena romántica, con música, velas y copas de cristal para el vino, no me lo podía creer, aquello era un sueño hecho realidad. —Cristian no podía controlar sus emociones, las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Esteban le pasó un paquete de clínex después de coger un pañuelo para él mismo. Todos estaban conmovidos, con las emociones a flor de piel, pero había que seguir—. Sara brindó por cortar con el pasado y darse la oportunidad de ser feliz a mi lado. Se había dado cuenta de que no todos los hombres somos iguales, de que aún hay algunos en los que se puede confiar. Esteban, ¿eres tú uno de ellos?

—Sí, Cristian, lo soy —dijo secándose las lágrimas.

—Encontradlo, por favor. Necesito respuestas. ¿Cómo se puede dejar a una cría embarazada y desaparecer sin mirar atrás? Sara tuvo el corazón encogido durante años, quiero que me traigáis al malnacido que le cortó las alas a la única mujer que he amado.

—¿Cristian? —Esteban esperó a que este levantase la mirada—. Sara ya no está y tú tienes una hija que te adora, ¿estás seguro de que quieres remover el pasado? Sabes que no habrá vuelta atrás, ¿verdad?

—¡Lo sé! Llevo años pensando en ello, por eso os lo pido a vosotros, yo no tengo fuerzas, cada pequeño detalle sería como si me clavasen un puñal, encontradlo y traédmelo, por favor —rogó.

No quedaba nada de aquel bonachón de sonrisa afable, solo veían a un hombre deshecho tras haberse liberado de una losa que cargaba durante años.

## 18. La Feria de «Segundas oportunidades»

Esteban tocó el claxon y enseguida, varios adolescentes salieron a descargar. En el maletero había maderas para terminar de hacer los estantes, tablones para las mesas, rollos de papel para hacer los tapetes y otros materiales. Todos estaban atareados, formando un bullicio que a Beth le encantaba y al que Esteban había terminado por acostumbrarse hacía años.

—Gracias, Beth. Los recetarios han quedado geniales.

—Sí, los dibujos que ha hecho Héctor están muy bien y las tartas tienen una pinta estupenda, seguro que te lo quitan todo de las manos —comentó Beth.

—Eso espero. Acaban de llegar las cajitas para la bisutería. ¡Vamos a ver cómo han quedado!

Beth se giró para ver de qué estaba hablando y para su sorpresa, vio que era Celeste la que transportaba la caja mientras una de las chicas hurgaba en su interior.

—¡Chicas, acercaos! Cuando vendáis algo, lo ponéis aquí dentro. En la solapa está el teléfono y el correo electrónico del albergue por si alguien quiere hacer un pedido. ¿Entendido?

—¡Entendido! —corearon todas riendo.

—Ahora, poneos todas los complementos de bisutería, hay que promocionar lo que vendemos. —Varias manos hurgaron en el interior de la caja y Beth, tras escoger varios de ellos, se miró en el espejo para ver cómo le quedaban mientras observaba que, detrás de ella, una de las chicas elegía los complementos para Celeste.

—Joder, esta tía me pone de los nervios.

Esteban dirigió la mirada al mismo punto que estaba observando Dani.

—¿Quién? ¿Celeste? Pero si está quitándose los diamantes y esmeraldas para ponerse semillas y plumas —se cachondeó Esteban.

—Acabó de echarle un rapapolvo. ¿Qué se ha creído? Menospreciar a mi gente así. Le he dicho que puede acercarse tranquila a la plebe, que no le vamos a contagiar nada, como mucho, un poco de humildad.

Ambos siguieron pendientes de Celeste un momento más. Era evidente que se encontraba como un pez fuera del agua. El resto de las chicas o no se percataban, o estaban más que acostumbradas a darle a la gente una segunda oportunidad, y una tercera, y una cuarta, si hacía falta. Al fin y al cabo, todas habían tenido su periodo de adaptación y los demás habían hecho lo mismo por ellas.

Estaban a punto de abrir las puertas al público cuando Débora se acercó a Beth y le dijo:

—Ponte a mi lado para recibir a la gente. Eres mi creación. La gente importante querrá hablar contigo.

—Pero yo... —Beth estaba confusa. «¿Para qué?», se preguntó—. Débora, tú eres la experta en eso, yo prefiero ayudar con las ventas.

—¿También quieres seguir manteniendo tu trabajo, no? —le preguntó arqueando una ceja y con una sonrisa maliciosa.

—De acuerdo, Débora, tú eres la jefa.

En un principio, Beth se sintió como una mascota de la que Débora presumía ante sus amistades, esa actitud se agravaba porque antes de aparecer en público, no se dignó a ofrecer su ayuda o a interesarse por el acontecimiento. Al cabo de un rato, Esteban se acercó a ella.

—Lo estás haciendo muy bien. Y estás preciosa. —Sus ojos le decían mucho más que esas simples palabras. La sonrisa de Beth le provocó mariposas en el estómago, pero la magia se rompió cuando la voz de Débora les devolvió a la realidad.

—Beth, estos señores son los dueños del restaurante La Perla Dorada. Ella es Beth y como les decía, tiene un gran potencial, estoy deseando sacarle el máximo partido posible a esta chiquilla.

Beth se dio cuenta de que había menospreciado a Esteban con toda la intención.

—Encantada de conocerles. Así que tienen un restaurante. Mi jefe acaba de invitarme a un café. ¿Nos acompañan? Nuestra amiga ha hecho unas tartas exquisitas, no pueden marcharse sin probarlas.

Débora no pudo decir nada más, observó cómo los tres hombres se alejaban de ella para seguir a Beth hasta una mesa donde había un expositor que separaba a los transeúntes de las diferentes tartas para evitar su contaminación.

—Lorena, ¿qué tarta nos recomiendas? —preguntó Beth.

—A Esteban le encanta la de chocolate con nueces —afirmó la joven.

—Sí, pero hay un par de ellas que no había visto nunca y tienen muy buena pinta. ¿Y si nos pones una porción de cada una para que las probemos todas?

—Es una idea estupenda, así podrán comparar y encargar alguna para el restaurante —afirmó Beth mientras los otros cruzaban una sonrisa.

Fue un fin de semana agotador, en el que se vendió todo, y tras cerrar el sábado por la noche, tuvieron que preparar más género. El domingo por la tarde lo desmontaron todo, había sido un éxito rotundo. Las expectativas habían sido superadas con creces.

Cuando terminaron, Esteban le propuso a Beth que fueran a relajarse ambos en el *jacuzzi* de la azotea de su casa.

—¡Qué bien sienta esto! —comentó Beth con cara somnolienta.

—Creí que estabas dormida.

—No, pero casi.

No había nadie más allí. Beth se acercó y él, de forma automática, abrió los brazos para hacerla encajar entre ellos, ambos miraban en la misma dirección, tranquilos y relajados.

—Este miércoles me voy a Madrid y vuelvo el sábado —le susurró Esteban al oído.

—¿Y eso?

—Tengo un curso de técnicas audiovisuales y divulgación. Hace meses que me apunté. Será el jueves y el viernes, ya tengo una habitación reservada desde el miércoles hasta el sábado. —Le besó la mandíbula y sonrió cuando ella estiró el cuello para facilitarle el acceso—. ¿Por qué no vienes el viernes y nos quedamos hasta el domingo? Si quieres saber quién es tu padre, creo que deberíamos investigar empezando por Esther, si alguien sabe algo, es ella.

Siguió con unos besos suaves en el cuello y cuando empezó a mover las manos, Beth giró la cabeza para besarle, pero de pronto, oyeron un sonido metálico, la puerta de la piscina se abrió y



por ella entraron un grupo de ruidosos adolescentes.

Esteban le dijo a Joseph que iba a cambiar la reserva, que cogería una habitación doble en vez de una individual y con salida el domingo en vez del sábado. Cuando se ofreció a pagar la diferencia, Joseph se negó de forma rotunda y además, le dijo que si Beth quería tomarse libre el viernes por la tarde, por él no había ningún problema.

Desde el miércoles, Beth estaba sola en el despacho, no obstante, todo iba bien, Esteban lo había dejado todo muy bien organizado. Lo echaba de menos, muchísimo, se había acostumbrado a tenerlo delante a todas horas y su ausencia le provocaba un inmenso vacío.

El viernes, al mediodía, Beth le recordó a Joseph que esa tarde no iba a volver. Él sonrió, le deseó un buen viaje y le pidió que saludase a Esteban de su parte.

La siguió con la mirada mientras abandonaba el despacho, su sonrisa de felicidad lo transportó al pasado, se parecía tanto a su madre.

## 19. Encuentro decisivo

16 de junio de 1995

La vio en cuanto salió de la curva, percibió su sonrisa a lo lejos y le embargó una extraña sensación, como si hubiese estado aletargado y de repente, le insuflasen aire a presión. De un plumazo, todos los problemas y desavenencias de los últimos días se esfumaron.

Podía imaginarse el latido de su acelerado corazón, el cosquilleo de su piel, el escalofrío recorriendo su columna hasta perderse en su cerebro. Podía hacerlo porque él se sentía igual.

Llevaban tanto tiempo esperando ese momento. Habían pasado horas enteras colgados al teléfono, contándose sus sueños, haciendo planes de futuro sin poder verse.

Al fin, había llegado el gran día, un fin de semana en el que podrían estar juntos y descubrir lo que sus mentes y sus cuerpos anhelaban.

La llevó a una bonita cabaña de madera en un paraje idílico y apartado. Tras abrir la puerta, se encontraron con una bandeja de fruta, dos copas estrechas y altas, una rosa en un pequeño jarrón y un bol con bombones de chocolate. Ella cogió dos y se puso uno en la boca, cerrando los ojos y sonriendo con deleite. Cuando él quiso darse cuenta, ella le estampó uno entre los labios murmurando: «Está buenísimo».

La mesa estaba dispuesta de una manera especial. Sara cogió una nota que había en el centro, en ella ponía que en la cocina había champán, otro tipo de bebidas y una bandeja de comida recién hecha, ya que habían especificado que no querían camareros. Para terminar, les deseaban un fin de semana inolvidable.

Cuando salieron al porche, se quedaron asombrados, era de estilo *Chill out*, lleno de sofás con grandes y cómodos cojines en los que perderse, cubiertos por una carpa donde resguardarse del viento y el rocío. A su alrededor apreciaron un bonito y extenso campo de amapolas y ambos se miraron sonrientes.

Joseph le tocó la mejilla, tenía un extraño brillo en la mirada. Acercó su boca y la besó con suavidad. Después, la obligó a retroceder hasta que tropezaron con los cojines, donde ella se tumbó.

Aspiró con fuerza, a modo de autocontrol. Olía a flores silvestres y la brisa transportaba los sonidos de la pradera con una melodía natural e irrepetible, la tímida luna asomaba indecisa, allá, a lo lejos.

Sara lo acercó con fuerza, dando rienda suelta a su espíritu, que clamaba por un contacto mayor. Él se deleitó viendo su cuerpo y admiró su iniciativa. Cuando su lengua la invadió, ella suspiró de satisfacción, arqueándose para recibir las caricias que él le prodigaba. Su mano se deslizaba con suavidad, desde la garganta hacia abajo, se detuvo en su pecho y con delicadeza, comenzó a desabrochar los botones de su camisa, liberando sus pechos, que saltaron majestuosos con la corona sonrosada erguida, se arqueó con más fuerza, cogiendo la cabeza de Joseph con las dos manos y estrellándola contra ellos, no hicieron falta explicaciones, él las hizo desaparecer

dentro de su boca.

La desnudó con manos expertas. Recorrió con manos y boca todo su cuerpo. Ella no tenía ninguna experiencia, como él ya sospechaba. Absorbió con la boca su grito cuando la penetró, se detuvo un momento y apoyó la frente en la de ella. Cuando se retiró un poco, vio que le devolvía la mirada y que anudaba las piernas a su espalda, sonrió y embistió con suavidad. Ambos experimentaron un torbellino de sensaciones desconocidas hasta aquel momento, sumergidos en una vorágine de emociones incontrolables, perdiéndose ambos bajo un manto de estrellas, testigos de su amor.

—Sara, te quiero —afirmó con desesperación—. Eres el rostro que quiero ver junto a mi cada mañana al despertar, siempre estaré a tu lado.

Cuando Joseph salió de su ensoñación, Beth había desaparecido hacía ya un buen rato.

## **Segunda Parte**

## 20. El viaje

La vio bajar del tren, cómo lo buscaba con la mirada y la brillante sonrisa que iluminó su rostro cuando al fin dio con él. Se acercaron uno al otro a paso rápido y tras dejar la maleta en el suelo, Beth echó los brazos a su cuello.

—Te he echado de menos —susurró con vehemencia y tras oír que le decía «yo también», lo besó con entusiasmo.

Esteban agarró su maleta y con las manos enlazadas, se encaminaron al hotel. Era un edificio alto y moderno con amplias habitaciones en las que se filtraba la luz del sol a través de las cortinas.

En la suya había una cama enorme con un cuadro sobre el cabecero y enfrente, un televisor de plasma.

La mente de Beth era un caos, había ido allí con dos intenciones y no sabía muy bien cuál de ellas iba a salir ganadora. Era la primera vez que pasaba un fin de semana romántico en un hotel con el chico que le gustaba y por otro lado, se encontraba ante la mejor ocasión para empezar a investigar sobre su padre, aprovechando ese viaje.

—Beth, ¿salimos a dar un paseo? He estado todo el día en clase y necesito despejarme.

—Claro. ¿Qué tal el curso?

—Muy interesante. Al periódico le cuesta un dineral, pero debemos estar al corriente de las nuevas tecnologías si queremos estar entre los primeros. —Le dio un beso en los labios antes de continuar—. He estado investigando un poco. Esther sigue viviendo en la misma dirección que nos dio tu padre. Está divorciada y tiene dos hijos adolescentes que este fin de semana van a estar con su padre.

—¡Vaya, que eficaz eres! —Una mueca acompañó sus palabras mientras una mirada de incertidumbre cruzaba su rostro.

—Cariño, no hay ninguna necesidad de seguir con esto. Cristian y tú os tenéis el uno al otro y a veces las respuestas duelen más que el no saber.

—No, necesitamos averiguarlo todo y como dijo Cristian: «Quién mejor que su hija y su yerno periodistas».

—Esta es mi chica —dijo Esteban sonriendo—. ¿Qué te parece si vamos mañana en cuanto nos levantemos? Así tendremos todo el día por delante en el caso de que no la encontremos en casa.

—Tú mandas, jefe —exclamó haciéndole un guiño.

—Y hablando de familia, el domingo he quedado con mis padres para comer juntos. ¿Quieres venir? —Beth se quedó callada durante unos segundos que a Esteban le parecieron una eternidad. No esperaba que diese saltos de alegría, pero sí un poco más de interés—. Beth, les puedo decir que solo somos compañeros de trabajo. Viven lejos y no los veo tanto como quisiera. No tendremos que desviarnos mucho y me gustaría que os conocieseis. Puedes bajarte del tren conmigo o continuar hasta Valencia. Tú eliges.

—¡Quiero ir! —decidió mostrando una sincera sonrisa.

—Otra cosa, no hagas caso de lo que diga mi hermano, ¡vale!

—¿Desde cuándo tienes tú un hermano? —preguntó asombrada.

—Desde hace unos once años — confesó aguantándose la risa.

—¿Por qué nunca me has hablado de él? Pensaba que solo tenías a Dani.

—Alex vino por sorpresa. En cuanto a Dani, mis padres siempre dicen que se le coló otro hijo por la puerta trasera y que ya nunca pudieron deshacerse de él.

—Le adoran, ¿no?

—Sí. Dani sabe cómo hacerse un hueco en el corazón de la gente en cuanto ignoran su aspecto. Vino porque le hablé de ti y quería conocerte. Lo del grupo ya lo sabía, los he visto ensayar.

—Ya me di cuenta. —Sonrió y le besó con suavidad—. Tengo frío, ¿volvemos al hotel?

En cuanto esas palabras salieron de su boca, fue consciente de lo que había dicho, una sonrisa especulativa y una mirada divertida surcaban el rostro de Esteban.

—Esteban, en serio, deja de mirarme así. Tengo frío y hambre, quiero volver al hotel.

—Cariño, lo estás arreglando por momentos. Ven aquí, que yo te caliento.

La acorraló en una esquina mientras Beth admiraba cómo los músculos de sus brazos se tensaban, ya no le dio tiempo a fijarse en nada más porque su boca la invadió por completo. Un suspiro anhelante se le escapó sin que se percatara de ello. Con una sonrisa, Esteban le dio la mano y volvieron al hotel. Después de cenar decidieron tomarse una copa antes de subir a la habitación.

Eran las dos de la madrugada y se habían tomado un par de cubatas cada uno. Esteban se fijó en cómo ella miraba la cama y pensó que debajo de la capa de maquillaje su temperatura corporal debía de haber subido algunos grados, a juzgar por su mirada huidiza.

—Beth, quizá hubieras preferido dos habitaciones individuales —susurró acercándola a su cuerpo.

—No, claro que no —contestó rodeando su cuello con los brazos.

—¿De qué tienes miedo? En la disco nos hemos puesto a cien, por eso hemos vuelto. ¿Cuál es el problema?

—En la disco había música, bebida y distracciones. Aquí me siento insegura porque tengo miedo de no cumplir tus expectativas.

Él se echó a reír y separándose de ella, se acercó al cabezal de la cama. Tras apretar un botón, la habitación se vio inundada de una suave melodía.

—¿Así te gusta más? —En vez de volver a su lado, se dirigió a la nevera, sacó una botellita de *Malibú* y vertió el licor en un vaso.

—Toma, bebe.

—¿Tú no quieres? —preguntó al ver que solo había llenado un vaso.

—Sí, lo compartiremos —dijo mientras le quitaba el jersey para descubrir un sujetador de encaje.

Medio achispada, Beth se rio. «No es posible ese cambio con solo dos sorbos», pensó Esteban, «debe de ser la excusa que necesita para dejarse llevar».

—Cariño, no te lo termines, ¿vale?

—¿Qué vas a hacerme si lo termino? —Sonrió con coquetería

—Di más bien qué no voy a hacerte. —Le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo.

—¡Me gusta!

—¿El *Malibú* o yo? —Esteban sonrió con descaro, le divertía aquel libertinaje inocente de su chica.

—Tú —susurró en su boca.

Su aliento olía a *Malibú*, y ese olor dulzón lo embriagó mientras la suave música los envolvía. Cuando ella comenzó a desplazarse por la habitación al son de la música con movimientos sensuales, Esteban, se apoyó en la pared con ojos desorbitados mientras se desabrochaba los botones de la camisa. Pensó en que debería quitarle los zapatos, era de madrugada y entre la música y el ruido de sus tacones se podía despertar medio hotel. Decidió no pensar, no quería interrumpirla, y archivó en su mente que le pediría un baile de esos cuando estuvieran en su casa.

Se acercó a ella por detrás y al poner las manos sobre sus caderas, ella se pegó a su cuerpo y frotó su miembro con suavidad, sintiendo como crecía ante tan insinuante contacto.

Beth levantó los brazos y rodeó su nuca para acercarlo a sus cuello, que le ofrecía con un suspiro anhelante. Esteban jugueteó con sus labios sobre él, con pequeños besos y clavándole los dientes con suavidad. Cuando la oyó suspirar, desplazó las manos hasta su abdomen y con la yema de los dedos trazó un pequeño recorrido hasta que una de ellas se perdió dentro de la ropa interior. Beth, jadeando, separó las piernas para facilitarle el acceso.

Los dedos de Esteban jugaron con el vello antes de perderse en su hendidura, donde se empararon al momento. Cuando uno de sus dedos avanzó en su exploración, un escalofrío le recorrió al darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer. No, no era eso lo que debía introducir en ella, era él quien debía estar ahí dentro. Sacó la mano de allí y subió ambas para apoderarse de sus pechos, que tanteó a través del sujetador, sus pezones, ya duros y expectantes, se insinuaban bajo la tela.

—Esteban... —Ella suspiraba con desesperación.

«¿Qué me está pidiendo?», se preguntaba él.

La acercó a la cama y cayeron ambos sobre ella, él se puso encima y presionó con las piernas su cuerpo para impedir que se moviese.

—Quietecita. Quiero mi *Malibú*.

Cogió el vaso y vertió un poco de licor sobre sus pechos para a continuación lamerlos con ímpetu antes de que el líquido resbalase. Ella gimió mientras forcejeaba para liberarse de su amarre, pero él no lo permitió.

Se quedó fascinado ante la visión de su rostro, ella mecía la cabeza de un lado al otro con los ojos cerrados y gimiendo con suavidad.

Dejó sus pechos y fue dándole lametones hasta que llegó a su ombligo. Tras unos segundos, levantó la cabeza y tiró de sus pantalones con fuerza hasta que se los quitó y pudo contemplar su desnudez. Ella abrió los ojos, seductores, implorando más.

—Beth, eres preciosa.

Se desnudó con rapidez, se dejó caer sobre ella y la acarició con rudeza, pensando que eso era lo que quería, a juzgar por sus jadeos. Poco después, la puso encima de su torso y ella, de rodillas, comenzó a balancearse sobre su miembro, que ya no aguantaba más.

—¡Beth, por Dios, estate quieta!

—¡Esteban, te necesito! —aulló sin detenerse.

Él abrió el cajón de la mesita y sacó un paquete de preservativos mientras la miraba a los ojos, como pidiéndole permiso. Vio su boca entreabierta mientras se mordía el labio y cómo sus ojos anhelantes seguían los movimientos de su mano. No necesitó confirmación. Se puso encima de ella y tras separar sus piernas, se hundió en su interior con suavidad. Beth gritó, estupefacta, y Esteban se detuvo, esperando a que ella se recobrase.

—No pares ahora, por favor —suplicó.

Arremetió de nuevo. «¿Y ella tenía miedo de no cumplir mis expectativas?, aquel pensamiento fue fugaz. Siguió bombeando mientras observaba su rostro, sus ojos cerrados y su boca entreabierta, por la que escapaban incesantes gemidos.

—Beth, rodéame con tus piernas —exigió.

Cuando lo hizo, notó cómo Esteban le invadía hasta las mismas entrañas y gritó asombrada. Nunca había ni siquiera imaginado un placer así. Deseaba que ambos cuerpos fuesen solo uno, que él percibiese el estado en que se encontraba en esos momentos. No supo definir lo que vio en su rostro cuando sus miradas se encontraron, sus pupilas negras y brillantes la sorprendieron. Cuando sus jadeos se acompañaron, sintió que algo surgía de su interior, desde muy adentro, le rodeó el cuello con fuerza y a continuación, notó cómo todos sus músculos se contraían y la dejaban en un estado de semiinconsciencia. Él también se dejó llevar y cayó sobre ella mientras la miraba con estupor.

—Beth, ha sido fantástico.

Ella sonrió y lo abrazó con fuerza.

Poco después, Esteban se encontró observándola con mirada soñadora mientras ella, con los ojos cerrados y una sonrisa en el rostro, dormía.



## 21. Esther

A sus cuarenta y cuatro años, Esther continuaba siendo una rubia deslumbrante. Su mirada atravesó a Esteban de tal manera que lo hizo sentirse incómodo. Acto seguido, vio a Beth y una sonrisa apareció en su rostro.

—Beth, ¿eres tú? Dios mío, no me lo puedo creer. —Se cubrió la boca con las manos debido a la sorpresa de verla ante su puerta sin previo aviso—. No os quedéis ahí, ¡Entrad! —La cogió de las manos para observarla de cerca, con una mirada nostálgica—. Te pareces tanto a ella. ¿Queréis café, un zumo?

—Un café estará bien, gracias.

—De nada, guapa. Si me hubieses avisado, habría preparado algo para comer.

—No tengo tu teléfono. Cristian sabía la dirección solo por el remite de tus cartas.

—Sí, hemos perdido el contacto —constató con pesar—. He pensado muchas veces en llamar para ver cómo estabas, pero siempre lo dejaba para mañana y ese día nunca llegó. Pero bueno, contadme. ¿Qué os trae por aquí?

Estaban los tres sentados en unos cómodos sofás y Beth no sabía por dónde empezar. Al ver que el silencio se prolongaba más de la cuenta, Esteban decidió tomar la palabra.

—Hemos venido para esclarecer algunas incógnitas sobre su padre y creemos que si alguien sabe algo, eres tú.

Esther movió la cabeza a ambos lados y empezó a hablar como si lo hiciese para sí misma.

—Dejad las cosas como están, no vale la pena remover el pasado. Él no se merece saber que tiene una hija tan maravillosa.

—Tía Esther, ¿tú sabes quién es mi padre? —Una mirada suplicante acompañó su pregunta, quería respuestas y cuanto antes acabase todo, mucho mejor.

—Sí, pero le prometí a tu madre que nunca te lo diría, y no lo voy a hacer. —Su mirada se perdió en la nada y de su boca salieron unas palabras antes de que pudiese retenerlas—. Solo puedo decirte que nos engañó, a las dos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Beth.

—Parecía un buen hombre y creímos que estaba enamorado, pero fue todo un juego. Hizo tantas promesas... —Recordó con la mirada perdida.

—Esther, no digas nombres si no quieres, pero cuéntanos lo que pasó y por qué te sientes culpable.

—¿Culpable, yo? Sí, supongo que sí.

—Has dicho que os engañó a las dos. ¿Por qué a las dos? —Esteban lanzó la pregunta sin esperar una respuesta.

—Voy a empezar por el principio, ¿os parece bien? —Ambos asintieron, expectantes—. He tenido mucho tiempo para pensar en ello. Fue como si hubieran hecho una apuesta. Sara y yo conocimos a dos chicos. El mío intentó aprovecharse de la ocasión en cuanto nos quedamos a solas. —Hizo una mueca de disgusto, los miró y decidió continuar cuando vio que ambos estaban

expectantes—. El de Sara debía de llevar la lección aprendida porque se lo montó de otra forma, llevo la relación a su terreno desde el primer momento. A mí me utilizó sabiendo que tu madre no iba sola a ningún sitio. Un día vino a buscarla sin previo aviso y desde entonces, Sara se pasaba el día en casa, cerca del teléfono, esperando. Por aquella época no había móviles. Con cada llamada que recibía, caía rendida a sus pies, estaba loca por él. Casi no se veían, él seguía haciendo su vida, pero un buen día, le dijo que ese fin de semana vendría a buscarla. Lo tenía todo previsto. Le llenó la cabeza de bonitas historias, pero en esos momentos no nos dimos cuenta de nada. ¡Era tan emocionante! —Su mirada se perdió reviviendo la escena de aquella época—. Iba a ser su gran noche y su mente era un caos, yo podía percibirlo. Nuestras miradas se encontraron en el espejo y ambas sonreímos pensando en nuestro secreto. Siempre pensamos que yo sería la primera; pues no, resulta que iba a serlo Sara. La mojigata de Sara iba a ser la primera en estrenarse con el hombre perfecto. Estaba nerviosa y entre risas, le dije que el lunes quería saber todos los detalles, ella enrojeció de pura vergüenza. El día anterior habíamos ido de compras y escogí para ella un conjunto de ropa interior negro y plateado con transparencias y encajes, Sara no estaba muy convencida, no era su estilo, ella era mucho más recatada, pero estaba preciosa con esa lencería. Nos cogimos de las manos y empezamos a saltar, riendo, como si fuésemos dos niñas. Siempre he pensado que si no hubiese sido por mi entusiasmo, ella se hubiese echado para atrás. ¿Quién lo iba a pensar? —Negó con la cabeza, perdida en sus recuerdos.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Esteban en voz baja para alentarla a que siguiese hablando, ya que imaginaba que si se lo pensaba demasiado, se detendría, y Esteban intuía que lo que venía a continuación era importante.

—Fue un fin de semana de ensueño para ella, pero se quedó embarazada. Luego, ni una llamada, ni una visita, nada de nada. Parecía que una vez conseguido su objetivo, ya no quisiese saber nada más de ella. Sara lo buscó para comunicarle que estaba embarazada y consiguió volver a verle un día. —Levantó la vista para encararlos—. Él se limitó a darle dinero para que abortase y para que mantuviese la boca cerrada.

Beth la miró consternada, un sudor frío la envolvió, no podía respirar, y el aire que soltaba se transformó en un aullido que salió con fuerza desde lo más hondo de su ser.

—¿Cómo dices?!

—Espera. Querrás decir que intentó sobornarla y que ella se enfadó y siguió con el embarazo —especuló Esteban para suavizar la noticia.

—Yo no he dicho eso, pero no la juzguéis de forma prematura. Era otra época, las adolescentes sin pareja que se quedaban embarazadas eran el centro de miradas y reproches, unas «putas», por decirlo de manera clara. Éramos de pueblo y Sara no podía volver a él, sabía lo que allí le esperaba. ¡Lo hizo por ti, Beth! Cogió ese dinero para poder darte un futuro. Pagó la entrada del piso donde vives ahora y pudimos subsistir hasta que encontramos trabajo. Ambas dejamos los estudios, yo era un desastre, pero Sara no, ella hubiera podido llegar muy lejos. ¡Ese es el hombre que estáis buscando! ¿Creéis que vale la pena el esfuerzo? —remató con un sollozo.

—¡Sí! —exclamó Esteban con una furia a duras penas controlable—. ¡Mi futura suegra se merece que alguien le rompa los dientes a ese desgraciado y si no lo hace Cristian, lo haré yo!

—El bueno de Cristian, él la salvó, le devolvió la confianza en sí misma.

—¡Danos alguna pista, por favor! —suplicó Beth—. Dime dónde podemos seguir buscando.

Esther movió la cabeza, no muy segura de lo que debía hacer.

—Tu madre, de pequeña, tenía una caja de latón en la que guardaba sus tesoros y recuerdos, debe de estar en la casa del pueblo, puede que allí haya algo. Cuando al fin consiguió que la gente del pueblo se olvidase de que Cristian no era tu padre, unos hijos de puta borrachos provocaron que se saliera de la carretera. —Entre sollozos, abrazó a Beth.

—¿Qué has dicho? —preguntó Esteban con interés, pero Esther le hizo un gesto para que se callase.

—Cuando tuvo el accidente, Beth estaba aquí, conmigo, en Madrid. Unos días antes, nos informaron de la llegada de una médula compatible, pero al final, no dio resultado. Los médicos no se mostraban nada optimistas y Sara dijo que debía ausentarse unos días, se mostró muy enigmática.

—¿Una médula, para Beth, de qué estás hablando, Esther? —preguntó Esteban.

—De pequeña me diagnosticaron leucemia, por eso mi madre y yo pasábamos largas temporadas aquí, con la tía Esther, mientras me hacían pruebas y transfusiones.

—Fue una época muy dura —reconoció Esther—. Al poco de morir Sara, volvieron a llamar y entonces sí, todo salió bien. Me habían robado a Sara, pero me devolvieron a Beth. —Ambas se fundieron en un emotivo abrazo. Esteban llevó la mano derecha a sus ojos y se los frotó con suavidad para evitar que las lágrimas se derramasen.

Varias preguntas quedaban en el aire, pero no estaba allí como periodista y Beth y Esther estaban demasiado implicadas emocionalmente como para aguantar otra tanda de preguntas. Habían obtenido mucha información, pero ningún nombre. El padre de Beth había pagado para que abortase y se desentendió de todo después. Su chica estuvo a punto de morir a causa de una leucemia. Sara se había mostrado enigmática días antes del accidente. A juzgar por la reacción de Esther, sentía que había algo más detrás de todo aquello.

Beth comentó que le apetecía dar un paseo por el Parque del Retiro y Esteban les dijo que debía ocuparse de unos asuntos del trabajo para dejarlas solas y pudiesen ambas hablar en la intimidad y con tranquilidad.

Cuando Esteban se fue, Esther aprovechó la ocasión para interrogar a Beth sobre su vida. Se sorprendió al enterarse de que trabajaba en un periódico y de que Esteban era su responsable directo. Sonrió pensando en que era lógico que él hubiera conseguido hacerle hablar más de la cuenta y se alegró de que no estuviese en ese momento con ellas.

Le dijo a Beth que ella también conoció a Joseph cuando Sara fue a entregar su relato. «¡Qué pequeño es el mundo!», pensó.

## 22. La familia de Esteban

La madre de Esteban salió a recibirles en cuanto oyó que el coche se detenía. Tenía el cabello negro y unos ojos verdes, igual que su hijo. Llevaba un vestido estampado y en la mano, un delantal que acababa de quitarse. Hizo una bola con él y lo dejó caer en una esquina del porche para a continuación, echar a correr y abrazar a su hijo.

—¡Que ganas tenía de verte, a ver si vienes más a menudo!

—He estado muy ocupado, no te quejes, te llamo cada día, ¿no?

—Ya lo sé, pero os echo mucho de menos, aunque el torbellino de tu hermano no pare ni un momento.

—Mamá, te presento a Beth. —Sin pensarlo, la cogió de la mano para que se acercara a ellos.

—Encantada de conocerte —exclamó la señora con alegría dándole dos besos—. Yo soy Gloria. Esteban y Dani me han hablado mucho de ti.

—Espero que cosas buenas.

—Claro. Me han contado lo eficiente que eres y lo mucho que les ayudaste en la gala y en la exposición. —Tras una pequeña pausa, continuó—: Hemos oído hablar tanto de ti que mi marido y yo estábamos deseando conocerte. Él es más introvertido que yo, pero cuando conoce a la gente y se siente cómodo, es más asequible, en eso es igual que Esteban. —Se giró para guiñarle un ojo a su hijo, pero se detuvo de golpe.

Beth también se dio la vuelta para ver qué pasaba. Esteban, con unas gotas de sudor amenazando con deslizarse por su sien, mostraba una cara de supuesto enfado a un niño de unos diez años que se había quedado inmobilizado y pegado a su cadera. Vio que respiraba hondo un par de veces y que luego, con una mano, sujetaba las dos del pequeño y lo alzaba para ponerlo sobre su hombro como si fuese un saco de patatas.

—Hola, Alex. ¿No vas a darle un beso a tu hermano mayor?

—¡Claro que sí! —exclamó Alex riéndose.

Esteban, con un rápido y complicado movimiento, lo trasladó desde su hombro hasta sus brazos para que quedaran cara a cara y se pudieran abrazar. Después, dejó que se deslizara despacio hasta que tocó el suelo.

—Alex, ¿quieres conocer a mi amiga Beth? —Hizo la pregunta con una amplia sonrisa cuando se percató de cómo la miraba, pero acto seguido, se quedó estupefacto cuando le oyó decir:

—¡Aleluya, por fin has traído una mujer a esta casa, ya empezaba a pensar que eras gay!

—¿Qué? —esclamó ruborizándose—. ¿Crees que soy gay?

—¡Pues no lo sé! Dani sí que trae mujeres —afirmó Alex.

Esteban aspiró con fuerza antes de disponerse a preguntarle algo al pequeño, pero Gloria se le adelantó:

—Alex, ¿cuándo ha traído Dani mujeres a casa?

—¡No! A casa no. Al motel de la esquina. Por ahí dicen que el tipo de las rastas hace estragos

cuando viene al pueblo. Mamá, ¿qué significa hacer estragos?

Gloria se tapó la boca con una mano, avergonzada.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó Esteban.

—Lo comentaban dos mujeres en una acera. Y uno con rastas solo puede ser Dani. Luego dijeron; «El otro, el periodista, o es más discreto o es gay. Según tengo entendido, aunque parezca buen chico, es de esos que la matan callando». Esteban, has matado a alguien y no me lo has contado —señaló Alex fingiendo enfado.

Beth estaba a punto de reírse por la ocurrencia de Alex cuando advirtió un cruce de miradas entre Esteban y Gloria que provocó que todo su vello se erizara.

«¿Qué oculta Esteban bajo esa apariencia de chico perfecto?», se preguntó. De pronto, fue consciente de que, en realidad, no sabía nada de su vida. De hecho, hasta el día anterior, estuvo convencida de que era hijo único.

—También dicen que no son hermanos de sangre. Mamá, ¿qué significa hermanos de sangre?

—Dani no es vuestro hermano, pero eso lo has sabido siempre, ¿no?

—¡Pues claro! Esteban y yo sí que somos hermanos y Dani vino un día a cenar y lo adoptamos. Desde entonces, es como un hijo para ti y para mí es un hermano mayor postizo que me da las clases de sexo que mi otro hermano mayor y mi padre no quieren darme.

—Espera —recapituló Gloria—. ¿Dani te da clases de sexo? —preguntó apretando los puños.

—Sí, por teléfono. El otro día le pregunté qué era una *felanosequé* porque lo acababa de oír en el cole y él me dijo que no me desabrochase la bragueta delante de ningún chico ni de ninguna chica, que en cuanto viniese, reuniría a todos mis amigos y amigas y nos hablaría de sexo. Bueno, no dijo la palabra sexo, era otra más larga

—¿Sexualidad? —preguntó Esteban.

—¡Sí, eso! —exclamó con entusiasmo—. ¿Va a ponernos una peli porno?

—¡No! —exclamó la madre, horrorizada—. Dani ya puede tomárselo con ganas porque si todos están igual que este crío, lo tiene claro —afirmó Gloria.

—Oye, Esteban, ¿no ibas a presentarme a tu amiga?

—Sí, claro —respondió Esteban, aunque ya no le apetecía tanto—. Ella es Beth.

—Eres muy guapa —dijo Alex deteniendo la mirada en sus piernas desnudas, que asomaban por debajo de su minifalda vaquera—. ¿Puedo hacerme una foto contigo para subirla a Instagram? Mis amigos van a flipar. —Se acercó a ella, le dio dos besos y la cogió por la cintura.

—Oye, mocososo, quita las manos de ahí —sentenció Esteban riendo nervioso.

Enseguida, agarró a Beth del brazo y quitó las manos de su hermano de encima de ella. Alex sonrió para sí mismo.

Todos se rieron sin saber con exactitud si lo hacían por la tensión acumulada o por lo surrealista de la conversación. Beth enrojeció y maldijo a Esteban porque él la instó a que se pusiese esa falda.

Fueron a la terraza, donde una mesa verde de plástico, con sus seis sillas a juego, les esperaba. Alrededor había muchas plantas y un par de árboles de los que colgaba una hamaca. Beth vio también una canasta de baloncesto y tres bicis arrinconadas en una esquina.

—¡Papá! —Esteban se acercó a un hombre muy atractivo, pero con semblante serio, ambos se

fundieron en un abrazo y se alejaron.

Tardaron un rato en reunirse con el resto porque ambos querían mantener una charla lejos de oídos ansiosos. Cuando regresaron, Esteban le presentó a Beth y José, tras darle dos besos, se sentó al lado de su mujer.

Al cabo de un rato, Alex se acercó a su padre para pedirle que practicara un poco de taekwondo, ya que, según anunció a los allí presentes, el miércoles tenía examen para conseguir el cinturón azul.

—Ya que está aquí tu hermano, ¿por qué no se lo pides a él? —sugirió su padre para sorpresa de su mujer, que puso mala cara.

—Sí, Esteban, ven, vamos a practicar. Así tú también podrás examinarte para conseguir el cinturón negro.

—No me apetece ahora —respondió su hermano con rotundidad.

—Esteban, no seas así. —exclamó su padre—. ¿Estando aquí, vas a permitir que tu viejo se ponga a dar puñetazos y patadas para que luego le duelan hasta las uñas de los pies? Alex tiene razón, podrías examinarte para conseguir el cinturón negro.

—Venga, no lo agobies, José. Deja a tu hijo tranquilo —intervino Gloria.

—Pero... yo quiero practicar con Esteban —insistió Alex.

—Hazlo por la salud de tu padre —argumentó este con una sonrisa enigmática—. Además, yo tengo que salir un momento.

—Está bien —aceptó Esteban levantándose de mala gana.

En un principio, Esteban se movió de forma mecánica, pero al cabo de un rato, empezó a soltarse.

A Beth le resultaba alucinante ver cómo a Esteban se le marcaban todos los músculos al tensar la pierna por encima de la cabeza de su hermano. Esquivaba los ataques del niño y corregía sus movimientos con maestría. «¡Mi chico sabe taekwondo y yo no tenía ni idea! Por eso es capaz de inmovilizarme de esa manera y tiene tanta fuerza», pensó.

—¿En qué piensas? Pareces abstraída —le preguntó Gloria, sonriente.

El zumbido del teléfono la salvó de tener que contestarle.

—Hola, Dani. [...] Esteban no coge el teléfono porque está practicando taekwondo con Alex. Espera, voy a avisarle. [...] Estoy con Gloria.

—Es Dani —dijo pasándole el teléfono

—Sí. Le ha costado un poco decidirse, pero tendrías que verlo. —Gloria se levantó y se alejó un poco para seguir hablando—. Como en los viejos tiempos, cuando practicabais entre vosotros. [...] Sí, sería maravilloso poder enterrar los fantasmas del pasado. ¡Vamos, Dani, si alguien puede lograrlo, eres tú! [...] ¡Pues sigue intentándolo! —exclamó exasperada. Bajó la voz cuando se dio cuenta de que Beth podía oírla—. Venga, Dani, que lo tuyo son los imposibles, sabes que a él le gustaba mucho y tanto tú como yo tenemos muy claro que no fue culpa suya —susurró melancólica.

Beth no entendía de qué iba todo aquello. De pronto, percibió un movimiento a su lado, Esteban acababa de ocupar la silla de su madre.

—No me habías dicho que sabías taekwondo.

—No —contestó de forma escueta.

—¿Qué cinturón tienes?

—El rojo-negro.

—¿Y cuándo te vas a examinar para el negro? —se interesó Beth.

—Beth, déjalo ya, ¡vale! —exclamó con irritación, dejándola aturdida—. Es una larga historia y no me apetece hablar de ello.

Su hermano rompió la tensión.

—Beth, en mi habitación tengo un montón de copas y medallas, ven, que te las enseñe. —Alex, emocionado, tiró de ella para que se levantara.

—Mejor vamos los tres, que de ti no me fio ni un pelo. —Esteban se levantó revolviendo el pelo de su hermano y cogiéndolo del hombro, comenzaron a andar, dejando a Beth detrás de ellos, incómoda y sin entender nada.

Alex, emocionado, le explicaba a Beth lo que significaba cada copa, medalla y fotos que había allí expuestas.

Esteban, detrás de ella, empezó a recorrer su espalda con la yema de sus dedos. Cuando llegó a la cintura, siguió bajando por encima de su falda vaquera, abarcando las nalgas con sus manos. Pegándose a ella, las introdujo bajo la falda y observó cómo Beth abría las piernas y contenía la respiración. Esteban acarició el borde de sus bragas, consciente de que su hermano aún seguía allí.

—Alex. ¿Sabes que Beth es una empollona como yo? Voy a enseñarle mi trabajo de final de carrera, seguro que le gusta. Por qué no vas con papá y mamá. Enseguida bajamos.

—Pero no he terminado —refunfuñó Alex.

—Yo creo que sí, pero si por ti fuera, estaríamos aquí hasta mañana. Ya le has enseñado las medallas y las copas, que son lo más guay. ¡Ahora, fuera!

—¡Pero lo de tu trabajo es muy aburrido! —exclamó contrariado.

—No para una empollona como Beth —afirmó Esteban acercándose al escritorio y extrayendo un fardo de folios encuadernados. Recordaba haberlo puesto allí cuando aquella habitación todavía le pertenecía.

Le hizo una señal a Beth y juntos empezaron a pasar las hojas.

—Me aburro —refunfuñó Alex.

—Pues vete —contestó Esteban.

Alex se dirigió a la puerta y en cuanto salió, Esteban la cerró con el pestillo. Apoyó a Beth contra ella y buscó su boca al mismo tiempo que sus manos la recorrían con desesperación. Beth le quitó el jersey, obligándolo a separarse de ella y a levantar los brazos, luego lo besó con una risa ahogada.

—Esteban, ¿qué estáis haciendo? —preguntó Alex desde el otro lado de la puerta, en plan cotilla.

—Nada, mirando mi trabajo —respondió mientras introducía una mano en las bragas. Beth suspiró embelesada, sin darse cuenta de que lo hacía.

—Y eso, ¿qué ha sido?

—Nada, Alex. ¡Espéranos abajo, nosotros iremos enseguida! —Miró a Beth a los ojos mientras movía los dedos con suavidad, notó cómo la humedad los envolvía hasta empaparlos y torciendo

la sonrisa, hundió uno en su interior—. Silencio absoluto —ordenó entre susurros antes de apoderarse de su boca. Siguió estimulándola con suavidad, fijándose en la respuesta de su cuerpo, que se veía sacudido por pequeños espasmos. Beth, separándose de aquella boca exigente, mordió una clavícula para contener los jadeos que pugnaban por salir de su interior mientras convulsionaba con la mirada perdida.

—Me voy, que aquí fuera, solo, me aburro —se quejó Alex—. Le voy a decir a mamá que me habéis echado de la habitación.

—Oye, que te has ido tú solito. ¡Espera, ahora salimos!

Oyeron los pasos de Alex mientras se alejaba y bajaba las escaleras maldiciendo.

—Dios mío, Beth, vaya morbo. Acabas de hacer realidad mi principal fantasía de adolescente: enrollarme con una chica en mi habitación mientras mi familia está en casa.

Sonrió con alegría y la besó con suavidad.

Beth bajó la mirada y la centró en el bulto que sobresalía de sus vaqueros.

—Si esa era tu mejor fantasía, te la voy a hacer superar con creces.

Le sonrió mientras le desabrochaba la bragueta y sacaba su miembro, que estaba a punto de estallar. Luego, se subió la falda hasta las caderas y se quitó las bragas despacio mientras sostenía su mirada.

En esa ocasión fue ella la que lo hizo callar para no hacer ruido. Cuando él la separó de la pared y se vio suspendida en el aire, gritó, y con un movimiento reflejo para evitar caerse, rodeó su cuello al tiempo que buscaba su boca. Ambos absorbieron los gemidos del otro mientras sus cuerpos se veían sacudidos por espasmos de placer.

—Cariño, me gustaría tumbarte en la cama y abrazarte un buen rato —le dijo Esteban tras un suspiro—, pero mis padres y mi hermano se estarán preguntando qué estamos haciendo.

—Sobre todo tu hermano, el que piensa que eres gay —soltó con una sonrisa traviesa.

—Sí, ese. —Buscó su sudadera y del bolsillo extrajo unas braguitas negras que entregó a Beth. Ella lo miró extrañada—. Las cogí esta mañana, cuando hacías la maleta, porque esperaba poder realizar mi fantasía y he pensado que no te haría mucha gracia volver a ponerte esas otras. —Con una mirada señaló las que yacían en el suelo hechas un ovillo—. La siguiente puerta es la del baño. Te espero y bajamos juntos.

—Cobarde —susurró Beth tras darle un beso fugaz.

—No es cobardía, se trata de que podamos coincidir con la misma versión —le aclaró, pero ella ya se había metido en el baño, ignorando su explicación.

Esteban oyó cómo la puerta de la terraza se abría y el repiqueteo del cristal al chocar unos vasos contra otros sobre una bandeja.

—¡Espera, mamá, yo te ayudo! —exclamó Esteban bajando a la carrera.

—Tranquilo, ya está. ¿Habéis terminado ya de leer ese montón de folios aburridos? —Por más que lo intentó, Gloria no consiguió encontrar la mirada de su hijo, que parecía estar concentrado examinando los ladrillos del suelo de la cocina.

Cuando entró Beth, Gloria se preguntó si su hijo se habría comido todo el maquillaje de la muchacha, ya que el tono de su piel se intensificaba por momentos.

Nunca se le había pasado esa idea por la cabeza, pero en ese momento no albergaba ninguna



duda de que Esteban acababa de demostrarle a Beth que no era gay.

Ante el asombro de Esteban y de Beth, fue Gloria la que capeó el temporal de preguntas indiscretas de Alex. Poco después, los dos hermanos se fueron a hacer unas canastas mientras las dos mujeres charlaban con tranquilidad.

Beth le explicó a Gloria cómo había conocido a su hijo y lo bien que habían congeniado porque era un buen trabajador, jefe y amigo. Gloria le estaba contando anécdotas de cuando sus hijos eran pequeños y de pronto, empezó a oírse la canción de Morat: *Cómo te atreves a volver, oh, oh...* Era el móvil de Beth.

—Hola, papá. [...] Sí, todo muy bien, esta noche te cuento. [...] No sé, ahora le pregunto. —Se levantó para acercarse a Esteban y decirle en voz baja:

—Mi padre pregunta que si esta noche te quedarás a cenar con nosotros.

—Bien, pásamelo.

—Hola, Cristian. [...] De acuerdo, cenaré con vosotros. [...] Ya sabes que sí, siempre lo hago. Nos vemos esta noche, adiós.

Nada más colgar, captó la sonrisa de su madre y le devolvió el gesto con un guiño. Tras pensárselo un momento, se aproximó a Beth y la besó. Aquel pequeño beso se ganó la ovación de Alex, que se puso a aplaudir, y una tímida mirada sonriente por parte de su madre.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Beth tocándose los labios con suavidad.

—Porque me apetecía. ¿No eres tú la que habla de hacerlo todo a la vista? No entiendo por qué media Valencia tiene que saber que estamos juntos y, en cambio, mi familia no.

—Fue idea tuya decirles que éramos solo amigos. —Le recordó Beth.

—Solo lo propuse porque tú no querías venir.

—¡Claro que quería! Pero me pillaste por sorpresa.

—¡Beth, ven aquí! —La abrazó y la volvió a besar, para deleite de Alex, que los miraba emocionado.

—¡Esteban, no eres gay! —exclamó Alex con alegría.

—No, no soy gay —declaró Esteban aguantándose la risa.

—¿Y ahora qué, vas a llevarte a Beth al motel de la esquina para hacer estragos?

—No, Alex. No hace falta que se la lleve al motel, pueden hacerlos en casa siempre que quieran —le dijo Gloria evitando reírse porque se imaginaba la cara de consternación que estaría poniendo su hijo mayor.

## 23. El accidente

Cristian se sorprendió cuando el lunes, al salir del colegio, se encontró a Esteban frente a él.

—Hola, chico. ¿Qué te trae por aquí? ¿Y mi hija? —La buscó por detrás de Esteban.

—Está en la oficina. Hay algo que quiero preguntarte y no sé si ella debería oírlo o no.

Le habían hecho un resumen de lo que habían averiguado, sin omitir nada, pero había algo que seguía rondando por la cabeza de Esteban.

—¿Qué pasó en realidad el día del accidente? Esther comentó algo sobre unos borrachos, pero cuando fui a preguntar, me mandó callar.

El semblante de Cristian cambió, una sombra estaba pasando ante sus ojos. Con un gesto, indicó a Esteban que lo siguiese y se pusieron a caminar.

—Sara iba a su pueblo, a Villarejo del Turia, por una estrecha carretera llena de curvas. Según el informe forense, la empujaron hasta que perdió el control. Había pintura oscura y unos golpes en la chapa que no se correspondían con los que se dio al despeñarse. En la carretera encontraron marcas de neumáticos, de frenazos y los cristales de los faros traseros. No tenía sentido que estuviesen en la cuneta. Quedó claro que hubo otro coche implicado, un coche grande y oscuro del que no se llegó a saber nada. Se investigó en talleres y aseguradoras. La policía puso mucho empeño, pero no consiguieron nada. ¿Y quieres saber algo más? No tengo ni idea de por qué Sara iba al pueblo, yo la hacía en Madrid, con Beth. ¿Quién sabe? Tal vez quería ir a buscar alguna pertenencia y decidió presentarse sin avisar para darme una sorpresa, eso es algo que ya nunca sabré.

—¿Y Beth no sabe nada de todo esto? —se extrañó Esteban.

—No, ya sabes lo de su leucemia. —Al ver que asentía, siguió hablando—. En esa época, Beth estaba muy mal, esperábamos una médula que no llegaba, y ya tenía bastante con la pérdida su madre. —Cristian sollozó con amargura—. ¿Crees que le hubiese hecho algún bien saber que la arrastraron más de doscientos metros antes de que la hicieran precipitarse al vacío?

La gente que pasaba a su alrededor, se quedó mirándolos. Veían a dos hombres abrazados, llorando. Emociones largo tiempo contenidas y olvidadas en lo más profundo del corazón salían a flote.

Cristian volvía a ver, una y otra vez, a su Sara bajo la sábana blanca, llena de contusiones.

Esteban fue a la comisaría y allí le dejaron ver el expediente del accidente, pero no encontró nada nuevo. El aviso lo había dado el conductor de un coche que pasó poco después. Él no llegó a ver ni a oír nada.

## 24. La casa del pueblo

Cristian, Beth y Esteban fueron a la casa el sábado por la mañana. Cristian tenía razón, la carretera era muy peligrosa, pero el pueblo, precioso.

Durante mucho tiempo, Sara no quiso volver a él por vergüenza, pero lo añoraba. Cuando se lo confesó a Cristian, este esperó a que llegase el siguiente puente festivo y se marcharon al pueblo los tres juntos. Los cotilleos duraron poco, Cristian se los ganó a todos enseguida y con el tiempo, la gente pareció olvidar que él no era el padre biológico de la niña.

Cuando entraron en la casa, el suelo se estremeció, como si quisiera darles la bienvenida. El olor a cerrado invadió las fosas nasales de Esteban. Rayos de luz dotaban a la estancia de un aspecto fantasmagórico, partículas de polvo suspendidas en el aire atrapaban la luz y la devolvían con un aspecto luminiscente. Una espesa capa de polvo cubría el suelo y todo lo que allí había. Los muebles antiguos y la pintura descorchada reflejaban el largo tiempo transcurrido sin que nadie hubiera cuidado de ella.

—Cuántos recuerdos hay aquí encerrados —murmuró Cristian observando a su alrededor.

—Aquí hay fotos de Sara y de Beth con distintas edades, tenía entendido que estuviste varios años sin venir. —Esteban se acercó a una estantería y cogió una.

—Y no lo hizo —respondió Cristian—. La madre de Sara se quedó viuda muy joven. Cuando nació Beth, ayudó en todo lo que pudo y con estas fotos demostraba a la gente que ella no se avergonzaba ni de su hija, ni de su nieta. Poco después, le diagnosticaron alzheimer e intentamos ingresarla en un centro más cercano a nosotros, pero en sus momentos de lucidez, ella solo quería ver su pueblo y sus montañas, así que se quedó en una residencia de aquí. Veníamos a verla a menudo, algunas veces nos reconocía, otras no. Un día, vinimos y la encontramos muy lúcida, las enfermeras estaban asombradas, hacía meses que no la veían así. Estuvimos hablando con normalidad y nos hicimos una foto todos juntos, mira, aquí está. —Cogió una fotografía donde se veía a una Beth preadolescente con una falda plisada azul marino y zapatos de colegiala, detrás de ella estaba una mujer mayor y a ambos lados, Sara y Cristian, todos sonrientes—. Cuando íbamos a irnos, se despidió de nosotros de una forma un tanto extraña, como si supiera que no volvería a vernos, y así fue, al cabo de unos días, ya no despertó.

—Cristian, ¿estás bien? —preguntó Esteban apoyando la mano en su hombro.

—Sí, no te preocupes. Es que son tantos recuerdos, tantas ilusiones y planes de futuro que han desaparecido de la noche a la mañana —dijo aguantándose los sollozos—. A Sara no le gustaba la ciudad, por eso veníamos siempre que podíamos. Decidimos trasladarnos al pueblo de forma definitiva cuando yo me jubilase, pensando en que si ella podía seguir trabajando de maestra aquí, sería perfecto, si no, tampoco había problema, buscaría cualquier otro empleo. Pero ahora ya no... —Su voz se perdió en el silencio.

—¿Se os ocurre dónde puede estar esa caja de la que nos habló Esther? —preguntó Esteban.

—En su habitación —sugirió Cristian.

—No. Creo que está en el desván —afirmó Beth rompiendo el silencio que guardaba desde que

entraron—. Recuerdo que subí alguna vez con ella para guardar fotos. ¡Seguidme!

—Ve. Ve con ella, yo buscaré por abajo —dijo Cristian cuando vio que Esteban se detenía para esperarle. En cuanto se alejó, sacó un pañuelo para secarse las lágrimas que resbalaban ya sin control.

Como dijo Beth, la caja estaba en la buhardilla. Era una caja grande, de unos treinta centímetros de largo por quince de ancho, la tapa estaba llena de pegatinas y tenía un candado.

—¿Y la llave, sabes dónde está? —preguntó Esteban.

—Ni idea —dijo Beth mirando aquí y allá sin tocar nada

Si en la planta inferior había polvo y partículas suspendidas, en el desván, además, se encontraron también con telarañas y sus huéspedes que se habían apoderado de todos los rincones y objetos que allí había.

Esteban se quedó indeciso mirando la caja, cogió un trozo de tela y lo sacudió con fuerza. Motitas brillantes se esparcieron a su alrededor produciéndoles un ataque de tos y varios estornudos.

—Joder —dijo tapándose la nariz, aunque ya fue demasiado tarde. Limpió la caja con la tela, la cogió con las dos manos y bajaron en busca de Cristian.

—Papá, ¿sabes dónde puede estar la llave? —preguntó Beth.

—¿Habéis mirado en su habitación? —sugirió Cristian, que aún no se había recuperado del todo.

Esteban siguió a Beth hasta que llegaron a una puerta cerrada y vio que ella dudaba y tragaba saliva con fuerza.

—¿Quieres que entre yo? —preguntó Esteban tocándole el hombro con suavidad.

—No. Ya sé lo que voy a encontrar, su joyero lleno de bisutería, que usábamos para disfrazarme; el tablón de corcho con fotos de cuando ella era adolescente; un poster con un cantante muy guapo, creo que se llamaba Bon Jovi; un mapa del mundo lleno de chinchetas clavadas en los lugares a los que quería viajar... es muy duro —dijo dándose la vuelta y abrazando a Esteban con fuerza.

—Beth, cariño, no hace falta que entremos, cojamos la caja y volvamos a Valencia, allí, cuando estéis preparados, la abriremos.

—¡Vamos con Cristian, sé que me necesita! —suplicó Beth.

«¡Y tú a él!», reconoció Esteban cogiendo su mano y tirando de ella hacia las escaleras.

Cuando oyó los pasos que se acercaban, Cristian se limpió los ojos con un clínex que tenía en la mano. Había unos cuantos arrugados a su alrededor, tirados en el suelo. Beth se echó en sus brazos mientras ambos se ponían a llorar desconsolados.

Esteban los abrazó a los dos y besó la mejilla húmeda de su chica pensando en que lo mejor sería irse de aquella casa cuanto antes.

Cogió la caja y la metió en el maletero. A continuación, les hizo salir y dirigirse al coche. Antes de subirse a él, se giró para asegurarse de que había cerrado la puerta y vio que una vecina les observaba con cara de pesar mientras levantaba la mano para despedirse. Esteban le devolvió el saludo y tras arrancar el vehículo, salió por la misma calle por la que habían entrado un rato antes.



## 25. La caja de los recuerdos

Ya en su casa, a solas con Beth, Esteban no pudo soportar más la curiosidad.

—¿Puedo? —preguntó acercando una cizalla al candado. Sobre la mesa del comedor, habían puesto la caja de latón, de la cual no habían encontrado la llave.

Beth asintió tragando saliva. Había visto esa caja en multitud de ocasiones y gran parte de las cosas que allí iban a encontrar, pero esta vez la veía desde otra perspectiva, se sentía culpable por invadir la privacidad de su madre de esa manera. Inconscientemente, cerró los ojos cuando oyó el sonido del metal al desquebrajarse.

La caja estaba dividida en dos compartimentos, uno de ellos lleno de fotos y papeles y en el otro había pequeños objetos de distintos tamaños. Con manos temblorosas, Beth cogió un chupete.

—Mira, Esteban. Este lo puse yo aquí cuando era pequeña, mamá me dijo que ya era mayor para usar chupete y que lo podíamos guardar en la caja de los tesoros.

—He encontrado la cartilla escolar de tu madre —indicó Esteban mientras sacaba también un diploma plastificado—. Nota media de sobresaliente, pues sí que era inteligente.

Siguió buscando en el compartimento más grande, tratándose de algún diario o carta, lo más probable era que estuviera en ese. Beth extrajo un libro titulado con grandes letras: *ANUARIO DE SARA FERNÁNDEZ*. En la portada había una foto de varios niños pequeños con sus babis de cuadros blancos y verdes. Al abrirlo, se encontró con la foto de una niña de la misma edad y con la misma indumentaria que sonreía a cámara, con una sonrisa a la que le faltaban un par de dientes y que ella mostraba orgullosa. En la siguiente página ponía:

YO DE MAYOR QUIERO SER...

*Médico para curar a los papás y mamás de los niños.*

A Beth se le escurrió una lágrima por la mejilla y Esteban, con un dedo, le cortó el camino.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí. Es como si ella estuviese ahora aquí, conmigo, me resulta extraño rebuscar entre sus cosas.

Siguió mirando el anuario, y vio fotos de su madre en varias excursiones y con el equipo de baloncesto sosteniendo una copa. En la siguiente página la letra ya no era tan infantil y la explicación, mucho más larga:

YO DE MAYOR QUIERO SER...

*Yo de mayor quiero ser maestra porque me gustan los niños y la enseñanza y también, periodista para escribir artículos de interés. Como me gusta mucho la Literatura, podría compaginar el escribir relatos con las otras dos ocupaciones. De momento, el próximo año iré al instituto en Gandía y escogeré la opción de Letras, después, ya me decidiré, aún queda tiempo...*

El anuario finalizaba con dos fotos; una de Sara sola, vestida con la toga y el típico sombrero de graduación, achatado y negro con una borla colgando; y otra de toda la clase con todos los birretes volando por los aires.

Esteban buscaba una pista en concreto. Había encontrado las notas del instituto y las de primero y segundo de carrera, ya no había sobresalientes, pero Sara era de las que lo aprobaban todo. Esperaba encontrar las notas de tercero para ver si había habido un declive en sus estudios, no debió de ser fácil para ella acudir a la universidad estando embarazada, tenía un presentimiento.

—Beth, ¿cuándo es tu cumpleaños?

—El 16 de marzo, ¿por qué lo preguntas ahora?

—No encuentro las notas de tercero de Magisterio de tu madre y tengo una corazonada —dijo mientras sacaba cuentas contando con los dedos los meses a la inversa—. Se quedó embarazada en junio, quizá no llegó ni a comenzar el curso —concluyó pensativo.

—Sé que se graduó porque he visto la foto de ese día un montón de veces en casa de la abuela. De hecho, mira, aquí hay una copia, la que está enmarcada es más grande, salgo yo con Cristian, Sara y la abuela.

—¿Cuánto hace de esto?

—Ya hace mucho. Me acuerdo de que estudiábamos las dos juntas en la mesa del salón —dijo sonriendo—. Nunca llegó a ejercer, no le dio tiempo —murmuró con pesar.

Siguieron rebuscando entre los «tesoros» allí guardados y Esteban encontró una bolsa con el nombre de una joyería que estaba cerca de su oficina. En su interior había una pequeña caja.

—Beth, ábrela tú.

—¡Vaya, es precioso! —Constató observando un colgante con forma de medio corazón—. Me pregunto qué habrá pasado con la otra mitad.

Esteban se lo quedó mirando perturbado, que esa joya siguiese intacta en su caja no era buena señal.

—¡Dámelo!

En cuanto lo tuvo en sus manos, buscó en el reverso una inscripción que le diese alguna pista de su significado, una fecha, un nombre, algo, pero allí no había nada grabado y se lo devolvió a Beth.

Bajó la mirada para seguir buscando y no ver la emoción que brillaba en los ojos de Beth. Sonrió pensando en que debería comprarle alguna cosilla. «A ver si se conmueve de la misma manera cuando se encuentre con el primer regalo de su novio».

Encontró lo que andaba buscando en el fondo de la caja. Era un sobre en blanco y la fecha que vio allí escrita se le clavó en la retina.

—Beth —dijo extrayendo varias cartas—. ¡Creo que lo he encontrado!

Ella se acercó temblorosa y con emoción contenida, abrió la primera y comenzó a leer en voz alta:

*27 de junio de 1995*

*Abro los ojos ante los primeros rayos de luz y compruebo que estoy tumbada sobre un lecho de amapolas. Me acurruco, envolviendo mis piernas con los brazos, mientras las gotas de rocío me muestran una imagen irreal, como una postal suspendida en el tiempo.*

*Respiro hondo y dejo salir el aire muy despacio.*

*Él me rodea con su brazo mientras susurra: «Te quiero. Eres como un soplo de aire puro. ¡¿Qué sería de mi vida sin ti?!». Me aprieta cada vez más fuerte y me siento a salvo. Estoy*

*enamorada. ¡Esto es felicidad!*

*Ese es el despertar que revivo una y otra vez. Vuelvo a cerrar los ojos y me dejo llevar, porque si los abro, todo desaparece.*

*Han pasado cinco días y no sé nada de él. No me coge el teléfono. Según las revistas, está de crucero con su mujer y como siempre, parecen ser la pareja ideal.*

*No entiendo nada. Estoy tan confusa. Debe de haber una explicación para todo esto, pero no la encuentro.*

Beth levantó la mirada con lágrimas en los ojos y abochornada, exclamó:

—¡Estaba casado y ella lo sabía!

—Eso parece. Ya oíste a Esther, ella solo tenía ojos para él y la manipuló, seguro que le dijo que se divorciaría. Hay más cartas, sigue leyendo.

Beth abrió otra:

*10 de agosto de 1995*

*Sigo sin saber nada de él.*

*Me resisto a creer que no he sido nada más que un trofeo, algo que cuesta conseguir, pero que una vez lo has logrado, deja de tener interés y lo dejas olvidado en un cajón.*

*He tenido que contárselo a mi madre, no me quedaba otra alternativa. Ella me ha dicho que no soy más que una niña de pueblo y que me he dejado deslumbrar por un futuro que no me correspondía.*

*¿Qué debo hacer? ¡Estoy embarazada! No quiero deshacerme del bebé, ya sé que no debería tener un hijo sin estar casada, pero ya está dentro de mí. Puede que sea mi perdición, pero aún no ha nacido y ya lo adoro.*

*¿Acaso fue todo mentira? Me resisto a creer que lo fuera. Estoy tan decepcionada, no hago más que llorar. ¡¿Cómo he podido equivocarme tanto?!*

Con lágrimas en los ojos, Beth leyó la siguiente:

*20 de agosto de 1995*

*Ya no podía aguantar más esta incertidumbre y me presenté en su trabajo.*

*¡No estaba! Me sugirieron que le esperase en la recepción de su despacho, donde encontraría a su asistente, pero allí no había nadie. A cada minuto que pasaba, más sudaban mis manos y aumentaba mi ansiedad.*

*Al fin, la puerta se abrió y salió su mujer! Tan elegante y bien vestida como siempre. Entramos en el despacho, ella parecía una serpiente destilando veneno, fue directa a la yugular. Su mirada de desprecio me atravesó como si de un puñal se tratase. ¡Me sentí tan insignificante!*

*Firmó un cheque y me lo dio para que no volviera a molestarles y mantuviese la boca cerrada. Se lo tiré a la cara.*

*«Pobre niña tonta, todas pensáis lo mismo. ¿Acaso crees que eres especial? Pues no, solo eres una más», me dijo con sarcasmo, mirándome con superioridad.*

*Necesitaba gritar. Quise tenerlo delante para que me dijese todo aquello él mismo a la cara, pero no, el muy cobarde no apareció.*

*Le comuniqué que estaba embarazada y ella, con ironía, me respondió que entonces la tarifa*



*sería superior, con la condición de que los dejara en paz para siempre y me deshiciera del bebé.*

*¡No puedo hacer eso! Pero tampoco puedo regresar al pueblo estando embarazada y sin marido. ¿Qué futuro me espera? Acepté el cheque y me fui.*

*Le vi cuando estaba a punto de cruzar la calle. Su mirada de sorpresa al verme fue de órdago. ¡Yo, una simple chica de pueblo, acababa de dejar pasmado a todo un hombre de mundo! Me preguntó cómo estaba. ¿Acaso está ciego, no se daba cuenta de que apenas podía mantenerme en pie? Con todo mi aplomo, escuché que iba a darse otra oportunidad con su mujer porque debía pensar en su hija. «Me alegro por ti. Sois tal para cual», le recriminé con un hilo de voz. ¡Ya estaba todo dicho!*

*En cuanto giré la esquina, me derrumbé y lloré como nunca antes lo había hecho.*

*Mi pequeño y yo estamos solos en el mundo, pero no permitiré que nadie más nos pisotee.*

*Debo empezar de cero y ser fuerte.*

Los ojos de Beth estaban anegados en lágrimas, hacía ya un buen rato que resbalaban de sus ojos para perderse en su rostro.

Esteban, sumido en sus pensamientos, se preguntaba qué clase de hombre podía ser capaz de abandonar a su suerte a una chiquilla sin ofrecerle ningún tipo de ayuda o consuelo. También le extrañaba que no se hubiera cerciorado de que Sara se había desecho del bebé, tal y como le habían exigido.

Sus sospechas acababan de esfumarse, veía a Débora capaz de ese comportamiento y de acabar con cualquiera que se interpusiese en su camino.

Como asistente de Joseph, había visto y oído muchas cosas. El matrimonio hacía aguas por todas partes desde hacía años, a pesar de que en público siempre se mostrasen como la pareja ideal. Sabía que muchas noches él dormía en el despacho y otras tantas, en casa de alguna «amiga», pero siempre con una absoluta discreción. Sin embargo, no lo veía capaz de jugar con los sentimientos de una mujer.

El timbre de la puerta les devolvió a la realidad y Esteban fue a abrir, era Dani, que pensando qué los había pillado en plena crisis, decidió desaparecer igual que había llegado.

—Veo que os pilló en un mal momento, me voy, ya hablaremos —balbuceó.

—No, pasa. Nos vendrá bien desconectar un poco. —Esteban sonrió con pesar.

—¿Seguro?

—¡Sí! Estábamos revolviendo entre los recuerdos de la madre de Beth y nos hemos llevado un par de sorpresas que ni sospechábamos. —Desconcertado, movió la cabeza y se apartó para que Dani entrara.

Ambos corrieron hasta el comedor cuando oyeron un grito de Beth, la encontraron rebuscando dentro de la caja con movimientos temblorosos, hablando sola.

—¡Tiene que haber alguna foto de ese cretino, quiero encontrármelo cara a cara y decirle cuatro cosas! —gritaba fuera de sí.

Esteban se acercó y la abrazó para tranquilizarla, pero ella se revolvió histérica, intentando que la soltara. Nada tenía sentido. Él solo quería consolarla.

—¡¡No me toques!! —gritó fuera de sí. No obstante, se sintió a salvo entre sus brazos y lo

corroboró dándose por vencida mientras su cuerpo se desplomaba.

Esteban la cogió en brazos y con lágrimas en los ojos, la llevó al dormitorio y la depositó con suavidad sobre la cama mientras le susurraba:

—Cariño, no todos los hombres son iguales, yo te quiero muchísimo.

Pero ella no le oía, estaba muy lejos del presente.

Dani fue a buscar un tranquilizante y un vaso de agua que ella se tomó sin rechistar. Luego, con un gesto, le comunicó a Esteban que lo esperaba en el comedor.

## 26. Confesiones

Esteban entró meditabundo en el comedor y tomó asiento al lado de Dani, que le tendió un vaso de tubo con un líquido transparente y un par de cubitos.

—He pensado que nos vendría bien una copa ¿Me vas a explicar qué es lo que ha pasado hace un rato? —preguntó enseñándole una mano que aún temblaba por el impacto que le produjo lo que había presenciado.

Esteban movió la cabeza en señal de afirmación mientras mantenía una lucha interna. No quería traicionar la confianza que Beth había depositado en él, pero tampoco sabía cómo afrontar la situación y Dani era de total confianza, además de psicólogo. Podía aconsejarle, que buena falta le hacía.

—Es una larga historia —anunció—. Cristian no es el padre biológico de Beth.

Dani asintió para indicarle que estaba dispuesto a escuchar el resto de la historia.

—Hemos decidido buscar a su verdadero padre, del cual no sabemos nada, solo tenemos unas cartas que hemos encontrado justo antes de que tú aparecieras.

Esteban se levantó y se las entregó. El rostro de Dani se fue transformando a medida que avanzaba en la lectura.

—¡Hijo de puta! —masculló tras leer la última.

Esteban le contó la conversación que habían mantenido con Esther, le dijo que era la única persona que sabía toda la historia y que, aunque ella había prometido no contar nada, les puso en el camino correcto.

—Dani, échame una mano, a ver si encontramos en la caja alguna pista más. Tengo una corazonada.

—¡Cuéntamela!

—No. Primero necesito pruebas. —Se dirigió de nuevo a la caja y Dani se unió a él.

—Si me lo cuentas, tal vez pueda ayudarte mejor. Siempre has sido muy intuitivo.

—Está bien —Se sentaron de nuevo y Esteban expuso sus sospechas—. Estoy casi seguro de que Joseph tuvo una aventura con Sara.

—¿Qué Joseph, tu jefe? —preguntó extrañado.

—Sí. Sara se presentó a un concurso de relatos que organizó la empresa y ganó. Creo que se conocieron en esa ocasión. Tendrías que ver cómo reaccionó cuando supo que Beth era su hija, los ojos se le iluminaron de una forma... —Su rostro se contrajo mientras buscaba la palabra correcta, que no acudió a su mente—, nunca le había visto así. Intentó sonsacarme información sobre su vida y se descompuso al saber que Sara estaba muerta. Además, no veas cómo se quedó mirando cuando me pilló con Beth en el despacho, sin reaccionar, creo que no veía a Beth en esos momentos, sino...

—Veía a su madre —lo cortó Dani.

—Sí. Incluso las palabras que le dijo la esposa a Sara encajan con el comportamiento que Débora suele mostrar. Lo único que no me cuadra es la forma de actuar del padre de Beth, sí que

veo a Joseph teniendo una aventura, pero creo que nunca dejaría en la estacada a una chiquilla embarazada.

—¿Y si no lo sabía? —preguntó Dani para acto seguido, contestarse a sí mismo—. Sí, claro que lo sabía. En la carta queda claro que la vio y le dijo que se reconciliaba con su mujer. ¿Qué piensas hacer?

Esteban meditó un momento antes de contestar:

—Débora se enteró y como salían en los periódicos con asiduidad, se debía notar un cambio de actitud, un distanciamiento, algo debe quedar reflejado en las fotos.

—Tenéis un archivo con todos los ejemplares que habéis publicado, ¿no?

—Sí, por supuesto. Le podría mandar a Beth que recopilase toda la información que hay sobre ellos, pero no creo que esté preparada para afrontarlo, y menos sin pruebas.

—No le digas lo que estás buscando, dale alguna excusa.

—¡Lo tengo! —El rostro de Esteban se iluminó mientras una idea iba tomando forma—. Este año es su trigésimo aniversario de bodas, podría hacer un especial con un resumen de todos los eventos a los que han asistido, así tampoco sería un trabajo en vano.

—Se trataría de una sorpresa, por lo tanto, solo deberán saberlo Beth y la chica de los archivos.

—La mayoría están digitalizados, así que podrá hacerlo sin moverse de su mesa y de paso, yo también podré echarles un vistazo.

—Solucionado —afirmó Dani.

—Sara vivía en un pueblo muy pequeño. Le preguntaré a Joseph si lo conoce.

Estuvieron hablando un buen rato más hasta que Dani, mirando su reloj, se levantó diciendo que se había hecho tarde y que debía irse.

Más de una vez se había quedado a dormir en el sofá, decía que era más cómodo que la cama de invitados, pero esa noche no le pareció una buena idea quedarse.

Tras hacerle prometer a Esteban que le llamaría en caso de que Beth sucumbiera de nuevo, se fue.

Esteban entró en la habitación y vio que Beth dormía con una total placidez. Cogió el móvil y escribió:

«Beth se queda a dormir esta noche en mi casa, ¿ok?».

«Ok», respondió Cristian.

Pasado un segundo, oyó que Beth recibía un mensaje de WhatsApp y lo leyó:

«¿Va todo bien? Estoy preocupado, sé que ibais a empezar a buscar en la caja».

Esteban volvió a coger el teléfono y marcó su número.

—Cristian, soy yo. Beth está dormida.

—Me he imaginado que algo no iba bien. La última vez que me escribiste desde tú móvil para decirme que mi hija se quedaba en tu casa no sospeché nada y resulta que estaba en plena crisis. Sé que hoy ibais a abrir la caja de Sara. —Guardó un corto minuto de silencio—. ¿Qué le ha pasado a Beth? ¿Habéis encontrado algo?

—Sí, Cristian, ya sabíamos que la había dejado embarazada y que no quiso saber nada más de ella, pero hemos encontrado unas cartas en las que Sara ha escrito cómo se sentía, Beth las ha

leído y no ha podido soportarlo. En ese momento, Dani estaba aquí y le ha dado un tranquilizante, ahora duerme. Tranquilo, Cristian, la cuidaré.

—Lo sé, chico. Pero en cuanto se despierte, sea la hora que sea, quiero que me llame. ¿Me has oído? ¡Sea la hora que sea! —exclamó—. Necesito oír su voz y que sepa que no está sola —dijo susurrando esta vez.

—De acuerdo, se lo diré. Buenas noches.

—Buenas noches.

Beth sintió cómo le acariciaban la cara con suavidad, abrió los ojos y se encontró con el rostro de Esteban, que la miraba con preocupación.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras?

—Mejor, pero tengo sueño. —Se acercó a él para poner una mano alrededor de su cintura y una pierna sobre las suyas. Esteban percibió su sonrisa en el pecho antes de oírla susurrar—: oigo tu corazón y eso me relaja.

—¡Pues no te relajes tanto que tienes que llamar a Cristian! —Prefirió no arriesgarse a utilizar la palabra padre.

## 27. Una relación basada en la confianza

Beth, sobresaltada, miró a su alrededor. Se encontraba ante su mesa de trabajo y sobre ella vio una bola de papel. Lanzó una mirada acusadora a Esteban, él se reía.

—¡Imbécil, me has asustado!

Con un movimiento de cabeza, Esteban le indicó que se acercase y tomase asiento frente a él.

—Llevas más de media hora durmiendo y dentro de dos minutos va a salir el gran jefe para ir a almorzar, pensé que era una buena idea despertarte antes de que eso suceda.

—Gracias, pero te recuerdo que si estoy así, es por tu culpa. ¡Se puede saber qué demonios me disteis ayer! No puedo mantenerme despierta —afirmó consternada.

—Ya te he dicho que te vayas a casa y te acuestes. ¡Yo te cubro! Le puedo decir a Joseph que te he enviado a algún sitio.

Justo en ese momento, se abrió la puerta del despacho de Joseph y Beth se dio cuenta de que se había perfumado con esmero. En vez del traje chaqueta habitual, llevaba un atuendo más informal.

—Chicos, me voy a almorzar. Esteban, hoy mi agenda está libre, ¿no?

—Hasta las seis y media de la tarde, como me dijiste, después tienes una cita con Juan Ozores y recuerda que mañana tenemos una cena en El asador de Elso.

—Sí, claro, cómo olvidarlo. —Sus labios se alargaron al tiempo que le guiñaba un ojo con malicia.

En cuanto Joseph salió, Esteban cerró los ojos y respiró con fuerza, dejando salir el aire con suavidad. Ella se quedó mirándolo, no hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que Joseph tenía otros planes, además del almuerzo, y que a su chico no le hacía ninguna gracia esa actitud. Un ansia de posesión se apoderó de su ser. «Este hombretón es mío, solo mío», se dijo levantándose.

Las piernas de Esteban se encontraban ocultas debajo de la mesa, Beth tiró de la silla hacia atrás, hasta que pudo sentarse sobre ellas, y a continuación, buscó su boca para darle una pequeña recompensa.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó risueño.

—Nada. ¿Es que no puedo besar a mi chico sin tener un motivo? —Arqueó sus cejas y encogió sus labios con un gesto seductor.

—Beth, no me tientes. —Sonrió y le dio un juguetón cachete en las nalgas mientras su entrecejo se arrugaba, una idea estaba tomando forma—. Joseph no va a volver, ¿por qué no te acuestas ahí detrás? A mediodía me escaparé un momento para comprar algo de comer y tú dejarás que te seduzca. —En su mirada apareció un brillo nuevo, causado por esa excitación que precede a lo prohibido.

Ella puso una mano sobre su entrepierna mientras acercando la boca a su oído, susurraba con malicia:

—¿Por qué no vienes ahora a seducirme y esperas luego a que me despierte para darme de comer?

La habitación no era espaciosa. La componían una cama individual, una mesita, un armario de dos puertas y la del baño. Estaban desnudos y saciados. Ella, sentada sobre la cama, observaba cómo Esteban sacaba del armario objetos personales de aseo, una muda de ropa interior, una toalla y un traje chaqueta que volvió a dejar en el mismo sitio tras contemplar el resto de su ropa, que estaba esparcida por el suelo.

—Vaya, qué precavido, tienes de todo.

—Sí, hay veces que tengo que acudir a eventos y voy directamente desde el trabajo. Me arreglo aquí y así no pierdo tiempo yendo y viniendo de mi casa.

—¿Como la cena de mañana? No me habías dicho nada.

—Se me pasó. Está organizada desde hace tiempo. Va a ir gente importante y no es fácil hacerles coincidir a todos.

—Vaya, gente importante. ¿Es una cena de esas con alcohol y mujeres? —preguntó con desazón.

—¡Tú has visto muchas películas! —Esteban se puso a reír y le dio un pequeño beso en la punta de la nariz, pero al separarse de ella vio lágrimas en sus ojos—. ¡Por Dios, Beth, no empecemos otra vez! ¿Qué he hecho para que desconfíes de mí de esa manera? —preguntó exasperado antes de levantarle la cabeza para que lo mirase a los ojos—. Esta no es la clase de relación que quiero contigo. Quiero una basada en la confianza y en el respeto. Voy a tener que ir a reuniones, congresos, cenas y demás. Me gustaría, cuando regrese a casa esas noches, poder hablar de cualquier cosa contigo sin que tengas que sacarlo todo de contexto.

—Pero ¿habrá mujeres? —suplicó más que preguntó.

—¿Qué prefieres, que te diga que no o la verdad? —dio media vuelta y se metió en el baño mientras Beth se quedaba reflexionando. Ya había demasiados interrogantes en su vida. «¡Prefiero la verdad!», decidió resuelta y con una sonrisa en los labios. Se dio media vuelta en la cama y se quedó dormida al instante.

## 28. La ilusión de emprender un nuevo proyecto

Beth llevaba un buen rato hablando por teléfono. Esteban revisaba unos papeles y no prestó atención hasta que oyó la palabra «cariño». Beth le decía a quien estuviese al otro lado de la línea que tuviese paciencia, que ya sabían todos cómo era su suegra y que mientras viviese bajo su techo, tenía que aguantarse.

Esteban pensó que debía de ser Estela y una idea cruzó por su mente. Hacía tiempo que quería conocer a las amigas de Beth. Estela parecía una buena chica y por lo que pudo captar, necesitaba distraerse. Se levantó de su silla y fue a sentarse delante de Beth, cruzándose de brazos mientras no le quitaba ojo de encima.

—Tengo que colgar, ¿vale? Estoy trabajando y Esteban acaba de sentarse frente a mí. Mierda, me está mirando con fijeza, creo que me voy a llevar un rapapolvo.

—No cuelgues, pásamela —exigió Esteban.

—¿A quién?

—¿No es Estela? Y que sepas que no te llevas un rapapolvo porque no sueles estar pendiente del móvil cuando trabajas. —Extendiendo su mano, insistió en que le pasase el móvil.

—Hola, guapa, ¿cómo va todo? [...] Es normal, ¿de cuánto estás ya? [...] Oye, y si cenamos los cuatro juntos esta noche, díselo a tu chico, podemos coger unas pizzas y comerlas en mi casa. [...] Estupendo, nos vemos esta noche. Adiós. —Colgó y le devolvió el móvil a Beth, que lo miraba boquiabierta.

—¿Qué pasa? ¿No te apetece cenar con ellos? —inquirió, arqueando una ceja.

—Sí, por supuesto. Es solo que esto no me lo esperaba —exclamó sonriendo—. Quiero ir de compras, ¿me acompañarás cuando salgamos de trabajar?

—Claro, ¿qué quieres comprar?

—Pues estaba pensando en que podríamos meternos en la piscina, pero tendría que pasar por mi casa para coger el bañador. Quiero comprarme otro y dejarlo en la tuya.

—Buena idea, ¿y por qué no te compras también un pijama, ropa interior y lo que necesites para cuando te quedas a pasar la noche conmigo? Así podremos venir a la oficina sin tener que pasar por tu casa. —Un guiño acompañó sus palabras.

Invitaron también a Dani y a Cristian y durante la cena, salió el tema de las vacaciones y de los pueblos que durante el verano aumentaban tanto su población. Cristian se dio cuenta enseguida de que Dani no estaba allí por casualidad, cuando quiso darse cuenta, estaban haciendo planes.

Dani y sus chicos se harían cargo de toda la reforma de la casa del pueblo. Tenían material que había sobrado cuando hicieron mejoras en el albergue y la mano de obra también les saldría gratis. Pero había ciertos matices a tener en cuenta para que todo entrase dentro de la legalidad. Cristian aceptó en el acto la sugerencia, consciente de que Sara no querría que se malograra una casa en la que tan buenos momentos había pasado.

Cuando terminaron de cenar, las dos chicas desaparecieron sin decir nada. Esteban sirvió unos *gin-tonics* pensando en que Beth le estaría enseñando a su amiga las compras de esa tarde. De



repente, se oyó la voz de Estela exclamando:

—¡Ostras, es una pasada! ¡Cuántas transparencias! ¡¿Esteban lo ha visto?! ¡Va a alucinar cuando te lo vea puesto!

Esteban agachó la cabeza, abochornado, mientras notaba cómo su rostro ardía. Claro que lo había visto, fue él quien se lo compró. «Sigo queriendo ese baile sensual con esto puesto», le había susurrado al oído.

Cuando levantó la cabeza, tres pares de ojos lo miraban con guasa, cogió su copa y la vació de un trago.

## 29. A lo Kim Basinger

Esteban estaba viendo un partido de fútbol en su casa y al mismo tiempo observaba a Beth, que pendiente del teléfono mostraba una expresión divertida en el rostro. Él sabía que estaba intercambiando mensajes de WhatsApp con su grupo de amigas, en el perfil habían puesto una foto de la despedida de soltera de Estela. Se preguntó qué estarían tramando.

Empezó a sonar una canción que reconoció al instante. Era un mito de los años ochenta, la película erótica por excelencia, con una banda sonora que traspasó fronteras.

Miró a Beth de reojo, estaba peleándose con el móvil para que dejase de sonar. «¡Demasiado tarde!». Se imaginó a Beth en el papel de Kim Basinger y deseó que terminase el partido.

—¿Cuánto falta? —preguntó Beth.

—Media hora. —Se encontró respondiendo mientras todo su cuerpo pugnaba para que gritara: «A la mierda el partido, empieza ya con lo que me tienes reservado».

—Voy a por un refresco, ¿quieres algo?

—Trae otro para mí.

La siguió con la mirada. Ella abrió el mueble en el que guardaba las bebidas alcohólicas y extrajo una botella que llevó a la cocina. Se excitaba solo con pensar lo que tendría ella en mente para que tuviera que necesitar el apoyo del alcohol. Tuvo que contenerse para no entrar en la cocina y hacerla suya allí mismo, encima del banco de mármol. De repente, oyó el grito de «Gooooo!» proveniente del televisor. Acababa de perderse el único gol que se marcó en todo el partido.

Beth volvió al comedor, se sentó junto a él y le dio un vaso, Esteban lo hizo entrechocar con el suyo antes de beber un largo trago de Coca Cola. Faltaban unos quince minutos para el final cuando Beth cogió su bolso y se fue a la habitación, Esteban oyó que cerraba el pestillo.

Beth sonrió al recordar la reacción de sus amigas cuando vieron la foto de su picardías. Todas tuvieron algún consejo que aportar, desde la música hasta la forma más sensual de quitarse las medias. Incluso, la acompañaron al chino para que comprara velas porque así resultaría más romántico, según ellas.

«Si Esteban conociese todos los detalles de lo que le tengo preparado, le daría un infarto», pensó Beth mientras abría el armario y sacaba una bolsa. De su interior, extrajo una prenda negra de gasa con unos tirantes muy finos y un montón de transparencias que le llegaban hasta la cadera y su escote, en forma de uve, dejaba al descubierto una buena parte de su piel hasta el ombligo. Se miró en el espejo de la cómoda. «Es muy sexi», observó asombrada. Un pensamiento empezó a abrirse paso en su mente. «¡No!», se dijo con determinación. Llevaba toda la semana pensando en esa noche y en lo especial que iba a resultar. Le dijo a su padre que se iba a quedar con Esteban a pasar la noche. Se despertaría al lado de su chico y permanecerían toda la mañana en la cama. Lanzó un beso al espejo y encendió las velas, que había colocado en plan estratégico. Acto seguido, llamó a Esteban y se escondió en el cuarto de baño, desde donde puso la música en cuanto oyó sus pasos.

Esteban entró en la habitación y se quedó alucinado con los preparativos. Se desnudó con rapidez y se tumbó en la cama. No se había equivocado, la banda sonora de *Nueve semanas y media* comenzó a fluir por toda la estancia y la silueta de Beth apareció entre las sombras proyectadas por la escasa luz que provenía del baño.

Ella abrió los brazos, deslizándolos por el marco de la puerta con un movimiento de caderas tan sensual que a Esteban se le cortó la respiración. Se quedó unos segundos en el mismo sitio, deslizándose arriba y abajo, siguiendo el ritmo de la música. Al fin, empezó a acercarse a la cama con movimientos seductores, en un momento dado, la música se intensificó y ella aprovechó para ponerse de espaldas y hacer que su larga y ondulada melena se meciese sin control alguno mientras deslizaba sus manos por las caderas, haciendo que la tela que las cubría desapareciese por momentos para dejar su piel expuesta.

Esteban seguía cada movimiento con los ojos brillantes de excitación. Ella volvió a girarse y avanzó hasta llegar a su lado. Con mucha suavidad, puso una pierna encima de la cama, haciendo resbalar su mano por ella hasta que llegó al muslo, tras poner una mano por dentro de la media, comenzó a bajarla con una extrema lentitud hasta que la hizo desaparecer entre sus dedos. Luego le tocó el turno a la otra, esta vez, flexionó la rodilla hasta tocar la mano de Esteban, que aceptó el ofrecimiento quitándosela él mismo. Cuando intentó besarla, Beth se escurrió de entre sus brazos con una expresión risueña. ¡Ella mandaba!, le transmitió con la mirada. ¿No quería baile sensual? Pues ella aún no había terminado. Tiró del lazo que unía las dos mitades de la prenda, dejando sus pechos al descubierto, que se mostraron desafiantes, con la corona sonrosada requiriendo atención. Luego, se acercó a la cama y colocando una rodilla sobre esta, estiró todo el cuerpo para darle un pequeño beso a la parte que sobresalía de su entrepierna.

Él dejó de respirar, anticipándose a lo que no llegó a suceder. La cogió de las caderas mientras susurraba un desesperado «Beth, fóllame» y ajustaba su miembro a la entrada de su feminidad, ambos dirigieron la mirada al mismo lugar y vieron cómo el miembro era succionado en su totalidad.

Un fuerte jadeo resonó en la habitación, al que siguieron muchos más. Él seguía con las manos en las caderas de ella, con la intención de dirigir sus movimientos, pero no hacía falta, ella demostró ser una perfecta amazona. «¡Cabalga, cariño!», exigió para a continuación, embestirla con fuerza. Ambos perdieron el control hasta que cayeron exhaustos, fundidos en un abrazo.

—¡Ha sido alucinante! —Le acarició la mejilla y agarrándola del cuello, la acercó con decisión para besarla—. Dime que esta noche no tienes que volver a tu casa. —La miró suplicante.

—No, ya he avisado a Cristian. ¡Me quedo contigo toda la noche! —No dejó que siguiera hablando. Se puso encima de ella para dar rienda suelta a su lujuria, a la que ella respondió con decisión.

### 30. Confesiones en el pub

La noche siguiente fueron al pub, donde se encontraron con el resto del grupo. Dani le hizo una señal a Esteban y ambos salieron del local.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Dani—. Ayer te eché de menos.

—¿Habíamos quedado?

—No, pero solemos vernos aquí todos los viernes. ¿A que no adivinas quién se pasó por aquí?

—Como no me des alguna pista.

—La princesa de hielo.

Esteban frunció las cejas pensando en ese apodo sin que le viniese nadie a la cabeza, hasta que tuvo un presentimiento.

—¿Celeste?

—Exacto. Parece que ha cambiado. Vino ella a saludarnos, por cierto, preguntó por vosotros. Se sorprendió cuando la invité a que se tomase algo con nosotros, creo que no está acostumbrada a que la gente tenga detalles con ella.

—Es lo que pasa cuando te crees superior a todo el mundo.

—No seas malo, Esteban, no es propio de ti.

—¡Olvidas que me amenazó con destruir mi carrera! —exclamó enfadado.

—No, no lo olvido, por eso te estoy diciendo que la veo cambiada. Me di cuenta de que algo le rondaba por la cabeza y le dije que la invitaba a una copa si me decía en qué estaba pensando. ¿Y sabes en qué pensaba? En cómo reaccionaría su madre si se enteraba de que había estado de fiesta con unos pobretones como nosotros.

—¡Eso te dijo!

—Sí. Esa chica depende demasiado de su madre, le vendría bien salir de debajo de su falda y hacer su propia vida.

—Dani, que nos conocemos, ¿te gusta Celeste?

—Pues no me importaría darle un buen repaso en el almacén. —Se puso a reír con descaro—. Aunque a decir verdad, ayer lo hubiese podido hacer, me puso ojitos.

—¿Y por qué no lo hiciste? Tú no eres escrupuloso, según Alex, cuando vas al pueblo haces estragos en el motel de la esquina —recordó riendo.

—Sabes muy bien que yo no juego con los sentimientos de las mujeres, sé distinguir entre las que solo buscan pasar un buen rato sin ataduras y las que buscan algo más. A Celeste no la tengo catalogada todavía.

—¡Y de las que buscan algo más huyes como de la peste! Espero que algún día sientes cabeza. Estoy seguro de que serías un buen padre, solo hay que ver el trabajo que haces con estos chicos.

—Puede ser, pero mientras no aparezca la mujer con la que quiera pasar el resto de mi vida, iré catando por ahí. —Le lanzó un guiño y Esteban negó con la cabeza mientras sonreía—. Cambiando de tema, ¿cómo lo llevas con Beth?

—Muy bien, ayer me hizo un numerito a lo Kim Basinger que me dejó descolocado —comentó

con ojos brillantes—. Esta mañana no hacía más que recibir wasaps de sus amigas preguntando qué tal había ido todo. Le tuve que cortar el rollo pidiéndole que no diera detalles ni explicaciones al grupo. Me parecería normal que le contase algo a alguna amiga en particular, pero que todas estén al día, con pelos y señales, de mi vida sexual ya es otra historia.

Dani se rio con ganas al tiempo que se regodeaba:

—¿Tú crees que la has convencido?

—No, tendrías que ver las fotos que le han enviado. ¡Joder, si había medio *Kamasutra*! —  
Movi6 la cabeza con una mueca de desesperaci6n.

—Mira la parte positiva, son las chicas de la despedida, las mismas que creen que eres un semental.

—Muy gracioso, no me est6s ayudando, ¿sabes?!

—Escúchame, todas sabían lo del numerito, ¿no? ¿Cumpliste con sus expectativas?

—Sí.

—Entonces no hay de qué preocuparse. Hazle entender que a partir de ahora, vuestros juegos y relaciones íntimas, se deben quedar ahí, en la intimidad. Dile que si no, tú también te considerarás libre de ir contándolo todo por ahí. Ya verás como esa idea no le gusta tanto.

—¿Ves?, ahora sí que me est6s ayudando. —Esteban se qued6 más tranquilo.

Volvieron a entrar en el local y se acercaron a la barra, sonaba la canci6n de *Obsesi6n* y un brillo divertido asom6 a los ojos de Esteban mientras le comentaba a Dani:

—La primera vez que Beth me llev6 al almacén, sonaba esta canci6n cuando salimos. Voy a buscar a mi chica y a manosearla un rato.

Cuando Esteban se alej6, Dani oy6 una voz proveniente de detr6s de la barra.

—¡La hostia! Hasta no hace mucho, la sola insinuaci6n de meterse en el almacén lo hubiese puesto colorado y ya ves, ahora va a meterle mano delante de todo el mundo —exclam6 el camarero antes de soltar una carcajada—. Eso tengo que verlo y hacerle una foto para la posteridad.

Beth se sobresalt6 cuando unas manos firmes le rodearon la cintura, sabiendo que eran las de Esteban, se dio la vuelta con una sonrisa en los labios.

—Te estaba buscando, es nuestra canci6n.

Solo con ver la expresi6n de su rostro, su coraz6n se expandi6. La acerc6 a su cuerpo y juntos siguieron el ritmo de la canci6n. Como era de esperar, la acerc6 mucho más de lo requerido para la ocasi6n y haciendo que diera un giro, la puso de espaldas a él y la cogi6 por el abdomen con la palma de la mano abierta por completo, apretando con las yemas y moviéndolas de forma casi imperceptible. Acerc6 su boca y le dio un pequeñ6 mordisco en el cuello, cosa que provoc6 que Beth se pusiera a reír. Ella se dio la vuelta, enmarc6 su rostro para que no pudiese escapar y lo bes6 aguantándose la risa, dej6 de hacerlo cuanto el beso le fue devuelto con ansia.

Dani y el camarero cruzaron una sonrisa.

—¿D6nde est6 nuestro Esteban de siempre? Esta chica lo ha abducido —dijo este último.

En cuanto termin6 la canci6n, se dirigieron a la barra para reunirse con Dani y Héctor, que acababa de incorporarse a la fiesta. Beth lo salud6 con un par de besos y Esteban con un apret6n de manos.

—Chicos —dijo Héctor—. ¿Qué os parece si organizamos unas clases de baile? Se lo podemos proponer a Juan, la otra vez tuvieron mucho éxito. Así le damos vida a esto entre semana y nos ganamos las copas que nos tomamos por la jeta.

—Es una buena idea. Mañana se lo comentaré a Juan —afirmó el camarero.

—Beth, ¿Crees que a tus amigas les interesaría participar? —preguntó Héctor.

—Contestaré por ella. ¡Si van a estar los tíos buenos que conocieron en la despedida de soltera, por supuesto que sí! —Tras su comentario, Esteban se llevó un codazo en las costillas.

—Ya te vale —sonrió Beth.

—¿Seguro que van a venir? —preguntó Héctor.

—Cuenta con ello —aseguró Beth.

—Nosotros nos encargaremos de hacer los carteles publicitarios —declaró Dani.

—La hostia, este tío tiene poderes telepáticos. ¡Juan! —gritó el camarero.

—¡No me digas que es el profesor de baile! —exclamó Beth.

—Sí, y otro de los antiguos chicos del albergue. Hemos tenido de todo. De hecho, ahora tenemos un par de chicos que trabajan en la construcción y están disponibles —dijo Dani como si tal cosa.

Beth se lo quedó mirando sin saber qué decir, así que fue Esteban el que contestó.

—Dani, qué te parece si hablas con ellos y el próximo sábado vamos al pueblo a pasar el día y vemos qué se puede hacer con la casa. Podemos quedar con Cristian y se lo comentamos. Cariño, ¿tú qué opinas?—preguntó mirando a Beth a los ojos.

—Me parece bien. Me gusta la idea.

En esos momentos, llegó Juan entrechocando manos y saludando a todo el mundo. Tendría unos treinta años, era rubio, musculoso y muy simpático. Dijo que los miércoles por la noche estaba libre y añadió:

—No hay ningún problema y por supuesto, la primera clase será gratis para que así acuda más gente y vean si les gusta.

Beth pensó que con aquel profesor y los chicos, sus amigas estarían convencidas de antemano y con lo «salidas» que estaban últimamente, en el almacén iba a haber estragos, como decía Alex, comentario que bajo ningún concepto pensaba hacerle a Esteban.

### 31. Planificando las reformas

El sábado a mediodía llegaron a Villarejo del Turia. En el coche iban Esteban, Dani, los dos futuros albañiles y un arquitecto que era amigo de uno de ellos.

La casa era grande, tenía mucha luz y un patio bastante amplio. Abrieron grifos, comprobaron la instalación eléctrica, examinaron la humedad de las paredes y se pusieron a elaborar un plan para la reforma.

Cuando terminaron, decidieron ir a dar una vuelta por los alrededores y cuando Esteban volvió a la casa, vio un papel pegado a la puerta. Lo cogió y empezó a leer:

*Soy Esther, he venido con mis hijos a pasar el fin de semana y mi madre me ha comentado que había gente en la casa. Me gustaría veros antes de que regreséis a la ciudad.*

*Besos.*

Esther abrió enseguida y fue a lanzarse en los brazos de Esteban, pero se contuvo en el último momento.

—Perdona, pensaba que eras Beth.

—No. Ella no ha venido. Estamos pensando en hacer unas reformas y he traído a unos amigos para que echen un vistazo a la casa.

—¿Dónde están? —preguntó Esther cuando vio que no había nadie detrás de él.

—Han ido a tomar un café.

—Pasa y hablamos un rato. ¿Cómo se encuentra Beth?

—Muy bien. Hoy, entre que no lo tenía muy claro y que si venía, debíamos hacerlo en dos coches, ha preferido quedar con sus amigas para ir a comer juntas.

—Bueno. ¿Habéis encontrado algo? —preguntó de sopetón.

—Sí, unas cartas, y tengo una cierta sospecha. ¿Es Joseph el padre de Beth? —preguntó a bocajarro.

—Ya sabes que no voy a contestarte a eso. Os he puesto en el camino correcto, no me pidas más, por favor, se lo prometí —dijo con lágrimas en los ojos.

—Perdona, solo quería ver cómo reaccionabas. Estás blanca como la pared y llorando. No sé si es porque lo he adivinado o porque te la he recordado.

—La echo de menos.

En esos momentos, entró su madre, era rubia y alta como su hija. Esther se lo presentó como el novio de Beth y ambos se saludaron con dos besos.

—¿Qué vais a hacer con la casa? —preguntó la madre de Esther.

—No lo sabemos todavía, mañana hablaremos con Cristian y Beth para analizar las distintas opciones.

—No iréis a venderla, ¿verdad? Sé que me estoy metiendo donde no me llaman, pero hay que darle una oportunidad a este pueblo. Tanto Sara como sus padres lo adoraban, la prueba la tienes en que ella, en cuanto pudo, volvió. Si no lo hizo antes, fue por vergüenza, aun sabiendo que la gente de aquí terminaría aceptando su situación.

—No vamos a venderla, solo queremos arreglarla un poco. Ya os darán más detalles Cristian y Beth. Bueno, ha sido un placer conocerla, señora. Esther, tengo que irme, estoy oyendo a mis amigos. —Tras despedirse, salió de la casa.

El domingo fueron todos a merendar al piso de Esteban. El arquitecto comentó que la estructura estaba en buenas condiciones, pero que el baño y la cocina habría que cambiarlos, al igual que la instalación de la luz y el agua, además de pintar y arreglar el patio.

Al instante, se pusieron todos a nombrar a los electricistas y fontaneros que podían encargarse de todo. Cristian debía informarse de si necesitaban permiso de obras. También decidieron acudir a un notario para firmar un contrato en el que constaría que los trabajadores no cobrarían nada a cambio de poder disponer de la vivienda durante algunos años. Había que dejarlo todo por escrito para poder disponer del material que había sobrado de la reforma del albergue.



## 32. Las clases de baile

El miércoles siguiente empezaron las clases de baile en el *pub* y acudieron todos los chicos del albergue, las amigas de Beth y un montón de gente joven que había reconocido el nombre del patrocinador, que era el mismo albergue. Hasta Celeste se encontraba allí.

Celeste se presentó en el despacho el día anterior y Esteban cogió el teléfono para avisar a Joseph, pero ella le dijo que no lo hiciese, que no estaba allí para ver a su padre. Parecía indecisa y Beth le dijo que se sentase y les dijese qué le ocurría.

—He visto que mañana empiezan unas clases de baile en el local al que soléis ir y me preguntaba si os habríais apuntado.

—Sí, claro. Será divertido —repuso Beth.

—¿Hay que ir con pareja o puedo acudir sola?

—Como tú lo prefieras, nosotros vamos en pareja —señaló Esteban—. ¿No tienes a nadie que te acompañe?

Beth le puso mala cara, consciente del esfuerzo que estaba haciendo Celeste por estar teniendo esa conversación con ellos. Esteban le había contado su conversación con Dani, parecía que era cierto que Celeste estaba cambiando.

—Supongo que podría proponérselo a alguno de mis amigos, pero será uno de esos pijos que a mi madre tanto le gustan. El fin de semana de la exposición fue muy interesante y además, me han abierto los ojos a otra realidad, me gustaría empezar de cero, pero me da miedo verme sola. He pensado en enviaros un wasap cuando esté llegando para saber si vosotros estáis ya dentro. —Había un fondo de súplica en su voz que no les pasó desapercibida.

—Podemos hacer otra cosa —sugirió Beth—, quedar un rato antes los tres y tomarnos una copa antes de que empiecen las clases.

—Me parece muy bien —afirmó Celeste sonriendo—. Muchas gracias, chicos. —Dio media vuelta y desapareció.

Esteban la siguió con la mirada, la sonrisa espontánea de Celeste, por un momento, le recordó a Beth y a partir de ahí, tuvo un presentimiento que no lo abandonó durante un buen rato.

Y allí se encontraron todos, en la barra, tomándose algo mientras esperaban a que empezaran las clases. Beth le presentó a Celeste a todas sus amigas, que resultaron ser mucho más jóvenes que ella. Las chicas del albergue la reconocieron y fueron a saludarla enseguida.

Al fin, les dijeron que formasen parejas, las amigas de Beth, sin perder tiempo, se juntaron con los chicos del albergue, a los que recordaban de la despedida de soltera de Estela y la posterior feria.

Juan, Dani y Esteban comenzaron a juntar al resto y cuando terminaron, solo faltaban Celeste y Dani, que acabaron bailando juntos, aunque hubo varios cambios de pareja durante la clase para fomentar la unión del grupo.

—¡Hola, jefa! —dijo Esteban con una sonrisa cuando le tocó Celeste como pareja de baile.

—Jefe es mi padre, no yo. Además, tú me toreas como te da la gana, te temo más a ti que a él.

—Vaya, es bueno saberlo. ¡A ver si te lo piensas dos veces antes de volver a amenazarme con destruir mi carrera! —le dijo antes de ordenar que cada uno volviese con su propia pareja. Nadie dio importancia a que la orden la diese Esteban en lugar del profesor, todos habían percibido que algo pintaba él allí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dani a Celeste cuando vio que esta estaba a punto de ponerse a llorar.

—Nada que no me mereciese.

—Anda, tranquilízate y deja que te lleve —le dijo mientras miraba el reloj—. Chicos, últimos cinco minutos de clase. Ahora toca baile libre, con vuestras parejas o con quién os dé la gana. Carlos, pon una movida, la de *Valió la pena* de Marc Anthony. La mitad de la clase comenzó a cantarla:

*Valió la pena, porque era necesario para estar contigo, amor...*

Dani cogió a Celeste y le demostró que, en realidad, las clases no le hacían ninguna falta, al igual que a la mayoría de los chicos del albergue. Cuando dieron la clase por finalizada, Dani le dijo que iba a despedirse de la gente pero que quería que ella se quedase, cosa que no le hizo ninguna gracia, intuía que Esteban tampoco iba a marcharse, pero sabía muy bien lo que debía hacer y pensó que lo mejor sería tomar la iniciativa.

Esteban sintió que le tocaban el brazo y se sorprendió cuando vio que era Celeste.

—Por favor, ¿podemos salir fuera un momento?

—Sí, claro. —Le dio un beso a su chica y siguió a Celeste.

—No sé por dónde empezar, he hecho muchas cosas mal. Sé que siempre he intentado estar por encima de ti, haciéndote la vida imposible si con eso lo conseguía. Perdóname, por favor, no volverá a suceder. Dame otra oportunidad, no te defraudaré. Te lo prometo —Celeste empezó a llorar por el nerviosismo que llevaba acumulado.

—Anda, ven aquí —le susurró mientras la abrazaba—. Estás perdonada, pero no hagas que me arrepienta.

En esos momentos, se abrió la puerta y por ella salieron Beth y Dani. Ellos seguían abrazados y Dani sonrió, imaginando lo que acababa de pasar. A Beth no le hizo tanta gracia.

—¡Se puede saber qué está pasando aquí! —gritó colérica.

«Joder, esto no puede estar pasando», pensó Esteban, consciente de que en esos momentos sería imposible hacerla entrar en razón y menos después de haberlo visto abrazado a otra, así que hizo lo único que, según él, podía funcionar.

—No es lo que piensas, luego te lo explicaré —afirmó acorralándola contra la pared e inmovilizándola antes de empezar a besarla con fiereza, como sabía que a ella le gustaba.

### 33. Sí, lo hice

Hacía días que Beth se dedicaba a revisar todos los periódicos, buscando los reportajes en los que aparecían Joseph y Débora. Era una ardua tarea, ya que salían muy a menudo, sobre todo durante los primeros años de matrimonio.

Se veían jóvenes y enamorados. Con el paso del tiempo, él se había convertido en un madurito atractivo, a Beth le recordaba a Richard Gere, sabía llevar el paso de los años con mucha dignidad. Sin embargo, Débora estaba igual que hacía veinte años, sin una arruga, peca o imperfección. Beth sonrió con fastidio, ella sabía muy bien el porqué.

—¿Estoy haciendo algo mal? —preguntó al ver que Esteban se situaba detrás de ella.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Es la tercera vez que vienes a ver qué estoy haciendo, si no te gusta cómo trabajo, dímelo a la cara, te recuerdo que estoy de prácticas.

—No es eso, a ver, ya estás en 1995, ¿has notado alguna diferencia? —se arriesgó a preguntar.

—¿Diferencia? ¿Cómo qué?

—No sé. Si han estado saliendo menos, si han perdido popularidad, esas cosas, ya llevan más de diez años juntos, en algún momento tendrán que dejar de ser novedad.

En menudo embrollo se había metido. Decidió que sería mejor hacer una copia y pasársela a su ordenador, no quería que Beth sospechase nada hasta no tener pruebas concluyentes.

—La mañana se me está haciendo muy larga, ¡Te invito a almorzar! —dijo Esteban—. Y después, necesito que vayas al ayuntamiento a por unos papeles. —Decidió de pronto.

Cuando volvió del almuerzo, entró en el despacho de Joseph para decirle que al día siguiente, viernes, terminaría antes.

—Pasa, Esteban.

—Joseph, mañana necesito terminar a mediodía. ¿Hay algún problema? —Esteban entró cerrando la puerta tras él y se sentó delante de su jefe.

—Eso tendrás que decírmelo tú —contestó este.

—La agenda la tienes preparada, no hay nada significativo. Voy a pasar el fin de semana en el pueblo de la madre de Beth, vamos a arreglar la casa de la abuela para ir de vacaciones a... ¡Joder, nunca me sale el nombre de ese pueblecito! Está en el interior de Valencia.

—Villarejo del Turia —contestó Joseph con prontitud.

—¿Has estado alguna vez?

—Un par de veces, es un pueblo pequeño y muy bonito, a Sara le gustaba mucho, decía que la ciudad no era para ella —dijo nostálgico—. No sé por qué se vino a vivir a Valencia.

¡El muy hijo de puta no lo sabía!

—Joseph. ¿Tuviste una aventura con la madre de Beth? —le preguntó a bocajarro.

—¡Pero qué clase de pregunta es esa, Esteban, llevo casado treinta años! —contestó Joseph

acalorado.

—No te he preguntado eso. Soy yo el que te reserva las citas para médicos, especialistas y lo que haga falta, estoy al tanto de todo lo tuyo, incluso de las consultas que te inventas para poder tener la tarde libre o alargar una comida, así que, por favor, no me vengas con estupideces —y añadió gritando—: ¿te tiraste a la madre de Beth o no?

—Vamos, Esteban, tú no eres así, ¿a qué viene eso ahora? Si me la tiré, ahora qué más da. Ella era joven y preciosa, seguro que a los pocos días ni se acordaba de nuestra aventura. —Algo vio en el rostro de Esteban que lo hizo retroceder—. ¡No te hagas el mojigato, al fin y al cabo, tú también te estas tirando a su hija!

—¡Hijo de puta! —Antes de ser consciente de lo que estaba sucediendo, un frío intenso empezó a expandirse por su cuerpo desde muy adentro, su mente luchaba por detener ese brazo que se alzaba y hacía acopio de fuerza a medida que su puño se cerraba, lo blandió con energía, viendo impotente cómo se estrellaba contra el estómago de Joseph. Ambos se miraron con expresión horrorizada. Con el corazón en un puño y mirándolo desde arriba, le gritó con rabia—: ¡sí, tal vez me la esté tirando, pero no pienso destrozarle la vida!

Esteban se marchó sin mirar atrás mientras Joseph, doblado por la mitad y con la respiración entrecortada, conseguía arrastrarse hasta el sofá y se dejaba caer en él. Se preguntaba el motivo de aquella reacción, no entendía nada. No sabía por qué estaba tan enfadado Esteban. Hacía mucho tiempo de aquello. Hubiese podido contarle la verdad, de contárselo a alguien, quién mejor que él, pero lo había pillado por sorpresa. ¡Había guardado el secreto tanto tiempo!

Beth llegó a la oficina una hora después. Esteban le había mandado un wasap para decirle que se encontraba mal y que se iba a casa. Cuando le llamó, lo notó raro, de hecho, toda la mañana lo había visto así. Le preguntó si quería que pasara a verlo antes de ir a la oficina y él le respondió que no.

—Beth, ¿estás ahí? —Oyó que Joseph la llamaba.

—Sí, ¿necesitas algo? —preguntó abriendo la puerta de su despacho. Se asustó al verlo pálido y encorvado.

—Por favor, coge mi agenda que está ahí y llama a mi médico.

—¿Qué ha pasado? —En cuanto hizo la pregunta, se dio cuenta de que algo no iba bien.

—Me he caído. Anda, llama al médico y dame alguna pastilla. ¿Sabes dónde las guarda Esteban?

Beth miró a su alrededor en busca de un botiquín, pero no lo encontró.

—Yo tengo paracetamol si te sirve.

—Sí, cualquier cosa que me calme estará bien.

El médico se presentó al cabo de media hora y le dijo que tenía una fuerte contusión. Le puso una faja, le recetó un montón de pastillas y le mandó reposo. Insistió en preguntar cómo se la había hecho y Joseph le dijo que se había mareado y que se había dado el golpe con el borde de la mesa.

A media tarde, recibió un wasap de Esteban, en el que decía:

*«Nos veremos mañana por la mañana, recuerda que terminaré a mediodía».*

A la mañana siguiente, Esteban entró en el despacho como de costumbre, saludó a Beth con un beso y le pidió que fuera a la panadería a comprar cruasanes para desayunar.

—¡Oye! ¿Por qué siempre que queréis deshaceros de mí me mandáis a comprar cruasanes?

—¡Así desapareces y no pides explicaciones! Venga, fuera —le dijo con una sonrisa siniestra que a Beth no le gustó nada.

Esteban llamó a la puerta del despacho de Joseph y esperó a que le contestase, cosa que por lo general no solía hacer. Se quedó perplejo cuando lo vio encorvado y con una faja.

—Joder, no controlé la fuerza y me dejé llevar. Lo siento. —susurró aprensivo.

—¿Me puedes explicar a qué vino esa reacción?

—Joseph, no te equivoques conmigo. ¡Me das asco! Si he venido es porque, como bien dijiste ayer, la chica a la que me estoy tirando dice que me pagas un dineral y yo lo necesito para pagar la hipoteca, así que si tienes algún problema conmigo, ¡échame tú, yo no me voy! Y tranquilo, seré igual de eficiente que hasta ahora, pero nada de comentarios personales, solo nos dedicaremos a programar tu agenda, ¿está claro?

—Está bien. Sé que no voy a poder hacerte cambiar de opinión.

—Recuerda que hoy termino a mediodía.

—Sí, claro. ¿Beth también?

—No. Ella sí que vendrá por la tarde. Hoy tienes una reunión a las cuatro y aquí pone que a las seis tienes cita con el médico.

Joseph asintió, siguiendo con la mirada a Esteban, mientras este, sin mirar atrás salía del despacho.

Joseph se preguntaba de qué iba todo aquello. No era posible que fuese por haber tenido una aventura con Sara, de eso hacía más de veinte años, debía de haber algo más que a él se le escapaba. Ella había rehecho su vida y tenido una hija preciosa. ¡Sí, la había decepcionado, de eso estaba seguro! «El primer amor es algo que nunca se olvida y mucho menos cuando un día te prometen la luna y al siguiente encuentro...».

### 34. La verdadera historia

Esteban y algunos chicos del albergue fueron al pueblo a pasar el fin de semana y a echar un vistazo a la casa. Decidieron empezar por la planta baja, donde se encontraba el comedor, la cocina y un baño, y dejarlo ya decente para una próxima visita.

Mucha gente se acercó a saludarlos y a llevarles comida. Regresaron a Valencia con el maletero lleno de fruta y verdura fresca, conservas caseras y un montón de recuerdos y buenos deseos para Beth y Cristian. Esteban ya sé veía pasando las vacaciones allí, rodeado de niños y con Beth a su lado.

—¿En qué piensas? —preguntó Dani, sentado a su lado—. Estás sonriendo.

—En venir con Beth y los niños de vacaciones y en que los peques podrán jugar en la calle. ¿Habéis visto la de bicis y balones que había? Esto es vida.

Volvieron a Valencia sucios y cansados pero con ganas de regresar el próximo fin de semana, habían descubierto que bajo aquella descuidada fachada se ocultaba un montón de posibilidades.

Después de asearse, fue a cenar a casa de Beth, la había echado de menos y supo que ella también por el caluroso recibimiento que obtuvo con la promesa de que la próxima vez iría con ellos. Esteban le sonrió, consciente del enorme esfuerzo que aquello le supondría a ella.

El lunes por la mañana, Esteban y Beth llegaron al despacho al mismo tiempo, él, directamente de su casa, y ella, de tomar un café con las demás trabajadoras.

—Esteban, ¿puedes venir un momento? Y tú, Beth... —Joseph se quedó callado, sin saber cómo continuar.

—¿Voy a comprar unos cruasanes? —Beth le sonrió a Esteban cuando Joseph asintió, pero él no la miraba.

Joseph observó a Esteban con pesar, era consciente de que había perdido a un buen amigo y necesitaba saber el motivo.

—Pasa. Por favor, necesito saber que he hecho, al menos para poder defenderme. Sí, tuve una aventura con Sara. ¡Y siento lo que te dije! Si me das una oportunidad, me gustaría contártelo todo, llevo demasiado tiempo guardando el secreto y ya no puedo más.

Entraron en el despacho y Esteban vio que encima de la mesa había varias cosas, reconoció entre ellas el relato de Sara y decidió darle la oportunidad de exponer su versión.

—Lo he puesto todo aquí para no tener que levantarme.

—Empieza —exigió Esteban.

—Conocí a Sara cuando vino a presentar este relato para un concurso que organizamos nosotros. —Lo cogió para dárselo a Esteban.

—Lo sé, ya lo he leído.

—Bien —dijo volviendo a dejarlo sobre la mesa—. Algo en ella llamó mi atención en cuanto la vi y bajé a propósito para averiguar su nombre. Cuando ganó, volvimos a coincidir porque tuvimos que hacer un reportaje con entrevistas y fotos incluidas. —Se las tendió, alargando la

mano para que él las cogiese

—Ya las he visto.

—Vaya, veo que no se te escapa ni una. Bien, sigamos. Cuando terminamos, nos fuimos todos a tomar algo y no me preguntes cómo, pero terminamos los dos solos. Estuvimos hablando durante horas, era estupenda, guapa, lista... —Se frotó los ojos antes de continuar—. Cuando la acerqué al hotel, tuve que contenerme para no besarla y por su mirada, supe que ella estaba pensando lo mismo. Deseaba que terminasen el reportaje de una vez para volver a verla con la excusa de llevárselo, se lo había prometido. Me puse a mí mismo un montón de obstáculos para no ir, era consciente de la poderosa atracción que existía entre ambos. Se me ocurrió la idea de hacer una serie de reportajes sobre pueblos perdidos entre montañas, pero por supuesto, no llegué a hacer ninguno, era solo una excusa para poder verla más a menudo. Al fin, compré una manta y una cesta de pícnic para la ocasión, la llamé y le dije que se trajese a su amiga, no recuerdo su nombre —murmuró pensativo.

—Esther —lo ayudó Esteban.

—Sí, Esther. Fuimos de pícnic los tres, pero Esther se las apañó para dejarnos solos. Allí nos besamos por primera vez, quieres saberlo todo ¿no? —preguntó Joseph buscando su mirada, Esteban asintió—. Fue solo un beso, se nos fue de las manos, pero no pasó de ahí. Unos días después, discutí con Débora y solo Sara me vino a la cabeza, necesitaba verla. La llevé al chalet y allí casi nos acostamos, sí, he dicho casi, estaba enamorado como nunca antes lo había estado. Le dije que iba a dejar a mi mujer y que esperaríamos antes de hacer nada a que estuviese todo listo. No nos vimos durante un tiempo, pero hablábamos casi todos los días. Mi matrimonio hacía tiempo que no iba bien, Débora aceptó el divorcio enseguida, me iba a desplumar, se iba a quedar con el piso, el chalet, el coche... con todo. Llamé a Sara y la invité a pasar un fin de semana inolvidable. Todo salió perfecto, hasta que volví a casa. Débora salió a recibirme en cuanto oyó el coche, había contratado un detective y me echó a la cara un montón de fotos.

Esta vez, Esteban sí que cogió el sobre que Joseph le acercó y lo abrió con cuidado, temeroso de lo que se podía encontrar.

—¡Joder! —En algunas fotos salían los dos paseando cogidos de la mano; en otras, besándose en una esquina, y en otras, tomadas de algo más lejos, se podía ver que estaban manteniendo relaciones.

—Débora empezó a gritarme que si quería el divorcio para estar con ella, no me lo iba a dar. Intenté hacerla entrar en razón, lo nuestro no funcionaba, ya lo habíamos hablado. Estaba dispuesto a esperar el tiempo que hiciese falta, incluso le sugerí que fuese ella la que pidiese el divorcio por infidelidad, pero con la condición de que el rostro de Sara no apareciese en ninguna revista. ¡Le di tantas opciones! —Se le quebró la voz mientras Esteban, asombrado, no le quitaba ojo de encima.

—¿La dejaste plantada por no enfrentarte a tu esposa?

—No fue fácil. De repente, Débora empezó a ponerse roja, le faltaba el aire e iba dando tumbos, chocando contra las paredes, me asusté pensando que le estaba dando algo. Cuando me acerqué, se recuperó con prontitud. Vi odio en su mirada y me dijo que si yo había creído que estaba mal, ya podía imaginarme cómo reaccionarían las revistas en cuanto vieran que una tercera

persona había irrumpido en nuestro «matrimonio perfecto» y que la esposa había tenido que ingresar en un psiquiátrico. Las revistas se cebarían con Sara. ¿Podría ella aguantar algo así? No poder salir a la calle sin que todo el mundo la increpara. Esteban, no estoy orgulloso de lo que hice, era joven y creí que ella me olvidaría pronto y que reharía su vida.

—¿Volviste a verla? —Esteban lo puso a prueba.

—Sí. Al día siguiente, nos fuimos de crucero, no sé cómo Débora lo programó tan rápido. Fueron dos semanas en las que no pude ponerme en contacto con ella, Débora no me quitaba la vista de encima cuando había cobertura. Cuando regresamos, me hizo prometer que nunca más contactaría con ella. Le pedí que me dejase darle una explicación, aunque solo fuese una verdad camuflada. Hicimos un trato: yo no volvería a verla y ella la dejaría tranquila. ¡Conoces a Débora! Es capaz de destrozarse a cualquiera que se interponga en su camino. Unas semanas después, Sara me encontró, ahí fuera, en la calle. —Se levantó con cuidado de su silla, haciendo una mueca mientras se sujetaba el costado, y se acercó al ventanal para apoyar un dedo en el cristal, como si la estuviese viendo en esos momentos—. Levanté la cabeza y vi a Débora detrás de esta misma ventana, nos estaba observando. Solo pude decirle a Sara que lo sentía mucho, pero volvía con mi mujer. Se quedó destrozada, lo noté, y hubiese dado cualquier cosa por abrazarla y decirle que todo iría bien, pero hubiera sido darle falsas esperanzas. Mi pasividad fue mi manera de decirle: «¡No me esperes!». Nunca más volví a verla. Pensé mucho en ella después, la hacía casada, feliz y con un montón de niños preciosos, igual que Beth. Me recuerda tanto a ella. —Dejó caer la cabeza entre sus manos—. Lo que nunca hubiera podido imaginar es que estaba muerta. ¿Se puede echar de menos a alguien a quien no has visto durante más de veinte años?

—¿No sabes nada de lo que pasó?

—¿Qué pasó? ¿Qué es lo que no sé? —preguntó ya sin fuerzas.

—No voy a ser yo quien te lo cuente, lo hará Sara —decidió.

—¿A qué te refieres?

—Hay unas cartas, deberías leerlas, pero sería conveniente que Beth no estuviese por aquí mientras lo haces.

—Envíala a algún sitio —sugirió Joseph.

—¿Qué va a hacer Celeste? Podría hablar con Dani y enviarlas a las dos y a un fotógrafo al albergue. Tengo dos amigas pintoras a las que les vendría muy bien un poco de publicidad.

—Bien pensado. Celeste y Débora están enfadadas por algo de unas clases de baile.

—Joseph, ¿cómo es en realidad tu relación con Débora?

—Inexistente. El otro día me echaste en cara que voy con otras mujeres, a la mía no la he tocado en los últimos veintitrés años, desde lo de Sara. Y tengo mis necesidades, como cualquier hombre sano, pero solo recurro a mujeres que tienen claro lo que busco, me he cuidado mucho de no crear falsas esperanzas a ninguna. ¿Quieres saber qué más perdí? ¡A mi hija! Cuando salía del colegio, venía aquí, se sentaba en esa esquina, en su pupitre, y escribía grandes artículos, sobre todo de juguetes: Si su muñeca caía enferma o Barbie y Kent discutían, se montaba unos culebrones impresionantes. —Sonrió con tristeza—. Después de lo de Sara, Débora decidió que ya era mayor para estar aquí metida y la hizo crecer a su imagen y semejanza.

—Joseph, a Celeste aún puedes recuperarla. El otro día vino a pedirme perdón, por estar



siempre incordiándome, más que nada. Ojalá lo hubiese hecho antes. Viene a bailar con nosotros, de hecho, la llevaremos Beth y yo, así no llegará sola al *pub*.

—Te metí en la junta para dejarte una parte de la empresa en un futuro. No estaba seguro de que fuese buena idea dejársela toda a Celeste, pero, por lo que veo, al final, vais a hacer un buen equipo y todo. Esteban, gracias por escucharme. Beth tiene mucha suerte de haber encontrado a un chico como tú. ¡Ojalá yo hubiese sido más valiente para luchar por su madre!

—De nada. Voy a llamar a Dani y lo dicho, mañana te traigo las cartas. Yo de ti dejaría la agenda tal y como está, no te comprometas a nada más, vas a tener mucho en lo que pensar.

A la mañana siguiente, cuando Joseph entró en la redacción, vio a Celeste y a Beth a punto de salir, riendo por algo de un paso de baile, a juzgar por los movimientos de sus pies. Al cabo de unos segundos, se les unió Esteban tras bajar la escalera a toda velocidad.

—¡Esperadme, voy con vosotras! —exclamó—. Joseph, te lo he dejado todo sobre tu mesa. Dani nos invita a comer, volveremos por la tarde.

Joseph los siguió con la mirada, solo quedaba Rosa en la recepción, con un rápido movimiento de cabeza, la saludó y enfiló las escaleras. En cuanto entró en el despacho, vio sobre su escritorio un sobre sin ningún tipo de distintivo, se sentó mirándolo de reojo, con un mal presentimiento, con el recuerdo de la reacción de su asistente muy presente en esos momentos. ¿Qué podían decir esas cartas para que el tranquilo y siempre correcto Esteban hubiese perdido el control de aquella manera? Sin poder tragar saliva, abrió la primera de ellas.

Una sonrisa nostálgica se dibujó en su rostro conforme iba avanzando en la lectura:

*Él me rodea con su brazo y hace que me vuelva a acostar mientras susurra: «Te quiero, eres como un soplo de aire puro. ¡¿Qué sería de mi vida sin ti?!». Me aprieta cada vez más fuerte, me siento a salvo. Estoy enamorada. ¡Esto es felicidad!*

Cerró los ojos, con un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarle en cualquier momento, mientras pensaba que aquello no era justo, la muerte se había llevado consigo a una mujer maravillosa que tenía toda una vida por delante.

Una lágrima se deslizó de sus ojos cuando intentó imaginar cómo debió sentirse Sara al saber que al día siguiente, él partiría de viaje con su mujer. «Ahora, ya nada se puede hacer», se dijo a sí mismo. Con ese pensamiento, dejó a un lado la primera carta y cogió otra.

Se dio cuenta enseguida de que ella era muy consciente de que algo no iba bien, maduró de golpe, era una pena que hubiese tenido que perder esa inocencia que tan especial la hacía. De pronto, aspiró con brusquedad, acercando más la carta a su rostro por si sus ojos le estaban jugando una mala pasada. No, lo había leído bien, esa frase se quedó grabada a fuego en su mente: «¡Estoy embarazada!». Levantó la cabeza y miró a su alrededor, como si pudiese encontrar la respuesta allí.

Volvió a fijar su vista en la carta y leyó con rapidez, deseoso de saber más. Cogió la tercera y última carta con pavor, sus ojos desorbitados deseaban huir de aquella tortura, una mancha blanquecina en sus ojos le impedía seguir leyendo, un puño apretaba su corazón, como queriendo aplastarlo, aunque en ese momento, parecía haberse detenido y no querer llevar más riego sanguíneo a su cerebro. Volvió a oír a su mujer diciendo aquellas palabras: «Pobre niña tonta,

todas pensáis lo mismo. ¿Acaso te crees que eres especial? Pues no, solo eres una más».

«Sara, ¿por qué no me dijiste nada? Podría haber cambiado tanto todo. Hasta podrías seguir con vida y estar aquí, conmigo», pensó con desesperación.

Un odio desmesurado y una rabia inmensa se apoderaron de él por no haberse percatado de lo que estaba sucediendo en torno a su persona durante aquel tiempo pasado.

«¡Maldita hija de puta insensible!», gritó con todas sus fuerzas a la foto de boda que estaba sobre la mesa. La agarró con fuerza y descargando todo el dolor y la rabia que tenía acumulados, la estrujó entre sus dedos, blancos y agarrotados, incapaces de volver a su estado natural. Un ruido sordo reverberó en toda la estancia mientras el cristal que apretaba con sus manos comenzaba a desquebrajarse. Como si de un rayo se tratase, una pequeña grieta, salida de la nada, fue cogiendo velocidad y ramificándose hasta que se perdió más allá de los bordes.

## 35. Celeste y Beth trabajan juntas

En cuanto llegaron al albergue, Oscar salió a su encuentro y dirigiéndose a Esteban, comentó que Dani había tenido que salir un momento y que a las chicas las estaban esperando en el comedor.

—Debo volver al despacho porque estoy esperando una llamada muy importante, pero tranquilos, Esteban es como de la casa —añadió Oscar a modo de disculpa por no poder atenderlos.

Decidieron recurrir a la misma táctica que la vez anterior y pusieron la grabadora encima de la mesa mientras se tomaban un café.

Esteban dejó a las dos chicas solas y fue a encontrarse con Dani en cuanto oyó el ruido de la puerta al abrirse.

Llevaban ya un buen rato charlando cuando Esteban comentó:

—Me pasaré por el despacho después para ver cómo lo lleva Joseph.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas tú?

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Esteban con mala cara.

—¿Decirme qué? Esteban, te conozco desde siempre, sé cuándo intentas ocultarme algo. Has estado contándome un montón de cosas muy significativas, pero evitando mirarme a los ojos en todo momento, por lo tanto, debe de ser algo muy gordo.

—Volví a perder el control, Dani. Esta vez, al que tuve delante fue Joseph, lo dejé hecho una mierda con un solo puñetazo. ¿Te imaginas qué hubiera pasado si no llego a detenerme? —balbuceó bajando la mirada.

—¡Joder, Esteban! Se merecía mucho más. ¡Sí! Le diste un golpe y no mediste tu fuerza. Pero no es lo mismo, deja de pensar en aquello, al final, todo salió bien. Nos llevamos un buen susto, eso no te lo voy a negar, pero todos acabaron por entenderlo y te perdonaron. ¡Todos menos tú mismo! ¿No crees que ha llegado el momento de pasar página?

—No puedo. Lo he intentado, pero los recuerdos de aquellos días vuelven a mí una y otra vez. —Demasiados remordimientos convivían en su interior como para encerrarlos tras una coraza y hacer como si nada hubiese pasado.

Celeste observó las paredes del habitáculo y le sugirió a Salva, el fotógrafo, que sacase unas fotos de los cuadros mientras ellas charlaban un rato. Cuando terminó de fotografiarlos, se acercó de nuevo a la mesa.

—¡Chicas, miradme! —Celeste, Beth, Mireia y Silvia sonrieron a cámara.

—Déjame ver. —Mireia se levantó y se acercó a Salva—. Son fantásticas. Silvia, ven a ver esto.

—Podríais crear un blog y subirlo a la web, así las vería todo el mundo, no solo la gente que compra el periódico. Yo os puedo ayudar si queréis.

—Sería fantástico —afirmó Mireia abrazándole. Silvia también le dio las gracias de la misma forma, pero él solo pensaba en el reciente abrazo de Mireia, que bajó la mirada al encontrar la

suya.

—¿Sabéis cómo se crea un blog? —preguntó Celeste. Las dos chicas se miraron para luego negar con la cabeza.

—Beth, tú sabes, ¿no?

—Sí, claro.

—Puedes hacerlo en el despacho con Salva y cuando esté listo, les explicáis cómo funciona para que puedan ir añadiendo ellas mismas las novedades.

—¡Será genial! —exclamó Mireia de nuevo.

—Tomad, este es mi teléfono, si queréis que fotografíe algo, llamadme. —Salva habló para todas en general, pero mirando solo a Mireia—. Este fin de semana también estoy disponible.

—Pero ella no —informó Dani franqueando la puerta—. Los fines de semana estamos reformando una casa en un pueblo y toda ayuda es bienvenida.

El chico captó la indirecta y les dijo que sabía algo de fontanería y que podía echar una mano. Lo invitaron a sumarse al equipo y quedaron en pasar a recogerlo el viernes por la tarde para ir al pueblo. Contra todo pronóstico, Celeste también quiso ir y se autoinvitó.

A media tarde, Esteban dejó a las chicas en sus respectivas casas y se fue a la oficina. Como era de esperar, Joseph ya no estaba allí.

Tras entrar en su despacho, un sonido proveniente de debajo de su zapato cogió a Esteban por sorpresa. Miró la suela, vio incrustados en ella varios cristales y buscó el origen de aquel estropicio. Vio una foto de Joseph y Débora hecha añicos en el suelo. Se agachó y observó que el rostro de ella parecía desfigurado debido a una buena cantidad de pequeños puntos que alguien había marcado en él. Sobre la mesa, encontró un bolígrafo cuya tinta diseminada daba a entender que él había sido el objeto culpable de aquel improvisado tatuaje. En una de las esquinas, al igual que en el tablón de corcho, distinguió varias abolladuras y después, su mirada se posó en una fisura de la pared que no había visto con anterioridad.

En su mente, trazó el recorrido de la foto, por lo visto, Joseph la acabó de romper contra el borde de la mesa para después «apuñalarla» con el bolígrafo y lanzarla contra la pared. Las cartas habían desaparecido, pero no el relato. Lo cogió y lo guardó en el primer cajón de la mesa.

Se sentó en la silla de Joseph y apoyó la cabeza entre sus manos, preguntándose qué hubiese pasado con sus vidas de haber sabido Joseph la verdad a tiempo.

Lo que más le dolía era que después de lo difícil que lo había tenido Sara, cuando al fin, podía disfrutar de la vida y ser feliz junto a su marido y su hija, hubiera fallecido. No pudo llegar a ver a Beth graduarse, ni trasladarse al pueblo. «¡Sí! Joseph tendrá mucho que pensar», concluyó.

Su móvil emitió un pequeño zumbido y en la pantalla leyó:

Tiene un mensaje de WhatsApp de Joseph.

*Encárgate tú del periódico durante unos días.*

## 36. La reforma

El sábado por la mañana llegaron en una furgoneta y se formó una destacable expectación en el pueblo, toda novedad creaba siempre un gran revuelo allí. Ya antes del mediodía tuvieron un montón de visitas, Dani le pidió a Celeste que los recibiese ella, ya que esa función se le daba bastante bien. También le dijo que le avisase cuando vinieran chicos jóvenes. Celeste entendió el motivo de su petición cuando los vio cargados con bolsas que había que dejar en distintos contenedores. Un representante del ayuntamiento les dijo que podían dejar las bolsas destinadas a las ONG en unos contenedores habilitados para tal fin, así no tendrían que cargarlas en la furgoneta y desplazarse para dejarlas en otro sitio.

Beth se quedó con las chicas embalando fotos y recuerdos para meterlos en la caja de «cosas personales» mientras Esteban vaciaba la habitación de su madre.

—¿Qué sucede? —preguntó Dani entrando en la habitación de Sara.

Con el rostro serio y contraído, Esteban le había hecho un gesto para que subiese. Dani conocía bien esa expresión, algo no muy agradable rondaba por su cabeza.

—Cierra la puerta —ordenó Esteban—. He encontrado esto en el suelo, cerca de la papelera, iba a tirarlo, pero no he podido resistirme a echarle una ojeada.

Le pasó un trozo de papel arrugado, lleno de polvo y húmedo a causa de las secreciones de algún animal, a juzgar por el olor que desprendía. Distintas tonalidades entre el gris y blanco se podían observar en él. Dani lo cogió, aprensivo, deseando haberse puesto guantes antes de subir, algo en el rostro de Esteban le indicaba que lo mejor sería no hacer ningún comentario al respecto. Comenzó a leer:

*Joseph, durante todos estos años me he mantenido alejada de tu vida y de tu matrimonio. Nunca he hablado con nadie de lo que pasó entre nosotros y si hoy me dirijo a ti es solo porque no veo otra salida. No aborté, como me exigisteis que hiciera. Tengo una preciosa niña de catorce años que se está muriendo. Tiene leucemia y no encontramos ninguna médula compatible. Por favor, solo tienes que hacerte un simple análisis de sangre, es confidencial, y si eres compatible, salvarías la vida de una niña inocente que no tiene la culpa de nada. Por favor, si no por mí, hazlo por ella.*

*Te estaré agradecida eternamente. Un saludo,*

*Sara.*

—¿Qué te parece? —preguntó Esteban cuando Dani terminó de leer.

—Se nota que le costó decidirse a dar ese paso y escribirle. ¿Has visto cómo en todo momento se queda en segundo plano? Solo habla de la niña inocente que se está muriendo. Pobre mujer, se nota que estaba desesperada.

—Debió de haberla escrito poco antes de morir. Si ella hubiese vuelto por aquí, esa carta estaría en la basura, como mínimo, no en el suelo. Lo que me pregunto es si llegaría a enviarla.

Dani levantó los hombros mientras arqueaba las cejas. Imposible saberlo.

—Al poco tiempo de morir, encontraron una médula compatible. ¿Estás seguro de que no fue la de Joseph? —sugirió Dani.

—Lo estoy. Si hay algo que tengo claro es que Joseph no sabía que tenía una hija. Incluso, pongamos por caso que Débora lo sabía y que lo engañó para que se hiciera el análisis con cualquier excusa, de haber salido positivo y siempre que ella hubiese querido, al tener que donar parte de su médula, se hubiera enterado. No, la médula no puede ser de Joseph y si esa carta llegó a ser enviada, a Joseph nunca le llegó.

En cuanto Dani salió de la habitación, Esteban fue al balcón que había al final de la estancia, necesitaba tomar aire fresco y recapacitar, algo se le escapaba y quería descubrir qué era.

Con la palma abierta, Beth empujó la puerta con suavidad y con un nudo en la garganta, entró en la habitación de su madre. Le había costado decidirse. Seguía recordando la última vez que estuvo parada frente a ella sin atreverse a entrar. Lo primero que vio fue un montón de ropa sobre la cama, al abarcar más espacio con la mirada, se dio cuenta de que el mapa y el tablón de corcho con las fotos habían desaparecido. Aunque no vio a su chico por ninguna parte, intuyó dónde podía encontrarlo.

—Hola, cariño. —Esteban sonrió y se dio la vuelta. Las manos de Beth habían rodeado su cintura y sacado de sus cavilaciones —. No te he oído entrar. ¿Has visto qué bonito está el cielo?

—Sí. Podríamos ir a dar una vuelta después de cenar. ¿Sabes?, acabo de ver una escena muy curiosa. Salva ha intentado besar a Mireia...

—¿Quién?

Ella frunció el ceño, preguntándose en qué estaría pensando Esteban, estaba claro que hasta hacía escasos segundos, su mente estaba en otro lugar. Como si le estuviese hablando a un niño pequeño, empezó a explicarse:

—Salva, el fotógrafo que contrataste para el reportaje del albergue y que Dani invitó a unirse a la reforma y Mireia, nuestra Mireia, esa chica introvertida. ¡Ay! —exclamó frotándose el brazo que Esteban acababa de pellizcarle.

—Sé quiénes son, ¿qué ha pasado?

—Pues eso, toda la tarde han estado juntos, he visto que Salva intentaba besarla y ella ha reaccionado de una forma muy rara.

—Mireia ha tenido una infancia muy difícil. Tendrías que haberla visto cuando llegó al albergue.

—Me lo imagino, pero... no sé. ¡Ha sido muy raro!

El sonido de cazuelas golpeadas con cucharones llegó a sus oídos.

—Hora de cenar. En el albergue lo anuncian igual —afirmó Esteban.

Cuando después de cenar propusieron salir a pasear, todos aceptaron.

Se quedaron rezagados, delante de ellos iban Dani, Celeste, Salva y Mireia, un poco más alejados iban apolonados el resto de los chicos. Beth distinguió una senda a su izquierda y elevó la voz.

—¡Me acuerdo de este sitio! Al final de esta senda hay un merendero con mesas y sillas de madera. Esteban, vamos a verlo, por favor. —Le dio un codazo señalando con la cabeza a las

parejas que iban delante, que se habían dado la vuelta cuando oyeron su grito.

—Podemos venir mañana, Beth, es de noche, nos podríamos matar por esa senda.

—No seas cobarde, hay claridad suficiente.

—¿Venís con nosotros? —preguntó Esteban—. Así, si nos perdemos, seremos más.

—¡Idiota! —soltó Beth. Esteban la cogió y se la echó al hombro mientras ella pataleaba ante las risas de todos los demás—. ¡Ay, bájame! ¡No seas imbécil!

—Beth, como vueltas a insultarme, te dejo caer. ¿Queda claro?

—Sí, jefe.

La bajó con lentitud y sin despegarla de su cuerpo. Salva no les quitaba la vista de encima y de pronto, Esteban lo señaló con el dedo y con voz autoritaria le recordó:

—También soy tu jefe de lunes a viernes, que no se te olvide. Venga, vamos al dichoso merendero.

—¡Yo paso! —exclamó Dani.

—¡Yo también! La montaña no es lo mío, y menos de noche —afirmó Celeste.

Salva miró a Mireia, era consciente de que si estaba junto a él, era porque Dani estaba cerca. Prefirió no tentar a la suerte, ya que al fin, había conseguido rozar sus nudillos y no parecía que fuera a salir corriendo.

—Yo me apunto al pícnic de mañana —declaró Salva.

—Y yo —afirmó Mireia, alejándose con el resto mientras Esteban y Beth iniciaban su camino por la senda.

Al instante, oyeron un grito y todos retrocedieron pensando en que uno de los dos se había caído.

—¡La madre que te parió, Beth, por el amor de Dios, casi me mato! —exclamó Esteban. Beth había saltado sobre él para anudar las piernas alrededor de su cintura. Lo había cogido por sorpresa y después de trastabillar un poco, consiguió recuperar el equilibrio.

—¡Ya te vale! Has estado a punto de dejarme caer —contraatacó Beth.

—¡Joder, está oscuro y esto no me lo esperaba! Podías haber avisado.

—Está bien, Esteban, voy a saltar —recalcó— ¿Me cogerás?

—Por supuesto, cariño.

—¡Joder, siempre soy el último en enterarme de todo! —se dijo Salva sin ser consciente de que hablaba en voz alta—. «Mi jefe se lo está montando con su secretaria en mis propias narices y yo sin enterarme. Vaya rollo. Menos mal que ya he cobrado que si no, el lunes no podría mirarlo a la cara». —Se dio media vuelta, abstraído en sus pensamientos, y cuando quiso darse cuenta, sus dedos se habían entrelazado con los de Mireia.

Por la noche, sacaron los colchones al comedor y se acostaron en ellos todos juntos. A un lado se pusieron las chicas con Beth en un extremo y Esteban a su lado, a partir de él se alinearon los demás chicos. El día había sido agotador y el canto de los grillos hizo de bálsamo, induciéndoles a caer en un profundo sueño.

La luz entraba a raudales por la ventana y Mireia se incorporó para ver quién más estaba despierto, se sintió decepcionada cuando vio que la mayoría de los hombres ya se había levantado, solo Esteban continuaba en la cama, dándole pequeños besos a la aún dormida Beth.

—¡Joder, Esteban! La próxima vez os vais a un hotel, aquí hay gente que está a dos velas y veros así no ayuda —se mofó Dani.

—¡Vete a la mierda! Solo estoy intentando despertar a mi chica —le dijo lanzándole un cojín.

—Tu chica lleva ya un rato despierta, lo sabes tan bien como yo.

—¡Aguafiestas! Si estás a dos velas es porque te da la gana. ¡Lo sabes tan bien como yo! —repitió Beth regodeándose.

Dani volvió a salir por donde había entrado. Mataría a Esteban por irse de la lengua. «O acaso... ¿se me estará notando más de lo que suponía?», se preguntó.



### 37. Marcando terreno

El lunes por la mañana, Esteban llamó a Beth y señalando una silla, le indicó que tomase asiento delante de él.

—Necesito que me eches una mano. Joseph se ha tomado unos días libres por asuntos propios.

—Ah, ¿sí? Y tú, ¿desde cuándo lo sabes? Porque el viernes ya no vino.

—Desde el jueves. Lo que no sabía es cuánto tiempo se va a ausentar, y sigo sin saberlo —añadió.

—Vale, ya sabes que haré lo que me pidas. Te noto raro. ¿Va todo bien?

—Sí, pero tengo que decirte algo.

Se acercó a ella apoyándose en la mesa, sin saber por dónde empezar. Le sudaban las manos, le solía pasar cuando estaba nervioso, respiró hondo y comenzó a explicarse:

—Beth, cuando te pedí que recopilases información sobre Joseph y Débora, lo hice con segundas intenciones, necesitaba tener algún tipo de prueba antes de comentarte mis sospechas...

Se interrumpió al oír el sonido de unos tacones que se acercaban. Débora entró en el despacho, toda glamur y dignidad.

—Hola, chicos. Voy a ver a mi marido —dijo yendo hacia el despacho.

—Joseph no está.

—¡Ah! ¿Cuándo volverá?

—No lo sé.

—Da igual, le esperaré dentro.

Entró cerrando la puerta tras de sí y al cabo de un momento, oyeron una conversación y supusieron que debía de ser un mensaje para el buzón de voz:

*«¡Sé puede saber dónde te has metido! Llevas cinco días sin aparecer por casa. Ayer teníamos invitados para cenar y tuve que inventarme una excusa en el último momento. Pero ¿tú quién te has creído que eres para hacerme una trastada así? Tienes el teléfono apagado, deja de evitarme de una maldita vez. ¿Qué pretendes, arruinar el negocio? No conseguirás dejarme sin nada, Celeste cogerá las riendas. ¡Por mí, ya te puedes pudrir en el infierno como no vengas a casa ya!».*

Beth estaba impresionada. «Cinco días sin aparecer por casa». Echó cuentas, no sabía nada de Joseph desde el jueves, cuando fueron a hacer la entrevista. «Sin embargo, Esteban sí sabía que iba a ausentarse unos días. A Débora en ningún momento se le ha pasado por la cabeza que su marido pueda estar en un hospital, secuestrado o algo peor. Aquí está pasando algo muy raro».

Débora salió pasados unos minutos, tan fresca.

—Beth, cielo, ¿puedes ir a buscar a Celeste?

—Sí, por supuesto.

Madre e hija se encerraron en el despacho y Beth volvió a sentarse en la silla, delante de Esteban, esperando oír toda la conversación de las dos mujeres. Él estuvo a punto de mandarla a

su mesa, pero acabó claudicando, al fin y al cabo, él también sentía curiosidad por lo que se traían aquellas dos entre manos.

—Celeste, hace días que tu padre no se encuentra bien. Tenemos que hacernos cargo del periódico. Como hija suya y futura heredera, creo que ya ha llegado el momento de que tomes las riendas y demuestres lo que vales.

—Mamá, ¿de qué va todo esto? No me tomes por estúpida, desde que llegue ayer a casa, te noto muy nerviosa y no he visto a papá por ninguna parte.

—¡Qué más da! Solo necesito que nos hagamos cargo del negocio.

—¿Tú y yo? Mamá, no tienes ni la más mínima idea de cómo funciona esto. ¿Qué esperas, que lo haga yo todo? Deja las cosas como están. Esteban está más que capacitado para hacerse cargo todo el tiempo que haga falta.

—¡Ese segundón! ¿Cómo puedes decir algo así? Tú eres mucho mejor que él. ¿Qué hace? Ocuparse de la agenda de tu padre, mira sí es eficiente que ni tan siquiera la ha dejado en el despacho.

—Mamá, te equivocas. Esteban se ha ganado el puesto a pulso. Es un buen profesional y merece toda mi confianza. Si no tienes nada más que decir, vuelvo a mi mesa.

Cuando Celeste salió, observó a Esteban, la agenda de su padre estaba abierta delante de él y con rotuladores de distintos colores había marcado las prioridades, no se equivocaba, era bueno.

—Esteban, me acaban de decir que mi padre no está, si necesitas ayuda, cuenta conmigo.

—Gracias, Celeste. De momento me las puedo apañar solo, pero es bueno saberlo.

—Lo dicho, aquí me tienes. Adiós, Beth. El fin de semana fue genial, contad conmigo para el próximo, ¿vale?

—Por supuesto —respondió Beth.

Un zumbido procedente del móvil de Esteban llamó su atención. En la pantalla aparecía un número que no reconoció, descolgó con un presentimiento.

—Hola, ¿va todo bien? —Se levantó para alejarse un poco—. No te preocupes, nos las arreglaremos.

—¿Es mi marido? —preguntó Débora alargando la mano.

—Ya la has oído. [...] De acuerdo, llámame dentro de veinte minutos.

Esteban colgó y borró el número, levantando la mirada triunfante.

—¡Maldito estúpido! ¿Por qué has hecho eso?

—¡Porque quería hablar conmigo, no contigo! —Hizo un levantamiento de cejas y soltó una sonrisa sarcástica—. No grites ni digas palabrotas, no es tu estilo.

—¿Y tú qué sabrás?

—Mucho más de lo que puedas llegar a imaginarte. Y ahora, si me disculpas, deberías irte, estoy esperando una llamada.

Débora salió de allí furiosa. A Beth le dolía la mandíbula porque seguía con la boca abierta, cuando se dio cuenta, la cerró de golpe. Pensó que Esteban la mandaría a por cruasanes a no tardar, en vez de eso, fue él quien salió por la puerta sin mirar atrás.

## 38. Otra realidad

Esteban cerró los ojos, apoyó la cabeza en el volante y respiró hondo para relajarse. Seguía sintiendo rabia y frustración. Joseph era una víctima más de los entresijos de su esposa. El problema era que no había vuelta atrás, Sara murió convencida de que no había sido más que un juguete en sus manos, cuando la realidad era muy distinta.

Necesitaba hablar con alguien y Beth no era una opción. Se frotó los ojos, un nuevo problema se cernía sobre él. Cómo contárselo a Beth, antes necesitaba alguna prueba que avalase sus sospechas y ahora, tenía una confirmación en toda regla.

Cogió el móvil de nuevo y mantuvo apretado el número uno durante unos segundos.

—Dani, ¿dónde estás? Necesito hablar contigo en cuanto tengas un rato. [...] No, en el albergue no, hay mucha gente ahí, mejor en tu casa, me pilla más cerca. [...] De acuerdo, en diez minutos estoy ahí.

Dani vivía en un estudio, el comedor, la cocina y su habitación eran una sola estancia. Entró delante de Esteban y a su paso iba quitando ropa de encima del sofá-cama y vasos y paquetes a medio comer de fritos de la mesa. Después, preparó un par de cafés.

—¿Qué sucede? —preguntó Dani.

—Acabo de hablar con Joseph, está en un psiquiátrico.

—¿Y eso?

—Se emborrachó y no recuerda nada. Según le contaron, lanzó un vaso de whisky contra la pared de un local y el dueño llamó a la Policía. Lo llevaron al hospital y le inyectaron algo antes de llamar al psiquiatra, que tras reconocerlo, le habló de un «sanatorio» muy discreto donde podrían ayudarle.

—Menudo panorama.

—Nunca se le pasó por la cabeza que a Sara no le fuese a ir bien en su vida. Pensó que terminaría la carrera de Magisterio, encontraría trabajo y un buen hombre con quien casarse y ser feliz. Me dijo que había sentido celos de Cristian porque hubiera deseado estar en su lugar, ser él quien compartiera la vida con ella y darle hijos. Cómo iba a pedirle perdón a Beth si él mismo era incapaz de perdonarse, se lamentó. En cuanto a Débora, vamos, aseguró que si la tuviera delante de él en ese momento, se la cargaba. Ahora solo quiere replantearse su vida, no tiene ilusión por nada. Le he preguntado que si ni siquiera disfrutar de la hija que acaba de recuperar le ilusionaba y me contestó que prefería reunirse con su madre y en el más allá darle la vida que se merece.

—¡Joder!

—Pero ¿sabes qué es lo peor? —preguntó Esteban juntando las cejas—. Que no sé cómo contárselo a Beth. Me va a matar, se suponía que íbamos a investigar juntos.

—No exageres, esa chica es una delicia. Además, si le echas un buen polvo, la tendrás comiendo de tu mano.

—Te equivocas, es todo lo contrario. Me va a volver loco, le gusta tanto el morbo que voy a

terminar acostumbrándome. —Su sonrisa picarona indicaba que lo llevaba mejor de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Ya me he dado cuenta. Los chicos dicen que se te ve más feliz y distendido que nunca, yo opino lo mismo.

Esteban se fijó en la hora que era, cuando estaban juntos, el tiempo pasaba muy deprisa.

—Bueno, gracias por escucharme. Tengo que volver al trabajo, mañana toca reunión de junta directiva y tengo que prepararla. Hablaré con Celeste y Beth a ver si nos organizamos de alguna manera, no tengo muy claro cuándo volverá Joseph.

En cuanto abrió la puerta del despacho, Beth fue a su encuentro. Esteban la abrazó, entendía muy bien a lo que se refería Joseph cuando dijo que Sara era como un rayo de luz en un día de tormenta, era ver a Beth y todo a su alrededor se desvanecía.

Muchas veces tenía que recordarse que era el jefe y no debía haber favoritismos, pero reconocía que no era capaz de negarle nada y ella parecía no ser consciente de esa realidad.

—¿Sabes que te quiero, ¿verdad?! —susurró Esteban abrazándola.

—Sí, pero me gusta oírte lo decir. Yo también te quiero —contestó buscando su boca y perdiéndose en ella.

En el despacho, Esteban observaba divertido cómo Beth, con disimulo, miraba el reloj de la pared y después a él. Al cabo de un momento, ella se levantó anunciando:

—Voy al servicio, cuando vuelva terminaré de transcribir eso.

—Muy bien, no hay necesidad de que te lo lleves al baño, puedes continuar después —dijo él aguantándose la risa—. Beth, este baño está más cerca, ¿a dónde vas, qué está pasando?

—De qué hablas.

—Has mirado el reloj diez veces en estos últimos cinco minutos.

—Es que voy a llegar tarde.

—¿Al baño? Cómo sigas dando rodeos, vas a llegar tarde de verdad.

—Está bien, te lo contaré. ¿Sabes quién es Rosa, la chica de recepción?

—Sí, claro. Se casa dentro de dos semanas. Ya le he arreglado las vacaciones

—Vale, pues le hemos comprado una cosilla y se la traen ahora.

—Y vais a ir todas a verlo

—Pues sí.

—Y le habéis comprado... —Esteban esperó a que ella terminase la frase—. Beth le miró consternada. «¡No esperará en serio que le dé detalles!»—. ¡Beth, que llegas tarde!

—¡Idiota! Vale, son unas cositas que hemos comprado en un *sex shop*.

—Vais a ausentaros de vuestros puestos de trabajo por un regalo en horario laboral. ¡Diles a todas que a la una y media hay reunión, os voy a abrir un expediente disciplinario!

—¿Qué? ¿No estarás hablando en serio?

—Pues claro que sí. Soy el jefe, no puedo permitirme ser flojo, a no ser que esta noche me recompenses de alguna forma.

—Cuenta con ello —le dijo lanzándole un beso mientras echaba a correr.

—Beth —gritó Esteban—. ¿Sabes quién es Vicente, el redactor que está al lado del despacho de Celeste?

—Sí.

—Dile que baje y que se quede un rato en la recepción por si entra alguien, y vosotras haced el favor de cerrar la puerta y no armar escándalo.

—Gracias, Esteban, te quiero.

—Recuérdalo, esta noche o el lunes os abriré un expediente a todas.

No tuvo que esperar hasta la noche, en cuanto Beth volvió, le dio todo lujo de detalles escabrosos. Esteban se preguntaba cómo iba a ser capaz de mirar a las trabajadoras y no sonrojarse, no le quedó claro quién había dicho qué y tampoco si saberlo era mejor o peor, tampoco se atrevió a preguntar lo que había comentado ella.

Beth lo cogió de la mano para meterlo en el despacho de Joseph.

—Mis compañeras me han dicho que te dé las gracias. ¿Qué te parece si te las doy ahora mismo?

—Puede entrar alguien en cualquier momento.

—No, he cerrado la puerta con llave.

—¡Joder, Beth! Recoge tus cosas, nos vamos a mi piso —ordenó Esteban cogiendo las llaves del coche.

—¡Cobarde!

—No es por cobardía, es que no quiero echar mi reputación por los suelos antes de que la gente se acostumbre a verme como el jefe. La mayoría son mayores que yo y llevan en la empresa mucho más tiempo. ¿Qué te parece si nos vamos a mi casa y nos tomamos el tiempo que haga falta para... comer?

—Mi piso está mucho más cerca y Cristian no viene hoy.

—Está bien, sal dentro de dos minutos, nos vemos en la esquina.

Esteban salió a toda prisa y Beth, dos minutos después. Desde la recepción, Rosa la observó con ojos inquisidores y con un gesto repetitivo y veloz de los dedos, le pidió que se acercase.

—No sé por qué no salís juntos, lo vuestro es un secreto a voces.

—Creí que nadie lo sabía. Bueno, excepto Salva y Celeste.

—Ellos no han dicho nada, eres tú la que acabas de confirmar nuestras sospechas. —Le guiñó un ojo—. Y bien, ¿le has dado ya las gracias de nuestra parte?

—Pues no, a eso iba cuando me has interrumpido. —Le devolvió el gesto y la pobre mujer se puso colorada. Beth dio media vuelta y se marchó.

Cuando Esteban entró en la habitación de Beth, se sorprendió al ver una cama individual, con una mesita a un lado y un escritorio al otro. «Parece la habitación de una estudiante», pensó incómodo, hacía tiempo que ya no la veía como tal. La primera imagen que tuvo de ella saltando entre los charcos en un día de lluvia vino a su mente e intentó borrarla sin éxito.

Beth le rodeó el cuello con las manos y acarició su nuca.

—¿En qué piensas?

—En que mi cama es más grande. —Se dejó caer arrastrando a Beth consigo y comenzó a besarla mientras se quitaba la ropa.

—Espera —susurró Beth a su oído—, yo lo haré. He de conseguir que no nos abras un expediente, ¿o lo habías olvidado?

Esteban se quitó los zapatos y se tumbó, ella se arrodilló encima de él y comenzó a subirle el jersey hasta sacárselo por la cabeza mientras de paso acariciaba su pecho. Luego, se deslizó mirándolo a los ojos mientras con ambas manos le desabrochaba el vaquero y metía una en su interior.

Esteban cogió aire con fuerza mientras ella le bajaba el pantalón y el eslip al mismo tiempo, luego, como iba siendo costumbre, dejó de mirarle para darle un pequeño beso en la punta y se retiró.

Bajó de la cama y se desnudó con lentitud, consciente de que Esteban no se perdía ninguno de sus movimientos. Con un simple «ahora vuelvo» salió de la habitación para regresar unos segundos después.

—¡Mira lo que he encontrado! —Un bote de nata apareció entre sus manos—. Voy a empezar por el postre.

Recorrió sus propios labios con la lengua con un movimiento muy seductor.

—Empieza por donde quieras, pero hazlo ya —suplicó anhelante.

Beth le puso nata en la muñeca que pilló más cerca, pasó la lengua por ella y fue subiendo hasta el codo, por el pecho, el abdomen, el ombligo,... lamía y succionaba con suavidad y a veces con fuerza, quería observar cómo reaccionaba Esteban.

Él sabía que le gustaba que la inmovilizase mientras la besaba, que eso la ponía a cien, y que se diese un banquete con sus pechos. Ella quería averiguar lo que le ponía a él. Puso nata en la punta de su miembro y notó que por un momento dejaba de respirar, la lamió con suavidad. Decidió probar succionando, volvió a verter un poco y bajó la cabeza, esta vez un fuerte gemido surgió de su interior. Beth lo cogió entre sus manos haciendo que resbalase con delicadeza.

Esteban le quitó el bote de las manos y puso más en su miembro, pero no solo en la punta, una ligera línea de nata abarcaba toda su masculinidad. Ella comenzó a succionar por la punta y fue alternando los movimientos de su boca y de su lengua. Se percató de que Esteban cogía aire con fuerza y lo dejaba salir a trompicones cuando succionaba. Levantó la mirada y observó sus ojos cerrados y su boca medio abierta, por la que escapaban continuos suspiros. Al notar que ella se detenía, Esteban abrió los ojos, un brillo desconocido hasta entonces surgió de ellos y la sobrecogió, intuyó lo que debía hacer, bajo la cabeza y succionó con fuerza. Esteban, por un momento, se olvidó de respirar viendo cómo su miembro desaparecía en el interior de su boca y reaparecía poco después.

Bajó las manos hasta su cuero cabelludo para quitarle el pelo de la cara y poder observarla.

—Por lo que más quieras, no pares. —Jadeó levantando las caderas.

Un momento después, la hizo ponerse debajo de él para penetrarla mientras se apoderaba de sus pechos con las manos y se los succionaba con fuerza. Él sabía muy bien cómo enloquecerla. Ambos se quedaron satisfechos y relajados.

Unos minutos después, Esteban abrió los ojos, sobresaltado al oír el ruido de la puerta.

—Beth, despierta. —La zarandeo.

—Déjame dormir un rato más.

—¡Despierta! —Volvió a zarandearla—. Acabo de oír la puerta. ¿No me habías dicho que Cristian no vendría a comer?

—Mierda. —Se cubrió la cara con las manos—. ¿Y si nos quedamos aquí hasta que vuelva a irse?

—No puedo. Hay muchas cosas que debo dejar solucionadas hoy. Joder, estoy todo pegajoso, necesito una ducha.

—Pues ve. Mi padre no es tonto, ya sabe lo que hacemos.

—Ya, pero una cosa es saberlo y otra muy diferente es que te lo restriguen por la cara. Voy a meterme en la ducha, luego lo saludo, a ver si así, pasa todo más desapercibido.

—Vale, entonces, antes de saludarlo, acuérdate de abrir la puerta como si acabases de llegar —dijo Beth riendo.

—¡Muy graciosa!

Esteban se puso el albornoz de Beth y abrió sin hacer ruido, o eso creyó él.

—Beth, voy a hacer macarrones, ¿los quieres a la carbonara o con atún? —preguntó Cristian.

Mientras preguntaba, se giró y vio de refilón el albornoz rojo de su hija, por lo que se sorprendió al oír su voz proveniente de la habitación.

—A la carbonara, ¿pero no me habías dicho que no venías a comer?

—Me he dejado unos exámenes que corregí ayer y quería entregarlos esta tarde.

—Ah, vale. ¿Papá?

—¿Sí?

—Haz macarrones para tres.

—Eso pensaba hacer. No creo que tu albornoz ande solo por el pasillo.

Cuando Esteban salió de la ducha, observó que la mesa ya estaba puesta. Con un escueto «Hola, Cristian» se sentó en el sitio que quedaba libre e incómodo y cabizbajo comenzó a devorar los macarrones.

—¿Qué tal hoy en el cole, papá? ¿No se te ha rebotado ningún niño? —preguntó Beth para distender el ambiente.

—¡Aún no! Esta tarde, cuando les dé los exámenes, cuento con que más de uno se enfade conmigo. Como si fuese culpa mía, ya me mosqueo yo bastante cuando me dicen que sí que lo han entendido y luego el examen sale hecho un desastre. Y vosotros, chicos, ¿cómo va la reforma? Según Beth, falta pintar y poco más.

—Muy bien. —Esteban se animó—. En un par de semanas terminaremos, los chicos quieren montar una fiesta para la inauguración, vendrás con nosotros, ¿verdad?

—La última vez que fui lo pasé muy mal, no creo que deba ir, podría estropearos la fiesta.

—¡Por supuesto que vendrás! —exclamó Beth—. No puedes evitarla para siempre, la casa está muy cambiada, al menos, inténtalo —suplicó.

—Está bien, iré. —Miró a su hija, siempre terminaba saliéndose con la suya—. Y del padre de Beth, ¿habéis averiguado algo más?

—Lo de las cartas que te comenté, estaba casado y le exigió a mamá que abortara, pero no sale ningún nombre —le resumió Beth.

Cristian se dio cuenta de que Esteban evitaba contestar mientras miraba el reloj de pared que había en el salón.

—¿Y tú, Esteban, sabes algo más?

Este negó con la cabeza y Cristián torció el gesto cuando observó que no le sostenía la mirada. Si fuese uno de sus alumnos, le haría esperar al final de la clase e intentaría averiguar lo que ocultaba.

Después de comer, Beth se levantó para quitar la mesa. Esteban hizo lo mismo y mientras ella fregaba los platos, hizo el café. Luego, se sentaron en el sofá.

—Yo tengo que irme ya. Beth, si quieres, puedes quedarte un rato más.

—Como tú digas, pero en el periódico ya saben que estamos juntos.

—¡Joder! Esperaba que tardase un poco más en hacerse público.

—¿Por qué no quieres que se sepa que estás con mi hija? —inquirió Cristian.

—Porque no quiero que la gente piense que hay favoritismos —explicó levantándose—. Bueno, de todas formas, yo tengo que regresar ya, me espera una tarde muy movida. Ya te lo explicará Beth esta noche. ¿Vienes conmigo o te quedas?

—Me quedo.

—De acuerdo, nos vemos en un rato. —Se acercó para darle un beso y se despidió de Cristian con un buen apretón de manos.



### 39. Cambio de cargos

Esteban mandó a Beth a buscar a Celeste. Podía marcar él mismo su extensión, pero desde que sabía que eran hermanas, intentaba que tuvieran más contacto, ambas lo necesitaban.

Celeste había cambiado, la prueba la tenía en la última conversación mantenida con su madre. Llegaron hablando de forma amistosa, pero al abrir la puerta, ambas cortaron la conversación, sus miradas cómplices tardaron un poco más en desaparecer.

Esteban tuvo que admitir que se quedaba con las ganas de saber de qué hablaban aquellas dos.

—Hola, Celeste, vamos al despacho de tu padre, necesito hablar contigo.

Esteban se levantó de su escritorio y la precedió mientras Beth salía de la oficina, él supuso que se iba para darles intimidad.

—Beth, también tengo que hablar contigo, no te vayas muy lejos y estate atenta para cuando te llame.

—Me estás asustando, ¿qué pasa?

—Luego. Primero tengo que aclarar unas cosas con Celeste.

Esteban cerró la puerta a su espalda y Beth pensó que de poco le iba a servir hacerlo. Se dispuso a escuchar lo que Esteban le iba a decir a Celeste.

—Celeste, he estado hablando con tu padre. —Esteban vio que iba a interrumpirle y con un gesto en la mano la mandó esperar—. Ya te dará él las explicaciones oportunas. Por lo que a mí respecta, me ha pedido que me ocupe del negocio de la manera que crea más conveniente. —Evitó decir que las palabras textuales habían sido: «Ocúpate de mis hijas e intentad llevar el negocio lo mejor posible»—. Por lo tanto, creo que deberías ser tú la directora en funciones hasta que él regrese. Yo estaré aquí para ayudarte, pero tú eres su hija, te corresponde a ti hacerte cargo.

Celeste lo miraba con la boca abierta y los ojos llenos de espanto.

—No hablas en serio, ¿verdad? Yo no sé ni por dónde empezar. Tú estás mucho mejor preparado que yo.

—Ya, pero el negocio es de tu familia. Ya te he dicho que te ayudaré en lo que haga falta. Además, Beth también subirá de rango, y que conste que eso ha sido idea de tu padre, no mía. Quería que te quedase claro antes de hacerla pasar. ¿De acuerdo?

Celeste asintió de mala gana, le caía bien Beth, pero llevaba poco tiempo en la oficina y eso de que ascendiese tan deprisa no le hacía ninguna gracia. «Yo tuve que empezar desde abajo y he estado como una simple reportera mucho tiempo», pensó.

—Beth, pasa —ordenó Esteban.

Cuando entró, vio que Esteban y Celeste estaban sentados en los butacones y no en el escritorio. Ella tomó asiento en el sofá, era lo único que quedaba libre, y se preparó para escuchar lo que Esteban tenía que decirle.

Tras un buen rato de negociaciones, quedaron en que Esteban se trasladaría al despacho de Joseph y Celeste ocuparía su antigua mesa para que aprendiera a desenvolverse. A Beth le darían más responsabilidades.

Una vez tomadas las decisiones, Esteban sacó una tarjeta del archivador.

—Esto es una invitación para una cena ofrecida por el departamento de «Igualdad social y proyectos emprendedores» del ayuntamiento, acabo de recibirla y no sé muy bien de qué se trata. Es una invitación para dos, según pone aquí, para una cena con baile y entrega de premios. Llamaré mañana para informarme.

Sonó el teléfono de la mesa de Esteban, este se levantó y tras apretar varias teclas, descolgó el del despacho de Joseph.

—Sí, dígame que suba.

—Es Dani —informó después de colgar.

Cuando Dani entró, tres pares de ojos se lo quedaron mirando.

—¡Yo no he hecho nada! —exclamó divertido—. ¿Qué os pasa, os pillo en mal momento?

—No, qué va. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Esteban, aunque ya sabía la respuesta.

—En el albergue hemos recibido esta invitación —dijo Dani, sacando una tarjeta igual a la que hacía un momento les había enseñado Esteban—. He llamado para ver de qué se trata y me han informado de que vosotros también habéis recibido una, pero que aún no habéis confirmado vuestra asistencia.

—Lo estaba comentando ahora. Tenemos un problema, la invitación es para dos y somos tres.

—Tranquilo, ahora tenemos dos invitaciones y somos cuatro. Celeste, ¿quieres ser mi pareja?

—Un guiño acompañó a sus palabras.

—Sí, por supuesto, será divertido.

La cena fue el viernes por la noche, en una sala grande con mesas largas y un menú no muy selecto, según pudo constatar Esteban, acostumbrado a ese tipo de eventos.

La mayoría era gente joven de distintos ámbitos. Los premios eran un secreto, pero Dani les dijo que el director del albergue iba a recibir uno. Se ve que cuando este rechazó la invitación, se lo anunciaron con la intención de convencerlo y Oscar les dijo que Dani lo recogería en su nombre.

Cuando Dani subió al estrado para recoger un pergamino enmarcado y un cheque a nombre del albergue, se oyeron muchos aplausos y silbidos, él hizo una reverencia al público con lo que terminó llevándose una ovación de todos los allí presentes. Mientras bajaba, anunciaron al siguiente galardonado, el mismo periódico. Esteban y Celeste se retaron con la mirada, ninguno de los dos quería subir.

—Esteban, tú estás más acostumbrado, yo no sé qué decir —susurró Celeste enrojeciendo.

—Yo tampoco. Siempre sube tu padre o me avisan antes y me preparo el discurso.

Ambos miraron a Beth.

—No fastidiéis, estando los dos aquí, no me digáis que tendré que subir yo.

—¡Beth, Beth, Beth! —exclamó Esteban, Celeste se le unió al instante y el resto del local terminó coreando su nombre.

Dani le sonrió para darle ánimos, añadiendo después:

—En la gala, cuando diste a conocer el albergue, triunfaste, hoy lo vas a hacer igual de bien.

Esas palabras le dieron una idea.

—Todos sabemos por qué nos dan el premio. Dani, por favor, sube conmigo. —Beth cogió la

mano que Dani le ofrecía y juntos subieron al estrado.

Cuando se alejaron, Celeste se rascó el pie, disimulando.

—¿A ti también te ha clavado el tacón con todas sus fuerzas? —Esteban torció el gesto—. Vaya, la que no tenía carácter, cómo se las gasta —afirmó Celeste.

Todos se callaron para prestar atención a sus palabras. Beth estaba nerviosa, no quiso pensar en su indumentaria. Cuando fue a recogerla, Esteban le dijo que estaba preciosa. Llevaba un bonito traje de leopardo que apenas le cubría el muslo, unas mallas negras le llegaban hasta el tobillo, donde apenas se entreveía un centímetro de piel antes de ser absorbida por unos elegantes zapatos de tacón de aguja.

—¡Buenas noches a todos! —exclamó pasando la mirada por la sala—. Quiero dar las gracias al ayuntamiento por haber valorado nuestro trabajo y a todos vosotros por haber estado ahí, dando repercusión a nuestro artículo sobre el albergue, porque a estas alturas, todos sabemos que si nosotros por formar parte del periódico recibimos este premio, es gracias a ese artículo. Le he pedido a Dani que suba conmigo porque una gran parte de este premio se lo debemos a él. Muchas gracias, Dani.

Todos aplaudieron y Dani, en un arrebato de espontaneidad, la cogió por debajo de las axilas y se puso a girar con ella, que reía y gritaba a la vez.

—Dani, estate quieto. ¡Para de una puñetera vez!

Esteban se levantó sin poder contenerse, agarró a Celeste con brusquedad y se la llevó al escenario.

—¿Qué haces? —preguntó Celeste, asustada.

—Voy a cargarme a Dani, y delante de un montón de testigos.

—¡Ostras! Estaba empezando a ser una más y vas a volver a ponerme en la palestra. Por Dios, que es Dani. No se lo tomes en cuenta, o si no, mávalo, sí, pero en privado.

En cuanto llegaron, Dani dejó de dar vueltas y puso a Beth en el suelo después de darle un beso en la mejilla.

—¡Ahora sí que estamos todos! —observó riendo antes de acercarse al micrófono—. Me gustaría agradecer no ya el premio, sino el hecho de que se me haya dado una segunda oportunidad cuando nadie apostaba nada por mí. Esteban y su familia me acogieron como a uno más, no sé dónde estaría yo en estos momentos si no hubiesen aparecido ellos en mi vida. Supongo que por eso me tomo tan en serio mi trabajo, mi propósito es que los jóvenes sepan y sientan que no están solos. Así que, por favor, pido un fuerte aplauso para Esteban.

Este enrojeció mientras se fundía en un abrazo con Dani.

—Joder, Dani —susurró—. Me lo podías haber agradecido en privado.

—Oye, no está bien dejar a tu chica «sola ante el peligro», además, sí vas a ser el jefe, más te vale acostumbrarte a estas cosas. Lo he hecho por tu bien.

—¿Lo de meterle mano a Beth ha sido por mi bien?

—No exageres, pero sí, sabía que así vendrías corriendo.

Todos aplaudían y silbaban con entusiasmo. Sin duda, fueron los triunfadores de la noche.

Habían contratado a un DJ que tuvo mucho éxito, pero varios de los asistentes le aseguraron a Dani que su grupo les gustaba más.

Cuando Esteban y Beth anunciaron que se iban, Celeste le propuso a Dani quedarse un rato más, el ambiente era agradable y se estaban divirtiendo, este aceptó de buena gana.

## 40. Volver a actuar

Débora encendió el televisor de su lujosa residencia y vio al tipo del albergue subir al estrado para recoger algo pero no le dio mayor importancia. Después, Beth apareció ante sus ojos y la observó con el rostro desenchajado, preguntándose qué significaba aquello.

Aún no se había recuperado de la impresión de que fuese Beth y no ella la que recogiese el premio cuando aparecieron en pantalla Esteban y Celeste, los enfocaron varias veces a lo largo del reportaje.

Apagó el televisor asqueada y miró a su alrededor, todo aquello le pertenecía. «Estos cuadros y tapices son la envidia de todos los que entran en esta casa», se dijo a sí misma.

Llamó a la criada y le dio el resto de la tarde libre, no quería que nadie la viese en ese estado. Respiró hondo y se recostó en el diván cerrando los ojos. Se preguntaba qué más tenía aparte de lo material. Nada. Su marido y su hija la habían abandonado y en el periódico no era bien recibida. ¿Qué le quedaba?

Cogió el teléfono y llamó a la única persona en la que confiaba de verdad.

—Hola —balbuceó Débora.

—Hola, mi vida. ¿Qué sucede? ¿Estás llorando? —se extrañó su interlocutor.

—Me siento tan sola. Mi marido y Celeste me ignoran. ¡Necesito verte!

—Mi vida, ya sabes que en estos momentos no me es posible. Estoy muy liado con los negocios y he de salir de viaje por un tiempo. Pero cuéntame cuál es el problema, haré todo lo posible por ayudarte, ya lo sabes. —Su voz melosa la desarmó, aunque también sonara exigente.

—Joseph ha desaparecido y Celeste no me hace ni caso. Me he pasado toda la vida enseñándole cómo debe comportarse y actuar para que ahora se junte con unos miserables.

—¿Y eso te preocupa? Vamos, Débora, tú eres la mejor, solo hay que ver cómo hablan de ti en todas partes. Solo con dar tu nombre eres capaz de abrir cualquier puerta, todo el mundo te admira. ¡Ay, no sabes cuánto me gustaría poder estar a tu lado en estos momentos! Nadie, escucha bien lo que te digo, nadie te llega ni a la suela de los zapatos. Tu marido nunca te ha valorado como mereces. En cuanto a tu hija, ella se lo pierde; el día de mañana se arrepentirá y volverá contigo, te lo aseguro, ya verás. Pero ahora lo que debemos hacer es darles un escarmiento.

—¿Hablas en serio? ¿Harías eso por mí? —Le resultaba tan emocionante constatar que él no se ponía límites para nada.

—¡Por supuesto! Haría cualquier cosa por ti, ya lo sabes. ¿Acaso no te lo demostré hace unos años cuando surgió aquel problema y juntos nos deshicimos de él? Pero esta vez, deberás hacerlo tú sola, yo estaré fuera una temporada.

Pulsó la tecla de finalizar llamada y una sonrisa de autosuficiencia se dibujó en su rostro. ¡Volvería a actuar!

«¿Contra quién?, se preguntó mientras cavilaba:

¡Celeste! Esa hija ingrata que se ha reído de mí y me ha avergonzado dejándose ver en público con ese mendigo de sonrisa arrebatadora.

¡Esteban! Él nunca ha sabido cuál es su sitio y me menosprecia, eso nunca se lo perdonaré.

¡Beth! Esa es la peor, una trepa. Ha seducido a Esteban y hechizado a Joseph. Nadie se da cuenta de cómo es ella en realidad.

¿Quién va a ser el primero, Celeste, Esteban o Beth?

¿Y cómo olvidarme de Joseph, lleva días fuera de casa sin darme ninguna explicación. Podría ser el primero, ya veremos, quizá no».

Su mirada se centró en un paquete que la criada le había entregado antes de marcharse. Leyó el remitente y una sonrisa perversa transformó su rostro. Lo abrió y extrajo de su interior varias fotografías que esparció sobre la mesa, en ellas salían varios rostros. «¡Así que es esto lo que hace mi hija los fines de semana!», pensó con desagrado.

Se levantó del sofá con fuerzas renovadas y se acercó a un mueble de lo más moderno y caro. Del último de sus cajones extrajo una caja que abrió con cuidado, como si en su interior hubiese un valioso tesoro, cogió lo que había dentro con admiración, sopesándolo, era un hermoso abrecartas, reservado para ocasiones especiales, el mango era de marfil y el filo, de una aleación de acero inoxidable. Fue un regalo de un amigo muy especial. Al sacarlo, se hizo un pequeño corte en el dedo y se limpió con suavidad una gota de sangre.

Su mente la transportó en el tiempo, ocho años atrás, cuando juntaron la sangre de los dos en un pacto de silencio. Comenzó a balancear el abrecartas sobre aquellos rostros que la tenían intranquila y una quietud irreal lo envolvió todo mientras Débora, con un gesto desafiante, hundía el abrecartas en uno de ellos, desfigurándole. Su rostro mostró una cruel sonrisa porque, aunque ellos lo ignorasen, ¡su víctima acababa de ser elegida!

## **Tercera parte**

## 41. Visita a Sara

Esteban accedió a acompañarles al cementerio en cuanto Beth se lo propuso. Tras recorrer varias calles, se detuvieron delante de uno de sus nichos, donde observó la foto de una mujer que lo miraba con ojos inteligentes. Sin saber por qué, se encontró sonriéndole.

—¡Hola, mamá! —exclamó Beth.

—Hola, Sara —dijo Cristian—. Te echamos de menos. ¡No puedes imaginar cuánto! Pero como siempre, seguimos adelante. Nuestra niña está preciosa, seguro que estarías orgullosa de ella.

Beth y Cristian se sonrieron mientras sus dedos se anudaban.

—Mamá, hoy te traemos visita. —Con un gesto consiguió que Esteban se acercase—. Este es Esteban. ¡Mi novio!

—Hola, Sara, encantado de conocerte —saludó rodeando el cuello de Beth con una mano.

De pronto, comenzó a soplar una suave brisa y las voces a su alrededor bajaron de intensidad, como si de repente hubiesen recordado donde estaban y el respeto que se merecían los que ya no permanecían entre ellos.

—¡Mamá, tengo un montón de cosas que contarte!

Beth soltó la mano de su padre y se desprendió de Esteban, que se la quedó mirando en cuanto empezó a hablar, lo hacía como si se hubiese olvidado de la existencia de los demás.

—La casa del pueblo está quedando genial, ha sido muy interesante arreglarla y compartir la experiencia con los chicos. En cuanto a mí y a Esteban, nos va muy bien, me gusta trabajar con él y sentirlo cerca...

Esteban sintió cómo una mano lo cogía del hombro y lo empujaba hacia atrás. Cristian le susurró:

—Vamos a tomarnos un café, hace meses que lo hago para dejarla sola, desde que un día me encontré oyendo con todo lujo de detalles lo que habíais hecho en el almacén. Aquella conversación era entre madre e hija, no iba dirigida a mí, y creo que esta también lo va a ser.

Esteban asintió y juntos se encaminaron hacia la salida. Beth tardó bastante en reunirse con ellos. Cuando lo hizo, una sonrisa bailaba en su rostro.

—¡A mi madre le gustas! Y a mí también —exclamó dándole un beso en la boca.

Cristian les observaba divertido. ¡Beth era feliz! Esteban tenía mucho que ver en ello y las conversaciones con su madre también.

En un principio, tuvo miedo de que ella se obsesionase y terminase dependiendo de ellas, pero no fue así. Madre e hija tenían tanta afinidad que era como si Beth intuyese lo que le habría dicho su madre en cada momento.

Al día siguiente, Cristian volvió al cementerio, no fue un hecho premeditado, algo lo había empujado a hacerlo. Pensó en que tal vez era porque el día anterior se había ido a toda prisa, antes de que Beth hablase más de la cuenta, y no se había despedido de su mujer como tenía por costumbre.

Iba meditando y se sorprendió cuando se encontró más pronto de lo esperado ante el nicho donde reposaba Sara, pero aún más al encontrarse a Esteban allí. En vez de acercarse y saludar,



retrocedió, sin saber por qué lo hacía.

—Renunció a ti porque te amaba —decía Esteban—. Su esposa amenazó con destruirte y él quiso protegerte. No supo que era el padre de Beth hasta hace solo unos días, si no, nada ni nadie lo hubiese podido separar de tu lado. Él se intentó consolar pensando que pronto un buen hombre vería todas esas cualidades que te hacían perfecta como pareja, mujer, madre y amiga. Lo siento tanto, Sara. Me hubiera encantado poder conocerte y pedirte la mano de Beth, sé que puedo hacerla feliz. Casarme con ella es lo que más deseo en este mundo. Por cierto, Beth tiene una hermana, se llama Celeste, trabajan juntas y se llevan bien.

Detrás de él, alguien lanzó un grito que provocó que su piel se erizase y algo en su interior le indicó que conocía al dueño de ese lamento. Continuó hablando, intentando justificar lo que hacía allí en esos momentos.

—Espero que algún día, no muy lejano, lo averigüen, a las dos les vendría bien saber que se tienen la una a la otra. Bueno, debo regresar al trabajo, Sara, espero que algún día consigas perdonarlo, así, tal vez, se perdone Joseph a sí mismo también. Te lo he contado porque creo que si de verdad me puedes oír, mereces saber lo que pasó en realidad. Ayer, cuando Cristian y Beth empezaron a hablar contigo, me invadió una serenidad extraña, y hoy he sentido frío, pero ahora estoy bien, no sé si han sido imaginaciones mías, pero gracias por escucharme. ¡Adiós, Sara, hasta la próxima!

Cuando iba a salir, estuvo a punto de coger la calle equivocada, se detuvo justo a tiempo y vio, muy cerca de donde estaba, a un hombre que sentado en un banco se cogía la cabeza entre las manos mientras, ocultándose del mundo, sollozaba con amargura. Pensó en acercarse a él, pero no lo hizo porque consideró que querría intimidad para llorarle a su ser querido.

En cuanto se alejó, Cristian levantó la cabeza y lo siguió con la mirada.

## 42. La inauguración

Había llegado el gran día, por fin la casa estaba terminada y para la inauguración habían organizado una barbacoa.

Cuando terminaron de cenar, «Los muchachos» subieron al escenario y se pusieron a tocar canciones que la mayoría de la gente ya conocía, también aceptaban peticiones y el ambiente se hizo excepcional.

Habían puesto carteles la semana anterior para que todo el pueblo acudiese como invitado, en cierta manera, todos habían colaborado llevándoles colchones, comida o lo que precisasen.

Esther sintió una presencia a su espalda y cuando se giró, se sorprendió al ver que era Esteban.

—¿Has visto a la rubia que está al lado de Beth? —Él esperó a que la mujer asintiera antes de proseguir—. Es Celeste, su hermana.

Acto seguido, empezó a alejarse mientras Esther lo escrutaba con la mirada, como él esperaba, y le hizo una señal para que lo siguiese.

—Sabía que terminarías averiguándolo. ¿Lo sabe Beth?

—No, Joseph es el jefe de ambos. Esperaba tener alguna pista más fiable, no solo las corazonadas que me provocaba su forma de actuar cada vez que se la nombraba, y he dudado tanto porque él no encaja con el perfil de hombre que busco. Esther, Joseph no sabía que había sido padre.

Tras decir esto último, la miró de frente, ella movía la cabeza negando.

—No es posible, no te dejes engañar. Él la vio después y la dejó hundida. ¡Es un hijo de puta manipulador! Esteban, tú eres más listo que todo eso. No confíes en él, no es buena persona.

—Está bien, tampoco es mi intención convencerte de lo contrario, pero quiero respuestas claras. Conocisteis a dos chicos, según nos dijiste, ¿quién era el otro, el que intentó propasarse contigo?

—Se llamaba Miguel, era del departamento de *Marketing*.

—No hay ningún Miguel trabajando en ese departamento —murmuró Esteban pensativo.

—Estamos hablando de hace más de veinte años, Esteban. Él era más joven que Joseph. Nos trataba de ignorantes porque éramos de pueblo y me hizo sentir incómoda. No recuerdo nada más, lo siento.

Al ver que ella no podía darle más información, Esteban decidió volver a la fiesta. Cuando llegó junto a Celeste, se sorprendió al ver que Beth ya no estaba a su lado.

—¿Dónde está Beth? —preguntó mientras la buscaba con la mirada. Cuando al fin la vio, ella giró la cabeza ignorándolo.

—Esteban, ¿dónde estabas? ¿Se puede saber qué hacías con esa mujer? ¡Todos los hombres sois iguales, sois unos cerdos! —exclamó alejándose de él.

Esteban enrojeció ante aquel ataque y pensó que las dos hermanas eran igual de celosas. No obstante, fue en busca de su chica. Había llegado el momento de ir soltando información, poco a poco, para que ella misma pudiese llegar a la conclusión de quién era su progenitor.

Se acercó por detrás y la cogió de la cintura para que no se pudiese escapar.

—Ven conmigo, he estado hablando con Esther y le he sacado algo de información sobre tu padre. —La cogió de la mano y se alejaron de la gente, buscando intimidad para poder hablar.

—Muy bien, pero tenías que haberme dicho que ibas a investigar, habíamos quedado en hacerlo juntos, ¿no? —lo amonestó—. En vez de desaparecer con Esther y regresar cada uno por su lado, podías haberme avisado antes. ¿Acaso creías que no iba a darme cuenta? ¡Imbécil! ¿Ahora te van las maduritas?

—¡Vete a la mierda, Beth! Ambos queremos una relación basada en la confianza, en eso habíamos quedado, poder contarnos las cosas sin sacarlas de quicio. ¡Pero no sé por qué me molesto, no vas a cambiar nunca!

Se dio la vuelta y se puso a andar hacia el tumulto. Beth corrió tras él.

—¡Lo siento, Esteban, perdona! —sollozó.

—Beth, cariño, no quiero pelearme contigo, pero odio que no confíes en mí. Siempre discutimos por lo mismo —suspiró con resignación mientras la abrazaba.

Cristian se acercó a Esther, él también la había visto desaparecer con Esteban, pero ni se le pasó por la cabeza que pudiese haber algo entre ellos.

—Hola, Esther, así que al final, el padre de Beth es su jefe. A veces, el destino se comporta de una manera demasiado caprichosa. Te pasas toda la vida huyendo de una realidad y cuando menos te lo esperas, ella te cae encima de golpe.

—Creía que no lo sabías.

—Digamos que estuve en el lugar adecuado en el momento justo. —Su mirada se perdió en la lejanía—. Conozco a Joseph, he intentado odiarlo por lo que le hizo a Sara, pero no lo he conseguido todavía. No es un mal tipo, y lo sé porque tengo buen ojo para la gente. Algún día, espero saber lo que pasó en realidad. Hubiese podido proceder de otra manera si no quería dejar a su mujer, algo no encaja. Él no es tan cruel.

—Esteban piensa lo mismo. Iba a decirte que no sabes por lo que pasó Sara, pero sí lo sabes. ¿Acaso intentas decirme que debí desobedecerla y hablar con él para que supiera lo que le hizo? Por favor, ni siquiera lo insinúes, no podría vivir con ese sentimiento de culpa, solo hice lo que ella me pidió.

—Ahora ya no hay vuelta atrás. Beth me ha dicho que Joseph ha desaparecido, solo Esteban sabe dónde está y no quiere decírselo a nadie. ¡Todo esto es muy raro!

El fin de semana pasó con rapidez. Cristian se sintió conmovido por el recibimiento de los vecinos, a los que no había visto en los últimos ocho años. También reconoció que allí se sentía mucho más cerca de Sara.

El miércoles siguiente volvieron a reunirse todos en las clases de baile y al finalizar estas, muchos de los asistentes se quedaron para tomar algo.

Beth se acercó a Esteban cuando vio que Dani se alejaba de su lado, sentía curiosidad por algo que acababa de presenciar.

—¿Qué ha pasado entre Dani y Celeste? Parecían de lo más acaramelados, pero ella se ha

marchado como enfadada y sin despedirse de nadie.

—Dani metió la pata el otro día con ella y hoy ha querido disculparse, pero lo ha enredado todavía más.

Beth hizo una mueca, consciente de que no iba a sacarle más información por mucho que lo intentase. Esteban, por su parte, agradeció que ella no insistiera.

Un rato después, le propuso ir a su piso a ver una película que, como siempre, dejaría a su elección. Terminaron viendo una romántica.

—Cariño, ¿quieres que te haga un masaje?

—Sí —respondió ella con una sonrisa entusiasta mientras se levantaba del sofá.

Ante aquella respuesta, Esteban se quedó confuso.

—Beth, ¿te han hecho algún masaje antes?

—Sí. —Cuando vio que los ojos de él se entrecerraban, decidió explicarse—. Cristian me los hacía cuando me dolía el cuello tras pasarme horas y horas estudiando.

«Vamos, igualito a lo que yo tengo en mente», pensó Esteban con una mirada maliciosa, su chica se iba a llevar una grata sorpresa.

Ya en la habitación, le dijo que fuera preparándose mientras él iba al baño a buscar el aceite. Cuando volvió, se quedó descolocado.

—Pero ¿qué haces? —preguntó alucinado.

—¿No me has dicho que me preparase?

—Sí —dijo mirándola de arriba abajo, estaba acostada y con el jersey arremangado por encima del pecho dejaba al descubierto toda su espalda desnuda.

—Beth, si lo que quieres es solo un masaje en la espalda, ve y que te lo haga Cristian. Si tengo que hacértelo yo, te quiero desnuda por completo.

—¡Um! —Entrecerró los ojos con suspicacia—. Si lo que esperabas es otra cosa, haberlo dicho desde el principio.

—¡Desnúdate! —le ordenó.

Beth obedeció al instante y cuando se giró, descubrió a Esteban en las mismas condiciones.

—¡Oye! ¿Y tú por qué estás así? ¡Antes toca un masaje!

—El aceite deja manchas, ¿vas a frotar tú la ropa luego? —preguntó con un levantamiento de cejas.

—¡Pues va a ser que no! —contestó resuelta.

En cuanto Beth se volvió a estirar sobre la cama, Esteban puso la radio. Sonaba una canción que estaba pegando mucho en esos momentos:

*Déjala que baile con otros zapatos, unos que no aprieten cuando quiera dar sus pasos.*

Apagó la luz del techo y dejó encendida solo la de la mesita, mucho más tenue. Se arrodilló encima de la base de su columna y tras abrir el frasco de aceite, vertió sobre ella una generosa cantidad y toda la estancia se llenó de un delicioso aroma a coco. Aspiró hondo viendo cómo ella hacía lo mismo y enseguida, deslizó sus manos con rapidez para evitar que el aceite se desparramase. Luego, con más lentitud, recorrió su cuello, que ella estiró para darle un mejor acceso, sus manos abarcaron los hombros y omóplatos con movimientos certeros y fue bajando, la oyó suspirar y sonrió. Volvió a subir y con las yemas de sus dedos, comenzó a trazar complicadas

figuras sobre su espalda. Se fue sentando más hacia abajo para tener sus nalgas al alcance de las manos, las abarcó y estrujó a su antojo. Los suspiros se convirtieron en jadeos y él volvió a subir por su espalda para darse un respiro.

Estaba excitado, pero quería prolongar el masaje, que ella disfrutase y no olvidase nunca la sensación que le provocaban sus manos al recorrerla entera.

—¡Esteban, quiero sentirte dentro de mí!

—Luego, ahora date la vuelta.

Beth notó sobre sus pechos el frescor del aceite y unas posesivas manos que se adueñaban de ellos, repartiendo la esencia por todas las partes que sus manos abarcaban y produciéndole una oleada de placer constante.

—¡Esteban, te necesito!

Cuando quiso darse cuenta, Esteban, con un solo movimiento, le había dado la vuelta y estaba descendiendo por los pies de la cama, arrastrándola con él por los tobillos. Luego, la cogió por la cadera y de un tirón, la puso de rodillas. Beth gritó ante lo inesperado de la acción, y más aún cuando sintió cómo se hundía en su interior con una sola embestida.

—¡Esteban, para, me haces daño! —gritó Beth.

—Lo siento, cariño. ¿Está bien así?

Aminoró la potencia de las embestidas y se concentró para no perderse del todo en sus profundidades de nuevo.

—¡Oh, sí, así me gusta! No pares —exigió ella entre gemidos. Se hizo con el control de las acometidas y se pegó a él hasta que ambos llegaron al punto culminante.

Esteban se quedó maravillado, como cada vez que tenía sexo con ella. ¡Él la había iniciado, pero ella era una magnífica alumna! Beth fue deslizándose sobre la cama y dándose la vuelta con suavidad, estiró los brazos hacia Esteban. Con una sonrisa, él la abrazó antes de tumbarse a su lado.

—¿Te ha gustado? —preguntó tras darle un corto beso.

—¡Sí, Esteban, te quiero! —le tocó la cara con dulzura y lo abrazó con fuerza después de oírle decir: «¡Yo también!».

Beth comenzó a tentarle de nuevo con veloces besos y caricias.

—¿No has tenido bastante? —preguntó Esteban divertido.

—Quiero tocarte, nunca tengo bastante cuando estoy contigo. Me gusta cómo me haces sentir, pero ¿sabes qué es lo que menos me ha gustado de lo que hemos hecho antes?

—¿Qué? —preguntó Esteban interesado.

—No poder ver tu cara cuando he alcanzado el orgasmo. Me gusta verla cuando llego a la culminación.

—Pero si siempre cierras los ojos.

—Sí, pero cuando los abro, me gusta ver tu rostro, saber que eres tú el que me ha llevado al éxtasis. Antes, cuando los abrí, me he sentido sola, ha sido una sensación extraña, necesitaba abrazarte y no estabas.

—Beth, cariño. No volverá a suceder.

Al cabo de unos momentos, ella se separó y mirándolo con fijeza, le susurró: «¡Quiero más!».



### 43. Le gustas

Cuando Celeste llegó al despacho, los otros dos ya estaban allí. Saludó y fue a ocupar su mesa. Estaba inquieta. Cuando terminó de hacer lo que Esteban le había mandado, se acercó a Beth.

—¿Tienes un momento? Necesito hablar contigo.

—Sí, claro, ¿qué sucede?

Celeste esparció unas fotos encima de la mesa, Beth cogió una de ellas en la que aparecía con Esteban y luego, otra en la que salía Celeste con Dani.

—Hacéis buena pareja —dijo Beth guiñándole un ojo.

—No fastidies. Me besó y al instante, me dijo que pensaba seguir siendo libre para enrollarse con quien le diese la gana —explicó con resentimiento.

—¡Será capullo!

—¿No lo sabías? Creí que Esteban te lo había contado —dijo extrañada.

—No hablamos de la vida sexual de Dani.

—Tienes suerte de haber pillado un chico como Esteban. Se nota que te adora y entre vosotros hay «exclusividad». Yo me niego a compartir. ¡Será cretino! Con lo poco que le costaba mantener la boca cerrada. Nos hubiésemos dado un buen revolcón.

Beth intuía que Esteban no se perdía ni una palabra de la conversación y también supuso que no querría desvelar un secreto que llevaba oculto desde siempre, así que optó por cambiar de tema.

—¿Qué es lo que querías comentarme de las fotos? Están chulas.

—No las he hecho yo. Las he encontrado en mi casa, creo que mi madre ha contratado un detective o algo parecido para espiarme.

Como Beth se imaginaba, Esteban lo había escuchado todo y salió del despacho con la intención de pillarlas viendo las fotos para meter baza. Al mismo tiempo, una sospecha se abrió paso en su mente, aunque aún tardaría en atar cabos sobre ella.

—¿Qué hacéis? —Se acercó y tras coger una silla, se sentó junto a Celeste.

—Las ha encontrado en su casa —resumió Beth—. Cree que su madre la vigila.

—Celeste, ¿sabes quién ha hecho estas fotos? —preguntó Esteban. Si Débora tenía por costumbre contratar detectives, lo más lógico sería que contratara siempre al mismo si hacía un buen trabajo.

—No —dijo mientras sacaba un sobre en blanco—. Las fotos estaban aquí dentro.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Esteban.

—¿Sobre qué?

—¿Vas a permitir que tu madre te siga espiando? —inquirió Esteban torciendo el gesto.

—No entiendo nada, mi padre desaparece y mi madre encarga que me sigan, ¿crees que está relacionado?

—No. Tu padre está bien, solo necesita descansar.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ambas cosas no tienen ninguna relación. Tu madre se da cuenta de que te está perdiendo,

has cambiado de amigos, de forma de ser, de comportarte, y ella quiere saber lo que está pasando. No te preocupes, yo lo arreglaré, pero te pido, por favor, que de momento, no digas nada. Necesito averiguar algo antes de que ella sospeche que lo sabes. Sigue comportándote con normalidad, pero evita hacer algo de lo que después pudieras avergonzarte —le dijo haciéndole un guiño—. Cambiando de tema, esta tarde tengo que reunirme con un promotor que nos debe un reportaje, solía ir siempre con tu padre a este tipo de visitas, ¿quieres venir conmigo? Te irá bien aprender cómo va todo eso del tira y afloja y además, a este tipo le gustan las mujeres más que a un niño un caramelo, estás advertida, pero presentándome con una chica guapa le podré sacar más acuerdos, ¿qué me dices?

—Que Beth está a punto de saltarme a la yugular —aseguró Celeste apartándose de ella.

—¡Joder, Beth, no empecemos otra vez! —se exasperó Esteban.

Enseguida se tranquilizó cuando vio que Beth mostraba una sonrisa traviesa y le lanzaba un beso.

—¡Ah, no! Una escenita como la del otro día... como que no. Yo me voy, que la que luego se pone celosa soy yo, a mí nadie me da besos de esa manera, y ya me gustaría, pero no contigo, claro —terminó mascullando.

Rompieron a reír ante su brote de sinceridad y Esteban le puso a Beth la mano debajo de la barbilla y le levantó la cara con suavidad para darle un beso.

—Celeste, ¿por qué no se lo pides a Dani? Estoy seguro de que te los daría encantado.

—Por favor, puestos a pedir, mejor se lo propongo a cualquier otro.

—Dani es un buen chico y le gustas, más de lo que está dispuesto a admitir.

—¿Te lo ha dicho él? —Un matiz de esperanza se percibió en su voz.

Dani lo mataría si se enteraba, pero ahí estaban su chica y su cuñada esperando embelesadas una respuesta afirmativa, bueno, ¿por qué no? Así también conseguiría que Dani no siguiese mucho más tiempo en ayunas. Ya le había metido mano a su chica, empezaba a resultar molesto.

—A su manera, pero sí.

Celeste y Beth se miraron y de sus rostros brotó una sonrisa espontánea. Esteban se preguntó si había hecho bien, él ya tenía a Beth, pero se trataba de su mejor amigo y de su cuñada. Esperaba que fuesen lo bastante maduros como para proceder con cautela y que no le salpicase lo que pudiera llegar a salir de esa relación, consciente de que sería difícil no tomar partido por ninguno de los dos si llegaba el momento.

Esa tarde, cuando Esteban y Celeste se marcharon, Beth decidió bajar a tomarse un café con alguna de sus compañeras.



## 44. La verdad de Débora

Débora se alegró al no encontrar a nadie en el despacho, así podría husmear a sus anchas. Joseph seguía sin aparecer y eso empezaba a ponerla nerviosa, no tenía ni la más remota idea de dónde podía estar. De haber una posible pista sobre su paradero, esperaba encontrarla allí.

Se sentó en la silla giratoria y se concentró en que buscar. Ojeando la agenda, descubrió el motivo de que allí no hubiera nadie, aunque no entendió la ausencia de Beth.

Abrió el primer cajón y vio unas hojas amarillentas escritas a mano. «¿Qué hace esto aquí?», se preguntó extrañada antes de reparar en el nombre de la autora: Sara Fernández. Se sobresaltó, volvió a dejar los folios en el cajón y puso más atención a todo lo que la rodeaba. Su foto con Joseph no estaba sobre la mesa como de costumbre. Al ir a quitar una mota de polvo de la mesa, se percató de que la capa de barniz estaba rayada y era más clara que el marco del tablón de anuncios.

Una sonrisa siniestra se fue apoderando de su rostro mientras en su mente se abría paso la razón de aquel estropicio. «Joseph acaba de enterarse de que Sara está muerta», concluyó. Ella había enterrado ese episodio de su vida hacía ya mucho tiempo. Fue testigo de su final, unas fotos lo avalaban. Ya no volvería a interferir en su vida, nunca más.

Débora ya lo tenía todo claro, Joseph volvería en algún momento. Solo debía pensar en la mejor forma de presentarse ante los periódicos para darles una buena historia sobre la desaparición de su marido, pero tal vez ella también debería ausentarse durante un tiempo, así daría a entender que estaban juntos, les haría saber que él se había ido antes para prepararle una sorpresa para su trigésimo aniversario. ¡Sí, eso haría!

Salió del despacho con una sonrisa, sin mirar a su alrededor, hasta que oyó el repiqueteo de un teclado. Ambas levantaron la vista al mismo tiempo. Beth, extrañada porque no sabía que Débora estaba por allí, se asustó ante su mirada de estupor.

Débora no la miraba a ella, su vista se había posado sobre la brillante placa metálica en la que se podía leer su nombre mientras pensaba que el destino se reía de ella.

En ese momento, lo entendió todo, el porqué Beth había prosperado con tanta rapidez y se había hecho un nombre propio en la empresa, compartiendo despacho con el mismísimo asistente personal del jefe. No pudo contenerse ante su cara de mosquita muerta.

Clavándose las uñas en las palmas de las manos, dejó escapar un soplo de rabia, arqueó las cejas y estirando las comisuras de sus labios tanto como pudo, espetó:

—¡Ya sabía yo que te traías algo entre manos!

—No sé qué quiere decir —Beth aguantaba su escrutadora mirada, ignorante del significado de sus palabras.

—¿De verdad no lo sabes? ¿Quién te dio este trabajo? ¿Fue mi marido? ¿O tu amante? ¿Ya te acostabas con Esteban antes de empezar a trabajar aquí? ¡No eres más que una absurda copia barata de tu madre!

—¿Mi madre? ¿Qué sabe usted de mi madre?

Débora rio desdeñosa, Beth iba a ser la receptora de todo su odio acumulado durante años, por todo lo que no pudo decirle a su madre. Notó cómo la bilis le iba subiendo desde muy adentro y un regusto amargo se coló en su boca, como un presagio del veneno que estaba a punto de escupir. Se engrandeció sabiendo que Beth no sería más que una insignificante marioneta entre sus dedos.

—Tu madre era una furcia, ¿cómo lo llamarías tú? Se acostó con un hombre casado, creyendo que se haría con todo tras quedarse embarazada, pero no fue así, ¡él me eligió a mí!, ya que soy de su misma clase social. ¿A qué has venido? ¿A terminar su trabajo?

—¿De qué me está hablando? —Beth estaba alucinada.

«¿De qué va todo esto? ¿Qué está diciendo esta mujer?». Beth, asustada, miró a su alrededor, algo en el desencajado rostro de Débora la invitaba a salir corriendo de allí.

—¡No te hagas la tonta! —Débora vio algo en el semblante de Beth que la llenó de regocijo—. ¡No sabes nada! —exclamó estupefacta—. Bueno, qué más da, de tal palo tal astilla, debes de llevarlo en la genética. Igual de zorra que tu madre. ¿Acaso sabes algo de tu padre? ¡Mi marido! —recalcó—. No veo que se sienta muy orgulloso de ti, en vez de ofrecerte su apoyo y enfrentarse a la realidad, desaparece. Menudo padre te ha tocado, ¿verdad?

—¡Yo ya tengo un padre! —exclamó Beth con los nervios a flor de piel.

—Eres igual que tu madre. Haciéndote la ingenua, has seducido a un hombre mayor que tú y con una posición económica mucho más elevada, pero no te equivoques, no eres más que un pasatiempo para Esteban.

—¡No es verdad, lo nuestro es auténtico! ¡No voy a dejar que me pisotees!

Débora se dio cuenta de que ya lo había conseguido, había plantado en ella la semilla de la duda, dándole mucho en lo que pensar, y eso que aún faltaba la última estocada.

—¿Auténtico? ¿Acaso te ha dicho que Joseph es tu padre? ¿Su paradero? Por tú reacción, veo que no. Él es la única persona que sabe dónde está y por qué se ha ido. No eres más que un pasatiempo para él, alguien con quien pasar un buen rato. —La recorrió de arriba abajo con una mirada apreciativa para que no le cupieran dudas de a qué se refería con su comentario, provocando que se sintiera sucia—. Acabará casándose con una mujer de su mismo nivel social, ya lo verás.

—Cállate, no sigas —suplicó con un hilo de voz.

—¿Por qué, acaso tienes miedo de oír la verdad? La historia se repite, la mosquita muerta a la que de repente, le crecen alas y se cree que puede volar, pero acaba estrellándose porque esas alas solo estaban en su imaginación. Igual tienes más suerte que la que tuvo tu madre y termina montándote un pisito para poder visitarte cuando le apetezca y hacerte todo aquello que no se atreverá a proponerle a su mujer. ¿No te has dado cuenta de lo bien que se lleva últimamente con mi hija?

Sí que lo había notado. Además, lo pilló abrazándose a Celeste fuera del *pub* y lo vio desaparecer con Esther. Después, volvieron cada uno por su lado, como si tuviesen algo que ocultar.

«Esteban me incitó a tomar la iniciativa y a hacer cosas que nunca hubiese imaginado para después decirme que lo que hiciésemos en pareja debía quedarse en la intimidad. Sí, Débora tiene razón», se dijo Beth.

Dio media vuelta y bajó por las escaleras corriendo, incapaz de permanecer ni un segundo más ante la presencia de aquella mujer. Se le nublaba la vista por momentos. Solo deseaba escapar del mundo, refugiarse lejos de la realidad, perderse en ese rincón de su cabeza donde el dolor no podía llegar y vivir en una permanente penumbra, ausente de todo.

Acababa de ocurrir algo que nunca sería capaz de poder sobrellevar, su madre acababa de caerse del pedestal en el que siempre la había tenido. «¡No es verdad, no es verdad!», se repetía una y otra vez, pero a su memoria acudió de pronto, insistente, una frase de una de las cartas que se había quedado grabada a fuego en su mente: «...*está de crucero con su mujer y como siempre, parecen ser la pareja ideal...*». «Mamá sabía que estaba casado».

Pensó que Débora tenía razón, Esteban era demasiado bueno para ella, se dio cuenta en el mismo instante en que vio el apartamento donde vivía y la casa de sus padres. Nunca le había dicho lo que cobraba y estaba claro que él sí sabía muy bien lo que le pagaban a ella. Lo que más le dolía era que él le recalcará que habían pactado tener una relación basada en la confianza solo cuando había otras mujeres de por medio y que le hubiera ocultado todo lo referente a su padre y a saber qué más.

Llegó a su casa en un estado lamentable, con la cara hinchada de tanto llorar, el rímel se le escurría por su rostro dejando un surco negro, las palabras le salían a borbotones y sin sentido mientras su respiración y los latidos de su corazón iban descompasados.

Cristian se asustó al verla. La obligó a tomarse una pastilla de las que le había recetado el médico cuando Sara murió, sabía que eran muy fuertes, pero no tenía nada más en casa y no se atrevía a dejarla sola para ir a comprar otras.

—Beth, ¿qué sucede? —preguntó Cristian angustiado.

—Papa, abrázame, no me dejes sola, prométeme que siempre estarás a mi lado.

—Por supuesto que estaré siempre a tu lado.

La llevó a la habitación, la tumbó en la cama y se recostó junto a ella para acto seguido, colocar su cabeza sobre su pecho, para que oyese su corazón, como hacía siempre que ella necesitaba tranquilizarse.

—¿Vas a contarme lo que ha pasado? —Al ver que no respondía, continuó—: No puedo ayudarte si no sé lo que te ha sucedido. ¿Te has peleado con Esteban?

—Sé quién es mi padre —balbuceó medio adormecida—. Esteban lo sabía y no me dijo nada. Voy a dejarle, por mucho que me duela. Tengo que hacerme una coraza antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Cristian perplejo, pero Beth ya no respondió, se había quedado dormida.

Un par de horas después, llamaron a la puerta y Cristian se quedó sorprendido al encontrarse con un Esteban sonriente.

—Buenas tardes, Cristian. ¿Has visto a Beth? He vuelto a la oficina y ya se había ido, voy a echarle un rapapolvo por salir antes de la hora sin pedir permiso —le dijo haciéndole un guiño.

—Sí, está acostada.

Cristian se sentía intranquilo, Esteban le caía bien y esperaba que las cosas entre su hija y él se arreglasen, era un buen chico y seguro que tenía sus motivos para haberle ocultado a Beth toda la

información. No quería tomar partido, pero sabía que llegado el momento, apoyaría a su hija de forma incondicional.

—¿Qué le pasa? —se interesó Esteban.

—No se encontraba bien, le he dado una pastilla y ahora duerme.

—Vaya. No me comentó nada. Dale un beso de mi parte y dile que espero que se mejore. Si se despierta a una hora prudencial, que me llame.

—Está bien, se lo diré. Adiós, Esteban

—Cristian, ¿va todo bien? Te noto raro.

—Estoy cansado. Igual yo también estoy incubando algo.

—Pues me voy antes de que me lo contagies. Hasta mañana.

Esteban dio media vuelta y bajó las escaleras de dos en dos mientras Cristian lo seguía con una mirada de pesar.

## 45. La pelea

Esteban miró el reloj de pared de su despacho y como ya marcaba las 9:18, decidió salir para cerciorarse de que la mesa de Beth seguía estando desocupada antes de llamarla.

Nadie cogió el teléfono. Probó con el de Cristian, las clases habían terminado hacía un par de días por vacaciones de verano, supuso que se encontraría en su casa. Estaba a punto de colgar cuando al fin, respondió.

—Hola, Cristian. ¿Está Beth contigo? ¿Cómo se encuentra?

—Lo siento, Esteban, se me olvidó avisarte de que hoy no iría a trabajar.

—No pasa nada. Ayer me quedé esperando su llamada. Dile que pasaré a verla a media mañana.

—Se lo diré. Adiós.

Esteban se quedó mirando el móvil con una extraña sensación. Cristian estaba raro, le había colgado de golpe y la noche anterior ni siquiera le invitó a pasar para charlar o ver a Beth, tuvo un mal presentimiento.

—Celeste, vuelvo dentro de un rato. —Cogió la bandolera y salió.

No se percató de la llamada de Rosa cuando intentó detenerle para saber qué pasaba con Beth. La tarde anterior la vio salir corriendo con lágrimas en los ojos y se quedó preocupada. Todos veían a Beth como una persona accesible, pero Esteban continuaba siendo el gran jefe, aunque no tan serio ni distante como hacía unos meses. Si se hubiese detenido, habría estado preparado para lo que se le iba a venir encima sin previo aviso.

Esteban llamó al timbre y oyó una discusión a media voz en el interior del piso, pero no entendió nada. Al fin, la puerta se entreabrió un par de centímetros, Cristian lo saludó con un escueto «Bueno días» y terminó de abrirla. Pudo ver a Beth al final del pasillo, estaba despeinada y en pijama, sus ojos, hundidos e inexpresivos, provocaron que Esteban se asustase e intentara ir hacia ella. En cuanto hizo ademán de querer entrar en la vivienda, Cristian le cortó el paso.

—Esteban. —Beth levantó la mirada—. Tú lo sabías, ¿por qué no me lo dijiste?

—No sé de qué me hablas.

—No te hagas el tonto porque no lo eres. —Parecía ausente, con la mirada vacía y los brazos caídos a ambos lados de su cuerpo—. Tenías que habérmelo dicho. Para eso está la confianza de la que tanto hablas.

—Beth, ¿qué es lo que no te he dicho?

—Sé quién es mi padre. Dime dónde está.

—¿Cómo te has enterado? ¿Quién te lo ha dicho?

—No, Esteban. No contestes a mi pregunta con otra.

—Sabes que no puedo decírtelo, Beth.

—Esperaba esa respuesta. Adiós, Esteban.

—Cariño, quería hacértelo saber, pero no encontraba el momento. Ya sabes que sospechaba de él desde un principio, pero tú nunca quisiste tomar partido y seguir investigando.

—¿Cómo dices? —Frunció el entrecejo.

—Lo siento, Beth, vamos, déjame entrar y hablemos con tranquilidad. Esta conversación no es para tenerla aquí ni de esta manera. —Señaló el rellano y la puerta entreabierta.

—No, Esteban. Hemos terminado.

—¿Qué? —Esteban desvió la mirada hacia Cristian mientras este levantaba los hombros poniendo mala cara—. ¿Todo esto es por no haberte dicho que sabía quién es tu padre? Beth, por Dios, date cuenta de lo que estás diciendo, todo tiene su explicación, dame una oportunidad.

—No es solo por eso. ¡Es por todo! —exclamó con desesperación.

—¿Todo? ¿Qué es todo? ¡Hemos estado bien hasta ayer! Y ya te he dicho que lo siento.

—Siempre dices que quieres una relación basada en la confianza y yo siempre creí que lo de contarle todo era cosa de los dos, no solo confiar en ti cuando te veo con otras mujeres. Solo soy un pasatiempo para ti, pero al menos, en la cama soy buena, ¿no?

Esteban arqueó las cejas mientras su rostro se teñía de un intenso color escarlata. «¿De qué va todo esto?», se preguntaba. Constató que Cristian también parecía desconcertado.

—Nunca te he obligado a hacer nada que no quisieras. Esto no tiene ningún sentido. ¡Te quiero!

Beth, sin decir nada más, se dio media vuelta y desapareció tras cruzar la puerta de su habitación y cerrar la puerta.

Esteban le hizo un gesto a Cristian para que saliese.

—Cristian, no entiendo nada. Sé que debí contárselo, pero no encontraba la ocasión propicia.

—Vamos, Esteban. El día que estuviste comiendo aquí, yo mismo te lo pregunté de forma directa y ya entonces me di cuenta de que ocultabas algo.

—¿Crees que resulta fácil saber la verdad, que tu propio jefe es el hombre que dejó embarazada a la madre de tu novia para después desaparecer sin darle ninguna explicación? Si yo dejé de hablarle, ¿cómo crees que hubiese reaccionado Beth? Cristian, ahora sé que Joseph no sabía nada de la existencia de Beth ni de cómo fue la vida de Sara después de dejarla.

—Lo sé, te oí cuando se lo contabas a Sara en el cementerio.

—¿Estabas allí? ¿Por qué no dijiste nada?

Cristian levantó los hombros, cabizbajo, recordando aquel momento, en el que le invadió todo un cúmulo de sensaciones contradictorias. Intentó odiar a Joseph con todas sus fuerzas, sabiendo de antemano que no lo conseguiría, ese instinto no estaba en su naturaleza. Instantes dispersos acudieron a su mente: cuando estuvieron juntos ante un buen plato de comida, la encerrona que ambos les hicieron a Esteban y Beth en la pizzería de Carlos para dejarlos solos después de haber decidido que hacían buena pareja y otros tantos.

Por todo ello, creía que le estaba fallando a su mujer, no podía apreciar al hombre que tanto daño le había hecho.

—¿Por qué no me dijiste nada? —insistió Esteban alzando la voz.

—Esteban, no te la tomes conmigo. Quedasteis en que ibais a investigar juntos.

—Sí, tienes razón. Y Beth, ¿cómo se ha enterado?

—Por Débora.

El rostro de Esteban se contrajo en una mueca de horror, todo empezaba a cobrar sentido. El daño ya estaba hecho, esa arpía había hundido a Beth, cosa que no pudo hacer con su madre antes

de que falleciera. «Joseph estaba en lo cierto», reconoció muy a su pesar.

—Cuando le eché en cara a Joseph que había dejado a Sara por miedo a un enfrentamiento con su mujer, me dijo que no, que lo había hecho porque Débora lo amenazó con destruirla ante los medios de comunicación y él sabía que Sara no podría soportar aquello. Decía la verdad, mira lo que ha hecho con Beth.

Cristian asintió, conocía muy bien a su hija, cuando se ponía así, por mucho que intentasen hablar con ella, podía oír, pero no escuchar, las palabras se las llevaba el viento, y cuando estaba dispuesta a escuchar, lo hacía para acto seguido, soltar la retahíla que llevaba en su cabeza. No, no era momento de hacerla entrar en razón.

Oyeron un sonido procedente del interior de la casa, Beth se acercaba a ellos arrastrando los pies, cogió la mano de Cristian para que entrase y con un simple «Adiós, Esteban», cerró la puerta en sus narices.

## 46. Sin noticias de Beth

El lunes por la mañana Esteban no se sorprendió al ver vacía la mesa de Beth, lo extraño hubiese sido encontrarla allí.

La había llamado varias veces y pasado por su casa otras tantas durante todo el fin de semana sin ningún resultado. La vecina, a quien vio un par de veces, no le dio ninguna información de utilidad.

Antes de que Celeste le preguntara por ella, decidió adelantarse y decirle que se había tomado unos días de vacaciones y le dio recuerdos. Ella, como buena periodista, enseguida se dio cuenta de que había algo más, pero no se atrevió a preguntar.

Esteban se pasó toda la mañana encerrado en su despacho y del mismo no salió ni el más mínimo ruido.

El martes ya estaba desesperado, no sabía por dónde buscar ni a quién preguntar. Llamó a Esther y se presentó en casa de Estela, ya que no sabía su teléfono, ninguna de las dos sabía nada.

Por la tarde fue a una reunión donde pudo quitarse a Beth un rato de la cabeza. Al finalizar, volvió a la oficina, donde la mesa vacía le recordó los acontecimientos de los últimos días para sumirlo en un estado de ánimo deplorable.

Tras encender el ordenador, le saltó una alerta, como todos los martes por la tarde a todos los trabajadores de la redacción, para recordarle que debía abrir su correo de contacto del periódico.

El ratón se movió con rapidez y encontró cuarenta correos electrónicos nuevos, solía ser Beth quien se encargaba de abrirlos y contestarlos siguiendo unas pautas que él le había dado tiempo atrás. La mayoría eran felicitaciones por algún artículo, el resto, comentarios, tanto positivos como negativos, y alguna que otra barbaridad o amenaza... Los que Beth consideraba que debía ver los trasladaba a una carpeta y se los enviaba. Pensó en enviárselos a Celeste para que los clasificase y respondiese, pero sería como admitir que Beth no iba a volver pronto y eso era algo en lo que no quería ni pensar.

Una descarga eléctrica lo atravesó cuando su mirada se posó en un nombre: Cristian Giner, 24/06/2018. Se cubrió la cara con las manos mientras se maldecía a sí mismo por no haberlo pensado antes, ese correo llevaba tres días en su bandeja de entrada, desde el domingo. Sin más dilación, lo abrió.

*Hola, Esteban:*

*Beth ignora que te estoy escribiendo, me ha prohibido que me ponga en contacto contigo.*

*No quiere hablar con nadie.*

*Cada año hacemos un viaje cuando terminan las clases, para este no habíamos programado nada porque como aparte de estar contigo, había comenzado a trabajar hacía poco, creímos que no le daríais vacaciones. Pero debido a los últimos acontecimientos, creo necesario un cambio de aires.*

*Quisiera decirte que estamos bien, pero no es así.*



*Cuídate, espero que todo se arregle.*

*Saludos,*

*Cristian*

*PD: He encontrado la dirección de este e-mail por internet. La tuya personal no la sé. Espero que recibas esto.*

Esteban cruzó los brazos sobre su pecho, respiró hondo y deslizó la silla hacia atrás, se había quedado agarrotado leyendo, unió las manos juntando sus dedos y estiró los brazos todo lo que pudo para desentumecerse. Estaba deseoso de saber más. La carta le supo a poco, pero al menos, tenía noticias.

Se acercó de nuevo al escritorio para poder llegar mejor a las teclas y comenzó a escribir.

*Hola, Cristian:*

*Gracias por informarme.*

*Sé que en un momento así no te habrá resultado fácil separarte de Beth y ocultarle lo que haces.*

*Lo está pasando mal y me duele no poder estar junto a ella. Ignoro lo que le dijo Débora, pero lo averiguaré.*

*Cuida de ella. La quiero y no puedes imaginar cuánto la echo de menos. Espero que cuando recapacite, le dé una oportunidad a lo nuestro.*

*Por favor, sigue informándome.*

*Un abrazo,*

*Esteban*

Le dio a la tecla «reenviar» y sonrió, todo se arreglaría, necesitaba creerlo, Cristian estaba de su parte.

El miércoles a primera hora entró de nuevo en su correo, había un nuevo mensaje, lo abrió con prontitud.

*Hola de nuevo:*

*Ayer sucedió algo que me gustaría contarte.*

*En las comidas compartimos mesa con una familia con tres niños y una pareja de ancianos, estos están encantados con Beth, dicen que es un encanto y muy respetuosa.*

*Ella se ofreció a quedarse con los niños si les hacía falta algún día y los padres le dijeron que el horario del Miniclub era bastante extenso, pero se lo agradecieron de todas formas.*

*Cuando le preguntaron si no tenía más familia, observé cómo su rostro palidecía, pero no quise inmiscuirme porque creí necesario que se enfrentase a la realidad.*

*Estoy seguro de que todos notaron que algo raro sucedía.*

*Me llevé una sorpresa cuando respondió que sí, que tenía una hermana mayor llamada*

*Celeste, que la había conocido hacía poco y que en un principio no le cayó bien porque era una pija narcisista, pero que había cambiado.*

*Tras dar esa explicación, se quedó mirándome y cuando le sonrei, bajó la cabeza y siguió comiendo.*

*Creo que habló sin pensar y ella misma se sorprendió.*

*Le pregunté qué era lo que había pasado entre vosotros, pero ella desvió la mirada y me dijo que cambiase de tema.*

*Bueno, dentro de nada se perderá la conexión, en alta mar no hay datos, ni cobertura, ni nada de nada.*

*Saludos y un abrazo,*

*Cristian*

«Eso es una buena señal», pensó Esteban con una sonrisa. «Celeste le cae bien y la considera su hermana, lástima que esta última no sepa nada».

Salió del despacho y se cruzó con la mirada de Celeste.

—Esteban, ¿tienes un momento?

—Sí, claro, ¿qué sucede?

—¿Has averiguado ya algo sobre las fotos? Me siento incómoda cuando pienso en que hay alguien observándome y sacándome fotos.

—Dame un par de días y lo solucionaré. —Su sonrisa la pilló desprevenida, hacía días que se mostraba ausente. Se la devolvió pensando en que lo que hubiese pasado entre él y Beth ya se había solucionado.

—¿Cómo está Beth?

—Bien. Se ha ido de crucero con Cristian.

—Vaya, ella sí que se lo monta bien.

—Es verdad. Todos los años hacen un viaje y al hacer poco que había empezado a trabajar, no contaba con tener vacaciones, pero se las hemos concedido. Celeste, ¿puedo preguntarte algo?

—Prueba a ver, lo peor que puede pasar es que no te conteste.

—¿Te hubiese gustado tener hermanos? —inquirió de sopetón.

—Sí, cuando era pequeña, les pregunté a mis padres por qué no los tenía.

—¿Y qué te respondieron? —se interesó Esteban.

—Mi padre me dijo que a él le hubiese gustado tener más hijos, pero que no pudo ser. En esos momentos, no entendí nada.

Esteban se mordió la lengua para no preguntarle si ahora lo entendía. Viviendo en la misma casa, tenía que haberse dado cuenta de lo que pasaba en realidad, pero era un asunto demasiado personal.

—¿Y tu madre?

Celeste le miró con suspicacia, sopesando la información que podía soltar, al fin y al cabo, se trataba de su madre. Acto seguido, estiró las comisuras de su boca y negó con la cabeza. «¿Por qué no?», se preguntó.

—Me explicó lo mal que lo pasó durante el embarazo con las náuseas, vómitos y malestar en

general, pero sobre todo, no aceptaba lo gorda y fea que se puso y las estrías que según ella, le produjo. Me dijo que ella ya había cumplido como esposa dándole un heredero a mi padre y que eso es lo que yo debería hacer en un futuro, dar herederos. Yo pienso igual, me gustaría tener dos hijos, por lo menos, para que se hagan compañía y cuiden el uno del otro. Yo siempre me he sentido sola, rodeada de gente, pero sola.

—Yo tengo un hermano de once años que va a venir dentro de un par de semanas. Todos los veranos, mis padres se van de viaje unos días y nos encargamos Dani y yo de cuidarle. Lo traeré algún día para que lo conozcas.

—Cuento con ello. —Una cálida sonrisa adornó su rostro.

Esteban lo pensó un instante antes de tomar la decisión.

—Tengo que resolver unos asuntos, no volveré hasta mañana.

Entró en el despacho para coger la cartera, las llaves del coche y el móvil. Celeste vio cómo ponía el dedo sobre la pantalla y que deslizándolo con rapidez por ella, frunció el entrecejo, concentrado en la tarea, algo estaba buscando.

«Por el día y la hora, debe de ser este número», susurró él mientras salía y dejaba a Celeste curiosa por saber a dónde iba.

## 47. El psiquiátrico

El GPS le indicó que veinte kilómetros después debía tomar una carretera secundaria. Se saltó una señal que ponía: «Prohibido el paso. Propiedad privada» y su viaje finalizó de súbito ante una gruesa puerta de hierro de color gris, pero Esteban ya estaba familiarizado con ese contratiempo y además, se lo habían advertido. Bajó del automóvil, apretó el botón del interfono y oyó una voz autoritaria:

—¿Quién es?

—Mi nombre es Esteban. He llamado esta mañana, me están esperando.

Oyó un fuerte chirrido y la puerta comenzó a abrirse, subió de nuevo al vehículo y enfiló la entrada. Grandes árboles franqueaban el camino impidiéndole ver nada más allá de la abundante vegetación.

Poco después, el paisaje cambió. A un lado había un campo de golf y al otro, un jardín con unos biombos colocados en plan estratégico para impedir que se vieran las personas que había en su interior. También vio unos conjuntos de mesas y sillas al fondo y a un grupo de personas que se acercaban a ellas. Se quedaron mirando el coche, pero estaban demasiado lejos como para poder distinguir sus rostros.

Al fin, llegó a una pequeña edificación, en cuya entrada se podía leer la palabra «Recepción». Cuando entró, el olor a lavanda inundó sus fosas nasales y buscó el lugar de donde procedía, era una pequeña mesa de centro en el que se quemaba una varilla aromática.

La recepcionista le tendió la mano.

—Usted debe de ser Esteban. Por favor, pase a la sala de visitas y espere, enseguida vendrá su amigo.

—Muchas gracias —respondió.

No tuvo que esperar mucho, la puerta se abrió y por ella salió un hombre entrecano y mucho más delgado que la última vez que habían coincidido, una sonrisa iluminó el rostro del que allí se hospedaba, aunque esta no llegó a sus ojos.

—Hola, Esteban. Me alegro de verte. —Estrechó su mano esbozando una débil sonrisa—. Aquí estamos bastante aislados de todo y las llamadas son escasas, por no hablar de las visitas. ¿Qué te trae por aquí? ¿Va todo bien?

—No. Lo único que va bien es el periódico. Me dijiste que venías aquí porque no tenías motivos para seguir viviendo y luchando para sacar las cosas adelante. Voy a darte algunos.

Joseph torció el gesto. Tenía días buenos en los que se decía que no pudo intuir nada de lo que estaba pasando y que la decisión tomada fue la que el creyó mejor en aquellos momentos y días malos en los que pensaba que dejó a Sara en la estacada y le arruinó la vida por no complicarse la suya cuando hubiesen podido huir juntos a cualquier otro lugar y empezar de cero.

Hoy tenía uno de esos días buenos. Cuando vio la llamada perdida de Esteban, le asaltaron un sinfín de dudas, pero tras pedir permiso, le dio la dirección.

—¿Vas a contarme por qué me has sacado del psiquiátrico? Me has dicho que si quería redimirme, que hiciese las maletas y volviese contigo a casa. Aquí estoy, dime qué ha pasado en mi ausencia.

Esteban, sumido en sus pensamientos, no desvió la mirada de la carretera, había sido una decisión tomada por impulso. Allí estaba Joseph, viviendo a todo lujo mientras la vida de las personas más cercanas a él se desmoronaba.

—¿Por quién empiezo? —susurró pensativo—. Débora ha contratado a alguien para que siga a Celeste, he mirado en la contabilidad del periódico, pero ahí no consta ningún pago sospechoso. No hay ningún fotógrafo, detective o informador externo al que yo no haya aprobado su liquidación. Ningún nombre sobre el cual investigar, eso tiene que salir de vuestras cuentas privadas y no he querido fisgonear sin avisarte, puede que sea el mismo que te hizo las fotos con Sara.

—De acuerdo, lo miraré. ¿Qué más?

—Beth me ha dejado porque no le conté que eras su padre. Pero el problema no es ese, son las palabras que utilizó. No eran tuyas, Débora le ha llenado la cabeza de ideas absurdas, está destrozada.

—Otra vez Débora —masculló.

—Sí, otra vez Débora —corroboró Esteban.

Esteban le ofreció a Joseph su piso mientras buscaba algo más permanente porque este le dijo que no se sentía con ánimos de soportar a su mujer. Desechó la idea de alojarse en un hotel porque quería evitar que los periódicos se le echasen encima para indagar sobre lo que estaba sucediendo. Al fin, le dijo que estaba acostumbrado a dormir en el despacho y allí se sentía cómodo.

A la mañana siguiente, se levantó temprano y se dio una ducha. Se sentía mucho mejor de lo que cabía esperar, quizá la vuelta a la rutina y enfrentarse a sus problemas era la solución.

Se sentó a su mesa y comenzó a revisar diversos papeles para ponerse al día. De pronto, la puerta de la oficina se abrió y vio entrar a Celeste. La notó cambiada, más relajada y natural, llevaba un calzado cómodo y unos simples vaqueros, y una sonrisa iluminaba su rostro.

—¡Buenos días! —saludó ella a nadie en particular, dirigiéndose a la percha para colgar su bolso.

Joseph se levantó y atravesando la puerta que conectaba ambos despachos, contestó mientras le salía al encuentro con pasos sosegados.

—¡Buenos días!

Celeste se giró con rapidez, enfocando el lugar de donde provenía la voz, y con un pequeño grito, corrió hacia él y tras rodear su cuello con los brazos, se puso a llorar.

Joseph se sintió culpable por haber desaparecido sin dar ninguna explicación y por primera vez, después de mucho tiempo, se sintió querido.

Poco a poco, fue alzando sus propios brazos para rodear y apretar con fuerza la cintura de su hija, como si tuviese miedo a despertar y que todo fuese un sueño. Ella apoyaba la cabeza en el recodo que formaban su cuello y el hombro y él comenzó a deslizar la mano por su pelo mientras le susurraba palabras de consuelo.

En un momento dado, Joseph levantó la vista y vio que Esteban les miraba y sonreía, le devolvió el gesto y vocalizó «Gracias». Luego, se separó de ella y juntando el índice y el anular debajo de su barbilla, le alzó la cara para poder verla de cerca.

—Papá, ¿dónde estabas? Desapareciste sin más.

—Celeste, es una larga historia. He vuelto, eso es lo único que importa.

—¿Eso es todo? —preguntó furiosa—. Desapareces durante días, sin una llamada, sin nada de nada, sabía que seguías vivo porque Esteban me lo aseguró, pero estuve a punto de llamar a la Policía. Y ahora, apareces como si tal cosa. ¡Imagina que hubiese sido yo la que hubiese desaparecido! Esa respuesta no me vale, papá, ¿qué está pasando?

—Tienes razón, te mereces una explicación. —Le hizo un gesto para que lo siguiese al despacho y cuando se dio la vuelta para cerrar la puerta, no vio a Esteban por ninguna parte. «Tan discreto como siempre», pensó respirando hondo mientras se concentraba en ordenar sus ideas.

¿Cómo explicarle a tu hija que le fuiste infiel a su madre con otra mujer a la que deshonraste y tuvo una hija tuya después de desentenderte de ambas? Cabizbajo y con un enorme sentimiento de culpabilidad por no haber sabido manejar la situación desde el principio, se quedó mirando a Celeste, sentada delante de él, expectante, interesada y, con toda seguridad, ajena a la degeneración en la que podía caer la especie humana.

Ella, que siempre había vivido inmersa en la burbuja de bienestar y comodidad que solo el dinero es capaz de proporcionar, iba a darse de bruces con la cruda realidad. «¿Por qué siempre termino hiriendo a las personas que más me importan?», se preguntó Joseph.

Celeste lo miró con ojos desorbitados, impactada por la noticia que su padre acababa de darle. Sin haber tenido tiempo de asumir la infidelidad de su progenitor, se presentaba el agravante de que esta había dado sus frutos en forma de un rostro que veía todos los días y que esa persona era valorada y admirada por su padre. Aquello era mucho más de lo que Celeste podía soportar.

—¿Me estás diciendo que engañaste a mamá y encima esperabas que te diese el divorcio así, por las buenas?!

—Celeste, no me estás escuchando, te he dicho que lo nuestro había terminado hacía mucho tiempo.

—Dirás que había terminado para ti, tal vez mamá seguía enamorada.

—Vives con nosotros. ¿Acaso te parece que el nuestro es un matrimonio normal?

—Tampoco veo que hagas nada por facilitar un acercamiento.

—Celeste, por favor, ¡piensa bien! —gritó exasperado—. Sabes que tu madre y yo hacemos vidas separadas, aunque vivamos juntos, podemos pasarnos días y días sin cruzar una palabra ¡No puedes imaginarte lo duro que es eso, lo solo que puede uno llegar a sentirse! —Respiró hondo para serenarse, había perdido las formas y sabía que de esa manera, no conseguiría nada—. Espero que cuando que te cases elijas bien, sin dejarte engañar por las apariencias. Deseo que encuentres a alguien con quien puedas compartir risas, llantos, aficiones y sobre todo, que te haga sentir especial. Eso es lo que yo sentía cuando estaba con Sara.

—Papá, está muerta. Tú mismo lo has dicho, ya no puedes hacer nada. Deja las cosas como están. Beth ya tiene un padre y yo no quiero compartir el mío.

Joseph la miró asombrado, ¿cómo se podía ser tan egoísta? Nunca le faltó de nada, ni se vio en

la tesitura de tener que compartir nada con nadie, ni tan siquiera el cariño de un padre.

—¡Celeste, eres igual que tu madre! Tú y solo tú, el resto no importa, ¿verdad?

Ella se levantó tirando la silla al incorporarse, apoyó las manos en la mesa y se encaró con su padre.

—¡¡Te odio!! —gritó con lágrimas en los ojos—. Reapareces después de días sin saber de ti, con una historia increíble, y esperas que te diga que no pasa nada, que todo es perfecto, ¡pues no! Por mí, ya puedes volver a desaparecer, tranquilo, esta vez no me voy a preocupar.

Se dio la vuelta y salió del despacho dando un portazo. Esteban, desde el cubículo donde se encontraba trabajando, levantó la vista y la siguió con la mirada. «La charla no ha ido bien», constató con pesar.

## 48. El escondite

Como tenía por costumbre, Joseph se levantó temprano. Después de asearse, se acercó a la cristalera y vio la pastelería donde hacían aquellos cruasanes que tanto le gustaban. Decidió bajar a desayunar en ella, necesitaba salir del despacho y despejarse. Ya le daba igual lo que pudiesen decir los periódicos, de todas formas, antes o después, iban a cebarse con él y tendrían mucha munición con la que atacarle.

El cruasán se quedó a medio camino entre el café con leche, donde acababa de mojarlo, y su boca cuando vio a Celeste caminando a paso rápido por la acera de enfrente, observó cómo dudaba delante de la puerta antes de abrirla con su propia llave e introducirse en la redacción. ¿Qué hacía allí tan temprano? Consiguió dar un bocado en el último momento, cuando el pedazo de cruasán mojado estaba a punto de caer sobre el mantel. Engulló el resto del desayuno a toda velocidad, se limpió la boca con una servilleta y la dejó caer de cualquier manera. Sacó la cartera y dejó el dinero encima de la mesa para a continuación, salir precipitado.

—Buenos días —saludó Joseph antes de entrar en su despacho.

—Buenos días, papá, yo... —Celeste se quedó pensativa, sin saber cómo continuar.

Joseph entrecerró los ojos, decidido a darle tiempo, pero este pasaba y su hija parecía estar sumida en sus pensamientos, inquieto, le preguntó:

—Celeste, ¿qué haces aquí tan temprano?

—Ayer me fui de aquí muy nerviosa. Lo que me dijiste me pilló por sorpresa. Tienes razón, soy una egoísta, me da miedo perderte, que dejes de quererme.

Joseph se acercó a ella y la abrazó.

—Eres mi hija, sangre de mi sangre, eso no va a pasar nunca.

Celeste se separó de él con suavidad, poniendo las manos sobre sus hombros y alejándose un poco.

—Déjame continuar. He estado pensando. Esteban, el otro día, me preguntó si no me habría gustado tener hermanos. Y le dije que sí. Después de esa conversación, fantaseé con lo maravilloso que sería tener una hermana con quien conversar, cambiarnos la ropa, hablar de chicos... Ahora la tengo y estoy asustada.

—¿Crees que ella no lo está? Se supone que amenacé a su madre para que abortara, que nunca quise saber nada de ella ni de Sara, que la utilicé. Beth ha dejado a Esteban por miedo a que él le haga lo mismo.

Joseph se percató de cómo sus palabras hacían mella en su hija, su rostro se suavizó y detectó un brillo en sus ojos, lo que no supo es que acababa de darle una información que ella desconocía.

«¿Beth y Esteban se han peleado? Por eso está él tan raro», pensó Celeste.

Joseph la abrazó y le susurró al oído:

—Beth nos necesita, a los dos. ¿Me apoyarás cuando acceda a escucharme?

—Sí —afirmó Celeste.



Cuando Esteban llegó, se sorprendió al ver la camaradería que mostraban padre e hija, se alegró por ellos y así también le resultaría mucho más fácil a él indagar sobre las fotos, sin miedo a meter la pata.

—¿Dónde encontraste esas fotos? —preguntó Joseph sentado tras su escritorio mirando a Celeste, que se encontraba frente a él.

—En el suelo del vestidor, creó que se le cayeron. Después de enseñáros las, volví a dejarlas en el mismo sitio. —Su mirada se posó en Esteban, sentado a su lado.

—¿Siguen allí? —inquirió Joseph.

Celeste negó con la cabeza y sus parpados empequeñecieron, parecía estar sumida en sus pensamientos. Luego centró la mirada en su padre.

—Recuerdo que hace muchos años, entré en el vestidor de mamá y la vi con unos papeles en la mano, los estaba leyendo con una sonrisa extraña. Se asustó al verme porque no se había dado cuenta de que yo estaba allí. Y ahora las fotos. Creó que debe de tener un compartimento oculto allí, esas fotos tienen que estar escondidas en alguna parte.

—Joseph, las que me enseñaste, aquellas donde sales con Sara, ¿las tienes tú? ¿No estarían todas juntas?

—No. Esas me las tiró a la cara y las tengo yo. Están en ese cajón. —Con la mirada, señaló uno de los archivadores y acto seguido, se frotó los ojos—. Yo también tengo un cajón secreto, ahí están las fotos de Sara y un colgante que le regalé como prueba de mi amor y que ella partió en dos, en cada parte queríamos poner la fecha de nuestra boda, en un principio, pensamos en poner la de nuestro primer encuentro, pero era muy arriesgado porque yo, en esa fecha, aún estaba casado. —Llevó el dedo índice hasta su ojo derecho y recogió una lágrima que estaba a punto de resbalar por su mejilla—. Y veintitrés años después, descubro que soy padre.

Joseph apoyó los brazos sobre la mesa y se tapó los ojos. Tanto Celeste como Esteban oyeron un sollozo reprimido.

—Chicos, salid y dejadme solo un rato, no me encuentro bien, por favor —susurró.

Unas horas después, Celeste se levantó de la silla que hasta hacía pocos días había pertenecido a Beth. Tras recuperar Joseph su despacho, Esteban volvió a su mesa, situada cerca de donde ella tenía la suya.

—Esteban, vamos a llegar tarde a las clases de baile.

—Yo no voy a ir. No me apetece.

—Si necesitas hablar, aquí me tienes, ¿de acuerdo?

Esteban la miró sopesando si le podía contar la verdad o lo dejaba pasar.

—Beth me ha dejado. Es muy raro todo, empezó diciéndome que yo solo la quiero para pasar el rato, que la estoy utilizando. Llevo toda la semana sin poder hablar con ella. Solo Cristian me mantiene informado.

—¿Para pasar el rato?! —exclamó estupefacta—. No fastidies, pero si te tiene comiendo de la palma de su mano.

—Vaya, gracias por la aclaración —respondió molesto—. Bueno, la cuestión es que no quiere ni hablar conmigo.

—Cuando vea a mi hermanita, le diré cuatro cosas —le dijo mientras le guiñaba un ojo.

—Celeste, ¿cómo lo llevas tú? Te ha venido todo de sopetón.

—En un principio me lo tomé muy mal. Mi padre se había acostado con otra mujer, nunca se me hubiera pasado por la cabeza. Para ese tipo de cosas soy muy tradicional. Pero Beth no tiene la culpa de nada, desde el primer momento, me ha tratado bien, y mira que intenté fastidiarla.

—Según Cristian, ella te consideraba una pija narcisista, no obstante, ahora dice que le caes bien porque has cambiado. Anda, vete, si no, vas a llegar tarde y no vas poder hacer pareja con Dani.

Celeste salió a toda prisa, riéndose. Cada vez que bailaba con Dani y posaba las manos sobre su cuerpo se sentía como en una nube.

Esteban sabía que a Dani le pasaba lo mismo. Miró la hora, se había hecho tarde, sacó el móvil y escribió:

*Tu pija va de camino, la he entretenido más de la cuenta.*

*PD: Lo sabe todo, que Joseph es el padre de Beth y que ya no estamos juntos.*

Un segundo después, recibió la respuesta de Dani:

*Ok. Aquí nadie sabe nada, las amigas de Beth están esperando que aparezcáis.*

Esteban escribió deprisa:

*Avisa a Celeste para que no meta la pata.*

El mensaje de Dani fue casi instantáneo:

*Acaba de llegar, te dejo.*

A la mañana siguiente, Celeste se presentó en el despacho con una bolsa de papel muy resistente de una joyería bastante selecta. Al pasar junto a Esteban, levantó la mano en la que la llevaba y señaló el despacho de su padre para que la siguiera.

—¿Qué llevas ahí? —se interesó Joseph.

—¡Lo he encontrado! —exclamó levantando la bolsa antes de dejarla sobre la mesa—. Uno de los cajones del vestidor tiene un doble fondo. Está todo muy organizado, así que haced el favor de dejar todo como estaba. A simple vista, solo hay sobres con fotos y alguna que otra carta. Tengo que devolverlo a su lugar lo antes posible. ¡Ostras! Me sudan las manos, está a punto de darme algo.

Mientras se abanicaba la cara con su propia extremidad, Esteban le dio un vaso de agua y le dijo:

—Celeste, lo has hecho muy bien. Vamos a fotocopiarlo todo y así podrás devolverlo enseguida. Ven conmigo.

Había varios sobres diferentes, Celeste los iba abriendo y esparcía las fotos sobre la bandeja de la fotocopidora para después volverlas a guardar en el mismo orden mientras Esteban etiquetaba las fotocopias para saber a qué sobre pertenecían cuando las mirasen con más detenimiento.

El contenido de uno de los sobres hizo que el rostro de Esteban palidiera. Se apoyó en la fotocopidora para no caerse mientras su corazón se aceleraba descompasado y un sudor frío como la escarcha atenazaba su cordura.

Cuando Celeste desvió la mirada para sacar un nuevo sobre, Esteban cogió las fotos que acababan de imprimir y se las guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. «¿Qué significa esto? ¿Qué hacen aquí estas fotos?», se preguntó intrigado.

Cuando terminaron, Esteban la acompañó a casa. A Celeste le temblaban las manos y él pensó que si llegaba a encontrarse con su madre, se delataría sin necesidad de hablar. Toda precaución sería poca. Solo estaba la criada, Celeste le dijo que se había olvidado unos papeles y sin más explicaciones, subió al piso superior.

Cuando volvieron a la redacción, Esteban abrió el correo, un nuevo e-mail de Cristian lo esperaba:

*Hola, Esteban:*

*Acabamos de atracar, por fin en casa.*

*Beth continúa sin querer hablar de ti, ya no sé qué hacer al respecto, es mencionarle tu nombre y encerrarse en sí misma.*

*No quiere ni oír hablar de volver a la oficina, tampoco creo que esté preparada para hacerlo. Lo que más me duele es ver cómo se desapega de su madre, en cierta manera, es positivo que empiece a superar su ausencia, pero actúa como si se avergonzara de ella. He intentado concienciarla de que todavía nos falta saber una parte de la historia, pero no atiende a razones, solo piensa en que su madre tuvo una aventura con un hombre «felizmente» casado y que intentó destruir su matrimonio quedándose embarazada a propósito. ¡Es tan surrealista todo!*

*Espero verte pronto.*

*Un abrazo,*

*Cristian*

## 49. De vuelta a casa

—Esteban, ¿puedes venir al despacho? —oyó que decía el jefe.

Cuando entró, vio que había varios sobres encima de la mesa. Celeste se disponía a abrir el primero cuando Esteban la interrumpió.

—¡Espera! —Puso la mano encima del sobre—. Una de las razones por las que Beth me ha dejado fue por no contar con ella para investigar sobre su padre. ¡Esperemos hasta el lunes! Cristian y Beth estarán aquí. No quiero que me eche en cara esto también.

—Por supuesto. ¿Quieres que vaya contigo a su casa y hable con ella? —preguntó Joseph.

—No estaría nada mal que le dieras tu versión. Solo sabe lo dicen las cartas y lo que le contó Débora.

—Hablaré con ella. ¿Está en casa?

—Aún no deben de haber llegado, estate atento, ya te llamaré.

Esteban abandonó el despacho dando un portazo, Celeste y Joseph se miraron frunciendo el entrecejo, pero la puerta volvió a abrirse al instante.

—Disculpad, ha sido sin querer, voy a ver si ya han llegado, Joseph. De todas maneras, si me quedo aquí, no voy a poder concentrarme.

—Claro, vete y mantennos informados.

—Muy bien, adiós.

A lo largo de todo el día, pasó por delante de su casa un montón de veces, pero en ninguna de ellas vio signos de vida en la vivienda. Al anochecer ya estaba histérico. Miró su correo, pero allí tampoco había nada. Llamó a los dos móviles, pero no consiguió contactar con ninguno de ellos.

Ya era noche cerrada cuando recibió una llamada de Dani.

—Esteban, ¿dónde estás?

—En casa, ¿por qué?

—Voy para allá. Enciende el horno y saca un par de pizzas del congelador, tengo hambre y seguro que tú tampoco has comido nada.

No se equivocaba, Esteban devoró la pizza y en cuanto terminaron de comer, le informó de que seguía sin tener noticias de Beth.

—Yo sé dónde está —afirmó Dani.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Se han ido al pueblo, están en Villarejo del Turia.

Esteban se levantó de un salto, derramando el vaso de Coca Cola que había sobre la mesa, y se encaró con Dani.

—¡Joder! ¿Y a qué esperabas para decírmelo? He pasado un día horrible pensando en que les había pasado algo.

—Me lo ha dicho Silvia. Llegaron a la casa sin avisar y Cristian le pidió que te avisase sin que Beth se diera cuenta, pero como no tenía tu teléfono, me ha llamado a mí. Por eso he venido, pero hasta mañana por la mañana no vamos a ir ninguna parte.

—¡No hablarás en serio, ¿verdad?! —estalló Esteban.

—Por supuesto, así nos tranquilizaremos y no asustaremos a Beth. Por cierto, la pija también irá, como le cae bien, puede ser de gran ayuda.

—Sí, tienes razón. Voy a llamar a Joseph, él también quiere contarle su propia versión de la historia.

—Ves, ya empiezas a hablar de forma coherente, y mañana, ya sabes, deberás estar tranquilo, nada de reproches ni exigencias. Venga, a dormir, que hay que madrugar, ya tendré todo el camino para daros las pautas a seguir.

—¡El psicólogo ha hablado! —afirmó Esteban.

—Tú riéte, la próxima te pasaré la factura.

—Así que mañana te vas a llevar a tu pija.

—Sí, y a su padre, te recuerdo que es tu jefe y si todo sale bien, tu futuro suegro.

—Y el tuyo. —Esteban comenzó a reír por la coincidencia.

—Vete a la mierda —espetó Dani sonriendo—. ¡Seremos cuñados!

Cristian sonrió al abrir la puerta, miró por encima del hombro de la persona que tenía delante y frunció el ceño al ver que no había nadie detrás.

—No he venido solo —aclaró Dani—, pero quería reconocer el terreno antes de que aparezcan todos.

—¿Quiénes son todos? —preguntó Cristian.

—Esteban, Celeste y Joseph.

—¿También ha venido Joseph? —preguntó Cristian sin estar seguro de querer verlo.

—Sí.

Cristian asintió y lo dejó pasar.

—¿Y Beth?

—Se acaba de levantar, debe de estar vistiéndose.

Dani acompañó a Cristian a la cocina y vio cómo este se apresuraba a poner un cazo de agua a hervir.

Cuando Beth hizo su aparición, Dani se sorprendió al ver lo delgada y ojerosa que estaba.

—Hola, guapa.

Ella se sobresaltó y girando la cabeza a izquierda y derecha, buscó a otros posibles visitantes, al no ver a nadie más, sonrió y se acercó a Dani para darle dos besos, bastante más tranquila.

—Hola, no sabía que estabas aquí.

—Acabo de llegar, Beth. ¡Pero no he venido solo!

—Me lo temía, ¿dónde está Esteban?

—Esteban, Celeste y Joseph están en la cafetería. Les he pedido que me den diez minutos para comentarte algo antes de que se presenten.

—¿Joseph está aquí? —Retrocedió de forma inconsciente, pero la pared frenó su huida—. ¡No quiero verlo, me niego a tener algo que ver con ese hombre!

—Beth, ha venido para darte su versión de los hechos, solo conoces la de Débora, deberías escucharle.

—¡No! Él estaba casado cuando se acostó con mi madre y la dejó embarazada. No hay ninguna excusa para hacer algo así. Sí, mamá intentó destruir ese matrimonio, pero fue Joseph el que la deshonró teniendo ya una familia.

—Beth, no pierdes nada por escucharle. Deja que se explique y si no te convencen sus argumentos, pues lo envías a la mierda. Así nunca deberás preguntarte qué era lo que quería decirte, cuál era su versión —se explayó Dani para ver si la convencía o, por lo menos, dejaba de mostrarse tan reticente.

Ella seguía moviendo la cabeza a ambos lados y Cristian decidió echar una mano.

—Beth, sabes que mamá no era frívola para nada, era una buena mujer, cariñosa, sensata y muy digna. Me gustaría saber qué pasó realmente y para eso, nos falta su versión. A mí me fastidia tener que verle tanto como a ti, pero hemos llegado demasiado lejos, nos merecemos saber el verdadero final de la historia y solo él puede darnos las respuestas que nos faltan. Necesito conocerlas, pero no soy capaz de escucharlas si no estás tú a mi lado.

Beth permitió que la llevara hasta la mesa y cuando Cristian retiró la silla, se dejó caer en ella.

## 50. La verdad de Joseph

Cuando llamaron a la puerta, Dani se levantó para ir a abrirla. La primera en entrar fue Celeste, se dirigió a Cristian con una sonrisa y le dio dos besos un poco cohibida porque no sabía cómo reaccionaría Beth ante su presencia.

Mientras se acercaba a ella, esta se levantó para saludarla y sin pensarlo ninguna de las dos, se abrazaron, ante el asombro de los allí presentes.

En cuanto Esteban apareció por la puerta de la cocina, Cristian se le acercó con una sonrisa radiante y después de darle un buen apretón de manos, le abrazó dándole fuertes manotazos en la espalda.

Beth esquivó su mirada y él se sintió perdido, no esperaba que se fuera a echar en sus brazos, pero tampoco que le rehuyese de esa manera. Se separó de Cristian y se dirigió a ella.

—Hola, Beth.

—Hola.

—¿No vas a darme un beso? —preguntó Esteban.

—Sí, claro. —Apenas rozó su mejilla.

—¿Cómo estás? —Esteban intentaba iniciar una conversación.

—Bien.

Al verla palidecer, se imaginó que Joseph acababa de entrar.

—Beth, por favor, escucha su versión. Te ayudará a entender muchas cosas.

Ella asintió y se puso al lado de Cristian y Dani, sin saludar a Joseph, mientras Cristian lo saludaba con un simple gesto de cabeza.

—Buenos días —dijo Joseph.

—Buenos días —contestó Cristian.

Dani señaló la mesa y les indicó que tomasen asiento. El silencio que invadió la estancia no presagiaba nada bueno. Beth buscó la mano de Cristian y este se la cogió y se la besó para soltarla a continuación.

—He puesto agua a hervir con manzanilla, nos tomaremos una infusión caliente para templar los ánimos. —Desplazó la silla hacia atrás para poder levantarse y depositar una tetera grande, vasos y cucharillas sobre la mesa. Tras volver a sentarse, fue Esteban quien les sirvió a todos antes de sentarse de nuevo entre Celeste y Joseph.

—Bien —declaró Joseph—, he venido porque quería contaros lo que pasó entre Sara y yo. Tenéis derecho a saberlo y solo espero que algún día podáis perdonarme.

Miró a su alrededor, todos estaban expectantes, solo Beth parecía estar ausente, cogió aire con fuerza y lo expulsó con suavidad. Se armó de valor y comenzó a explicar su versión:

—Mi padre hacía años que llevaba el periódico cuando yo me hice cargo de él. Un día me pidió que lo acompañase a hacer una entrevista a un famoso abogado de Valencia y allí conocí a Débora, era su hija.

Todos los allí presentes lo miraron consternados. ¿Débora? ¿Acaso iba a hablarles de su

historia de amor con su mujer?

—Debo empezar por el principio para que lo entendáis todo mejor —argumentó Joseph—. Ella entró con una bandeja para servirnos el café, yo la había visto muchas veces en las revistas, era preciosa, cariñosa, culta... Desde el primer momento, quedé rendido bajo su hechizo. Siempre ponía buena cara delante de todo el mundo, pero cuando estábamos solos, le entraban unas rabietas impresionantes. ¡Pero hasta en eso resultaba especial! Solo se mostraba así ante mí y yo pensaba que lo hacía porque era una niña, que ya maduraría. Éramos la pareja de moda, siempre había periodistas a nuestro alrededor, tardé un tiempo en darme cuenta de que era ella la que los llamaba. La nuestra fue la boda del año, causó una verdadera expectación: el vestido de la novia, las joyas, los zapatos, el viaje de novios, los invitados... Las exclusivas se sucedían y Débora salía radiante en todas y cada una de ellas. No descubrí a la verdadera Débora hasta que comencé a convivir con ella. Treinta años después, sigue sin madurar. Yo quería hijos, pero ella quiso esperar un par de años, accedí, no me quedaba otra, sin embargo, pasado ese tiempo, la encontré tomándose la píldora anticonceptiva a escondidas. Me dijo que si se quedaba embarazada, engordaría y le saldrían estrías ¡Le dejé claro que yo quería ser padre, que o dejaba de tomarse la píldora o pedía el divorcio! Se quedó embarazada unos meses después. Un día, volví a casa antes de la hora de costumbre y oí las voces de Débora y su padre, ella le decía que no sentía nada por mí y él le reprochaba que no era capaz ni de conservar al hombre que le había puesto en bandeja. Solo yo era capaz de darle la clase de vida a la que ella estaba acostumbrada, con toda clase de caprichos, pero para ella, yo solo era un hombre atractivo con quien salir en las revistas. ¡Eso era yo para ella! Cuando me vieron, no intentaron arreglarlo. ¿Para qué? Por la cara que yo ponía, se debieron de dar cuenta de que ya llevaba un buen rato escuchando. Después de aquello, todo siguió como siempre. La vida iba pasando y yo tenía a mi niña —dijo mirando a Celeste—. Conocí a Sara en el periódico, unos seis años después de tu nacimiento. Vino a entregar un relato para un concurso que organizamos nosotros y algo en ella me llamó la atención. Cuando nuestras miradas se cruzaron, una sensación desconocida se despertó en mi interior, me sentí vivo de nuevo. Me atemoriqué, no sé bien cómo explicarlo, deseaba volver a verla, pero algo me decía que me estaba metiendo donde no debía. Ganó el concurso. ¡Yo no tuve nada que ver con eso! Pero aquello hizo que nos viésemos de nuevo, era muy distinta a Débora. ¡Beth, era como tú! Lo vivía todo con una intensidad enorme, se implicaba en todo, pero porque le interesaba, no por resaltar ni para sentirse más importante que los demás. Nos vimos tres o cuatro veces, pero más que nada, hablábamos por teléfono, horas y horas. Hicimos planes de futuro, nos queríamos casar y después de que ella terminara la carrera de Magisterio, tener muchos hijos. Le pedí el divorcio a Débora, lo nuestro solo funcionaba de puertas para fuera, accedió enseguida, su padre arregló los papeles, los firmamos los dos y todo quedó claro. Llamé a Sara y fuimos a celebrarlo a una casita preciosa en medio de la nada, fue una escapada muy romántica. Íbamos a tomárnoslo con calma, a dejar que todo se enfriase antes de dar a conocer lo nuestro. Cuando volví a mi casa, Débora me estaba esperando con un montón de fotos de ambos que delataban que éramos más que simples amigos y me amenazó con destruirla ante los medios. Le recordé que ya estábamos separados, pero resultó que no. Su padre hizo desaparecer los papeles del divorcio y era mi palabra contra la de ellos. De repente, Débora empezó a tambalearse y a apoyarse en las paredes, se ahogaba, no podía respirar,



corrí hacia ella horrorizado y sin saber qué hacer. Ella me miró y sus labios se arquearon mostrándome toda la crueldad que sus palabras ocultaban, lo recuerdo como si fuese ahora, me dijo: «Si tú, que ya no sientes nada por mí, has reaccionado así, imagínate cómo lo hará mi público: “La pobre esposa hundida por una caza fortunas que ha destrozado el matrimonio perfecto”, no encontrarás ningún lugar donde poder esconderte y mi padre y yo nos vamos a encargar de que no vuelvas a ver a Celeste nunca más». Sara no se merecía eso, era tan joven. Pensé que en cuanto superase el desengaño, encontraría a un buen chico de su edad con el que tendría la vida que tanto se merecía, pero yo no quería verla con otro, llamadlo egoísmo, celos, yo solo quería ser ese hombre, y no era posible. Con la condición de que yo no volvería a ver a Sara, le hice prometer a Débora que ella tampoco la molestaría. No me permitió darle más explicaciones, al día siguiente me vi embarcado en un crucero con ella y cuando volvimos, tuve miedo de que me espicara. Encontré a Sara por casualidad un par de semanas después, salía del periódico, pero también vi a Débora detrás de la cristalera, nos estaba observando. Solo pude decirle que lo sentía, pero que volvía con mi mujer. En parte, también lo hice por ti, Celeste. Era evidente que se quedaba destrozada, pensé en seguirla y hablar con ella, en ir a buscarla al pueblo, pero ¿para qué? Ella me diría que siguiésemos adelante, que juntos lo superaríamos todo, pero no podía hacerle eso y pensé que era mejor dejarlo así. El resto de la historia ya os la podéis imaginar. Beth, no supe que eras mi hija hasta hace un par de semanas.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó Cristian.

—Yo creía que su padre eras tú hasta que Esteban me hizo una encerrona y terminé admitiendo que había tenido una aventura con Sara, fue cuando me dio el puñetazo y me rompió una costilla.

—Recuerdo ese día —admitió Beth sin mirar a nadie en particular.

—Sí, y dejé de hablarme. Yo no entendía por qué él reaccionaba de esa manera si era algo que sucedió hace más de veinte años. Tuve que armarme de valor y revivir toda la historia contándosela para ver si se ponía en mi lugar y dejaba de ser tan hostil conmigo. Recuerdo que me miró con fijeza antes de preguntarme cómo era posible que no supiese nada. Yo quise saber qué era lo que no sabía y al día siguiente me trajo unas cartas que había escrito Sara, fue entonces cuando me enteré de todo y destrocé el despacho. Me preguntaba cómo había podido fallarle de esa manera y por qué ella nunca me dijo nada, si lo hubiera hecho, yo habría actuado de una forma muy distinta. Terminé ingresado en un psiquiátrico hasta que, hace un par de días, Esteban se presentó allí para decirme que hiciese las maletas y volviese con él.

—Esteban tenía razón, esto no tiene nada que ver con lo que te dijo Débora —constató Cristian—. ¿No es así, Beth?

Todos los allí presentes fijaron su mirada en ella. Tenía el rostro húmedo por el fluir de las lágrimas y sus brazos sirvieron de apoyo para su cabeza cuando la dejó caer sobre la mesa. Cristian la besó en la coronilla y empezó a acariciarle el pelo con movimientos suaves y rítmicos.

—Pequeña, todo está bien. Me tienes aquí, siempre estaré a tu lado. Y mamá también, ella siempre ha cuidado de nosotros. Ahora tienes dos padres.

—¡No! Yo solo te quiero a ti. No me dejes nunca, te necesito.

—Claro que no te dejaré, eso nunca, ya lo sabes. Pero dale una oportunidad, además, acabas de encontrarte con una hermana, lo que siempre habías deseado —argumentó Cristian con una

sonrisa.

Beth buscó a Celeste con la mirada y esta le sonrió mientras notaba un pequeño empujón por debajo de la mesa que la hizo levantarse para aproximarse más a ella.

—Yo también he querido siempre tener una hermana, será divertido cambiarnos la ropa y hablar de chicos.

—Sí —dijo Beth abrazándola.

Sintió una mano que se posaba en su espalda, pero cuando vio a Esteban, su rostro se transformó y se puso a la defensiva.

A él le sorprendió su reacción, pero decidió actuar como si no se hubiese dado cuenta, pensó en que solo necesitaba un poco de tiempo y le sonrió cuando sus miradas se encontraron. Buscó su mano y le dio un pequeño apretón cuando sus dedos se unieron, pero se quedó perplejo cuando ella se soltó y se dio la vuelta sin decir ni una palabra.

—Beth, ¿qué te pasa? Salgamos fuera y hablemos con tranquilidad.

—No, Esteban, no creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó confuso—. ¡Ya lo sé, porque solo te quiero para pasar el rato, ¿no es así?! —explotó—. ¡Por Dios, Beth! Hace siete meses que nos conocemos, te he llevado a conocer a mis padres, conozco al tuyo —señaló a Cristian—, te he metido en mi grupo de amigos —añadió moviendo las manos con energía mientras señalaba a Dani—, hemos arreglado esta casa, nos pasamos todo el día juntos... ¡Si es que somos una de las parejas más estables que conozco! Si de verdad quieres que lo dejemos, por mi perfecto, pero búscate otra excusa. Os espero en la cafetería —dijo mirando a Celeste y a Joseph—. Beth, si quieres algo, ya sabes donde vivo. Adiós, Cristian.

—Adiós, Esteban —contestó este.

Salió y cerró la puerta con suavidad.

## 51. El desengaño

Esteban le pidió a Dani que condujese. Él iba sumido en sus pensamientos y tras pasar una curva muy pronunciada, su mente retrocedió, acababa de recordar algo.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó Esteban mirando a Dani.

—No, ¿por qué?

—Para que vengas a mi casa, quiero enseñarte algo.

—Claro, también podemos tomar unas cervezas. ¡Esteban, tranquilo, todo se arreglará! Menudo discurso le has echado, le habrás hecho pensar.

—Eso espero.

Dani lo miró de reojo y enseguida, volvió a centrar su mirada en la carretera.

—¿Qué creéis que pasará? —preguntó Celeste.

—Princesa, Beth a ti te adora —aseguró Dani—. Los tienes a los dos de tu parte. En cuanto a Joseph, ha escuchado todo lo que tenía que decirle y eso ya es un buen comienzo. Aunque se hiciera la ausente, la vi empapándose de todo. Lo que sí me ha sorprendido fue cómo reaccionó con Esteban, no me lo esperaba.

—Yo tampoco —afirmó este.

Joseph se quedó mirando a su hija. «Dani la ha llamado princesa», se dijo. Le caía bien el tipo de las rastas. «Debajo de su apariencia de despreocupación, se esconde una mente muy despierta», pensó. «Con el tirón que está dando el albergue, debería ponerlo en nómina y proporcionarle un espacio adecuado donde aconsejar a los jóvenes».

—Papá, ¿no dices nada?

—Perdona, hija, tenía la cabeza en otra parte.

«¿Cómo ha podido ocultar una información así? ¿Cómo es posible que en ningún momento le remordiese la conciencia?», se preguntaba Esteban. Quiso decirle que había visto fotos de Beth con distintas edades y que estuvo a punto de morir a causa de una leucemia. «¡Débora lo sabía, apostarí cualquier cosa!». Pero en esos momentos, su mente era un torbellino. Necesitaba hablar con Dani cuanto antes.

A la mañana siguiente, a Esteban no le extrañó oír la voz de Beth al otro extremo del cable del interfono. Abrió después de echar una última mirada al comedor para comprobar que todo estaba en orden, así era.

Respiró hondo cuando oyó detenerse el ascensor en su planta y vio asomar su hermoso rostro.

—Hola, Esteban.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto —respondió apartándose para que entrara.

—Lo siento.

Beth se acercó a él con lágrimas en los ojos y rodeó su cuello con los brazos. Se apoyó en su

pecho y al sentir cómo su corazón se aceleraba, sonrió.

—Beth, ahora es tarde —dijo Esteban cogiéndola de la cintura para alejarla de él.

—¿Cómo, qué quieres decir?

—Estás aquí porque mis palabras de ayer te hicieron reflexionar, ¿no es así?

—Sí.

—A mí también. —Esteban se concentró antes de continuar—. Te llevé a conocer a mis padres, sabías que era la primera vez que lo hacía, ¡eso debió indicarte algo! —La miró con pesar, negando con la cabeza—. Tuviste un ataque de ansiedad en mi casa y en lugar de llevarte a la tuya o llamar a tu padre y preocuparle, me pasé toda la noche en vela cuidándote. ¡Que te quiero para pasar el rato! —Esteban, más exaltado por momentos, apretó los puños y respirando hondo para tranquilizarse, continuó—. ¡Por Dios, Beth, en la despedida de Estela te rechazé! Y ahora vas y desapareces una semana. Llamé a Esther y fui a casa de Estela, ya no sabía dónde buscarte. Ayer hubiese dado cualquier cosa por que te echases en mis brazos, pero hoy no, necesito tiempo, no merezco que me trates así.

—Entonces, ¿se acabó? —Beth lloraba desconsolada, volvió a echarse en sus brazos, pero Esteban se desprendió de ella con firmeza.

—Beth, siempre he estado a tu lado, te lo repito por última vez, no merezco ser tratado así. Necesitaba una explicación ayer, hoy ya me da igual. ¡Adiós, Beth!

Ella se dio la vuelta, salió y entró en el ascensor. Esteban cerró la puerta despacio y se apoyó en ella. No le había resultado nada fácil tomar esa decisión, pero se sentía defraudado, no quería ser solo un hombro sobre el que llorar, para eso estaban los amigos, le había dolido que les diese una oportunidad a todos, excepto a él.

Al día siguiente, Beth oyó la melodía de *Obsesión* saliendo del interior de su bolso. Se le enganchó la cremallera y no podía abrirlo, con dedos temblorosos, la corrió con cuidado, atenta al sonido del móvil, y lo sacó en el último momento.

—¿Esteban?

—Sí, soy yo. Ya estaba a punto de colgar. ¿Cómo estás? —preguntó tras dudar unos instantes.

—Te echo de menos. Me ha llamado Estela, su hija acaba de nacer, las dos están bien.

—Me alegro por ellas. Cuando la veas, dale recuerdos.

—Esteban, no le he dicho que ya no estamos juntos. Estaba tan contenta. Me ha pedido que vayamos a verla. Si quieres, puedo decirle que estás trabajando y no puedes venir, pero... —se detuvo sin saber cómo continuar.

—Beth, ¿quieres que te acompañe? También te llamaba por un asunto relacionado con el trabajo.

—Sí, gracias, Esteban.

—De nada, para eso están los amigos. ¿A qué hora quieres que vayamos?

—¿Pasas por mi casa a las seis?

—De acuerdo, en cuanto salga de trabajar, iré a buscarte. Adiós, Beth.

—Adiós, Esteban.

Se quedó mirando el móvil con una extraña sensación, emitía un suave zumbido, lo que

significaba que Esteban acababa de colgar. Le entraron ganas de llorar recordando el clásico: «Cuelga tú. No, tú primero».

## 52. Amigos

A las seis se presentó en casa de Beth y su padre, sonriendo, le invitó a pasar.

—¿Cómo va todo? —preguntó Cristian.

—Bien. ¿Te ha dicho Beth que ya no estamos juntos?

—Sí, es una lástima, pero tiempo al tiempo. Le advertí que acabarías enfadándote. No sé qué le habrá dicho Débora, pero fuese lo que fuese, la afectó muchísimo.

—Cristian, no es solo eso.

—¡Ya lo sé, chico! A mí no tienes que darme explicaciones.

Beth apareció en el comedor con un vestido corto muy colorido, Esteban tuvo que admitir que estaba preciosa.

—Hola.

—Hola, Beth. Antes de irnos tengo que comentarte algo. Estoy preparando las nóminas y necesito saber cuándo vas a volver y si te quito días de vacaciones o te congelo el contrato hasta que decidas reincorporarte, ¿qué prefieres?

Ella levantó los hombros frunciendo los labios, no había pensado en nada de eso.

—¿Tú qué harías? —preguntó Cristian.

—Teniendo en cuenta que no necesitáis el sueldo para llegar a fin de mes, congelaría el contrato, cuando estés preparada, vuelves y te lo activo. Así seguirás teniendo vacaciones, pero tienes que avisarme con un par de días de antelación, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó ella.

—Otra cosa, si te vas a sentir incómoda trabajando conmigo, te puedo mandar a otra sección, pero prefiero tenerte cerca por si aparece Débora. Puedo poner otra mesa contigua a la tuya para Celeste, a la larga, ella dirigirá la empresa, pero tengo que consultarlo con Joseph antes. ¿Qué me dices, tienes algún problema en trabajar conmigo?

—No. Cuando me encuentre con fuerzas para volver, me gustará tenerte cerca —respondió con pesar.

—Beth, no confundamos las cosas, somos amigos y yo, para mis amigos, siempre intento estar ahí, igual me da que seas tú, Dani o Cristian, ¿entendido?

—Entendido.

—¿Vamos a ver a Estela?

—Vale, vamos.

Bajó del automóvil cuando el coche se detuvo delante de su casa. No se atrevió a darse la vuelta para despedirse de Esteban, consciente de que en cualquier momento se le saltarían las lágrimas. El coche no arrancó hasta que ella se metió en el portal. «Todo un caballero hasta el final» pensó. Ahora sí, una lágrima se escurrió por encima del maquillaje dejando un surco negro a su paso producido por el rímel, se la frotó sin darse cuenta del estropicio que provocaba en su mejilla.

Esteban se portó muy bien delante de todos, hasta cogió a la niña en brazos cuando se puso a llorar. Les habló de su hermano pequeño y de cómo le gustaba acunarlo y cambiarle los pañales cuando era un bebé. Al preguntarle Estela si le gustaría ser padre, dijo que sí, algún día, sin dirigirle la mirada a Beth, cosa de la que todos los allí presentes se dieron cuenta.

Desde el lunes que fueron a ver a Estela, Beth no volvió a saber nada de él y cuando llegó al *pub* para la clase de baile, se sorprendió al no verlo allí. Saludó a Celeste con un abrazo y una sonrisa cómplice.

Cada vez que la puerta se abría, se giraba con la esperanza de que esa vez fuese él.

—Esteban me ha dicho que hoy no va a venir —le comunicó Celeste—, y a juzgar por la hora que es, Dani tampoco.

Beth se secó con el antebrazo una lágrima que amenazaba con escurrirse por su rostro.

—Beth, ¿qué te parece si nos escaqueamos de las clases y nos vamos a un lugar tranquilo para hablar? —Celeste le dio un apretón en el hombro y la condujo hacia la salida.

Fueron a una cafetería donde Celeste era clienta habitual. El ambiente era exquisito. Había pequeñas mesas redondas de mármol con manteles de hilo y un pequeño recipiente sobre ellas con unas varillas de colores que le daban un toque de color y armonía. La música de fondo era muy suave. Se sentaron a una mesa alejada para tener un poco de intimidad.

—¿Sabes que Dani y Esteban, a tus espaldas, te llaman «la pija»? Ahora ya sé por qué —reveló Beth riendo al darse cuenta de que Celeste no le quitaba ojo.

—Siempre me están poniendo motes, entonces ya no soy «princesa», ahora soy «la pija».

—A decir verdad, alternan ambos nombres.

Estuvieron hablando de temas insustanciales hasta que Celeste se atrevió a preguntarle por un tema que le inquietaba.

—Beth, ¿puedo preguntarte algo muy personal? —Cuando esta asintió, Celeste continuó—: ¿Qué está pasando entre tú y Esteban? Creía que a estas alturas ya estaríais juntos de nuevo.

—Es él quien no quiere volver. —Ante el gesto de desconcierto de su compañera, siguió con su explicación—: Dice que no se merece que lo haya tratado así, lo pasó muy mal cuando desaparecí y cuando fui a su casa para aclarar las cosas, me dijo que ya era tarde. Ahora no sé qué hacer.

Celeste se quedó pensativa, buscando una posible solución.

—¿Por qué no intentas seducirle? Seguro que no se te podrá resistir y después, hablas con él. Todo esto se debe a lo que te dijo mi madre, cuéntaselo.

—Sí, no es mala idea. Algo tengo que hacer —terminó susurrando.

—Los dos lo estáis pasando mal, es obvio que os seguís queriendo y todo esto no es más que un malentendido. Cuánto antes lo soluciones, mejor. ¿Cuándo piensas reincorporarte al trabajo?

—No lo he decidido aún. —La miró suplicante—. Celeste, tengo mucho miedo de enfrentarme a ellos, a Esteban, tu padre, Débora. Con Esteban a mi lado sería diferente, me sentiría protegida, pero si no, seré yo sola contra el mundo.

—Vayamos por partes. Lo primero será poner a Esteban de tu parte, y ya hemos decidido la estrategia. Por mi padre no te preocupes, estará un poco a la expectativa de cómo reaccionas tú, me lo ha dicho. No quiere atosigarte y que te alejes. ¡Mi madre sí que va a ser un problema, y de

los gordos! Pero he oído que entre Esteban y Joseph se encargarán de que no te quedes nunca sola en la oficina. Mi padre no ha vuelto por casa y yo apenas hablo con ella, así que no debe de saber que habéis regresado, ni tú ni mi padre, pero no creo que tarde mucho en enterarse. Beth, cuanto antes te reincorpores, mejor.

—Esteban me dijo algo de poner una mesa al lado de la mía para ti, ¿sabes algo?

—Sí, la han traído esta mañana.

—También me dijo que le avisase un par de días antes.

—Llama y pregúntale si puedes volver mañana o debes esperar al lunes.

Así lo hizo y Esteban le dio una escueta respuesta: «Mañana».



### 53. Volver al trabajo

Su vuelta pasó desapercibida para el resto del departamento, solo Rosa le preguntó cómo le habían ido las vacaciones, se sorprendió al enterarse de que había estado de crucero con su padre. En el despacho tampoco se le dio demasiada importancia a su regreso. Esteban le dijo que continuaba teniendo la misma mesa y que Celeste estaría a su lado, como le había comentado.

Un par de horas más tarde, se oyó la voz de Celeste:

—Chicos, tengo hambre, me he puesto a dieta y solo he comido una manzana, ¿qué os parece si salimos a desayunar?

—Yo me quedo, quiero terminar esto. —Se oyó el crepitar del papel cortando el aire cuando Esteban levanto la hoja que estaba revisando.

Celeste dirigió a Beth una mirada significativa.

—Papá, ¿me invitas a desayunar en la pastelería de enfrente? —exclamó abriendo la puerta del despacho.

—Sí, claro, pregúntale a Beth si quiere venir.

—Ya lo he hecho, tampoco puede. Después de tanto tiempo sin venir, tiene que ponerse al día cuanto antes.

—Está bien, ¿nos vamos?

Celeste cogió a Joseph del brazo y salieron, no sin antes mirar a Beth, arqueando las cejas y abriendo los ojos de forma desmesurada, dirigiendo la pupila hacia donde se encontraba Esteban.

Minutos después de que la puerta se cerrase, Beth se infundió ánimos. Sabía que cuanto más se lo pensase, menos posibilidades tendría de llevar a cabo su plan.

Se había puesto la minifalda vaquera que tanto le gustaba a Esteban y una blusa blanca. Se desabrochó otro botón de la camisa, se llenó los pulmones de aire y se levantó para dirigirse a la mesa de su compañero, que continuaba absorto en el trabajo, ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

Esteban desvió la mirada del ordenador cuando sintió una presencia a su lado y se quedó sobrecogido al ver los pechos de Beth ante sus ojos. Ella se había inclinado sobre la pantalla, dándole una perfecta perspectiva de su escote.

—Vaya, ¿Son estos los gráficos que tan concentrado te tienen? —preguntó Beth mirando la pantalla.

—¡Beth, ¿qué coño estás haciendo?! —Esteban, sin saber muy bien cómo actuar, miró confuso a su alrededor, lo había pillado totalmente desprevenido.

—Nada.

Beth apoyó las nalgas en la mesa, puso las manos sobre la misma e irguió los pechos desafiantes bajo su blusa. Con una sonrisa picarona, deslizó su pie desnudo, en el que destacaba un esmalte rojo que cubría a la perfección sus uñas, a lo largo de la pernera de Esteban para terminar su recorrido en la unión de sus piernas, donde la tela de sus vaqueros se tensaba más a cada momento que pasaba.

Esteban intentó levantarse para rechazarla antes de que sus avances llegasen a un punto donde

no hubiese retroceso posible.

—Beth, haz el favor de estarte quieta y vuelve a tu mesa.

—¿Por qué? ¿No te gusta? —preguntó traviesa sentándose sobre él con una pierna a cada lado mientras comenzaba a besarle el cuello con suavidad y con la mano acariciaba su entrepierna. Esteban cogió su mano con brusquedad y la apartó.

—Beth, si lo que quieres es follar, no tengo ningún problema en complacerte. A mí también me apetece, pero quiero que tengas en cuenta una cosa: ¡solo vamos a follar! Después, todo seguirá igual entre nosotros. ¿Es eso lo que quieres?

En vez de contestar, Beth agarró el cuello de su camisa para acercarlo a su boca. El beso fue devastador, sus lenguas bailaban frenéticas dentro de ambas cavidades, aquello era pura dinamita descontrolada, un anhelo de posesión absoluta.

Esteban se levantó con ella encima y la tendió sobre la mesa mientras se desabrochaba la bragueta.

—¡Y dices que soy yo el que se aprovecha de ti! ¡No te preocupes, vas a conseguir lo que has venido a buscar! —La penetró con fuerza mientras masculaba—: ¡Maldita hija de perra, no tienes ni idea de lo que estás haciendo conmigo!

Beth se quedó desconcertada ante sus palabras y el posterior asalto. «¿Tan rápido va a ser todo?». Una alarma intentó darse paso en su cerebro, no obstante, ella la relegó a un rincón donde no estorbase. ¡Fue un error!

Celeste abrió la puerta con suavidad, dispuesta a volver a cerrarla en caso de que fuese necesario. A su espalda, Joseph la miró intrigado. Se habían demorado más de la cuenta porque a Celeste le dio por contarle un montón de historias pasadas durante los últimos meses, le sorprendió ese acercamiento tan repentino, pero disfrutó del reencuentro. Ahora se preguntaba si habría sido premeditado. «¿Qué se supone que está pasando ahí dentro?», pensó.

Al no oír ningún sonido sospechoso, Celeste terminó de abrir. Le extrañó no ver a Esteban por ningún lado. Su mirada se posó en Beth, estaba sentada en su cubículo con la cabeza apoyada entre sus manos y los codos sobre la mesa, no se le veía la cara, los temblores que se percibían en su cuerpo delataban el estado de ánimo en el que se encontraba.

Joseph intentó acercarse a ella, pero Celeste se lo impidió empujándole hacia su despacho y cerrando la puerta a continuación.

Se acercó con rapidez a Beth, cuyos sollozos eran cada vez más audibles. Ella no levantó la cabeza hasta que oyó su voz.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha rechazado? —preguntó apesadumbrada Celeste mientras le acariciaba el pelo con suavidad, recorriendo toda su longitud con las yemas de sus dedos.

—No. Ojalá lo hubiese hecho. —Beth se levantó echándose en sus brazos, llorando—. Bueno, en un primer momento sí. Me ha dicho que si lo que buscaba era follar, eso iba a tener. Ha sido todo tan frío. No me ha mirado en ningún momento, ni me ha dado un último beso, ni un abrazo, no he escuchado los latidos de su corazón, ni ha surgido esa sonrisa cómplice que nos dedicábamos siempre. Era como si no estuviese aquí, conmigo.

—Lo siento, Beth. Es culpa mía, fui yo quien te dijo que lo hicieras, que no podría resistirse. Te juro que jamás pensé que las cosas terminaran así.

—Me ha llamado hija de perra.

Celeste la miró estupefacta, no imaginaba a Esteban con tan poco tacto, y menos en un momento así.

En la misma estancia, solo separado por una puerta, un hombre de cabello entrecano se cubrió el rostro con las manos temblorosas mientras luchaba por que las lágrimas siguiesen en su cárcel, no quería dejarlas fluir a su antojo. No podía juzgar a Esteban y era el menos indicado para dar consejos sobre cómo actuar en un momento de debilidad a nadie. No quería perder a esa hija que acababa de encontrar, pero tampoco quería renunciar a su amigo, a quien consideraba uno de los hombres más honestos que había conocido en su vida. Pero aquel insulto sobraba, de eso no cabía duda.

Fuera de la oficina, el segundo protagonista de la historia perdía el color de su rostro a medida que oía relatar su encuentro con ella. Sí, tenía razón, se mostró muy distante, no quería implicarse más de lo necesario, sabedor de que si bajaba la guardia, estaría perdido. ¡Hija de perra! Recordó aquel fugaz pensamiento que surgió de la nada, no era consciente de haberlo expresado en voz alta.

Se miró las manos temblorosas, su mirada estaba nublada y el aire entraba en sus pulmones a trompicones. No podía entrar así en el despacho, y menos cuando todos los allí presentes iban a estar pendientes de él. ¿Por qué se sentía tan mal si lo único que hizo fue lo que ella le pidió? Quería follar, no hacer el amor.

Joseph oyó una melodía saliendo del interior de su bolsillo trasero, la reconoció al instante, era la que había elegido para las llamadas y wasaps de su asistente.

*Supongo que tú también estarás escuchando la conversación. No puedo enfrentarme a ella ahora. No estoy orgulloso de lo que he hecho, pero no hay vuelta atrás. Tú, mejor que nadie, deberías entenderlo. Estaba esperando a que regresaseis del almuerzo para irme a casa por si aparecía Débora. Vendré a trabajar después de comer. ¡Cuida de ella!*

Cuando Esteban fue a trabajar por la tarde, se sentó en su cubículo tras saludar con un escueto «buenas», encendió el ordenador y no desvió la vista de la pantalla en ningún momento. El ambiente en la oficina era insostenible y en cuanto tuvo oportunidad, regresó a su casa.

Bajó al gimnasio y se pasó varias horas haciendo ejercicio para evadirse de la realidad, pero en cuanto se relajó, una única imagen volvió a su mente, un encuentro que le revolvía el estómago, un impulso que no había sido capaz de controlar, una realidad que debía afrontar, bien lo sabía.

No se había atrevido a aguantar la mirada en Beth ni un solo segundo.

A la mañana siguiente, fue Beth quien alargó el café con las compañeras. Tanto Celeste como Esteban miraron el reloj varias veces antes de que la puerta se abriese con suavidad y Beth entrase por ella. Se la veía indecisa y apagada. Celeste se la llevó a almorzar un rato después. En cuanto volvieron, Esteban se metió en el despacho de Joseph llevando con él una carpeta con la contabilidad y un informe de lo que habían hecho durante su ausencia.

Joseph cortó su disertación enseguida.

—Esteban, tienes mi total confianza. Sabes que esto no es necesario, en mi ausencia te las has

arreglado muy bien, de hecho, es como si nunca me hubiese ido. Si lo que necesitas es hablar, estoy aquí para escuchar lo que haga falta. Aunque el tema se trate de Beth. ¿Qué te parece si salimos a tomar un café y un cruasán? Si no, podemos dar una vuelta para distraernos.

—No. —Esteban observó a su alrededor, incómodo—. Sé que tengo que arreglar las cosas con ella, pero en estos momentos no me veo capaz. Pensaba ir al albergue para ver cómo lo lleva Héctor. Le pedí que hiciese unos dibujos para un artículo y también he quedado con Dani. Hablaré con Beth esta tarde, cuando más lo alargue, peor será.

Beth estaba transcribiendo unos documentos que le habían dejado sobre su mesa cuando una sombra desvió los rayos de luz que unos segundos antes se proyectaban sobre el papel. Sabía que era la silueta de Esteban. Tras imaginárselo ante ella, con su imponente estatura, como macho dominante, retándola con la mirada, levantó la suya.

—Beth, tenemos que hablar. Vayamos a dar un paseo.

—Esteban, no hace falta. Ayer dejaste muy claro lo que pensabas de mí. —Beth se había imaginado esa conversación varias veces y las posibles respuestas estaban almacenadas en su mente. Se la veía a la defensiva y no era eso lo que Esteban quería, consciente de que así no llegarían a ninguna parte.

—Beth, no me hagas esto. Sabes que necesitamos aclarar este malentendido, pero no aquí.

Ambos se giraron al oír un portazo. Joseph salía de su despacho con la cartera en la mano y después de guardarla en el bolsillo trasero de su pantalón, le dijo a Celeste que la invitaba a un café. Esta se levantó con rapidez, le incomodaba estar presente en una discusión de la que se sentía responsable.

—¿Esteban?

Entrecerró los ojos al oír su voz, ya le resultaba duro tener que lidiar con Beth, como para que ahora se entrometiera Celeste. Joseph estuvo a punto de cogerla de un tirón para llevársela de allí y explicarle que en una discusión de pareja, tres son multitud, como si fuese una jovencita ingenua y no una mujer de casi treinta años.

El aludido la observó, esperando que empezase a hablar de una vez y desapareciera cuanto antes.

—Solo quería decirte que lo que sucedió ayer por la mañana entre vosotros fue por mi culpa. —Ignoraba que su padre sabía muy bien de qué estaba hablando—. Fui yo la que se lo sugirió a Beth. Solo quería que lo supieses —remarcó antes de cerrar la puerta detrás de ella.

—Beth, ¿cómo se te ha ocurrido pensar que «eso» podía funcionar conmigo? —preguntó escéptico.

—Funcionó, dejaste claro lo que significo para ti.

—Por Dios, fuiste tú la que provocó esa situación. Aunque la idea no saliese de ti, la aceptaste, ahora no pretendas echarme en cara mi comportamiento.

—No lo estoy haciendo. Eres tú el que quería hablar —declaró apoyando los puños sobre la mesa y levantándose.

—Esta situación es insostenible. No podemos seguir así, o lo solucionamos o te envío a otra sección. No pienso sentirme culpable por algo que provocaste tú. Te dije que solo íbamos a follar

con la esperanza de que te echases atrás y recapacitases, pero en vez de hacer eso, te echaste encima de mí. ¡¿Qué se suponía que debía hacer yo?! —gritó.

—Solo quería que me dieras otra oportunidad, necesitaba un abrazo tuyo, que me reconfortases, sentirte cerca de mí. ¿Cómo crees que me sentí yo cuando me llamaste hija de perra mientras me follabas?

—¡Y yo! —gritó fuera de sí— ¿Cómo crees que me sentí cuando vi que les dabas una oportunidad a todos menos a mí? Me dolió más de lo que jamás puedas llegar a imaginar. Dices que necesitabas un abrazo y que te reconfortase, pues yo también. Las personas adultas hablan cuando existe un problema y desean solucionarlo, tú, en cambio, solo intentaste seducirme, y vaya si lo lograste.

La miró de arriba abajo y tras pensárselo un momento, le dijo:

—No estoy dispuesto a seguir trabajando en este ambiente, olvidemos lo sucedido ayer y actuemos como si nada hubiese pasado, si no, te enviaré a otra sección. En cuanto a Débora, le diré a Joseph que dé orden de que le avisen en cuanto su mujer pase por la recepción, así la podremos interceptar antes de que llegue a donde tú estés. Piénsalo y el lunes me dices algo.

Se dio media vuelta y se sentó delante de su ordenador. Cogió el móvil y Beth vio que escribía algo, cinco minutos después, aparecieron Joseph y Celeste.

## 54. Vuelta a la normalidad

El sábado por la mañana sonó el timbre del interfono en el apartamento de Esteban. Le sorprendió escuchar su voz al otro extremo del cable. Sin soltar el auricular y apretándolo con fuerza, se apoyó en la pared, cerró los ojos y tapó el micrófono de forma inconsciente.

—Esteban, ¿no piensas abrirme? Por favor, solo será un momento.

—Está bien. —Apretó el botón y se oyó un suave zumbido y la puerta al abrirse.

«¿Cómo me la voy a quitar de la cabeza si encima de trabajar juntos todos los días, se me presenta también en casa los sábados?», con ese pensamiento colgó el telefonillo y se preparó para enfrentarse a ella.

—Hola, Esteban, ¿puedo pasar?

—No creo que sea una buena idea. ¿A qué has venido?

—Me dijiste que siempre estás ahí para los amigos. Escucha lo que vengo a decirte y si después sigues pensando igual, te prometo que no volveré a molestarte.

Con un seco movimiento vertical de cabeza, se puso a un lado y dejó libre la entrada para que ella pudiese acceder a la vivienda.

Beth miró nerviosa a su alrededor, no se atrevía ni a sentarse cuando hacía tan solo unas semanas se encontraba allí como en su propia casa.

—¿Beth?

—Esteban, yo solo sabía lo que decían las cartas que encontramos, según ellas, mi madre se quedó embarazada de un hombre casado que luego se desentendió de ella. Sin embargo, Débora me contó otra versión que también tenía sentido. Según ella, mi madre se metió en medio de un matrimonio, pero no logró acabar con él ni tan siquiera quedándose embarazada porque Joseph prefirió a su esposa. Después, mi padre, en vez de afrontar la situación y apoyarme, desapareció al enterarse de que yo era su hija. Pero la parte más dura de escuchar fue la que se refería a ti. La historia se repetía: chica joven e ingenua se deja deslumbrar por un chico mayor y de clase social mucho más elevada. Me dijo que con un poco de suerte, yo sí conseguiría que me montases un pisito para hacerme lo que no te atrevieses a proponerle a tu mujer. Para ella, tú puedes aspirar a mucho más y yo solo soy un pasatiempo para ti.

—Beth, no lo estás arreglando, desconfiaste de mí sin dudar. Si hubieses venido enseguida a contarme lo que te dijo esa víbora, lo hubiésemos aclarado todo.

—¡No, Esteban! Profundizar en nuestra historia significaba hacerlo también en las otras. No he vuelto a ir al cementerio desde antes de partir de viaje. Me sentí tan defraudada. Mi padre, que también es mi jefe y parecía un buen hombre, me había abandonado. Pero ellos ya no podían hacerme daño. ¡Tú sí! Por eso me hice una coraza, para protegerme de ti. Pensé que si te ignoraba, no volverías a entrar en mi vida y así, no tendrías la posibilidad de dejarme sola. Cuando descubrí que lo habías averiguado todo sin contar conmigo, me sentí engañada y traicionada. Todo cobró un realismo distinto y Débora no parecía estar errada. Sé que te hice daño, pero necesitaba contártelo todo. —Se dio la vuelta, dispuesta a marcharse.

—Beth, espera. —La agarró del brazo justo cuando estaba a punto de entrar en el ascensor. Ella

se detuvo, sin darse la vuelta, a duras penas había conseguido mantener la compostura hasta ese momento. Sabía que si levantaba el rostro o articulaba palabra, su estado de ánimo la delataría, pero Esteban no la soltaba ni decía nada, los segundos parecían minutos, al fin, se giró.

Esta vez, Esteban no la rechazó cuando intuyó que Beth estaba a punto de ponerse a llorar. Él solo deseaba consolarla.

La empujó contra su cuerpo, estrellándola contra su pecho, y con ambos brazos rodeó su cuello mientras besaba su cabello con suavidad. Lo apartó un poco para poder acceder a su mejilla y darle un pequeño beso. Ella levantó la cabeza cuando sintió el roce, buscando su boca. Se besaron con lentitud para reconfortarse ambos, sin urgencia, solo para sentir la presencia del otro. Pero ambos necesitaban más que un simple beso.

Esteban bajó las manos hasta su cintura y siguió bajando para encontrar el borde de su jersey, lo fue subiendo con lentitud y se lo quitó por la cabeza. Abarcando sus pechos con ambas manos, le susurró al oído:

—Beth, ¿me dejas que te seduzca? ¿Puedo hacerte el amor? —Esteban observó un parpadeo extraño, una sombra de duda en el rostro de Beth—. ¡Mírame! ¿Qué sucede?

—Me llamaste hija de perra.

—Sí, te dije que eras una hija de perra porque no tenías ni la más mínima idea de lo que estabas haciendo conmigo. Y es verdad, Beth, estoy loco por ti. —La miró con fijeza a los ojos y buscó su boca—. Cuando te lanzaste sobre mí, casi me da algo.

Esta vez, el beso no fue comedido, fue arrollador, como un dique que se desploma ante el paso de una riada imposible de contener. Esteban la cogió en brazos para llevarla a su habitación y allí le acarició los pechos mientras ella gemía, al instante, empezó a saborearlos, esperando que ella se contorsionase para inmovilizarla. No lo hizo. Vio cómo aferraba la sábana con sus dedos y la estrujaba. Cuando se separó de sus senos e intentó bajar, ella le cogió la cara para acercarla a sus labios, buscando su boca.

—¡Esteban, te necesito! —susurró abriendo las piernas y guiándolo hacia su interior.

Esa vez, sus miradas sí se encontraron, juntos volaron más allá de todo pensamiento racional, buscándose en la profundidad de sus pupilas. Una sonrisa espontánea les indicó a ambos que habían llegado al mismo tiempo. Esteban se dejó caer sobre ella, le dio un último beso y la abrazó con fuerza rodando con ella para quedar debajo y no tuviese que aguantar su peso. Ella se deslizó con suavidad y apoyó la cabeza sobre su corazón para escuchar cómo sus latidos iban disminuyendo hasta llegar a la normalidad. Todo iba bien, volvía a sentirse como en casa.

Al cabo de unos instantes, sintió cómo él se movía.

—¿Estás despierta? —susurró a su oído.

—Sí, ¿pasa algo?

—Me voy a la ducha —le informó mientras se separaba de ella y se levantaba.

Cuando Beth se incorporó, él ya había salido de la habitación. Siempre le preguntaba si se duchaban juntos, a veces, ella accedía y otras le decía que lo esperaba en la cama, pero esa vez no se lo había ofrecido.

Se cubrió con la sábana para dormir un poco, pero algo la inquietaba. Se puso la camiseta que él se había quitado un rato antes y se dirigió al baño.

Esteban acababa de salir de la ducha, las gotas de agua se escurrían por su cuerpo, el mismo del que ella había disfrutado hacía escasos minutos. Lo devoró con la mirada, pero sin atreverse a entrar.

Él apoyó las manos en el cristal del espejo y con un suspiro de resignación, negó con la cabeza. Beth retrocedió de espaldas, deslizando un pie tras otro, y sin hacer ruido, entró de nuevo en la habitación y volvió a acostarse antes de cubrirse con la sábana.

—Esteban, ¿qué sucede?

—Ahora no, Beth. —Se sentó junto a ella y rozando su mejilla, le dijo—: ¡Te quiero! Lo sabes ¿verdad?

—Sí, pero algo te pasa.

—Después.

—Está bien.

Salieron a pasear por el parque que había junto al edificio, a Beth le gustaba observar las tortugas, estas, estáticas, con sus cuellos bien sacados de su caparazón, tomaban el sol. Los peces de colores se movían a contracorriente, en busca de pequeños microorganismos para alimentarse. Ella disfrutaba de la abundante vegetación y de los rincones alejados de la vista de los transeúntes.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó Beth.

Esteban la observó, llevaba puestos unos vaqueros. Acostumbrado a verla con vestidos y minifaldas durante todo el invierno, esa indumentaria acrecentaba más sus dudas.

Se acababan de reconciliar, después de mucho tiempo separados, pero ni siquiera iban cogidos de la mano. Los dos iban pendientes de sus propias cavilaciones. No era un problema importante lo que le rondaba por la cabeza, pero prefería cortarlo de raíz, sobre todo, porque era consciente de él.

—A ver por dónde empiezo —suspiró—. Siempre he sido un chico introvertido, tranquilo, maduro y encima, empollón.

—¿Vas a decirme que en el colegio se metían contigo?

—No, teniendo como tenía a Dani siempre cerca, no. —Rio recordando aquellos tiempos pasados y cogiendo sus manos, la obligó a sostener su mirada mientras se las acariciaba distraído—. Con veinticuatro años conseguí el puesto que ahora ocupo y eso no fue por ser el alma de las fiestas. Beth, te necesito tal y como eres. Lo vives todo con una intensidad enorme, da igual que estés bailando, tomando un helado o haciendo el amor. Me contagias tu entusiasmo, tu espontaneidad cuando me buscas para darme un beso sin importarte quién este delante. Cuando estoy contigo, me siento como un adolescente. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, pero no puedes pretender que sea la misma después de todo lo que ha pasado. Siempre he estado viviendo en una burbuja, protegida, buscando la parte positiva de todo y viviendo con ganas cada momento, como tú bien acabas de decir. Pero mi vida ha dado un vuelco, ya no soy la misma Beth que partió de viaje hace unos días, esa inocencia se perdió antes de zarpar.

—Beth, lo que no quiero es que por culpa de lo que te dijo Débora dejes de ser tú misma y te retraigas. Eres maravillosa y no quiero que nuestra relación cambie porque te haya llenado la



cabeza de estupideces. Si de verdad confías en mí, vuelve a ser esa fierecilla indomable que siempre se sale con la suya, hazme sentir joven y vital, a sonrojarme por tu espontaneidad y demuestra ante todo el mundo que soy tu chico. Antes, en casa, no te dejaste llevar en ningún momento, y antes siempre lo hacías. Cuando he intentado hacerte lo que sé que te gusta, te las has ingeniado para impedírmelo. A eso me refiero.

—¿A qué? No te entiendo.

—Ese es el problema. No te has dado ni cuenta. Beth, te quiero desinhibida y que disfrutemos juntos, como hemos hecho siempre. Quiero que sigas besándome delante de la gente, que me busques cuando tengas ganas, que gimas, jadees y suspires cuando te apetezca sin estar pendiente de lo que yo pueda pensar. Tú tranquila, que cuando tengas que guardar silencio, te avisaré. — Terminó haciéndole un guiño y la obligó a andar de espaldas hasta que un árbol los detuvo.

Con un rápido movimiento, puso sus manos detrás de su espalda para inmovilizarla y la tentó con una sonrisa traviesa y repetitivos acercamientos a su boca sin llegar a tocarla.

—Voy a ponerte un ejemplo. Te vestiste para venir al baño a buscarme. Antes, siempre que aparecías, lo hacías desnuda, pero hoy, encima, ni siquiera llegaste a entrar.

Ella frunció el ceño. Esteban imaginaba que estaba considerando sus palabras y aprovechó para levantarle los brazos por encima de la cabeza y abalanzarse sobre su boca. Tras un primer sobresalto, ella le devolvió el beso, pero Esteban echó en falta de nuevo aquel total abandono que la caracterizaba.

—¿Quieres que vayamos un rato a la piscina? —sugirió Esteban.

—¿Y si nos quedamos en casa viendo una película? Me apetece tumbarme en el sofá contigo a mi lado abrazándome mientras escucho tu corazón.

Esteban sonrió imaginándose la escena, sí, él también echaba de menos esos momentos. Cogidos de la mano, regresaron al piso.

Beth se metió en la habitación para ponerse algo más cómodo. Cuando salió, Esteban pudo vislumbrar a través de su vestido playero un bonito conjunto de ropa interior. Abrió los brazos para acogerla entre ellos y Beth se recostó encima de él.

—¿Qué te apetece ver? —preguntó Esteban cogiendo el mando.

—Pon lo que tú quieras —le dijo mientras levantaba su jersey para darle pequeños besos, cuando se percató de que sus latidos se aceleraban, sonrió. Esteban dejó el mando sobre la mesa y cerró los ojos suspirando feliz. Beth se arrodilló sobre él y tiró del jersey hasta que consiguió quitárselo. Al sentirse suspendida en el aire, lanzó un corto grito y se aferró al cuello de Esteban.

—Lo he pensado mejor, en vez de ver una película, quiero que sigas con lo que acabas de empezar, pero en mi cama, que es más grande.

Un buen rato después, Esteban susurró:

—Bella durmiente, ¿estas despierta?

—Um —respondió ella abriendo los ojos somnolientos.

—¿Te metes conmigo en la ducha? —Supo lo que iba a responder antes de que abriese la boca cuando vio que su brazo se estiraba debajo del cojín y su pierna lo empujaba para que saliese de la cama y así ocupar ella todo el espacio.

—No. Ve tú, yo me quedo un ratito más.

Esteban la observó embelesado, su pequeña fiera había vuelto a sorprenderlo.

Desvió la mirada a su móvil, que acababa de vibrar sobre la mesita de noche y leyó en la pantalla principal que tenía tres nuevos wasaps de Cristian. Sin pérdida de tiempo, los abrió.

*Hola, chico, buenos días.*

*¿Está mi hija contigo?*

*Llevo toda la mañana intentando localizarla y no hay manera, estoy preocupado.*

Esteban sonrió moviendo la cabeza de lado a lado y contestó:

*Sí, está conmigo.*

—Beth, ¿dónde está tu móvil?

—En el bolso, ¿por qué lo preguntas? ¡Mierda, le dije a Cristian que le llamaría para decirle cómo iba todo! —Se incorporó cubriéndose la cara con las manos mientras hablaba.

—Toma, llámale con el mío.

Cuando se lo pasó, vio que en la pantalla ya estaba el nombre de su padre y la contestación de Esteban. Mantuvo pulsado el botón donde se veía un pequeño micrófono y comenzó a hablar.

Al cabo de unos minutos, Cristian iba a poder enterarse al fin de lo que había pasado. El audio provenía del móvil de Esteban, no le hizo mucha gracia aquello, pero aun así, estaba ansioso por tener noticias.

Pulsó el triángulo de color gris y se dispuso a escuchar:

*Papá, lo siento. Se me olvidó llamarte y tengo el móvil en el bolso. Estoy con Esteban, todo va bien. Cuando vaya esta noche, te cuento, bueno, casi mejor que no me esperes, te veo mañana. Adiós, te quiero.*

Cristian arqueó las cejas, aún faltaba más de media conversación y su hija ya se había despedido. Siguió escuchando:

—¿Mañana? —Oyó la voz de Esteban—. *¿Y tú dónde piensas pasar la noche? Porque, que yo sepa, ni siquiera me has pedido permiso para quedarte aquí.*

—*¿No vas a dejarme un trocito de este lecho?*

—*Ni de coña. ¡Si acabas de echarme de mi propia cama! Y lo peor es que si quiero volver a acostarme, ya no puedo porque no quepo. ¡Ya te vale! Beth, cariño, el micrófono sigue apretado. Anda, borra ese audio y graba otro* —dijo Esteban riéndose.

—*¿Por qué, no querías que fuese espontánea?*

—*Ya sabía yo que me iba a arrepentir de esas palabras. No serás capaz de enviárselo, ¿verdad?*

—*Uy, acabo de mandarlo sin querer.*

«Sí, todo va bien», pensó Cristian sonriendo.

## 55. No más mentiras

Se sentaron en el sofá, abrazados, después de una buena sesión de sexo. La cabeza de Beth reposaba sobre el pecho de Esteban, que la acariciaba ensimismado.

No podía creerse que había estado a punto de dejarla escapar, la apretó contra su cuerpo una vez más y le besó el cuello mientras ella sonreía, feliz por estar juntos de nuevo, lo había pasado tan mal, tener a Esteban junto a ella era lo que más deseaba.

Estiró la mano para coger el mando, estaba encima de la pequeña mesa, delante de ellos.

—Esteban, tenemos que hablar. —Se sentó en la otra punta del sofá para poner distancia y así decirle todo lo que venía rumiando desde hacía un buen rato—. Sé que te defraudé porque no te quise dar una segunda oportunidad hasta ahora, pero tú también me defraudaste a mí. Habíamos quedado en investigar juntos y me dejaste de lado desde el primer momento. No soy una niña. Por supuesto que me dolió conocer las circunstancias de mi nacimiento, preferiría que todo hubiese sido como en un cuento de hadas: «Fueron felices y comieron perdices». Pero no fue así. Si hubiese sabido antes lo que averiguaste, me habría podido enfrentar a Débora en igualdad de condiciones, rebatirle todo lo que me iba diciendo, en vez de agachar la cabeza y salir corriendo con un sentimiento de culpa que era incapaz de soportar. Esteban, prométeme que no volverás a prescindir de mí en lo que a este tema se refiere. —Comprobó que él estaba escuchándola con la máxima atención y continuó—. En el trabajo eres mi superior y está claro que hay muchas cosas que no puedes decirme, soy consciente de ello y no me supone ningún problema, pero en lo referente a mi madre, no quiero que me ocultes nada nunca más.

Esteban inspiró con fuerza, su vista se desvió hacia una habitación que casi nunca utilizaba, estaba llena de cajas que había traído de la casa de sus padres y aún no las había desembalado. El mobiliario en ella se limitaba a un chifonier, en cuyo interior, debajo de unas sábanas, se ocultaba un sobre con unas fotos que provocaban que su piel se erizara, sus ojos se humedecieran y le entrasen ganas de coger a la receptora de ellas, apretar su garganta hasta oír cómo su tráquea se fragmentaba y ver sus ojos suplicándole que dejase de ejercer presión, pero no lo haría, seguiría apretando hasta vengar la muerte de Sara, hasta conseguir que esa mirada que lo perseguía en sus sueños encontrase la paz eterna.

—¿Esteban? —Lo miró suplicante, se había dado cuenta de que estaba muy lejos de allí, perdido en sus pensamientos.

—Hay algo que debo contarte.

Beth se puso en tensión, no sabía de qué iba a hablarle, pero por su pausado y concentrado tono de voz, percibió que le costaba un mundo contarle lo que tenía en mente.

—Cuando tu madre murió, estabas muy enferma. Cristian decidió ocultarte cierta información para no intensificar más tu dolor. Cuando te recuperaste, no encontró motivos para ahondar en la herida.

Beth enarcó las cejas, sin saber de qué estaba hablando. ¿Acaso estaban todos confabulados contra ella? Por lo visto, todas las personas en las que confiaba le habían ocultado información.

Armándose de paciencia, esperó a que Esteban continuase hablando.

—Había otro coche implicado en el accidente. Nunca se dio con él ni hallaron pistas con las que empezar a investigar, hasta hace poco. Celeste ha encontrado fotos y unos documentos en el vestidor de su madre, también vio un sobre que contenía fotos del accidente.

En cuanto acabó de contarle todo aquello, la cogió entre sus brazos. Ella no había dicho nada durante su explicación y Esteban sabía que en ese momento, se sentía incapaz de hablar con coherencia, la admiró por su valor, no debía de ser nada fácil enterarse de que el accidente de tu madre no había sido tal, sino un homicidio premeditado, y que la mujer de tu padre había tenido algo que ver con él.

—Ella mandó que la mataran, ¿eso crees? —preguntó Beth con un hilo de voz.

—Algo tuvo que ver, si no, esas fotos no estarían en su poder. Ha debido de contratar a alguien. El detective, que no tiene escrúpulos o, simplemente, lo pilló en medio, fue quien avisó del accidente.

—Debemos hablar con él —afirmó Beth—. Esteban, ¿hay algo más que deba saber?

—En el compartimento que descubrió Celeste había mucha información, pero aún no la hemos revisado. El ambiente en la oficina estaba raro y tú desapareciste —remarcó con un hilo de voz—, puede que entre los documentos y las fotos encontremos algo. Está todo en la caja fuerte del despacho.

—Lo revisaremos juntos, los dos, ¿vale?

—Beth, hay mucha información y todos tienen derecho a saber, Celeste se arriesgó mucho para conseguirlo todo y Joseph, ya lo oíste, no sabía nada de lo sucedido. En cuanto al sobre con las fotos del accidente, solo lo sabemos tú, Dani y yo.

—¿A Dani sí se lo contaste?

—Sí, Beth. A Dani se lo conté. Y también que Cristian no es tu padre, se lo dije el día en que te dio el ataque de ansiedad en mi casa, él estaba allí. Dani posee mi total confianza.

Beth asintió.

Un persistente timbrado procedente de la puerta les devolvió a la realidad. Él se levantó de mala gana para ir a abrir mientras le decía:

—Debe de ser Dani, había quedado con él. No sé para qué coño le doy las llaves si nunca las lleva encima. ¿Quieres que le diga que se vaya? —le preguntó a medio camino deteniéndose y girando la cabeza.

—No, necesitamos distraernos un poco y Dani es una buena compañía.

—Sí que lo es. Además, estoy seguro de que se alegrará de verte.

En efecto, cuando Esteban le dijo que Beth estaba allí, entró a la carrera llamándola emocionado. Ella se vio levitando por los aires cuando la cogió por la cintura después de darle un sonoro beso en la mejilla.

—¡Joder, Dani! Ya veo que te alegras mucho de verla, pero haz el favor de bajarla de una puta vez.

Beth se sorprendió ante el tono de su voz y arqueando una ceja, le preguntó:

—¿Estás celoso? Por el amor de Dios, es Dani.

—Eso digo yo —se burló el aludido—. Tenías que haberme avisado, si lo llego a saber, no me

hubiese presentado.

—Ni se me ha pasado por la cabeza. —Le gustaba ese acercamiento espontáneo que siempre mostraba Dani con todo el mundo, pero debería cortarse un poco más con su chica.

—Ya que he venido, bajaré un rato al gimnasio. No creo que tengáis ganas de visitas. Esteban, la próxima vez, avísame con tiempo —lo retó acusador.

—Quédate, no hace falta que te vayas. —Se sentía culpable por el arranque que había tenido momentos antes—. Acabo de contarle a Beth la verdad sobre el accidente de su madre. Nos vendrá bien distraernos un poco.

—Si puedo hacer algo, contad conmigo. —Dani se percató de la forzada sonrisa de Beth—. ¿Qué os parece si jugamos al Pictionary? Podríamos llamar a la pija, así seremos cuatro. Me apetece verla haciendo tonterías y de paso, fomentamos la unión familiar.

Beth llamó a Celeste y esta no se hizo de rogar en absoluto. Se quedó asombrada cuando vio la urbanización, no se esperaba que Esteban viviese en un lugar semejante y se lo hizo saber.

—Pues aún no has visto el gimnasio, la piscina climatizada con *jacuzzi* y la pista de pádel —le informó con un guiño.

—¡Esteban, me he enamorado de tu urbanización!

Todos se rieron por su comentario. La hicieron pasar y mientras Beth le enseñaba el piso, los otros dos prepararon unos *gin-tonics*.

—¿Jugamos chicas contra chicos? —Tras asentir los demás, Esteban volvió a preguntar—: ¿Qué nos jugamos? No vale dinero, tiene que ser algo personal.

—¡Perfecto! Si ganamos nosotros, quiero darte un beso de película —dijo Dani mirando a Celeste.

Ella asintió con una sonrisa traviesa.

—Vais a perder.

—Si ganamos, yo quiero verlo —dijo Esteban chocando la palma de su mano con la de Dani.

—Pues yo, si ganamos —dijo Celeste pensativa—, quiero que mañana vayamos a comer los cuatro con Cristian y Joseph. —Los escrutó a todos con la mirada y se detuvo ante Beth—. Creo que estaría bien que nos reuniéramos todos.

—Celeste, eso no depende de nosotros, no podemos hablar por ellos —declaró Esteban.

—Yo me encargo de decírselo a mi padre, perdón, es la costumbre, a nuestro padre, y tú —dijo mirando a Beth—, a Cristian.

—Puedes seguir llamándolo «tu padre», yo ya tengo uno del que me siento muy orgullosa.

—Faltas tú, Beth —dijo Esteban—, si ganáis, ¿qué quieres?

Beth se levantó del sofá y acercó su boca al oído de Esteban, este palideció y su mirada se cruzó con la de Dani, como si le pidiera ayuda, o eso percibió este último. Luego, mirando a su chica, asintió.

Beth hizo todo lo posible por implicarse en el juego, pero no pudo evitar permanecer ausente, al final, decidieron dejarlo en empate.

Dani fijó su mirada en Celeste.

—¡Yo quiero mi beso ahora!

Celeste, riendo, se levantó con rapidez y huyó mientras él la perseguía alrededor de la mesa.

Gracias a Esteban, que en un momento dado agarró el jersey de Celeste, Dani pudo alcanzarla e inmovilizarla contra la pared. Se lanzó en picado a por su boca y succionó frenético, exigiendo más. Celeste, con los brazos inmóviles sobre su cabeza, luchaba por deshacerse del amarre. Cuando al fin lo consiguió, fue porque Dani la soltó un momento para agarrarle las nalgas y acoplarla a su cuerpo con movimientos fogosos. Las manos de Dani subieron inquietas por su cuerpo para apoderarse de sus pechos.

Beth, alucinada, contempló cómo se lo estaban montando los dos. Adelantándose a lo que iba a suceder a continuación e imaginando ya los botones de la camisa de Celeste esparcidos por el suelo, cogió la mano de Esteban, que pareció salir del trance en el que se hallaba sumido y carraspeó ruidosamente.

Dani se detuvo de pronto:

—La hostia, Celeste, ¡cómo me pones!

—¡Ya lo he notado! —Con una sonrisa y un guiño malicioso, volvió a sentarse.

—Esteban, explícame por qué he sabido en todo momento lo que iba a pasar —exigió Beth entrecerrando los ojos.

—Eso, explícaselo, pero que te mire a la cara, así yo podré volver a mi sitio con el orgullo intacto —dijo Dani dejándose caer contra la pared tras mirarse el bulto que sobresalía de sus pantalones.

Esteban levantó la barbilla de Beth con un dedo.

—Esa ha sido siempre la fantasía de Dani en su adolescencia. Me la apropié —confesó risueño—. A mi chica le encanta.

—Esteban, ¿cómo es que no tienes fantasías propias y tienes que apropiarte de las de los demás?

Esteban enrojeció ante el comentario de Celeste.

—No creo que Beth tenga ningún problema con mis fantasías.

—Ninguno. —Beth posó sus ojos en Esteban y él la acercó para darle un beso.

—Ahora confiesa que la tuya ya la has realizado cuando Alex estaba en el pasillo preguntando qué hacíais —pidió Dani.

—Eres un bocazas —sentenció Esteban con el rostro de color escarlata.

—Cariño, tranquilo. Ya sabemos que tú se lo cuentas todo a Dani y él a ti, pero yo nunca me entero de nada —concluyó Beth fastidiada.

## 56. Otra vez todos juntos

Al día siguiente, fueron todos a comer juntos. Cristian llegó acompañado de Esteban y Beth. Con Celeste y Dani, apareció Joseph.

Cuando se encontraron los seis en la entrada del restaurante, Joseph le tendió la mano a Cristian, tras dudar un momento, este se la estrechó.

—Ya sé que ha sido idea de mi hija. Te agradezco que hayas venido, me imagino que no te habrá resultado nada fácil.

—Intento verte como al hombre que conocí hace tan solo unos meses. Estoy seguro de que aquel sería incapaz de hacerle daño a una mujer a propósito. Pero tú sí lo hiciste, y muchísimo. Ahora no hay vuelta atrás y además, eres el jefe de mi hija —terminó remarcando las dos últimas palabras.

—Está bien, mira, si puedo hacer algo por vosotros, dímelo, no hablo de dinero. Lo que sea, contad conmigo.

Saludó a Esteban con un apretón de manos y a Beth con dos besos, sin hacer alusión a su parentesco.

—Me alegro mucho de que volváis a estar juntos. Hacéis muy buena pareja —les dijo Joseph con una sonrisa.

Después de los saludos y viendo que el ambiente era bastante cordial, entraron en el restaurante.

Era muy selecto. Estaba claro quién iba a pagar y que no era la primera vez que iban por allí. El *maître* saludó a Joseph y a Celeste mencionando sus nombres, a Esteban solo le dedicó una sonrisa de reconocimiento. Dani entrecerró los ojos, fijando su mirada en la mesa que tenía delante, pensando que a él le sobraban la mitad de cuchillos, tenedores y copas, desde luego, era un sitio muy selecto.

Después de un rato de charla, Celeste consideró que había llegado el momento de hablar sobre las fotos, aprovechando que estaban todos juntos.

—¿De qué fotos hablas? —preguntó Cristian.

Esteban tomó la palabra:

—Hace unos días, Celeste encontró unas fotos de cuando estuvimos reformando la casa, salíamos todos y eran de días distintos. Por eso se acordó de que hacía unos años, había visto otras que le llamaron la atención y se puso a buscarlas. Encontró un escondite en su casa donde había fotos, documentos y libretas del banco. Decidimos que no empezaríamos a investigar hasta que vosotros regresarais del viaje —concluyó bajando la voz y posando su mirada en Beth—. No quería que me echases en cara que no había contado contigo.

Ella estiró la comisura de sus labios, imitando una sonrisa que no convenció a nadie. Esteban tiró de la mano por la que estaban unidos para acercarla y le dio un beso. Al separarse de ella de nuevo, vio un brillo en sus ojos que hizo que las palabras le salieran sin proponérselo.

—Te quiero —susurró.

—Y yo a ti también —aseguró volviendo a acercarse a su boca.

Desde esquinas opuestas, Cristian y Joseph cruzaron sus miradas y sonrieron.

La comida resultó bastante más amena de lo que cabía esperar, al finalizar esta, Esteban comentó que Beth y él iban a dar un paseo por el antiguo cauce del Turia.

Todo iba a salir a la luz por una simple apuesta.



## 57. El altercado

A lo lejos se veían las construcciones más emblemáticas de la ciudad, sus fachadas blancas y modernas eran un perfecto reclamo para turistas y vecinos.

Con las manos unidas, pusieron rumbo hacia allí. Esteban observó a Beth, apretó su mano y volvió a mirar al frente.

Se le veía concentrado, Beth se había fijado en que cuando alguien se ponía así ante Esteban, él se apresuraba a formular una primera pregunta, pues la mayoría de las veces se debía a que el interlocutor no sabía cómo empezar una explicación y solo necesitaba una chispa que le hiciera reaccionar.

—Esteban, el día en que estuvimos en casa de tus padres dejaste claro que no querías ni oír hablar de artes marciales, no entendí el motivo y no insistí porque el tema te estaba alterando, pero cuando en el pueblo, Joseph comentó que le habías roto una costilla con un solo puñetazo, volvió a colarse ese misterio en mi cabeza. Esteban, mi mente ya es un caos, necesito cerrar los frentes que siguen atormentándome o al menos, que me digas que no tengo nada de qué preocuparme. Perdona por la encerrona, cuando Celeste propuso lo de apostar en el juego, te lo solté sin pensar, pero no quiero que te sientas obligado a contármelo si no lo consideras oportuno.

—Beth, no quiero más secretos entre nosotros.

—Entonces, cuéntamelo.

«A ver por dónde empiezo», se dijo a sí mismo Esteban.

—Poco antes de trasladarme a Valencia, Dani, dos amigos y yo salimos de marcha por Madrid. Al pasar frente a un local, oímos música y decidimos entrar. Nos abordaron unas chicas jóvenes preguntando si las invitábamos a beber, aceptamos enseguida. Ya llevábamos unas cuantas copas encima cuando uno de mis amigos desapareció con una de ellas.

—¿Dani?

—No —respondió Esteban sin desviar la mirada que mantenía fija en la lejanía—. Un rato después, alguien entró gritando que había una pelea. Salimos todos y vimos que cuatro chicos estaban dándole una paliza a nuestro amigo. Intentamos separarlos y todo se nos fue de las manos. Uno de los chicos me lanzó una patada con una técnica que reconocí al instante porque estaba a punto de examinarme para conseguir el cinturón negro y su manera de luchar no era muy distinta a la mía, tuve que defenderme. Era muy agresivo, le empujé con todas mis fuerzas para quitármelo de encima, perdió el equilibrio y se dio un golpe en la cabeza contra el bordillo. Me puse a gritar. Se estaba formando un gran charco de sangre y no se movía. Dani llamó a una ambulancia y cuando la Policía se presentó, nos detuvieron a todos. Prestamos declaración en comisaría, donde salió a relucir que Dani y yo teníamos antecedentes por posesión y tráfico de estupefacientes. Todos ellos iban drogados y creyeron, equivocados, que la pelea había sido por una reyerta entre clientes y camellos, sobre todo, por el tipo de local en el que estábamos. El saber artes marciales me complicó aún más las cosas. Fuera de las clases y exhibiciones está prohibido utilizar esas técnicas. El chico estaba un coma inducido, yo tenía antecedentes por drogas y encima, di positivo

en la prueba de alcoholemia. Dani y los otros dos salieron en libertad a las pocas horas. Yo no. Mis padres contrataron a un buen abogado, los padres del otro querían que fuese a la cárcel, estaban a punto de perder a su hijo. Al final, todo salió bien, testificaron que todo había comenzado porque se presentó el exnovio de la chica y la pilló con él. Me declararon inocente, Beth, ¡pero casi maté a un chico por una simple pelea! Eso me marcó, me daba la impresión de que allá donde iba todo el mundo me miraba y juzgaba. No volví a presentarme en una clase de taekwondo nunca más y decidí cambiar de aires. Me trasladé a Valencia y busqué un trabajo. Si antes era introvertido, imagínate después de un suceso así. Empecé a trabajar en el periódico, aparte de eso, no tenía nada más por lo que vivir. Un par de años después, mi predecesor se jubiló, Joseph se había fijado en mí y me propuso el cargo que ahora ocupo. Figúrate cómo sentó eso en la empresa, todos deseaban ascender y ese premio se lo dan a un niño que acababa de empezar. Celeste la tomó conmigo porque ese puesto debía ser para ella. Dani se vino a vivir conmigo en cuanto terminó de sacarse el módulo, poco después, encontró trabajo en el albergue, y eso es todo. Creo que me he ido por las ramas, pero querías saber por qué dejé las clases de Taekwondo y no me examiné para conseguir el cinturón negro. Pues ahora ya lo sabes.

—No fue culpa tuya, fue un accidente —afirmó Beth. Él la observó y estiró la comisura de sus labios sin que ese asomo de sonrisa llegase más allá de su boca. Había oído ese mismo comentario un sinnúmero de veces—. Cuando estuviste practicando con Alex, parecías disfrutar. Me gustó tanto verte así. —Le hizo detenerse y tras soltar su mano, le rodeó el cuello y le dedicó una tierna sonrisa—. Sé te veía relajado y feliz mientras yo me encontraba en mi propio mundo, observando cómo se te tensaban los músculos de todo el cuerpo. Alex viene mañana, espero volver a veros jugando como ese día.

—No vas a juzgarme, ¿verdad?

—Ya lo he hecho. Eres un buen hombre, sé que eres incapaz de hacerle daño a nadie y siempre estás ahí para todos. Tengo mucha suerte de tenerte a mi lado. —Se acercó para fundirse en un emotivo abrazo con él—. Si los padres del aquel chico te conociesen, estoy segura de que te darían una oportunidad y terminarían perdonándote.

—Ya lo han hecho, y el chico también. Dani me obligó a pedirles disculpas de frente, no importaba si había sido culpa mía o no. Cuando salió del coma, el chaval reconoció que él tampoco había sido consciente de lo que hacía.

—¿El chico está bien? —preguntó Beth asombrada.

—Sí —contestó mirándola a los ojos.

—Menudo susto me diste —constató confusa—. ¿Por qué muestras tanta amargura entonces? Y no vuelvas a pedirme que piense en lo que hubiera podido pasar. El otro día estuve a punto de quemarme mientras cocinaba y he decidido que no me acercaré nunca más a la encimera. Imagina si llego a quemarme de verdad. Ya sabes a quién le tocará cocinar a partir de ahora.

—No es lo mismo. —Su mente parecía estar en otra parte.

—Cuando venga Alex, quiero verte practicar con él. Espero que te coja el gusanillo y vuelvas a apuntarte a las clases.

—Practicaré con Alex para que veas cómo se me tensan los músculos del cuerpo. —Se rio recordando las palabras que ella había dicho antes y tras soltarle la mano, la acercó a él para besar sus labios— Lo de las clases, ya

veremos.

Beth se dio por satisfecha, cuando llegase el momento, ya insistiría más.

## 58. Lo encontrado en el escondite secreto

El lunes por la tarde se reunieron todos en el despacho de Joseph. Estaban exaltados, no sabían lo que iban a encontrar, su curiosidad no tenía límites.

—Joseph, ¿me das permiso para investigar la cuenta de la libreta de ahorros de Débora? —pidió Esteban.

—Por supuesto.

—Yo revisaré las fotos y así podré ponerles fecha, ¿qué os parece? —preguntó Cristian.

—Buena idea —asintió Joseph.

—Beth, Celeste y yo clasificaremos todos estos papeles —dijo Dani.

—Perfecto. Yo ayudaré a Esteban con la libreta. No entiendo su necesidad de tener una cuenta propia, nunca le controlé el dinero que gastaba. Quiero saber qué oculta. A ver qué averiguamos cada uno. Venga, chicos, ¡a trabajar!

Todos se concentraron en su investigación hasta que Joseph los llamó al cabo de un par de horas.

—Empezaré yo mismo —dijo Cristian—. He clasificado los sobres en cuatro grupos. Lo que hay en el primero, el más lleno, son fotos de mi familia, de Sara, Beth y mías. Estaban repartidas en distintos sobres y no guardan relación con ningún evento especial. Hay algunas del pasado. Las más actuales son de la reforma. Entre unas y otras, han pasado varios años.

Dejó el sobre que tenía en la mano para coger otro de encima de un montón que había apilado sobre la mesa y siguió:

—Estos son de Celeste.

La aludida abrió la boca como un movimiento reflejo al saberse investigada por su madre. No solo durante la reforma, sino en otras etapas de su vida.

Cristian continuó:

—Además de las de la reforma, hay varias donde sales yendo de fiesta o de compras con los chicos del albergue y otras en las que estás con este chico en plan cariñoso, eras bastante más joven que ahora. —Cristian le tendió la foto.

—Estuve saliendo con él hace unos cinco años. Me dejó de repente, sin darme ningún motivo, dijo que lo nuestro no tenía futuro y que lo mejor era no alargar la situación, me pilló por sorpresa, no me lo esperaba.

—Espera, ¿se llamaba Alfredo Monzó? —preguntó Joseph.

—Sí, ¿cómo lo sabes? —inquirió Celeste.

—Acabo de leer su nombre en una transferencia que ordenó Débora.

—¿Quieres decir que me dejó porque mamá le pagó para que lo hiciese?! —Celeste bajó la mirada, concentrándose en las líneas del suelo, dolida, su primer amor había renunciado a ella por dinero.

—Vamos, princesa, no te pongas triste. Ese hombre no te merecía —Dani se puso detrás de ella y le rodeó el cuello con ambos brazos para besar su mejilla—. Si necesitas un achuchón, yo puedo

dártelo, te prometo que no me dejaré sobornar —susurró a su oído.

—También necesito un compromiso. No pienso ser el juguete de nadie. ¿Puedes darme eso también?

—Continúa, Cristian. Has hablado de cuatro grupos. ¿Cuál es el siguiente?—preguntó Dani tras soltar a Celeste con rapidez. Ella cerró el puño y lo estrelló con fuerza en su antebrazo.

—¡Ay! —exclamó aguantándose la risa.

Joseph entrecerró los ojos, empezaba a entender de qué iba todo aquello. Últimamente, los veía mucho juntos y sabía que habían estado en casa de Esteban los cuatro. Sonrió pensando en la cara que pondría Débora si se enteraba de que su hija estaba tonteando con un tipo como Dani.

—También hay fotos de este tipo, ¿sabéis quién es?

—Déjame verlo —Joseph alargó la mano para una de ellas—. Es Miguel. Estuvo trabajando varios años en Marketing, me pidió un aumento y se lo negué, no se lo merecía, pero eso pasó hace años. —Sus hombros se levantaron de forma inconsciente.

—¿Miguel de Marketing? ¿Ese no era el que intentó ligarse a Esther? —Beth alargó la mano para que le pasase la foto, Esteban, a su lado, también la observó. Al fin le podían poner cara al otro protagonista de la historia.

Miguel resultó ser el típico rubio de sonrisa traviesa y mirada penetrante.

—Y por último, aquí hay fotos tuyas —dijo Cristian mirando a Joseph mientras le entregaba los sobres—. No hay nada destacable en ellas. Eso es todo. Cedo la palabra para que expongáis lo que habéis encontrado.

Dani observó a los presentes y explicó:

—Nosotros no hemos terminado todavía, pero hemos podido leer todos los informes del investigador. Resumiendo: Sara sí que estaba embarazada. Se compró un piso cuya hipoteca pagaba a través de cuotas mensuales. También habla de su boda con Cristian, de que Beth era muy inteligente y tenía leucemia, llegó a hablar incluso con alguno de los médicos, sabía que estaban buscando una médula compatible porque era una cuestión de vida o muerte. —Con esas últimas palabras, su mirada se fundió con la de Esteban.

«Sí, ella sabía lo de la médula. Tal vez, nunca llegó a recibir la carta, pero no había que ser muy inteligente para llegar a la conclusión de que Sara acabaría poniéndose en contacto con el padre, un padre que no tenía ni idea de que lo era», pensó Dani.

—¡Papá! —exclamó Celeste al ver que su padre perdía el color de su rostro y se tambaleaba apoyando con rapidez una mano sobre la mesa para recuperar el equilibrio.

—Beth —balbuceó Joseph—. Lo siento. Tenía que haber estado ahí, con vosotras, a vuestro lado. —Se acercó a ella y le rodeó el cuello con los brazos, tras un momento de incertidumbre, ella le devolvió el gesto. Buscó a Cristian con la mirada, este le sonrió.

Esteban iba a dar una información relevante sobre la relación que había entre los años que nadie fue investigado y la muerte de Sara. Ambos hechos coincidían y no era casualidad. El peligro para Débora había desaparecido, no necesitaba seguir controlando la situación. Estaba a punto de hacerlo, pero Dani volvió a tomar la palabra.

—Hay informes sobre Celeste. En un principio, es poca cosa, solo lo del chico ese. Donde sale mucha más información sobre ella es de cuando empezó a juntarse con nosotros. También respecto

a Miguel, trabajó en diversas empresas, pero no terminó de cuajar en ninguna. Tiene un piso propio y según uno de los últimos informes, es autónomo, dueño de una empresa de transportes. Chicas, ¿me he dejado algo?

—No —contestaron Beth y Celeste al mismo tiempo.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo Joseph—. Como os podéis imaginar, hay varias transferencias a nombre del detective. Una de ellas se envió cinco días antes de la muerte de Sara. Debió de ser el pago por el informe que habla sobre la gravedad de la enfermedad de Beth y la necesidad de una médula compatible. También hemos encontrado varios pagos de cantidades elevadas, coinciden con las operaciones estéticas de Débora, yo creo que inflaba los precios para poder desviar el dinero, hay extractos donde destacan grandes cantidades en efectivo que no se pueden rastrear y pagos con tarjeta en tiendas de ropa y complementos masculinos. Podemos seguir investigando por ahí, seguro que eran regalos para algún «amigo especial», aunque no he visto pagos de hoteles, viajes, ni nada por el estilo. Y eso es todo. Nos falta examinar un par de documentos más, pero eso podemos hacerlo Esteban y yo en otro momento. Por ahora, ya os he robado demasiado tiempo. Os invito a cenar, se ha hecho tarde.

Un sonido regular procedente de la recepción llegó a sus oídos, se miraron extrañados, hacía horas que el periódico estaba cerrado. Cuando saltó el contestador automático, la persona que había al otro lado del cable cortó la comunicación. Esteban sacó su móvil en cuanto sintió su zumbido. En la pantalla salía un número que no reconoció.

—¿Quién es? —preguntó desconcertado— El periódico está cerrado a estas horas. ¿Cómo ha conseguido mi número personal? [...] No —exclamó mirando a Joseph—. Por supuesto que no le voy a poner en contacto con él. Ya le adelanto yo que no va a comentar nada. Lo que sí le agradecería es que me mandase una copia del reportaje que va a salir publicado mañana, a cambio, le haré llegar una foto actual con todos los que estamos con él en estos momentos, así podrá demostrar que lo ha localizado. [...] Está bien, envíelo.

Esteban colgó mirando a los demás y se dirigió a Joseph:

—Débora ha concedido una entrevista a la revista *Glamour*, les ha dicho que estás organizando una sorpresa para vuestro trigésimo aniversario. Ahora nos enviarán sus declaraciones. Como has oído, habrá que darles una foto después. Espero que no te moleste, se me ha ocurrido de repente, a ella no le hará ninguna gracia verse relegada a un segundo plano por todos nosotros.

—Ha sido una idea excelente —Joseph estiró la comisura de sus labios para mostrar una supuesta sonrisa—. Venga, a ver ese selfi.

—Espera, vayamos a la sala de reuniones, como allí no hay ningún tipo de adorno en la pared, no podrá deducir dónde estamos. Acaban de enviar el reportaje, a ver qué dice.

Cuando Esteban concluyó la lectura, observó las expresiones faciales de todos los allí presentes, todos mostraban sus bocas entreabiertas, asombrados ante una realidad escrita sobre papel que nada tenía que ver con lo que ellos estaban viviendo.

—¡Os lo dije! —exclamó Joseph—. Es manipuladora hasta decir basta. «Mi matrimonio es perfecto, ha perdurado a lo largo de treinta años gracias a la complicidad y al respeto mutuo que nos tenemos. Le estoy preparando un viaje de ensueño». Ya ha dicho hasta el nombre de la agencia la muy... Chicos, ¿qué os parece si llamo a Carlos y le pido que nos mande unas pizzas para

cenar? Mientras llegan, podemos ir haciéndonos la foto.

—¡Genial! ¿Hermanita, no tendrás una habitación para mí? —preguntó Celeste—. Mañana no quiero despertarme en la misma casa que mi madre y ver el periódico encima de la mesa con nuestros caretos en él. Además, no podría poder pegar ojo en toda la noche y el chalet está muy lejos.

—Claro que sí. —Una sonrisa iluminó sus rostros. Ambas se sentían hermanas de verdad, de esas que siempre están ahí cuando las necesitas—. Pero tendremos que compartir la cama.

—¿Os vais a acostar las dos juntas en una cama de noventa? No vais a caber —bromeó Esteban—. Podéis pasar la noche en mi casa.

—Pues tú no te quejaste de eso el día de los macarrones —aseguró Cristian con una mirada condenatoria.

Esteban enrojeció ante el recuerdo de ese día. Dani lo sacó del apuro.

—Celeste, también puedes quedarte a pasar la noche en mi casa. —La mirada traviesa que acompañó sus palabras les convenció de que no estaba hablando de la habitación de invitados.

—Gracias por el ofrecimiento, pero creo que mi hermana y yo nos decidiremos por la casa de Esteban.

—Como prefieras —concluyó Dani.

No supieron nada de la reacción de Débora porque no había nadie delante para poder verla. Cuando Esteban terminó de poner a Joseph al corriente de las actividades que tenía programadas para ese día, este le comentó:

—Celeste me ha dicho que quiere independizarse, está buscando un piso para comprarlo. Si te enteras de alguno que esté bien, avísanos.

—Creo que sé de uno. Me informaré y te cuento.

—Muy bien. ¿Seguimos con los papeles?

—Joseph, tengo que decirte algo. Cuando estuvimos con las reformas, encontramos una carta. La tengo en mi casa, era de Sara e iba dirigida a ti. En ella te pedía que te hicieses las pruebas de compatibilidad de forma anónima. Era un borrador, no sabemos si te la llegó a enviar.

—¡Dios mío!

—Murió a los pocos días de escribirla.

## 59. Día de playa

El sábado aparcaron el coche en una amplia explanada y se apearon con entusiasmo.

—¡Celeste, vamos a ver el mar! —exclamó Beth cogiéndola de la mano y echando a correr.

—Joder, ¿has visto la de cosas que han traído estas dos? —preguntó Dani sacando del maletero una paravientos al tiempo que lo retaba con la mirada—. Es de la pija, seguro.

—Hace un par de días, Celeste apareció por casa y le dijo a Beth que le había plantado cara a su madre. Le cerró la puerta en toda la cara a Débora cuando esta le dijo que era una estúpida por estar de parte de su padre y con un perdedor como tú. —Esteban acompañó las últimas palabras con un levantamiento de cejas—. Mi chica le dijo que eso había que celebrarlo y se fueron de compras. —Con un dedo señaló el paravientos.

—Hay buen rollo entre ellas, se nota.

—Sí, se quedó a dormir en mi casa y oí que le confesaba a Beth su deseo de independizarse y aprender a salir adelante sola. El martes Joseph me hizo enviar a un cerrajero a su casa para que pusiese un buen cerrojo en la puerta que separa la suya de las dependencias de su hija para que goce de más intimidad y no tenga miedo de encontrarse con su madre dispuesta a montarle una escena.

Cuando fueron junto a las chicas, observaron el paisaje maravillados, había bandera verde, ni una atisbo de ola sobresalía de aquella enorme piscina que era el mar, el agua cristalina invitaba a meterse en ella para relajarse con su frescor. Abrieron la sombrilla y pusieron el paravientos para delimitar el espacio. El plástico amarillo con sus varillas curvas fue también el lugar perfecto para poner la nevera.

Los dos chicos se metieron en el agua enseguida, ellas dijeron que preferían tomar un poco el sol.

—¿Qué es esto? —preguntó Celeste cuando se levantó para beber algo, sostenía en la mano un paquete con seis latas.

—Es una bebida energética. Está buena. Esteban la toma desde hace tiempo y me parece que Dani también.

—¿Quieres que compartamos una?

—Sí.

Celeste se tomó un buen trago y después, le pasó la lata a Beth, ella la saboreó la bebida con agrado y se pasó la lengua por los labios.

\*\*\*\*\*

A muchos kilómetros de allí sonó un teléfono. El hombre se incorporó con rapidez y lo silenció para que la mujer que dormía a su lado no se despertase. Miró el nombre que aparecía en la pantalla y una sonrisa iluminó su rostro, era su gallina de los huevos de oro.

Se dirigió al vestidor y se puso delante del gran espejo. Metió la mano en el lateral de uno de



los armarios y tecleó una contraseña. El espejo resultó ser una puerta corredera que daba a una sala llena de equipos de grabación de audio y video.

—Buenos días, mi vida. —Con una mano sostuvo el móvil contra su oreja mientras con la otra accionaba un botón para poner en marcha el equipo, un murmullo de fondo le confirmó que estaba encendido—. Dime que esta llamada está relacionada con la conversación que tuvimos el otro día. [...] ¿Quién ha sido el o la afortunada? [...] Buena elección. ¿Cómo lo has hecho? [...] Estoy deseando leer la noticia en los periódicos. [...] Por supuesto, ya sabes que eres mi único amor. [...] No nos precipitemos, todo a su debido tiempo. Estoy deseando verte. [...] Adiós, mi vida.

Tras colgar, su boca se estiró de forma cruel, mostrando sus perfectos y blancos dientes. Su interlocutora acababa de confirmarle que había conseguido anfetaminas de una forma no demasiado legal, las había disuelto en un poco de agua caliente e inyectado en un bote de bebida energética. Según internet, eso era un cóctel explosivo que podía producir lesiones cardiovasculares, desorientación, hipertensión y, en consecuencia, derrames cerebrales.

Se frotó las manos con determinación. Ahora sí que la tenía bien pillada. La chantajearía y nunca llegaría a enterarse de que el artífice de ese anteproyecto había sido él mismo.

Cogió un fichero de encima de una estantería y garabateó unas notas en un papel al tiempo que veía el nombre de Débora. Había resultado tan fácil manipularla, desde el principio, solo había que decirle que era la mejor y su egocentrismo hacía el resto.

Volvió a teclear la contraseña y cerró la parte trasera del espejo sin hacer ningún ruido antes de volver a la habitación principal.

Le sobresaltó una voz que salía de entre las sábanas.

—¿Quién te ha llamado un sábado a estas horas de la mañana?

Miró a su alrededor, sí, allí estaban el anillo de casada, la ropa de marca y las joyas de diseño. Ese era el requisito para todas sus conquistas, debían ser ricas y casadas, mujeres que tenían mucho que perder si salía a la luz lo suyo con él.

—Mi vida, tengo un grave problema, necesito tu ayuda. Han retenido en la frontera a uno de mis camiones lleno de verduras, tenía que haber sacado un permiso especial, pero se me olvidó. — Parecía que el mundo se derrumbaba a sus pies mientras movía la cabeza de un lado al otro—. Puedo tramitarlo el lunes, pero la mercancía se pudrirá si espero tanto y me piden tres mil euros para dejarlo pasar. No te lo pediría si no fuese necesario, ya lo sabes —exclamó con una supuesta desesperación, consciente de estar interpretando un magnífico papel.

\*\*\*\*\*

Muy lejos de allí, cuatro jóvenes disfrutaban de la playa ajenos al peligro.

—Dani, no mires ahora, pero cerca de las chicas, detrás de aquella sombrilla a rayas blancas y naranja, hay un hombre que está sacándoles fotos. ¿Será el detective de Débora?

—Es posible. Voy a poner nerviosa a la madre de la pija.

Esteban conocía bien esa sonrisa maliciosa. Salió del agua detrás de él y cuando estuvieron junto a las chicas, Dani abrió la nevera y le lanzó una lata. Tras abrirla, ambos se bebieron la mitad de un solo trago. Dani se quedó mirando el paquete, ya le faltaban la mitad de las latas,

sabía que debían consumir aquella bebida con precaución, contenía demasiadas sustancias excitantes, pero estaba fresca y entraba bien. Pensando en eso, terminó la que tenía entre manos y cogió otra antes de acercarse a Celeste.

—Quiero decirte algo. —Le pasó la lata que tenía entre las manos y mientras ella bebía, le habló en voz muy baja.

Celeste le miró con una sonrisa pícaro y le hizo un comentario que los otros dos no pudieron oír. Al instante, empezaron a besarse. Beth miró a Esteban con una sonrisa en los labios y de pronto, oyó decir a Dani:

—Princesa, eres demasiado pija para mí, no somos novios ni nada parecido, ¿entendido?

—Entendido —exclamó Celeste con una sonrisa.

—¿Estás segura? No quiero malentendidos, te estoy ofreciendo solo sexo, no una relación.

—Que sí, ya lo sé.

Dani se levantó, le dio la mano y ambos se metieron en el agua.

—Beth, cariño. Ya puedes cerrar la boca —dijo Esteban conteniendo una sonrisa, sabía en qué estaba pensando.

—¿Has oído eso?

—¿A qué te refieres? —preguntó Esteban.

—Le ha dicho que no quiere nada serio, que solo busca sexo.

—Sí, pero se lo ha dejado muy claro, ha sido sincero, ¿no crees?

—Sí, pero es raro. Tú y yo... —levantó los hombros sin saber cómo continuar.

—Beth, tú y yo, desde el principio, teníamos claro que buscábamos algo más, ellos saben que solo es sexo. ¿Cuál es el problema? Los dos están de acuerdo y se lo están pasando en grande. — Ambos dirigieron la mirada al mar, buscando entre sus aguas aquellos rostros tan familiares.

Los encontraron sin problema, bailando una danza tan antigua como el universo.

—Beth, cuando viste a Dani por primera vez, ¿qué impresión te llevaste de él?

Ella se lo pensó antes de contestar.

—Mala, era un tipo con una pinta extraña, aun creo que dejé de respirar, hasta que vi que era amigo tuyo. —Sonrió al recordar ese día—. Cuando se quitó la sudadera y vi el colgante y las pulseras, si no me hubiese quedado paralizada, hubiera echado a correr.

—Ya me di cuenta, y él también. Pues bien, hay chicas a las que ese aspecto de «chico rebelde» les gusta. Dani tiene mucho éxito entre el sexo femenino —aseguró—. Cuando Celeste piensa en él, ¿qué crees que ve, al hombre con el que quiere pasar el resto de su vida o solo al que le hace pasar un buen rato?

«No se lo ha pensado demasiado para irse con él», se dijo a sí misma.

—Nunca me lo he planteado de esa manera, para mí... —titubeó sin saber cómo seguir.

—Tú nunca lo hubieses aceptado. Me hiciste esperar semanas, me ponías a cien para dejarme a medias después.

—Exagerado. —En su voz se percibió un reproche—. Te las apañaste muy bien para no quedarte a medias desde el primer momento.

—Bueno, tú tampoco puedes quejarte. ¿Nos metemos en el agua? —sugirió acariciando su pierna.

—No. —Miraba al detective, que desde su toalla parecía observar a Celeste y a Dani sin ver nada más—. Vamos a hablar con él.

El detective se sobresaltó cuando dos sombras se cernieron sobre él. Sin decir nada, Esteban y Beth se sentaron junto a él, uno a cada lado, sin dejar de mirar el mar.

—No creo que a Débora le haga mucha gracia que le entregues un vídeo de su hija montándoselo con Dani. Puede parecerle un tanto indecente —afirmó Beth.

El detective paseó su mirada por los dos. Había sido descubierto, no cabía la duda, no tenía sentido negar lo evidente.

—¿Qué queréis? —les preguntó.

—Algunas respuestas. —Beth lo miró a los ojos cuando él desvió su rostro en busca de los suyos—. ¿Desde cuándo trabajas para ella?

—Eso es confidencial. Sois periodistas, sabéis que no puedo hablar de ello.

—¿De verdad estás dispuesto a cargar con un homicidio? Tú lo has dicho, somos periodistas, sabemos mantener la boca cerrada cuando es necesario, pero hemos encontrado varios sobres con fotos. El contenido de uno de ellos nos ha sorprendido. Son las fotos del accidente de mi madre, date cuenta de que no he dicho «del día del accidente». Tú estabas allí. Llamaste a la policía. ¿Qué viste?

El detective escondió la cabeza entre las manos pensando en qué hacer, inspiró con fuerza varias veces y tomó una decisión.

—No sé nada de las fotos de las que habláis. Llevo trabajando para ella desde que empezó a salir con Joseph. Siempre ha querido tenerlo todo controlado. De vez en cuando, me llama para ofrecerme algún trabajo, si tarda mucho, la llamo yo por si le interesa que siga a alguien. Pero no tuve nada que ver con el accidente. Cuando llegué, vi un coche grande y oscuro que se alejaba, no pude ver la matrícula. El coche de Sara se había estrellado contra un árbol. Ella tenía los ojos cerrados, pero aún respiraba, pedí una ambulancia y llamé a la Policía. Le supliqué que aguantara, que se quedase conmigo, le prometí que la ambulancia no tardaría en llegar... murió en mis brazos.

El detective, muy afectado, susurró más para sí mismo que para ellos: «No pude hacer nada para salvarla».

—¿Qué hacías allí? —preguntó Beth con suavidad, como para demostrarle que no era su enemiga, que solo estaba allí en busca de respuestas. Por mucho que le doliesen—. ¿Estabas trabajando?

—No. Hacía unos días que le había entregado un informe a Débora. Tu madre había viajado el pueblo y enviado una carta, más tarde, pasó a ver a tu padre y pasaron la noche juntos. Al día siguiente, regresó a Madrid para estar contigo. Eso ponía el informe. Unos días después, me enteré de que habías empeorado, tenía mis contactos y me informaron de que ella no estaba contigo. Aquello me sorprendió. Debía ser un asunto muy importante lo que la hiciera irse dejando a su hija moribunda. Llamé a Débora para contárselo y me dijo que no hacía falta que la buscase porque no podía haberse ido muy lejos estando tú tan mal. Pero había algo que no encajaba y decidí investigar por mi cuenta. Si no estaba con tu padre, solo había un sitio donde podía encontrarse: el pueblo. Cuando llegué, allí no había nadie, por lo que decidí volver a Valencia. Fue durante el regreso cuando me encontré con el accidente. En un principio, dudé entre detenerme

o seguir al vehículo, pero en décimas de segundo, me aferré a la idea de que podía estar viva y me bajé del coche para ver si podía ayudarla. Eso es todo.

—¿Y seguiste trabajando para ella? —preguntó Beth.

—¡Por supuesto! Paga muy bien y es puntual. Yo le entrego los informes con las fotos y salgo con el dinero en mano. Hoy debía seguirte a ti. Está muy nerviosa desde que sabe que eres la otra hija de Joseph, quiere que os saque algún trapo sucio, a ti o a tu padre. Le he dicho que no hay nada, pero insiste en que siga investigando.

—Desde que murió Sara, hasta ahora, no habías vuelto a investigar ni a Beth ni a Cristian. ¿La reconociste cuando empezó a trabajar en el periódico? —Esteban arqueó una ceja, se le acababa de ocurrir la pregunta. Hasta ese momento, no había participado en la conversación, consciente de lo importante que era para Beth llegar al fondo del asunto por sí misma, como si deseara resarcirse de los malos pensamientos que había tenido sobre su madre.

—No. Beth ha cambiado mucho. Cuando hicisteis la gala, Débora me pidió que la investigase y fue entonces cuando descubrí quién era. En el informe lo puse todo, sin omitir el nombre de Sara, pero sin darle relevancia, con la idea de que se le pasase desapercibido sin que pudiese echarme en cara que no había hecho bien mi trabajo.

—Entonces, ¿sobre las fotos del accidente no sabes nada? —preguntó Beth al ver que la única pista se esfumaba entre sus manos.

—No. Lo siento.

—Cariño, seguiremos investigando, es una buena pista. Hay que ir tirando del hilo, y ese hilo es Débora. ¡Lo resolveremos, si tuvo algo que ver, terminará entre rejas! —afirmó Esteban mirando a Beth.

—Tened cuidado, esa mujer no es lo que parece. He presenciado varios arrebatos suyos y un odio en su mirada que nunca hubiese creído posible en ella antes de conocerla —sentenció el detective.

—Gracias por todo —dijo Esteban levantándose.

—Siento no haber podido ayudaros.

—Sí que lo has hecho —le aseguró Esteban—. Encontramos un borrador de aquella carta en la casa del pueblo, me inclino a pensar que Sara volvió para hablar con Joseph y pedirle cara a cara que se hiciese las pruebas, no había tiempo para remilgos. Sigo pensando que Débora se deshizo de Sara para que no saliese todo a la luz.

—Si puedo ayudaros en algo, contad conmigo.

Esteban asintió y apoyándose en la arena, se dio impulso para levantarse antes de tenderle la mano a Beth.

Cuando llegaron a las toallas, Dani y Celeste ya estaban allí. Dani dejó de hablar cuando vio que se acercaban. Celeste les sonrió, pero su gesto no fue muy convincente.

## 60. Un buen susto

«Ha sido un día divertido y hemos hecho averiguaciones, espero que nos lleven a alguna certeza», pensó Beth mientras metía las toallas, los bañadores y el vestido playero junto a la demás ropa que había en el cesto en la lavadora.

Algo había pasado entre Celeste y Dani, no sabía qué podía ser, pero se percibía en el ambiente. Con Celeste no pudo estar a solas el tiempo suficiente para sacar el tema. Consideró la posibilidad de preguntarle a Esteban, pero sabía que era perder el tiempo.

Desde que estuvo a punto de perderle, lo miraba con otros ojos y valoraba más cada minuto que pasaban juntos, si por ella fuese, pasarían muchos más. Estaba sumida en sus pensamientos cuando oyó su voz.

Pensó que estaría manteniendo una conversación por el móvil y no le dio más importancia. Al cabo de un momento, la subida de tono de su voz llamó su atención, intentó escuchar a hurtadillas cuando de pronto, él empezó a gritar.

Soltó las prendas que tenía en la mano y corrió hasta el comedor. Esteban le gritaba al teléfono:

—¿Qué coño está pasando? No entiendo nada de lo que me dices. Haz el favor de relajarte y hablar bien. —De súbito, su expresión cambió, como si de repente se hubiera hecho consciente de algo que hasta esos momentos le había pasado desapercibido. Aferrando el teléfono, preguntó exaltado—: ¿Sabes quién soy, a quién estás llamando? ¡Dime dónde estás! —Sus nudillos se pusieron blancos como la nieve recién caída en un día de invierno.

Beth no entendía el significado de sus preguntas. «¿Sabes quién soy, a quién estás llamando?». Algo no encajaba. No lo comprendía porque no era consciente de algo de lo que Esteban se había percatado hacía escasos segundos: la persona que le estaba llamando solo había tenido que mantener apretada una tecla de su móvil durante unos instantes, tenía a Esteban en el primer número de marcación rápida en su agenda de contactos.

—¡Esteban, ¿qué está pasando?! —gritó Beth asustada.

Él levantó la mano y con una mirada feroz, la hizo callar.

—Necesito que envíen una ambulancia a la calle Pérez y Galdós número 53. ¡No lo sé! —gritó—. Lo siento, no he entendido lo que me decía, eran incoherencias, arrastraba las palabras, como si no fuese capaz de vocalizar. Por favor, envíen una ambulancia.

—¿Esteban? —suplicó Beth con lágrimas en los ojos.

—Beth, cariño, en cuanto sepa algo seguro te lo contaré todo. Ya has oído lo que le he dicho a la chica del 112, no sé nada más. Llama a tu padre para que venga a quedarse contigo, no sé a qué hora volveré y no quiero que estés sola.

—Voy contigo.

—Beth, por Dios, no me repliques —gritó exaltado.

—No quieres que me quede sola, sin embargo, tú, estando tan alterado, pretendes enfrentarte a lo que sea solo. Está decidido, me voy contigo.

Esteban hizo un amago de sonrisa cuando ella comenzó a correr en dirección contraria y

apareció colgándose el bolso y peleándose con las sandalias. En cuanto se las acabó de poner, Esteban la cogió de la mano y bajaron las escaleras a toda velocidad.

Ya en el coche, Esteban le pidió que llamase a Celeste para decirle que fuese al Hospital de la Fe. No se dio cuenta de que continuaba con el móvil en la mano hasta que la oyó hablar de nuevo.

—Papá, estoy con Esteban, vamos de camino al hospital, Celeste también está avisada. [...] No sabemos nada, ahora le digo que va a pasar a buscarla para ir juntos. Hasta ahora.

En cuanto llegaron, Esteban se acercó al mostrador para recabar información.

—Ya está dentro, con los médicos. En cuanto sepan algo más, nos informarán —le dijo a Beth.

En ese momento, entraron Celeste y Cristian. Tras saludar a su padre, ambas mujeres, llorando, se fundieron en un abrazo.

—Chicas, tenemos que ir a la sala de espera que hay en el interior, es para los familiares de los pacientes a los que ya están atendiendo.

Una vez allí, Esteban se alejó de ellas para hablar por teléfono, cuando se sentó al lado de su chica, esta apoyó la cabeza en su hombro, sollozando. Esteban la acariciaba con suavidad, perdido en sus cavilaciones.

Cristian, relegado a un segundo plano, los observaba cabizbajo, en lo más profundo de su ser agradecía que fuese Esteban el que estuviera consolando a Beth y no él. Esa escena le recordaba tanto las noches en vela, esperando en una sala como aquella noticias que nunca llegaban a ser tan buenas como deseaba. Rezó para que esta vez, se salvase, igual que Beth años atrás, al contrario que la mujer de su vida.

A duras penas podía Celeste mantener la compostura, observó a su alrededor. Esteban y Beth se consolaban mutuamente. Pensó en la persona que estaba allí dentro, de cuya salud no sabían nada, se le escapó un sollozo y sintió cómo le apretaban la mano.

—Todo saldrá bien. Es un hombre fuerte.

Ella mostró una débil sonrisa ante el gesto afectuoso de Cristian. La puerta chirrió al abrirse y con un pequeño grito de estupefacción, Celeste se lanzó en los brazos de la persona que acababa de entrar en la estancia.

Dani le devolvió el abrazo susurrando palabras de consuelo a su oído, al cabo de un segundo, Celeste entrecerró los ojos y buscó a Esteban con la mirada.

—Esteban, si Dani está aquí, ¿quién está ahí dentro? —señaló temerosa el interior del quirófano.

—Tu padre.

Celeste volvió a rodear con sus manos el cuello de Dani y cerró los ojos. Este le rodeó la cintura tras depositar un suave beso en su mejilla.

La puerta se abrió de nuevo y entró una mujer con una bata blanca y un fonendoscopio colgado del cuello.

—¿Son ustedes los familiares de Joseph Cuestas? —Todos los allí presentes asintieron—. ¿Hay entre ustedes algún familiar directo? —Cuatro pares de ojos se centraron en Celeste.

—Yo soy su hija.

—Por favor, venga a mi despacho, tenemos que hablar —dijo la doctora.

—Es mi pareja. No hay secretos entre nosotros, ¿puede entrar conmigo? —preguntó Celeste

cogiendo con fuerza la mano de Dani. La doctora asintió.

Cabizbajos, a la espera de que salieran para recibir noticias, Beth, Cristian y Esteban volvieron a sentarse.

Dani y Celeste salieron diez minutos después. Ella, llorando, se echó en los brazos de Beth mientras exclamaba.

—¡Dicen que ha intentado suicidarse! No tiene sentido.

Dani cogió la palabra y mirando a Esteban, explicó:

—Han descubierto que ha estado hace poco en un psiquiátrico y que pidió el alta voluntaria, allí le recetaron unos antidepresivos que debía tomarse con regularidad e ir bajando la dosis poco a poco bajo prescripción médica. No consta que los haya comprado nunca ni que se haya puesto en contacto con otro psiquiatra, como le aconsejaron. En los análisis, han detectado anfetaminas y una alta dosis de cafeína y otras sustancias estimulantes, no creen que haya sido accidental. Le han hecho un lavado de estómago, aún es pronto para saber si ha sufrido daños cerebrales, aunque al haber actuado con tanta rapidez, es previsible que no los haya.

—Si quería suicidarse, ¿por qué me llamó? —preguntó Esteban.

—Por qué se arrepintió en el último momento —argumentó Cristian no muy convencido.

—Aquí ya no hacemos nada —aseguró Esteban—. Dani, ¿por qué no te llevas a las chicas a mi casa? Yo me quedo aquí a pasar la noche y si hay novedades, os aviso.

—Está bien —Dani tendió la mano para que le diese las llaves.

—¿Y las tuyas?

—Con las prisas, me las he dejado en casa.

—Yo me quedo contigo, así te hago compañía —se ofreció Cristian.

Esteban y Cristian los acompañaron hasta el coche y luego, pasaron por la cafetería para pedir unos bocadillos. Después de cenar, subieron a la habitación y vieron que Joseph seguía dormido, para no molestarle, decidieron irse a la sala de espera.

Se sobresaltaron cuando el silencio quedó roto por un sonido que surgió del móvil de Esteban, lo cogió con prontitud, sonriendo ante lo que vio escrito en la pantalla, se puso a teclear.

—Es Dani —informó Esteban—. Dice que está solo en el sofá de mi casa porque las chicas se han encerrado en la habitación de matrimonio para cambiarse y no han vuelto a salir. Ha intentado escuchar detrás de la puerta pero no distingue lo que dicen.

Cristian se sentó a su lado mientras Esteban tecleaba:

*¿Qué esperabas, que mi chica durmiera en el sofá para que tú pudieses hacer guarradas con Celeste? Si llegas a hacerlas, mete después las sábanas en la lavadora, que nos conocemos.*

Notó cómo Cristian se aguantaba la risa.

Dani respondió:

*Esteban, no te pongas mandón o entro en la habitación y les propongo hacer un trío.*

Esteban no se hizo esperar:

*Si lo haces, juro que te mataré.*

Dani tecleó con rapidez:

*Joder, era una broma, nunca pillas ninguna. Además, no te haría falta, Celeste acabaría conmigo antes y seguro que Beth la ayudaría. Por cierto, en la playa, no me la he tirado.*

Esteban enrojeció, consciente de que Cristian estaba leyéndolo todo e intentó apartar el móvil de su vista.

—Demasiado tarde, chico, con lo interesante que se está poniendo ahora... —Tras quitarle el móvil, escribió:

*¿Y eso, qué te lo ha impedido?*

*PD: Soy Cristian.*

Dani se puso a reír antes de responder:

*Hola, Cristian. Es que estoy convencido de que mantener una relación solo sexual tiene connotaciones muy distintas para los dos. Esa chica me acojona. Y ahora que el destino se pone de mi parte, ya que estamos pasando la noche en el mismo piso, prefiere estar con tu hija mientras yo estoy aquí subiéndome por las paredes, imaginando lo que podría estar haciendo en esa cama que, por cierto, es enorme y no chirría.*

Esteban recuperó su móvil de un tirón y tecleó deprisa:

*¡La madre que te parió! ¿Cómo sabes que no chirría? No, mejor no entres en detalles.*

Dani se despidió:

*Están abriendo la puerta, os dejo, a ver si hay suerte.*

—Vaya, me voy a quedar con las ganas de saber qué pasa —apostilló Cristian sonriente—. Yo apuesto a que no se la tira porque, chico, tú sí te vas a enterar de cómo acaba el asunto, ¿verdad?

—Por supuesto, no te quepa duda, pero me consta que lo haces con segundas intenciones. Entonces, ¿yo tengo que apostar a que sí lo hace? ¿Qué nos jugamos?

—¿Un café? —sugirió Cristian.

—¡Joder, anda que arriesgas mucho tú!

—Cambio la apuesta. Si gano, te casas con mi hija y me hacéis abuelo.

—¡La hostia! ¡Acepto ese café! —exclamó sobresaltado. Luego, relajando su rostro, continuó—: Por lo visto, tengo tu consentimiento para pedirle la mano a Beth.

—Por supuesto. Beth me ha dicho que te gustan los niños, me vais a dar nietos, ¿verdad?

—Eso esperamos. A los dos nos encantan, incluso hemos planificando ir en vacaciones al pueblo para que puedan jugar con las bicis, las pelotas... me quedé asombrado viendo esas calles llenas de niños de distintas edades jugando juntos. —Esteban tenía una mirada soñadora que a Cristian no le pasó desapercibida. Pero enseguida, su rostro cambió, adoptó una pose seria y concentrada—. Cambiando de tema, quiero aprovechar que estamos solos para contarte algo que no te va a resultar nada fácil de encajar.

—Esteban, me estás asustando.

—No más de lo que lo estoy yo, sobre todo, después de lo de Joseph. Si ya lo hizo una vez...

—Esteban, ¿por qué no empiezas por el principio?

Asintió, respiró hondo y con un nudo en la garganta, explicó:

—Después de que Celeste hallara los sobres en el escondite de su madre, lo fotocopiamos y lo revisamos todo, ¿te acuerdas?

—Sí, claro, yo me encargué de las fotos.

—Bien, pues te faltan por ver las que había en uno de los sobres. Celeste estaba muy nerviosa y no se fijó en las imágenes que acabábamos de fotocopiar, yo las cogí y me las guardé en el



bolsillo. —Escrutó el rostro de Cristian, lo vio concentrado y con el entrecejo fruncido, sus manos estaban blancas de tanto apretar el reposabrazos de la silla—. El sobre que tengo escondido en mi casa contiene las fotos del accidente en el que murió Sara.

Cristian se derrumbó, su piel perdió todo rastro de color mientras aullaba de dolor, un dolor causado por una muerte sin sentido que llevaba años y años rememorando.

Nada tuvo sentido aquel día, de repente y sin motivos aparentes, sabiendo desde el principio que tenía todas las de ganar, un coche inició una persecución mortal provocando que el pequeño utilitario de Sara perdiera el control y se precipitara al vacío. En cuestión de días, estuvo a punto de perder de un plumazo todo lo que daba sentido a su vida: además de su esposa, su hija.

En cuanto terminó el funeral, regresó al hospital, al lado de su hija moribunda, y le rogó a Dios con todas sus fuerzas que dejase vivir a Beth porque si no, ¿qué sentido tendría su vida? Él la cuidaría, haría acopio de fuerzas de nuevo para hacerla feliz, tendría un motivo para seguir viviendo, porque nada tendría sentido si ella también desaparecía.

Cumplió su palabra, Beth era feliz y él, a su manera, también. Se sentía orgulloso de su labor como padre. Y ahora, casi diez años después de su muerte...

Esteban evitó decirle que en esas fotos Sara continuaba viva, sus ojos suplicantes y su mano tendida en busca de ayuda así lo demostraban.

—No sé qué hacían en su poder. —Su voz era un susurro, sabía que Cristian estaba muy lejos de allí en ese momento— Pensé en llevarlas a la Policía, pero todo se complicó.

—¿Por qué? No entiendo nada. ¿Qué ganaba Débora con su muerte?

—Beth y yo estuvimos hablando con su detective. Creemos que el mismo día de su muerte, Sara quería hablar con Joseph en persona para pedirle que se hiciese las pruebas. De haberlo hecho, todo hubiera salido a la luz.

—Entonces, ¿Beth lo sabe? Estamos hablando de un asesinato premeditado.

—Sí.

—La echo tanto de menos. Me siento perdido sin ella y cuando Beth se vaya de casa...

—Cristian, en la mía siempre serás bienvenido.

—Gracias, pero no creo que os haga ninguna gracia tener una carabina rondando por ella. Yo estoy bien con mis clases y mis rutinas, pero quiero que me prometas que harás todo lo posible para desenmascarar a Débora, que la muerte de Sara no se quedará en el olvido. Prométeme que no quedará impune.

—Te lo prometo.

Al oír que la puerta se abría, ambos dirigieron la mirada hacia ella, la misma mujer que poco antes había informado a Celeste sobre el estado de su padre se acercó a ellos con paso firme. Detectó desaliento en el ambiente, ojos llorosos, caras descompuestas, vio que el hombre mayor casi no podía sostenerse en pie y malinterpretó la situación, creyendo que todo se debía al hombre que estaba ingresado en su sala.

—Joseph acaba de despertarse y no parece que haya ningún tipo de secuela. Lo atendieron justo a tiempo. No se preocupen, se recuperará. —Tras una pequeña pausa, continuó—: Pregunta por Esteban, ¿es alguno de ustedes?

—Sí, soy yo. ¿Podemos entrar a verle?

—No. Afirma que no intentó suicidarse ni tomó anfetaminas, pero en su metabolismo las había. Todo esto es muy raro, prefiero que no hable con nadie hasta que venga el psicólogo y la Policía.

—Dicho así tiene lógica —afirmó Cristian—. ¿Nos vamos a casa y regresamos por la mañana?

Esteban asintió y le pidió a la doctora que le dijese a Joseph que se alegraban de su recuperación y que volverían al día siguiente.

Cuando se quedaron solos, Cristian comentó:

—Debéis hablar con la Policía vosotros primero y enseñarles esas fotos, tal vez así cambien el tipo de interrogatorio y averigüen algo más.

Cuando Esteban entró en su piso, encontró a Dani mirando la televisión. Tras informarle del estado de Joseph, Dani se fue a la habitación de invitados mientras Esteban se metía en la suya después de llamar a la puerta y pedir permiso a las dos chicas.

—¿Cómo está mi padre? —se adelantó a preguntar Celeste.

—Ya se ha despertado. Está bien, pero no nos han dejado entrar a verlo.

Beth, emocionada, se abalanzó sobre él. Esteban, sonriendo, la besó.

—Aquí tres son multitud —exclamó Celeste—. Me voy a la habitación de invitados.

—Estupendo. Dani debe de estar allí.

—Mierda —masculló al salir.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Esteban

—Tú nunca me cuentas nada de lo que te dice Dani, no esperarás que yo te cuente lo de Celeste, ¿verdad?

—Tienes razón. Y tú, ¿cómo estás?

—Mucho mejor ahora que estás conmigo. —Una sonrisa acompañó sus palabras mientras se acurrucaba junto a él.

Un rato después, Esteban la oyó moverse a su lado.

—¿A dónde vas?

—A beber algo, tengo sed.

—Mentirosa, volveré a probar, ¿a dónde vas?

—¡Idiota! A ver si Celeste está en el sofá o con Dani. Y después, a beber.

—No hace falta que salgas —le dijo pasando el brazo por su cintura y acercándola de nuevo a su cuerpo—. He salido hace un rato, está en el sofá. —Le besó el hombro con suavidad—. Mañana tenemos que ir a la comisaría de Policía para contarles lo de las fotos y luego, a comer con mis padres. Están enterados de todo, pero cuidado con Alex.

## 61. En familia

Entraron en la comisaría y preguntaron por el inspector Morales, él era quien llevaba el caso de Sara. Esteban lo conocía de haberlo entrevistado en alguna ocasión y de cuando fue a ver el informe del accidente.

—Inspector, ella es Beth, es mi pareja y la hija de Sara.

Esteban le explicó cómo habían llegado esas fotos a sus manos y cuando le entregó el sobre, le indicó que Beth no las había visto y que prefería que siguiera siendo así. La mirada significativa que le dirigió lo preparó ante lo que vio en ellas.

—¿Podrías conseguir las originales?

—Sí, pero Débora podría darse cuenta de que han desaparecido y sería muy arriesgado, pero si hacen falta, están localizadas.

—Muy bien. Para el juicio habrá que presentar las originales. Muchas gracias por todo. Os mantendremos informados.

—Otra cosa, no sé si serás tú el encargado de llevar ese caso, el marido de Débora ingresó anoche por un supuesto intento de suicidio, hoy van a ir el psicólogo y la Policía a verle, pero él me ha llamado pidiendo ayuda...

El inspector lo mandó callar mientras hacía una llamada por teléfono.

—Aquí el inspector Morales. No envíen a nadie al Hospital de la Fe, yo me encargo del caso. También necesito que envíen unas fotos al departamento forense, son fotocopias, pero podemos conseguir las originales.

Tras colgar, el inspector puso su mano sobre la de Beth y le prometió que harían todo lo posible por llegar hasta el final. A ella le sorprendió su gesto, no sabía que el hombre tenía clavadas en la retina las imágenes que acababa de visualizar.

Esteban había puesto el móvil en silencio, cuando volvió a sacarlo para activar el volumen, vio que tenía una llamada perdida de su madre y un wasap:

*Ya hemos llegado. Dani ha tenido que ir al albergue y nos ha dicho que estáis en la comisaría. Avisa cuando terminéis.*

Esteban llamó a su madre sin pérdida de tiempo y quedaron en una cafetería para desayunar, cuando terminaron, Beth se quedó con ellos para hacerles compañía y enseñarles la ciudad mientras Esteban iba al hospital.

La puerta de la habitación permanecía cerrada, se quedó indeciso, sin saber si llamar o darse media vuelta y volver en otro momento, pero sus padres estaban en la ciudad y no quería perder la ocasión de disfrutar de su compañía, así que decidió llamar con los nudillos antes de abrir.

—¡Perdón! —dijo al ver dentro a dos policías, y volvió a cerrar la puerta.

—Esteban, pasa. ¡Te estábamos esperando! —le informó el inspector.

Tras cerrar la puerta, se acercó a Joseph para preguntarle cómo estaba.

—Los médicos dicen que te debo la vida. Actuaste con mucha rapidez, si no..., a saber lo que

hubiese pasado.

—Tenemos claro que no intentó suicidarse —afirmó el inspector Morales— Ahora debemos averiguar cómo llegaron las anfetaminas a su organismo, sospechamos que mezcladas con la bebida energética que se bebió, con un poco de suerte, la lata continuará en la basura. De hecho, necesitaríamos acceder cuanto antes al despacho.

—No hay problema, tengo las llaves aquí.

El policía se alejó e hizo una llamada.

—Uno de los míos irá con usted para tomar huellas y llevarse lo que crea conveniente. No hable con nadie sobre esto, después de lo que nos ha contado esta mañana, debemos proceder con cuidado.

—¿Qué les ha contado? —preguntó Joseph.

Ambos policías clavaron su mirada en Esteban y él movió la cabeza a ambos lados.

Esteban le dijo a Joseph que las fotos que encontraron estaban en manos de la policía porque las necesitaban como prueba, y también le habló del sobre que había ocultado.

—¿Me estás diciendo que no fue un accidente, que Débora tuvo algo que ver?! —exclamó al tiempo que su cuerpo empezaba a convulsionarse.

Llamaron a un médico y este le inyectó un tranquilizante que lo dejó dormido al instante.

Acto seguido, entró en la habitación una mujer joven con un pequeño maletín colgado del hombro, por su aspecto nadie podría imaginar que se trataba de una de las mejores del departamento forense de la Policía.

Cuando llegaron al despacho, colocó el maletín encima de la mesa y tras abrirlo, cogió un par de guantes que se calzó con presteza.

—¿Qué días suelen limpiar este despacho?

—De lunes a viernes, todos los días por la tarde.

—Entonces, no deben de haber tocado nada de lo que hay aquí ahora, ¿cierto?

—Se supone que no, hasta el lunes no debería limpiar nadie nada.

En la papelera, además de la lata, vieron un envase pequeño de aluminio con restos de ternera en salsa, una punta de pan reseco, envoltorios de caramelos, un bolígrafo al que se le había terminado la tinta y una botella vacía de vino tinto. La mujer fue metiendo cada objeto en una bolsa antes de etiquetarla.

—Esteban, ¿sabe usted si acostumbraba a comer aquí?

—A veces. Ahí detrás hay una habitación con baño y una pequeña cocina. Últimamente, pasaba mucho tiempo aquí.

—Han insistido en que busque una bebida energética. Aparte de esta, ¿sabe si hay alguna lata más?

—En la nevera siempre suele haber. En la sala de reuniones, detrás del biombo blanco, hay una cinta de correr plegada. Está delante del televisor. Le he visto usarla y después tomarse una de esas bebidas.

Encontraron un paquete al que solo le faltaba una lata.

—¡Hubiese podido tomársela cualquiera, está muy a la vista! —dijo la mujer.

—Aquí solo entramos Celeste, Beth, Joseph y yo, pero la verdad es que sí.

—¿Quién más tiene llaves de este despacho?

—La chica de la limpieza, Celeste, Joseph, Débora, la chica de recepción y yo, pero este despacho nunca se cierra con llave, lo importante se guarda en la caja fuerte y la contraseña solo la sabemos Joseph y yo. Por si pasase algo, está apuntada en la caja fuerte que poseen en el banco.

La mujer cogió una pluma y un espray con el que roció la manilla de la nevera, después, con un plástico doblado recogió la huella que quedó marcada. Su vista recorrió el despacho y tras sacar de su maletín una linterna que emitía una luz de color azul, iluminó el suelo en busca de huellas. Al momento, distinguió un pequeño círculo unos centímetros más adelante. Esteban pensó en unos zapatos de tacón no demasiado fino.

Antes de marcharse, abrió la nevera y después de fotografiarlo todo, cogió el resto de latas y botellas de agua que allí había.

—Ya he terminado, ¿nos vamos?

Esteban asintió y salieron juntos.

\*\*\*\*\*

Estaban sirviendo los entrantes cuando Dani hizo su aparición.

—Celeste, ¿qué haces aquí? —preguntó sobresaltado.

—He venido a conocer a los suegros de mi hermana. ¿Tienes algún problema?

—Princesa, no te pongas a la defensiva. Es que no esperaba verte y me he sorprendido.

Alex se levantó al momento y corrió para saltar sobre él y darle un beso.

—¿Sabes qué? Me he hecho un montón de fotos con Celeste y Beth. Me han dado permiso para subirlas a Instagram. ¡Mis amigos van a flipar! Voy a tener fotos con una famosa.

—¿Famosa? —preguntó Dani.

—Sí, el otro día, después de hablar con Esteban, mamá dijo: «Menuda sorpresa, su padre no es su padre y tiene una hermana que sale en las revistas. Cariño, busca en Google, a ver qué aspecto tiene, me suena el nombre, pero no le pongo cara».

Dani rio a mandíbula abierta al ver la cara de consternación de Gloria y que Esteban se estaba percatando del embrollo en el que su madre se había metido.

—¡Alex! —Esteban esperó a que su hermano fijase su atención en él antes de continuar con la explicación que tenía en mente—: Dani y yo solemos decir muchas veces que somos hermanos, pero tú sabes que no lo somos, ¿verdad? —Esperó a que asintiese antes de continuar—. Pues Beth y Celeste son algo parecido. Cuando subas las fotos a Instagram, pon sus nombres y di que son unas buenas amigas tuyas. Si quieres, luego nos hacemos más todos juntos y las subes todas a la vez.

—Sí, el otro día salías tú, Dani y Beth en una foto que mamá había recortado de un periódico, la tiene guardada en un cajón.

—En esa foto también salimos Celeste y yo —afirmó Cristian.

—¡Ah, sí! Me acuerdo de que dijeron que eras el padre de Beth, pero como no te conocía, no hice mucho caso.

Esteban sacó el móvil del bolsillo y vio en la pantalla un largo número de teléfono.

—¿Quién es? —inquirió Beth con curiosidad.

Sin responder a su pregunta, se alejó un poco del grupo para poder hablar sin ser escuchado.

Era la policía, en la lata vacía que encontraron en el despacho de Joseph había restos de anfetaminas y las huellas de Débora. Le pidieron que fuese a abrirles para que pudiesen dejarlo todo tal y como estaba. Así, al no haber transcendido nada sobre el incidente, tendrían más días de margen para planificar una estrategia y cogerla *in fraganti*.

Vio que Beth no apartaba la mirada de él, cuando colgó, se acercó a ella y puso un dedo bajo su barbilla para que levantase la cabeza.

—¿Qué pasa?

—¿A qué te refieres? —respondió Beth con otra pregunta.

—No me has quitado la vista de encima en todo el rato. ¡No empecemos otra vez con las escenitas de celos!

—No era por eso.

—¿No?

—Observaba lo sexi que estás cuando pones cara de preocupación. —Beth le hizo un guiño mientras fruncía los labios.

—¡La madre que te parió! —Bajó la cabeza hasta apoderarse de su boca, ante el asombro de los allí presentes.

Después, no fue capaz de mirar a nadie, consciente del color escarlata que se había apoderado de su rostro tras su súbito arranque de espontaneidad.

—Tengo que irme, en menos de media hora estaré de regreso.

—Espera, te acompaño. —Dani se levantó con rapidez.

—No hace falta. Puedo ir solo.

—Ni de coña, quiero enterarme de lo que pasa.

—Joder, ¿nunca te han dicho que eres un pelmazo?

—Pues sí, pero no me gusta que me digan cosas negativas. Anda, princesa, dime algo bonito.

—¡Vete a la mierda! —espetó Celeste—. Busca a alguna de esas amigas que tienes por ahí y que te lo diga ella.

Dani imitó el gesto de Esteban, obligándola a mirarle.

—Princesa, eso no ha sido bonito. Acabas de quedarte sin beso. —Dio media vuelta y volvió a su sitio.

Esteban sonrió al oír el comentario. Sí, ese era Dani, natural como la vida misma.

Iban a pedir el postre cuando vieron llegar a Esteban. Celeste se preguntaba dónde se metería todo lo que devoraba. Los demás no vieron nada extraño, estaban más que acostumbrados a su figura. Gloria solía comentar que desde que se había ido de casa, su nevera parecía otra, daba gusto abrirla y ver que seguía llena.

Alex fue el primero en levantarse cuando dieron por finalizada la comida.

—Dani, Esteban, venid aquí. Quiero hacerme un selfí con vosotros para presumir de hermanos.

Los tres se pusieron a la misma altura y sonrieron mientras Alex estiraba los brazos todo lo que

podía y se oía un «clic», cuando la foto quedó fijada, pudieron ver a un chaval pecoso custodiado por un tipo de sonrisa seductora con el pelo a rastas y un joven moreno de penetrantes ojos verdes que había dejado de llevar gafas hacía ya unos cuantos meses.

—Beth, ven con nosotros. Quiero una foto con mis hermanos y mi chica. —Esteban la cogió de la cintura para acercarla.

De pronto, sintió un pequeño pellizco en su propia cintura. Una cosa tenía clara, Beth no había sido. Enseguida, supo lo que Dani esperaba que hiciese, pero se hizo de rogar un poco más, tras devolverle el pellizco, exclamó:

—Celeste, ¿no quieres salir en las fotos? —Esteban le hizo un gesto para que se acercase.

En cuanto la tuvo cerca, Dani la cogió por la cintura. Un par de fotos después, las dos chicas se juntaron más, dejando delante de ellas a Alex. Ellos se acabaron quedando cada uno en una esquina. Dani vio cómo Esteban apretaba a Beth pasándole la mano por el abdomen y decidió hacer lo mismo, arriesgándose a recibir un fuerte pisotón, en vez de eso, sintió un suave roce en su mano cuando Celeste entrelazó sus dedos con los suyos. Cuando Alex les enseñó la foto, se sorprendieron al ver lo bonita y natural que había quedado.

Gloria sugirió hacerse una todos juntos. Cristian buscó a Carlos y le pidió que les hiciese varias fotos, eso de los selfis eran cosas de la juventud, donde hubiese alguien controlando la distancia y enfocando, que se quitase todo lo demás.

Después de la sesión fotográfica, decidieron ir a dar un paseo por la playa, a esa hora el sol pegaba con fuerza, pero la brisa marina y el sonido de las olas al romper en la arena era algo de lo que no podían disfrutar en el pueblo de sus padres. Cuando quisieron darse cuenta, los hombres habían formado un grupo y las mujeres y Alex, otro.

A una cierta distancia por detrás de ellas, los hombres conversaban animados.

—Os invito a un café —dijo Esteban haciéndole un guiño a Cristian.

—¿Qué os traéis entre manos vosotros dos? —preguntó Dani con suspicacia.

—Nada. ¿Es que no puedo invitaros? Las chicas están bastante lejos y a mí me apetece un café

—Dani, ¿hubo suerte ayer o no? —preguntó Cristian arqueando una ceja, aunque ya sabía la respuesta.

—No, me pasé en vela toda la noche. Sé que ella también porque la oí moverse, pero no vino a buscarme. —Una mueca de desilusión bailaba en su rostro.

—¿Y no podías haber ido tú? —preguntó Cristian—. Imagino que cuando Esteban volvió a casa, no se montó un trío con Celeste y mi hija —dijo haciendo alusión a la conversación por WhatsApp de la noche anterior.

Dani, con una risa jocosa, le pasó el brazo por el hombro para explicarle el motivo. Mientras Esteban y su padre desviaban la mirada, incómodos por el rumbo que había tomado la conversación.

«Por fin, una que se le resiste, esto tengo que contárselo a mi mujer», pensó José contento porque se había enterado de algo de sus hijos antes que ella.

## 62. Visita en casa

Igual que en los últimos años, Dani se trasladaría al piso de Esteban mientras tuviesen que ocuparse de Alex. Lo habían inscrito en la escuela de verano y antes de irse a trabajar, Esteban lo dejaría allí y a mediodía lo recogería. Por la tarde, se quedaría con Dani en el albergue y luego, irían a la playa, a pasear o al cine, les gustaba pasar tiempo con Alex porque podían disfrutar muy poco de ese hermano que apareció cuando nadie contaba con ello para llenarles de felicidad.

Cuando Celeste le comentó que no conocía la urbanización, solo el piso de Esteban, Alex decidió hacer de guía para enseñarle el parque y la piscina, también le dijo a Esteban que cuando subiese a dejar su maleta, bajase las raquetas de pádel para enseñar a Celeste a jugar.

—Cariño, ¿vienes conmigo?

—Sí, claro.

Esteban la cogió del hombro mientras arrastraba la maleta con su mano libre.

Se metieron en el ascensor, este era amplio, con capacidad para seis personas y un espejo frente a la puerta en el que había visto más de una vez a Beth darse los últimos retoques para salir, como pintarse los labios, atusarse el pelo y demás, había una barra de aluminio a media altura que daba la vuelta al rectángulo que hacía de base, una doble puerta de seguridad lo aislaba del exterior.

Observó a Beth, su piel estaba bronceada, le sentaba bien esa tonalidad más oscura. Llevaba puesta la falda vaquera que tanto le gustaba, era ideal para meter las manos bajo ella, su tela consistente pero suave era agradable al tacto y a la vez impedía que su mano se deslizase.

Elevó la vista hasta centrarla en el top, de un estampado muy veraniego, unos finos tirantes desaparecían bajo la tela fruncida que remarcaba el pecho para luego caer suelta hasta la cintura.

Se imaginó a sí mismo bajando la prenda de un tirón y degustando aquellos preciosos pechos que se ocultaban a su vista.

La cogería por sorpresa, cuando quisiese darse cuenta de lo que estaba pasando, su pecho habría desaparecido dentro de su boca y lo mordería con fuerza para luego pasarle la lengua con suavidad y alejar todo rastro de dolor.

Ante el primer grito, la silenciaría con su boca, absorbiendo los gemidos mientras sus lenguas lucharían desesperadas. Le cogería el trasero para amasarlo a su antojo, clavándole los dedos en la carne y pellizcándola con brusquedad.

Cuando estuviese aullando de placer, la enfrentaría a su propia imagen ante el espejo para que observase su expresión de abandono, su boca entreabierta exigiendo más y más, sus ojos anhelantes reclamando la culminación. Se la follaría observándose los dos en el espejo, sería una visión que ninguno de los dos olvidaría jamás.

Abstraído en sus pensamientos, vio dos pequeñas protuberancias que tensaban la tela del top. Alzó la vista hasta llegar al rostro de Beth, pero ella no le miraba la cara, su vista estaba fija en su entrepierna cuya tela amenazaba con romperse de un momento a otro debido a lo que emergía de su interior.



Beth respiró agitada tras lanzarse a desabrochar el botón del pantalón y liberar el miembro allí enclaustrado, pero Esteban tenía otros planes, iba a ser un duelo de voluntades para ver quién se hacía con el poder, ella quería tener su miembro entre las manos y él solo deseaba saborear sus exquisitos pechos y darles el tratamiento que se merecían.

Sus manos abarcaron el trasero de Beth y se apoderó de sus nalgas, no hubo ningún impedimento, ninguna tela que apartar, ni bragas que estorbasen, su fantasía estaba siendo superada por la realidad, apretó con fuerza y luego, deslizó la mano hacia abajo, allí encontró el secreto, una fina tira le impedía hundir los dedos dentro de ella, la giró con brusquedad mientras la obligaba a abrir las piernas para darle cabida.

Beth sintió cómo la forzaba para que levantara la cabeza y se quedara cara a cara con su reflejo, gimió con fuerza ante lo que vio: el brillo de sus ojos y su expresión de anhelo, abandono y desesperación por sentir aquello que solo Esteban era capaz de darle.

En esos momentos, los ojos de ambos se encontraron. Tras apartar la fina tela que le estorbaba, la penetró de una sola embestida. Beth apoyó las palmas de sus manos en el cristal para no verse lanzada contra él, pero Esteban había sido previsor y la tenía cogida por las axilas. La liberó del agarre y arremetió con fuerza de nuevo, cogiéndola por la cadera para acercarla más a él. Ambos se perdían en la mirada del otro. Volaban juntos hacia una culminación inminente mientras se observaban, ansiosos y desesperados.

Alcanzaron su culminación al mismo tiempo, lo intuyeron en unos instantes. Al ver que ella cerraba los ojos con fuerza, Esteban se dejó llevar, vaciándose en su interior.

No se dieron cuenta del tiempo que podía haber transcurrido, una sacudida los devolvió a la realidad, el ascensor comenzó a bajar. Se observaron asustados. Con la respiración acelerada, Beth se bajó la falda de un tirón y se ajustó el top. Esteban, en un momento de lucidez, apretó el botón de emergencias para que el ascensor se detuviese. Tras soltarlo, pulsó el número cuatro de nuevo.

Nada más dejar la maleta en la habitación de invitados, oyeron la voz de Dani.

—¡Alex, ven aquí! ¿No vas a enseñarle a Celeste la magnífica tele que hemos comprado para jugar a la Play? Seguro que la de su casa no es tan grande. —Tras pensarlo un momento, rectificó—. Bueno, seguro que en su casa hay cuatro como esta, por lo menos.

—Cinco para ser más exactos. —Cogió a Alex por el hombro y juntos se acercaron a la mesa—. Pero no tengo ninguna Play Station.

—Yo puedo enseñarte a jugar, se me da muy bien.

En esos momentos, aparecieron Esteban y Beth de la mano. Dani los miró con fijeza y de su boca no llegó a brotar esa sonrisa que ellos sabían que estaba ocultando. Sus ojos lo decían todo.

Beth bajó la mirada mientras soltaba la mano de Esteban para escabullirse, pero Dani aún no había dicho la última palabra y no era de los que se quedaban con las ganas. Se acercó a ellos, los cogió a ambos por los hombros y se los llevó a la cocina.

—Me estaba preguntando por qué el ascensor, después de estar un buen rato en el cuarto piso, ha empezado a bajar y de repente, se ha detenido para subir de nuevo. Solo se me ocurre una respuesta. —Les soltó para crear más expectación, abrió la nevera y cogió de su interior una botella de agua—. ¡Habéis sido unos chicos malos! —afirmó antes de tomarse un buen trago,

observando cómo reaccionaban.

—¡Dani, te estás pasando! —espetó Esteban.

—¿Por qué? Luego quiero conocer todos los detalles escabrosos. —Le señaló con la botella antes de volver a guardarla en la nevera—. Últimamente, el único que tiene algo que contar eres tú, yo le he prometido fidelidad a una tía a la que no me estoy tirando. ¡Manda huevos! —Salió de la cocina dejando a Beth con la boca abierta.

—Salgamos nosotros también. —Esteban le dio un ligero empujón y salió antes de darle tiempo a Beth de preguntar nada para sonsacarle información.

El lunes por la mañana, Esteban y Beth llegaron con retraso al trabajo. Alex se había entretenido desayunando y después, tardaron en encontrar un sitio libre para aparcar, al final, Beth se tuvo que quedar en el coche mientras él acompañaba al niño hasta la entrada de la escuela de verano y se presentaba a los profesores.

—Beth te ha pillado con la guardia baja —afirmó Celeste.

Esteban entrecerró los ojos, sin saber de qué estaba hablando.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando hicisteis las paces, al personal le sorprendió veros llegar juntos y sonrientes de nuevo. Como ya debes saber, lo vuestro es un secreto a voces. Para disimular, cuando entrabais, Beth se quedaba a tomar un café mientras tú subías a trabajar. La semana pasada empezaron a hacerle comentarios a Beth porque en la misma puerta os soltabais las manos.

—Beth no me ha dicho nada —se extrañó.

—Sabe que te daría vergüenza y ella es capaz de seguirles la broma sin ningún problema. Sin embargo, hoy habéis entrado agarrados de la mano y Beth, antes de irse, te ha dado un beso en la boca.

—¡Joder! —No se había dado cuenta, lo habían hecho de forma inconsciente, un pequeño beso inofensivo.

—Tranquilo. No es el fin del mundo.

—Muy graciosa, ¿y tú, qué haces aquí plantada en medio de la escalera? ¿A dónde vas?

—Iba a ver a mi padre cuando he oído la puerta y os he visto.

—Yo también voy a verle ahora. A ver si le apetece que salgamos a tomarnos un café y así se despeja... Celeste, ¿por qué nunca te tomas el café con Beth y las otras chicas? —De pronto, fue consciente de lo poco que alternaba Celeste en el trabajo.

—Nunca me lo han propuesto y no me sentiría cómoda apareciendo por allí como si tal cosa. Pensé en decírselo a Beth, pero...

—Se me ocurren dos opciones, o se lo dices a Beth y ella te integra de hoy para mañana, aunque nunca dejarás de ser una intrusa, la hija del jefe, o empiezas tú misma a relacionarte con ellas. Por ejemplo, se te puede romper la impresora y tener que bajar a hacer fotocopias, en vez de ir de jefaza, pídeles que te enseñen cómo funciona y las haces tú. Sobre las once se toman un descanso para almorzar.

Le hizo un guiño y siguió subiendo por las escaleras para iniciar su jornada laboral o lo que era lo mismo, coger al jefe y dejarse invitar a un café y un cruasán en la cafetería de enfrente.

Las cosas no salieron como esperaba, Joseph le pidió que le acompañase porque según él, necesitaba asesoramiento y una segunda opinión de alguien de confianza le vendría bien. Esteban no sabía lo que iban a tardar y decidió que lo mejor sería decirle a Beth que saliera antes y recogiese a Alex.

De pronto, se asustó, iba a irrumpir en una sala llena de mujeres donde sabía que él era el tema del momento para decirle a la chica que acababa de besar hacía un rato delante de todo el mundo que saliese porque tenía que hablar con ella. ¡Menudo corte!

Oyó voces femeninas que cantaban «Cumpleaños feliz». Se acercó sin hacer ruido, el olor a café recién hecho inundó sus fosas nasales, le faltaba su dosis de cafeína matutina. Llamó a la puerta con los nudillos, esperando que alguien lo oyese, no hubo suerte. Estaba a punto de retroceder y dejarle una nota a Beth sobre su mesa de trabajo cuando oyó una voz:

—Beth, me parece que te buscan, no tengo muy claro si es el jefe o tu chico.

—Tengo un dos por uno. —Se oyeron risas y a continuación, de nuevo, la voz de Beth—. Si me perdonáis un momento, voy a ver qué quiere el jefe y a llevarle un trozo de tarta a mi chico.

Beth salió y le metió un trozo de tarta en la boca de sopetón, sabía que el chocolate le pirraba, entrecerró la puerta mientras miraba a Esteban con una sonrisa bailando en su rostro.

—¿Qué pasa?

—Menudo cachondeo os lleváis ahí dentro. Me voy con Joseph, no sé a qué hora volveré, así que no me esperéis para comer. ¿Puedes recoger a Alex y llevárselo a Dani? El jefe te deja salir una hora antes. —Un guiño acompañó sus palabras.

—Y mi chico, ¿no va a darme un beso?

Esteban miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los observaba y cogiéndola de la cintura, la acercó a él, obligándola a abrir la boca para capturar su lengua. Ella le rodeó el cuello con sus brazos, notando cómo las manos de Esteban bajaban para apoderarse de su trasero. Al otro lado de la puerta se hizo el silencio, pero no le dio importancia.

—Te veo luego —susurró sobre su boca antes de dar media vuelta y marcharse.

Cuando Beth volvió a entrar, observó mucha sonrisita a su alrededor y enrojeció cuando vio el espejo colocado de forma estratégica para que se viera en él la puerta de la entrada.

No supo nada de Joseph ni de Esteban en todo el día y tras dejar a Alex con Dani, se fue a casa. Se preguntaba qué se traerían entre manos y dónde estarían. Sobre las siete de la tarde, Esteban la llamó para decirle que estaba a punto de llegar y que si quería ir a la bolera con Dani y Alex. Ella declinó la invitación, consciente de que también tendrían ganas de estar solos con su hermano pequeño.

A la mañana siguiente, se presentaron en la oficina cada uno por su lado. Beth subió a saludarlo y volvió a bajar con rapidez para tomarse el café con las chicas. Durante el resto de la mañana, lo pilló varias veces mirándola y sonriendo cuando se daba cuenta de que lo había pillado. Entre susurros, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada, me gusta observar a mi chica. ¿Algún problema? —respondió él también susurrando.

—Ninguno, pero... me estás poniendo nerviosa.

Él sonrió y siguió con lo suyo.



### 63. Joseph vuelve a casa

Joseph seguía sin creer que había aceptado volver a casa y convivir de nuevo con aquella «mujer», pero se lo debía a Sara.

Dirigió la mirada a su alrededor, todo seguía igual que antes de su marcha, se respiraba un aire distinguido y caro. Allí no había cabida para niños, animales domésticos ni nada personal más allá de las fotos familiares, aquella casa era lujosa, pero nada cómoda.

Observó el marco que contenía la foto de su enlace y se imaginó otra muy distinta, una en la que salía una chica joven y maravillosa junto a él y tres o cuatro niños delante de los dos, Beth sería uno de ellos.

Una voz que le produjo arcadas se oyó a su espalda:

—Por fin te has dignado volver, ya iba siendo hora.

—Tenía que hacerlo, es nuestro trigésimo aniversario y sí, te estoy preparando una sorpresa que no puedes ni llegar a imaginarte.

—¿Me estás amenazando?

—No. La experta en «eso» eres tú. Yo solo te estoy diciendo una realidad. Voy a pedir el divorcio, debí haberlo hecho hace ya muchos años, más de veinte. En aquella época habrías obtenido todo lo que me hubieses pedido. Ahora, en cambio, te vas a quedar sola y sin nada.

Ella se puso a reír, su risa forzada y desencajada, le dijo más a Joseph que cualquier palabra que hubiese podido salir de su boca.

—La mitad de la empresa es mía.

—Tú lo has dicho. Esos serán tus ingresos mensuales.

—¡¡No serás capaz!! —gritó ella— ¡Hablaré, lo contaré todo!

—Hazlo, y no olvides decir que también me obligaste a renunciar a la mujer de mi vida sabiendo que llevaba en su vientre a mi hija. Me lo ocultaste todo a propósito para salvar qué, no había nada que salvar de lo nuestro, siempre hemos sido infelices juntos. Ha llegado el momento de seguir con mi vida. Solo, sin ti. Al fin y al cabo, nunca has estado ahí.

Se dirigió a su habitación sin dirigir ni una sola mirada a su mujer. Acababa de poner los pies en esa casa y ya sentía que se ahogaba.

En cuanto abrió la puerta, cerró los ojos y contó hasta diez despacio. Su habitación era también su refugio. Un rato después, oyó cómo se cerraba la puerta principal. Sabía a donde iba y que tardaría un par de horas en volver. Bajó con rapidez para abrirla de nuevo.

Dos hombres jóvenes y trajeados entraron, llevaban sendos maletines que abrieron sin pérdida de tiempo. Observaron a su alrededor y le formularon a Joseph varias preguntas que ya había respondido ya con anterioridad, uno de ellos preguntaba mientras el otro, con un pinganillo en el oído, ajustaba pequeños artilugios y levantaba el dedo pulgar cada vez que debían moverse. «¿Dónde suele pasar más tiempo su mujer en la casa? ¿Cuántos teléfonos móviles posee? ¿Usa el fijo?», le volvieron a preguntar.

Les enseñó toda la casa mientras iba contestando a sus preguntas. El del pinganillo cogió

distintos objetos y poco después, volvió a dejarlos en su ubicación exacta. Tanto le servían maceteros como divanes o cuadros.

## 64. La hipoteca

Beth y Alex estaban jugando a la Play Station cuando sonó el timbre. «¿Quién será?». Beth sabía que Esteban esperaba visita, pero se comportaba de una forma muy enigmática y no lograba sonsacarle nada. Al final, le dijo que se estaba poniendo pesadita y que hiciera el favor de irse a jugar con Alex, que él no podía estar en dos sitios a la vez.

—Voy yo —oyeron que decía Esteban desde la cocina—. Eres el primero en llegar. Ven, te voy a presentar a mi hermano pequeño.

—Alex, este señor es Joseph, es mi jefe y el de Beth.

Alex desvió la mirada de la pantalla para saludarlo con un escueto «Hola» y siguió con el juego.

—Beth, ¿a dónde vas? Quiero seguir jugando.

—Voy a saludar a Joseph. Juega un rato tú solo o apaga eso y ven con nosotros.

Beth ya había tenido su dosis de Play para el resto de la semana, no entendía cómo Dani, Esteban y Alex podían pasarse horas y horas delante de aquel juego. Sonó de nuevo el timbre del portero automático, era Cristian.

—Papá, ¿qué haces aquí?

—Ni idea. Mi yerno me ha dicho que viniese a las seis, que me invitaba a merendar, y aquí estoy.

—Ahora solo falta mi hija —constató Joseph mirando su reloj. El timbre volvió a sonar y fue a abrir la puerta, Celeste se sorprendió porque no esperaba encontrárselo allí.

Cuando volvieron al comedor, Esteban salió de la cocina con una bandeja llena de pastas, cafés, refrescos y zumos que posó sobre la mesa principal, la que solo utilizaba en ocasiones especiales o cuando tenía invitados, ya que no cabían todos en la pequeña.

—Os estaréis preguntando para qué os he reunido —Joseph comenzó su disertación—, le prohibí a Esteban que dijera nada porque quería que fuera una sorpresa. Celeste, hace un tiempo, me comentó su deseo de independizarse, he encontrado un piso para ella y estoy seguro de que será de su agrado, pero no sería justo pagarle la entrada de un piso a una de mis hijas y a la otra no.

Celeste soltó un pequeño grito, se levantó y lo cubrió de besos. Beth y Cristian se miraron de reojo, sin saber qué hacer. Para Beth, aceptar ese regalo, era como dejarse comprar. Cristian se sentía incómodo, aquello era el primer paso para ir perdiendo a su hija en favor de otro padre que podía darle un porvenir mucho mejor.

—Espera, Celeste, aún no he terminado. Estás acostumbrada a tenerlo todo y por eso, no valoras nada. Tienes un trabajo y un buen sueldo, así que, a partir de ahora, si quieres un piso propio, tendrás también que pagar la hipoteca, como el resto de los mortales. —Su voz se dulcificó para hablar con Cristian y Beth—. En cuanto a vosotros, lo de la hipoteca también estará ahí. Cristian, sé por Esteban lo que estás pagando por tu piso, con el nuevo pagarás lo mismo y durante la misma cantidad de años, la única diferencia es que en un futuro estarás más cerca de tu

hija. Ese piso irá a su nombre, por supuesto. No estoy comprando vuestro silencio. De hecho, no tengo ningún problema en hacer público que tengo otra hija, pero no me parece justo para ti, Beth es tu hija, siempre lo ha sido, y eso no va a cambiar. Solo quiero que seáis felices y sé que Beth no lo será si tiene que estar alejada de ti. Además, si estos dos tienen niños, solo tendrán que subir un par de pisos para ver a su abuelo.

—¿Está en esta misma finca? —Cristian recogió con el dedo una lágrima que estaba a punto de resbalar por su mejilla.

—Sí —confirmó Joseph emocionado ante la reacción del otro hombre—. Si queréis, podemos subir a verlo —dijo sacando un manojo de llaves de su bolsillo.

El piso estaba muy bien. Cristian pudo imaginarse allí instalado con varios niños jugando a su alrededor. Sintió cómo una mano cogía la suya. La apretó sabiendo que era la de Beth. Esteban, detrás de ellos, cruzó una mirada con Joseph y este le mostró una sonrisa espontánea. Vio cómo Celeste se acercaba a su padre y le preguntaba algo en voz baja. Joseph, sin dejar de sonreír, sacó otras llaves.

—El tuyo está en el bloque contiguo, no está amueblado, pero es igual a este.

Celeste, tras darle las gracias a su padre, corrió hacia Beth para darle la buena noticia. Joseph, al verse solo, se acercó a Esteban.

—Solo por ver esas reacciones ha valido la pena. Cuando Débora vea que he vaciado la cuenta, se va a armar la de Dios.

—Ya oíste lo que dijo el abogado, es todo legal y si se opone a que le des algo a Beth, ya sabes lo que hay que hacer.

—Vaya, vaya, había reunión familiar y os habéis olvidado de invitarme. —Todos giraron la cabeza en busca del dueño de aquella voz tan familiar. Dani y Alex traspasaron la puerta, iban en bañador y con una toalla que colgaba sobre sus hombros—. Así que he decidido ir con mi hermanito a darnos un chapuzón.

Mientras hablaba, iba estrechando la mano de los hombres y después, les dio dos besos a las chicas.

—Princesa, según tengo entendido, vas a tener que pagar una hipoteca. ¿Sabes lo que es eso?

—Serás idiota —exclamó enfadada—. Por supuesto que lo sé. Llevo años viviendo de mi sueldo, pagaré la puñetera hipoteca y lo que haga falta. ¿Por qué te divierte tanto sacarme de mis casillas?

Los dejaron discutiendo, como iba siendo costumbre entre los dos, y se fueron a ver el resto del piso.

Al cabo de un rato, Celeste apareció tras ellos. A Dani y Alex no los vieron más por ninguna parte y dieron por sentado que habían subido a la azotea.

Cuando terminaron el recorrido, Esteban propuso bajar a su casa a tomar algo, pero tanto Cristian como Joseph declinaron la invitación, conscientes de que los jóvenes estaban deseando meterse un rato en la piscina.

Beth, Esteban y Celeste subieron a la azotea, donde encontraron a Alex a hombros de Dani para tirarse de cabeza al agua. Había bastante gente a su alrededor. Esteban corrió hacia ellos y se zambulló imitando a su hermano mientras las chicas buscaban las escaleras. Una vez dentro,



observaron cómo los hermanos disfrutaban del baño, ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor, ellas se quedaron charlando en una de las esquinas.

—¡Ah, Dani, menudo susto me has dado! —exclamó Celeste cuando sintió que le cogían la pierna por debajo del agua.

—Celeste, perdona si me he pasado un poco. No era mi intención hacerte sentir mal, no te enfades conmigo. —Le mostró su juvenil sonrisa, esa que la desarmaba por completo.

Viendo que la conversación tenía pinta de alargarse y queriendo también darles intimidad, Beth hundió la cabeza y se deslizó por debajo del agua para asustar a su chico. Cambió de parecer en el último instante y cogió el pie de Alex, que, emocionado, se convirtió en su sombra. Esteban se alegró de poder incluir a alguien más en el juego, pues Alex exigía una atención absoluta y a Beth se la veía muy feliz con el niño. Ambos abrían las piernas para que Alex pasase entre ellas e intentase llegar hasta la otra pared sin sacar la cabeza del agua, cuando se cansaba de hacer eso, se salpicaban unos a otros o buceaban para ver quién recuperaba primero el objeto que habían tirado antes al fondo.

Dani se acercó a Esteban y le susurró algo al oído, él asintió. Beth le siguió con la mirada, vio cómo nadaba hasta donde estaba Celeste y cómo después salían de la piscina cogidos de la mano. No sabría decir el tiempo que había pasado cuando los vio aparecer de nuevo, ambos sonrientes y haciéndose carantoñas.

Al fin, consiguieron que Alex saliese de la piscina y bajaron al piso a ducharse y vestirse para la cena.

## 65. «Déjà vu»

—¡Maldito hijo de puta! ¿Qué has hecho con el dinero? —Débora abrió la habitación de Joseph sin previo aviso, escupiendo las palabras.

—Débora, sabes que no puedes entrar en mi habitación sin pedir permiso. —Su tono era pausado, llevaba un par de días esperando su arrebato y estaba preparado—. Es el único espacio de esta casa en el que puedo estar en paz sin que me impongas tu presencia.

—No me has respondido. ¿Y el dinero?

—No hay dinero. Te lo advertí. He hablado con un abogado ajeno a todos nuestros negocios. Todo lo que he hecho es legal.

—¿Qué has hecho?

Hacía ya tiempo que su rostro desencajado era como un compañero de viaje, nada quedaba ya de aquella pose fingida que tanto la había encubierto en sus maquinaciones.

—Pagar parte de la hipoteca de dos pisos para mis hijas, comprarme un coche nuevo y a ver, déjame pensar, ¿qué más?

—¿Le has comprado un piso a la bastarda? ¡Eso será por encima de mi cadáver!

—Queda otra opción. Puedo pedir la prueba de paternidad y habrá una más a repartir. Como dijiste el otro día, la mitad de la empresa es tuya, ese será el único dinero del que dispondrás a partir de ahora, una remuneración mensual que dependerá de las ventas.

—¡Cretino! ¡Hijo de puta! ¿De verdad te crees que me voy a conformar con un sueldo de mierda?

—Pues es lo que hay. Según el abogado, tú puedes quedarte con una vivienda y yo, con la otra. Supongo que querrás esta casa, así que yo pondré en venta el chalet para comprarme algo más cerca, no quiero ir y volver todos los días. Esta casa está pagada, pero ahora vas a saber lo que cuesta mantenerla. Débora, te voy a destrozar la vida, como tú hiciste con Sara.

—¿Todo esto es por ella? Por el amor de Dios ¡Pero si está muerta!

Joseph apretó los puños, respiró hondo y cerró los ojos antes de salir de prisa de la habitación. Estuvo a punto de tumbarla al pasar por su lado.

—Regreso al despacho y no creo que vuelva por aquí, solo me provocas repugnancia.

Salió de aquella casa a trompicones, su vista se nublaba por momentos. «Sara, lo siento, lo siento tanto». Sentía su corazón apretado como un puño. Se derrumbó en cuanto se vio seguro dentro del automóvil, apretó el volante con fuerza hasta que le dolieron los dedos y entonces sí, dejó caer la cabeza sobre el volante y lloró como nunca antes lo había hecho, en la intimidad, alejado de miradas indiscretas.

*Joseph Cuestas, de 54 años, dueño del periódico El Semanal de Valencia ha ingresado en El hospital de la Fe con pronóstico reservado. Fuentes fiables nos han revelado que se debate entre la vida y la muerte. No sabemos qué ha sucedido, un inquietante misterio rodea el caso. Hemos intentado hablar con su mujer, Débora Sánchez, y esta, entre sollozos, nos ha revelado*

*que no se imagina la vida sin el hombre que durante más de treinta años ha sido su soporte y con quien lo ha compartido todo. Como pueden ver, se ha producido una gran expectación. Medios de todas las cadenas informativas se encuentran aquí reunidos a la espera de que salga el médico con el último parte y dé luz a esta incógnita. Desde aquí, le trasladamos a Joseph nuestro cariño y le deseamos una pronta recuperación.*

Celeste miró boquiabierta a su padre, estaba sentado a su lado, en el comedor de Esteban, mirando la televisión junto Beth, Alex y Dani.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó pasando la vista a su alrededor, solo ella parecía asombrada ante lo que acababa de oír—. Es como un *déjà vu*, esto pasó la semana pasada.

—Celeste, tenemos ciertas sospechas —dijo Joseph—, pero prefiero no entrar en detalles hasta que la Policía tenga pruebas concluyentes, por ahora, lo único que puedo decirte es que permaneceremos un par de días en casa de Esteban sin salir para nada.

—¿Qué?

—Vamos, princesa, solo serán un par de días. Yo cuidaré de ti. —Dani, sentado a su lado, pasó la mano alrededor de su hombro y uno de sus ojos se cerró de forma seductora.

—¿No puedes hablar nunca en serio? —preguntó perpleja—. Si me decís qué está pasando, hay menos posibilidades de que meta la pata, así que, ya que estáis todos enterados menos yo, a ver, ¿quién empieza a contármelo?

—Princesa, aunque no lo creas, soy capaz de ponerme serio cuando hace falta. —Algo en su mirada cambió, le recordó al Dani de la gala, el que se los ganó a todos tras cinco minutos de conversación. A ese del cual se había enamorado, a pesar de saber que ambos no tenían nada en común y en teoría, debería detestar—. Cuando ingresó tu padre en el hospital, encontraron su bebida manipulada. Eso no fue accidental, tenemos nuestras sospechas, pero deben ser confirmadas y la Policía está en ello. No queremos que salgas para que no tengas que enfrentarte a los periodistas, no pueden llegar a saber que nada de esto es real. Tenemos este piso y el de Beth. Así que nos esperan un par de días de películas, juegos con la Play y de mesa. Y espero que algún que otro beso a escondidas. —La última frase se la susurró al oído mientras con la nariz recorría su mandíbula.

## 66. Cada vez más cerca

Esperaba esa llamada, por eso estaba solo cuando el móvil sonó. Sus labios se estiraron hacia ambos lados sin que a través de ellos llegaran a verse sus blancos dientes. Antes de contestar, caminó a paso lento hasta la sala donde reposaban, ya preparados, los artilugios de grabación y un archivador con el nombre de Débora en la parte de arriba. Justo a su lado, había una carta ya cerrada y con los sellos correspondientes, su interior contenía un chantaje preparado con esmero. Se oyó un clic justo antes de que su voz llegase al otro extremo.

—Mi vida, lo he visto en las noticias y no me lo podía creer. Siempre has sido capaz de hacer cualquier cosa que te propongas. Nunca he dudado de ti.

—Se lo merecía. Ese malnacido quería dejarme, pero lo va a pagar caro. Nadie va a humillarme de esa forma, comprarle un piso a la hija de la puta y hacer desaparecer todo el dinero. ¡Ese dinero es mío! —explotó.

—Por supuesto. Nadie que se mete contigo sale indemne. Primero fue Sara, de eso parece que haga una eternidad. Cada vez que me subo al coche y veo los arañazos, se me retuerce el estómago. No entiendo por qué no quieres que lo arregle, después de tanto tiempo, ¿quién va a relacionarlo con el accidente?

—Lo hemos hablado muchas veces. Quiero recordar cómo desapareció de nuestras vidas, esos arañazos son como heridas de guerra, sabes que están ahí, pero si también puedes verlas, mucho mejor. Al fin, podremos estar juntos tú y yo. Estamos hechos el uno para el otro. Llevamos tantos años esperando. Joseph no puede salir de esta —sentenció.

—Mi vida, sabes que no es posible. No tan pronto, esperaremos, cobraremos su seguro de vida y con eso y el dinero que queda en la cuenta empezaremos de cero en algún lugar donde nadie nos conozca.

—¡No me estás escuchando! ¡Ya no queda nada! ¡Estoy arruinada!

La mano del hombre que sostenía el móvil empezó a temblar, sus cejas se juntaron mientras sus ojos se entrecerraban hasta formar una fina línea. Cogió el sobre con la mano izquierda y lo levantó a la altura de sus ojos, había puesto tantas esperanzas en lo que había dentro. La rabia lo atenazaba por momentos y dio un puñetazo a la pared, sus nudillos sangraron, pero no le importó.

Hacía años que la tenía atada a él. Durante mucho tiempo, estuvo sacándole pequeñas cantidades, a la espera de dar el golpe final. Ese que se le acababa de escurrir entre los dedos.

—¿Sigues ahí? —preguntó Débora.

—Sí, no te preocupes. Algo podremos hacer, no es posible que pueda deshacerse de todo justo antes de divorciarse. Me llaman, tengo que colgar, estamos en contacto.

Cuando se cortó la comunicación, Débora se quedó mirando el aparato. «¿Qué ha pasado? Ha cortado la conversación de una forma muy brusca y ha olvidado decirme su típico “Mi vida, te echo de menos”, algo no encaja». Ella no tenía nada de tonta, le quedaba muy claro que el cambio se produjo en cuanto le dijo que no había dinero. «¿Solo me quiere por el dinero? ¡No, tiene que haber otra explicación! Se lo sacaré en cuanto vuelva a hablar con él».

En la central de Policía, tres hombres, emocionados, entrechocaban sus manos y se felicitaban. Había confesado, la tenían, no cabía duda, pero la investigación no hacía más que empezar. ¿Quién estaba al otro lado del teléfono?

De pronto, llamaron a la puerta y todos los allí presentes se miraron.

—Silencio. No quiero oír ni a una mosca —exigió Esteban mientras se levantaba para abrir. Al cabo de un momento, se presentó con el inspector.

Joseph se levantó y le tendió la mano. El policía echó un vistazo a su alrededor al tiempo que todos le miraban con curiosidad.

—¿No hay un lugar menos concurrido en el que podamos hablar?

—En la cocina —sugirió Esteban.

Joseph y el policía entraron y cerraron la puerta a su espalda. Todos esperaban que les comunicasen las novedades, pero eran conscientes de que el inspector no podía decirles nada y también sospechaban que si ellos no les hubieran pasado gran parte de la información, habría estado todo bajo secreto de sumario, incluso para ellos.

Al cabo de unos minutos, oyeron la puerta de la cocina abrirse y a continuación, el inspector se despidió de ellos. En cuanto se quedaron solos, Joseph señaló la mesa y todos, excepto Alex, que estaba jugando a la Play, se sentaron alrededor de ella.

—Acaban de decirme que Débora ha realizado una llamada y se ha delatado, tiene un compinche del que no sospechaban nada y también le han pinchado el teléfono. Mi estancia en el hospital ha dado sus frutos —afirmó Joseph—. Ahora filtrarán la información a los medios de que ya me he recuperado y que mañana, cuando me den el alta, compareceré en una rueda de prensa para dar las gracias a todos. Tengo que estar mañana a las nueve en punto ante la puerta por donde entran las ambulancias, solo estará presente el médico que nos ha facilitado el montaje. El resto del personal sanitario no aparecerá por allí porque, en teoría, estarán celebrando el cumpleaños de una compañera. Así nadie sospechará que no he estado ingresado.

Enseguida, Esteban y Dani se ofrecieron a llevarlo y Joseph los miró conmovido. Su mujer, con la que llevaba conviviendo treinta años, había intentado matarlo y su único apoyo eran esos jóvenes, a la mitad de ellos los había conocido hacía tan solo unos meses.

Se acordó de la primera vez que vio a Dani, estaba a punto de salir de su despacho cuando oyó que Esteban saludaba a alguien, al pasar junto a ellos, su asistente los presentó y por su forma de hacerlo, Joseph comprendió que eran amigos, no solo parte del trabajo. Entonces pensó que no le vendría mal a Esteban que se le pegase algo de la desenvoltura y espontaneidad que desprendía ese chico. También recordó que salió a toda prisa, conteniendo la risa, porque se imaginó a Esteban con esa pinta y esos pelos.

## 67. Extrañas sensaciones

Celeste sintió un cosquilleo extraño al entrar en su casa, desde que vivía sola, tenía la sensación de que la observaban.

El día anterior, Dani estuvo allí y Celeste insistió en enseñarle su parte de la casa. Esta constaba de una habitación grande y elegante, un comedor enorme y poco útil, un baño y la cocina.

—¿Qué hay arriba? —preguntó Dani.

—Un par de habitaciones. Al poner el cerrojo provisional hasta que me mude, la distribución ha quedado un poco rara. En el otro lado ha quedado el gimnasio que solíamos usar todos. Mi madre y yo teníamos un entrenador personal, odiaba ir a esas clases.

—Las de baile te molan más, ¿verdad?

—Me encantan, lástima que en verano las hayan interrumpido.

—Tranquila, cuando quieras darte cuenta, habrán vuelto a empezar.

Llegaron al piso de arriba y Dani se rio de ella cuando empezó a abrir los armarios.

—Princesa, ya sé que tienes muchas cosas, no hace falta que me las enseñes.

Ella enrojeció, sin atreverse a decirle que lo hacía porque tenía miedo, si en vez de a él, estuviese Beth con ella, estaría mirando hasta debajo de las camas. Pero no podía invitar a Beth a esa casa, algo le impedía llevar a cabo esa acción, el miedo, tuvo que admitir.

Esa sensación de que allí había una presencia extraña e invisible volvió a hacerse patente en cuanto puso un pie en el interior de sus dependencias. Su piel se erizó al oír sonidos amortiguados a su alrededor sin saber de donde procedían, se metió en la cocina y se sirvió un vaso grande de agua. Se quedó mirando el fregadero, los cacharos llevaban ya tres días allí sin lavar. «Dani no hizo ningún comentario sobre esto», se dijo a sí misma.

Al ir hacia la puerta para irse de allí, le llamaron la atención las motas de polvo que se arremolinaban alrededor de una foto en la que aparecían todos juntos, era del día en que vinieron los padres de Dani. «De Esteban», se corrigió. Parecía que alguien la había desplazado un poco. «Estoy volviéndome loca», pensó justo antes de salir de su casa.

En cuanto la puerta se cerró a su espalda, el picaporte de uno de los armarios empotrados de la habitación bajó haciendo un leve ruido y terminó de abrirse. De su interior salió una silueta con un pasamontañas y terminó de hacer el trabajo que había interrumpido unos minutos antes.

Abrió otro armario y buscó el joyero entre las pertenencias de Celeste. En la casa principal no estaba, ya había mirado. Encontró mucha ropa y accesorios de todo tipo, incluso un montón de pulseras y pendientes de bisutería, pero lo que poseía de oro no aparecía por ninguna parte.

Acababa de esfumarse una inmensa cantidad de dinero con la que contaba, su vida estaba patas arriba y los objetos de valor que sabía se podían empeñar sin dejar rastro, pues eso, no había ni rastro de ellos.

Abrió un cajón de la mesita de noche y bajo la ropa interior, descubrió una foto de Celeste con el tipo de las rastas, estaban los dos solos y sus caras expresaban el *feeling* que había entre ellos,

la volvió a dejar en su sitio.

Observó la foto que Celeste acababa de mirar, no conocía a la mitad de la gente, ni al chaval pecoso, ni a la pareja de detrás. A los otros, en mayor o menor medida, sí. Algo en otra de las fotos le llamó la atención, ¿de qué le sonaba?

«Será infantil esta niña», pensó con maldad al ver que la que guardaba en el cajón de su mesita era una ampliación de la que en esos momentos sostenía entre sus manos.

## 68. En comisaría

Débora se sobresaltó cuando la asistenta le informó de que la policía estaba en la puerta. Tras el primer impacto, se repuso con rapidez y se acercó para recibirlos con una sonrisa.

—Buenas tardes, señores. ¿Qué les trae por aquí? ¡No se queden en la puerta, por favor, pasen!

—Buenas tardes, Débora. ¡Quisiéramos hablar con su marido! ¿Puede decirle que venga, por favor?

—¡Joseph no está aquí! Después de comer, ha dicho que se encontraba mucho mejor y se ha ido al despacho.

—¡Venimos de allí y no está! No han sabido decirnos dónde podía encontrarse y pensamos que tal vez había vuelto a casa. Como ya debe saber, en su organismo se encontraron anfetaminas y nos tiene muy preocupados. Seguimos pensando que intentó suicidarse y que podría volver a hacerlo. La psicóloga del departamento quiere hablar con usted, después de toda una vida juntos, seguro que es la persona que mejor le conoce. ¿Podría acompañarnos a comisaría? Si pudiese venir ahora mismo con nosotros, le estaríamos muy agradecidos.

—Por supuesto, ya saben que siempre estoy dispuesta a ayudar en lo que haga falta.

Llegaron a un gran edificio de tres plantas de color vainilla con muchas ventanas. En cuanto entraron, a Débora le sorprendió la multitud de personas que se encontraban allí esperando a ser recibidas.

Había mucho ajeteo, incluso tuvo que apartarse para dejar pasar a dos policías que llevaban esposado a un detenido que gritaba a los cuatro vientos que él no había hecho nada, moviéndose de forma temeraria.

—¡No se detenga! Nosotros vamos al piso de arriba.

Subieron un par de tramos por la escalera y abrieron una puerta, al cerrarla tras ellos, el barullo disminuyó de forma notable.

—¡Espere aquí! Vamos a avisar a nuestro compañero.

Débora se sentó en uno de los sillones azules con reposabrazos que había en la estancia. Al entrar, vio que en una de las esquinas de la sala había un hombre sentado, leyendo un periódico. Su rostro le resultaba familiar, pero al tenerlo medio oculto entre los papeles no podía distinguir sus facciones, un mal presentimiento le sobrevino.

Si tenían miedo de que Joseph intentara suicidarse de nuevo, ¿por qué la habían hecho ir a la comisaría y no al hospital? Con el estómago encogido, decidió saludar al desconocido para sacarse de encima aquella extraña sensación que se apoderó de ella nada más verlo.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —El hombre le devolvió el saludo alejando la vista de lo que estaba leyendo.

Su mal presentimiento se confirmó en cuanto le vio la cara. «¿Que hace él aquí?», pensó.

Ambos se miraron con ojos desorbitados y un mismo sentimiento de pavor.

Él se había marchado de Madrid el día anterior para intentar arreglar las cosas, sabiendo que había metido la pata. Se había precipitado, las cosas habían cambiado de la noche a la mañana,



pero él necesitaba dinero. ¡Su elevado ritmo de vida para conseguir codearse con mujeres ricas no le resultaba nada fácil de costear! El marido de su último ligue había aparecido de improviso y todo se fue al traste.

Había estado varias veces en casa de Débora, sabía que allí había objetos de mucho valor y si desaparecía alguna «cosilla», ella no se daba ni cuenta y él podía vivir con desahogo durante bastante tiempo con estas.

Pensó en mil excusas distintas antes de su encuentro, pero que se encontraran los dos solos en la sala de una comisaría ¡desde luego que no!

### **Veintitrés años antes**

Se dirigía al despacho del jefe, cada vez que debía hablar con él, se le secaba la boca y sentía un malestar que no sabía muy bien a qué era debido. Nunca le había pasado eso antes. Joseph era un buen jefe y una persona justa con la que se podía hablar.

Tal vez era por la fascinación que se apoderaba de él cada vez que veía a su esposa.

Hacia unos meses, se organizó un concurso de relatos. Debido a ello, conoció a una rubia despampanante, Esther, y llegó a manipular los resultados para que su amiga ganase y así poder volver a verla, pero las cosas no salieron como él esperaba. Entre beso y beso, Esther le confesó que Sara estaba enamorada de Joseph, él se rio y le dijo que Joseph solo tenía ojos para su mujer y que una simple pueblerina no tenía nada que hacer ante un diamante en bruto como Débora. Su inoportuno comentario provocó que lo de ellos se enfriase de repente y ella le pidió que la llevase de nuevo al *pub* donde estaban todos.

Cuando entraron, se quedó mirando la mesa donde unos segundos antes, Joseph y Sara charlaban animados y los vio dirigirse a la pista para bailar. Esther giró la cabeza y sonrió con orgullo mientras le decía que se lo había pensado mejor y que se iba a la cama, sola.

Miguel se enfureció, se había equivocado de chica. Si en vez de Esther, se hubiese decantado por Sara, ¿la noche habría terminado de forma muy distinta? Era la primera vez que se equivocaba de presa.

Unos meses después, se encontraba ante la puerta de Joseph con el picaporte en la mano, a punto de abrir, cuando oyó la voz de la mujer que tanto le fascinaba. Miró a su alrededor para ver si alguien lo estaba observando, no era así.

Abrió una carpeta que llevaba en la mano y se puso a ojearla mientras no se perdía detalle de la conversación que se estaba desarrollando en el interior del cubículo, al cabo de unos minutos, retrocedió varios pasos, justo antes de que se abriera la puerta y por ella saliese una triunfante Débora.

Al día siguiente, se hizo el encontradizo con ella cuando salía de su casa y la abordó.

—Buenos días, Débora, ¿se acuerda de mí? Soy Miguel, trabajo para usted y su marido en el periódico.

—Por supuesto que te recuerdo, pero tutéame, hombre, si no, me haces sentir vieja.

Al cabo de un rato, la tenía a sus pies, le había confesado que el día anterior, por casualidad, oyó la conversación que había mantenido con su marido. Le aseguró que Joseph no se la merecía

si estaba dispuesto a renunciar a ella por una ignorante pueblerina. Débora intentó negar la evidencia y él le dijo que si estuviese en sus manos, la trataría como a una reina. Se ofreció a avisarla si Sara aparecía por allí. A Débora le sorprendió que la conociese y él aprovechó para descalificarla, sabiendo que eso le ayudaría en sus planes futuros. ¡Tenían una enemiga en común! ¡Eso les iba a unir más!

Débora se lo agradeció con una sonrisa sincera y a partir de entonces, siempre supo cómo manejarla. Tras la muerte de Sara, ella empezó a exigir más de su relación, pero él ya no la aguantaba y puso la excusa de que debía irse a Madrid para cuidar de sus padres. Desde entonces, se veían tres o cuatro veces al año. En alguna ocasión, cuando ella le llamaba para decirle que iba a la capital, él se inventaba un viaje de negocios.

Su relación era más telefónica que otra cosa, él sabía en cada momento lo que ella deseaba oír y ella siempre se mostraba generosa cuando él le hablaba de un reloj que había visto o de unos gemelos espectaculares que luego revendía para tener dinero en efectivo. Eran conversaciones que parecían haber salido por azar y él siempre sabía por cómo aprovecharlas.

\*\*\*\*\*

Volvió a la realidad cuando aparecieron dos policías y les hicieron entrar a cada uno en una sala distinta.

No se despidieron ni se miraron, hecho que no pasó desapercibido a los policías, que habían estado observándolos durante todo el tiempo que estuvieron solos.

Miguel era consciente de que no había actuado como cabía esperar, le habían pillado por sorpresa. Ella era muy conocida, su marido acababa de salir del hospital y había trabajado para él. Tenía que haber dicho algo; ahora ya era tarde.

Que les hubiesen dejado a los dos solos en la misma sala no era ninguna casualidad.

## 69. La declaración del cómplice

—Buenos días. ¿Confirma usted que es Miguel Escudero Morales? —preguntó el policía sentado frente a él.

—Sí.

—¿Sabe por qué le hemos traído aquí?

—Me han parado en un control de tráfico. Sé que tengo un par de multas sin pagar, pero... — Miguel no sabía cómo continuar. Sabía que esas multas poco o nada tenían que ver con el asunto que lo había llevado allí.

El policía hizo un gesto de asentimiento, pero estuvo unos minutos sin decir nada mientras revisaba unos papeles.

—La mujer que estaba con usted en la sala de espera, ¿la conoce? —preguntó el policía levantando la cabeza.

—Sí, es Débora. Siempre sale en las revistas y su marido estuvo hospitalizado hace poco, lo he visto en las noticias.

—¿Solo sabe eso de ella?

—No, estuve trabajando para ellos en el periódico, pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Está usted seguro de que esa es la única relación que ha tenido con ella?

«Lo saben, si no, ¿qué sentido tiene que nos hayan dejado solos en la sala de al lado?», Miguel se lo pensó un instante antes de responder.

—Está bien. Llevamos años viéndonos, pero no creo que mi vida personal o sexual sea asunto suyo.

—Tal vez —dijo el agente con rostro inexpresivo antes de coger una carpeta que había encima de la mesa. Su rostro cambió mientras su boca dibujaba un rictus serio. Tras abrirla, sacó una foto y la puso encima de la mesa.

Miguel se sobresaltó ante aquel rostro joven, que sonriente y lleno de vida lo miraba desde la superficie plana de madera. De repente, su pecho pareció pesar una tonelada, se ahogaba, le faltaba en resuello y su corazón parecía no bombear suficiente sangre para que llegara a su cerebro, que parecía haberse dado por vencido mientras el suelo se movía.

«¡Sara! ¿Por qué me enseñan una foto de Sara ahora? ¿Qué tiene que ver ella en todo este asunto? ¿Acaso no estoy aquí por los acontecimientos recientes, por el envenenamiento de Joseph? Con el cual yo no he tenido nada que ver».

—Y a esta otra mujer, ¿la conoce?

—No. No la conozco —balbuceó con un hilo de voz.

—¿Está usted seguro? Se lo volveré a preguntar: ¿ha visto a esta mujer alguna vez?

Miguel se sintió acorralado. Había pasado tanto tiempo desde entonces. ¿Cómo habían dado con él? ¿Qué pruebas podían tener en su contra para relacionarlo con aquel suceso?

Tenía que decir algo, el silencio se alargaba más de la cuenta y a cada segundo que pasaba, se ponía más nervioso.

—Sí, la conozco, es Sara.

—Empezamos a entendernos. ¿De qué la conoce?

—Cuando trabajaba en el periódico, organizamos un concurso de relatos cortos y ella ganó. Después, me enteré de que tenía una relación sentimental con el jefe.

—¿Por qué la mató?

—¿Matarla? ¿De qué está hablando?

—¿Por qué está usted tan nervioso?

—¿Porque me está usted acusando de matar a una mujer! —exclamó. Luego, respiró hondo y preguntó—: ¿Necesito llamar a un abogado?

—¿Lo necesita? —El policía arqueó una ceja, como retándolo—. Si no está usted involucrado, como asegura, no le hace ninguna falta. Díganos lo que sabe y le dejaremos ir.

—No sé nada más.

Se oyó un suave toque en la puerta que se hallaba a su espalda. El policía que lo estaba interrogando se levantó y se dirigió a ella.

Miguel, con disimulo, giró un poco la cabeza y se encontró con dos pares de ojos que lo escrutaban mientras, en voz baja, los dos policías hablaban entre ellos. Tras cerrar de nuevo, el mismo policía se sentó de nuevo frente a él con el rostro inescrutable.

—Hábleme del pacto de sangre.

Miguel advirtió que ellos manejaban mucha más información que la que Débora y él habían decidido aportar en caso de que algún día les pillasen. «¿Quién iba a pensar que a estas alturas...». El policía permanecía impassible frente a él, esperando una respuesta.

—Unos días antes de la muerte de Sara. Débora apareció con un puñal y dijo de hacer esa «memez», yo le seguí la corriente. Ella vive en su mundo, tiene mucha fantasía y no me la tomé en serio. Llevo años sacándole dinero, pero yo no he matado a nadie.

—¿Por qué no me cuenta lo que pasó?

—Está bien —afirmó, aunque su mente opinaba lo contrario a juzgar por su gesto de negación y el silencio que se cernió sobre la sala.

—¿Quién conducía?

—Débora.

—Ella dice que lo hacía usted.

—¡No! Le contaré lo que pasó. —Miguel se tapó la cara, desesperado. «¿Qué he hecho? Lo tenía todo calculado. Esto no puede estar pasando. Si ella piensa ir a por todas, yo no estoy dispuesto a cargar con el muerto», se dijo—. Unos días antes del accidente, intercepté una carta manuscrita dirigida a Joseph, cuando le di la vuelta, me sorprendí al ver el nombre del remitente, era de Sara. Llevaba años sin saber nada de ella. Enseguida, fui a casa de Débora, tenía un mal presentimiento que se confirmó en cuanto ella abrió la puerta. Vi el pánico reflejado en sus ojos en cuanto vio la carta y se la quité de las manos para ver qué ponía.

—¿Que se hiciese las pruebas de compatibilidad?

—Eso mismo. Débora dijo que había que asustarla de algún modo para que no hablase. Sacó un puñal me propuso hacer lo del pacto. Solo se trataba de hacernos un pequeño corte y juntar nuestras sangres mientras prometíamos que nunca nada de todo aquello saldría a la luz. Llamó al

hospital para saber cómo estaba la niña y se enteró de que la madre no estaba allí. Luego, llamó a Cristian para preguntarle por Sara y este le dijo que estaba en Madrid con su hija. Pensamos que si él no sabía nada, era porque quería ocultarle que iba a ver al padre de la niña y que pasaría la noche en el pueblo. La idea era darle un par de golpecitos en el coche y después, pasar una nota por debajo de la puerta de su casa para que no dijese nada. Ese mismo día, me torcí el tobillo y tuve que ir al hospital, creí que lo dejaríamos para otro momento, cuando me recuperase, pero un par de días después, Débora me citó en su casa y me enseñó unas fotos del accidente. No podía creerlo. Habíamos quedado en que solo debíamos asustarla. Me respondió que no lo pudo evitar, que fue un acto reflejo, que sintió ese poder que da el saber que tienes una vida en tus manos. Iban a ser solo unos golpecitos de nada, pero se descontroló. ¡Les estoy contando la verdad, yo no estaba allí!

## 70. La otra versión

En otra sala idéntica a la de Miguel, también Débora estaba siendo interrogada.

No era propio de ella dejarse ver de esa manera, hundida y con surcos de rímel marcando su rostro. El policía le tendió un paquete de pañuelos para que se limpiase el rostro y le ofreció un vaso de agua para que recuperase la compostura antes de seguir hablando.

Cuando comenzó de nuevo, sus constantes balbuceos seguían en la misma línea, los agentes tenían puestos los cinco sentidos para poder captar hasta la última de sus palabras.

—Miguel conducía. No sé qué le pasaba, parecía demente, cómo si tuviese algo personal contra ella. Intenté hacerme con el control del coche cuando vi cómo se estaba cebando con el otro vehículo. El coche se descontroló dando bandazos y me asusté. Pensé que nos mataríamos. Yo le gritaba que se detuviera, que ya era suficiente. «Vamos a pasar la nota por debajo de su puerta, como hemos quedado», le pedí.

—¿A qué nota se refiere?

—Recibí una carta de Sara. No me siento orgullosa de lo que hice, mi marido había tenido una aventura y de la misma nació una niña. Se lo oculté. Tuve miedo de perderle, catorce años después, esa niña estaba enferma. Iba a salir todo a la luz. —Con un codo apoyado en la mesa, se tocó la frente con la mano en actitud reflexiva, cerrando los ojos—. La idea era que se asustase y luego hacerle llegar una nota que dijese... no lo recuerdo bien, se trataba de que no volviera a meterse en nuestras vidas. Cuando se salió de la carretera, bajé del coche para ver si continuaba viva e intentar ayudarla, pero oí que se acercaba un coche y me asusté. Miguel me gritaba que debíamos irnos antes de que alguien me reconociese. El choque había sido muy fuerte, había muy pocas posibilidades de que Sara continuase viva y si lo estaba, el otro coche la ayudaría. Luego, Miguel me obligó a hacer un pacto de sangre —dijo haciendo unas comillas con los dedos—, no sé cómo me dejé convencer, pero tenía claro que tampoco a mí me beneficiaba en nada que todo aquello saliese a la luz. La idea era asustarla, pero el asunto se nos fue de las manos y ya no había nada que hacer —concluyó con un susurro casi inaudible.

Miguel giró la cabeza cuando la puerta volvió a abrirse y entró el mismo policía que lo había interrogado. Tuvo el tiempo justo de ver cómo Débora se tapaba parte del rostro con un pañuelo y le preguntaba a uno de los agentes dónde estaba el lavabo para asearse un poco, también pudo oír que le decía:

—Sé que le parecerá raro que yo diga estas palabras, pero en el fondo, me alegro de que todo salga a la luz. Me he sentido tan culpable desde entonces.

El policía cerró la puerta tras él, dejando que las palabras se perdieran en oídos ajenos a los suyos, y tomó asiento al lado de su compañero. Le tendió un papel y este lo leyó prestando atención mientras sus ojos se entrecerraban y una ceja se acercaba a la otra a medida que avanzaba en la lectura.

—Ha dicho usted que el pacto de sangre lo hicieron unos días antes del accidente y que fue

idea de Débora, ¿cierto? —Levantó uno de los papeles—. Una «memez», lo ha calificado usted, ya que nunca se lo tomó en serio.

—Sí, así es.

—¿Está seguro de eso? ¿No fue idea suya sacarla de la carretera y provocar su muerte? ¿No fue un pacto para silenciar a su amante?

—¡No! ¡Yo no estaba allí, ya se lo he dicho!

—Sí, eso me ha dicho, solo que no es la misma versión que sostiene su amante. Miguel, me parece que ha llegado la hora de llamar a su abogado. ¿Puede costárselo o quiere uno de oficio?

«¿Un abogado de oficio contra una institución como Débora?». No sabía de dónde sacaría el dinero, en otras condiciones, se lo habría pedido a ella. Ante ese pensamiento, no supo si ponerse a reír o a llorar.

Lo llevaron a una pequeña celda, donde la soledad y sus propias cavilaciones lo hicieron caer en el desánimo más absoluto. Siempre había creído que lo tenía todo atado. Después de tanto tiempo, ¿qué había cambiado? ¿Cómo habían dado con él?

## 71. El poder del dinero

A la mañana siguiente, se presentó ante Miguel un joven abogado, tendría unos treinta años. Le dirigió una fugaz mirada antes de depositar sobre la mesa su maletín y rebuscar entre varias carpetas hasta que dio con la que necesitaba. Tras las presentaciones de rigor e interesarse por cómo se encontraba, le informó de las pruebas que había en su contra:

—La policía ha encontrado un 4x4 negro en un garaje de su propiedad. Van a analizarlo en busca de pruebas y cotejar si los rasguños y abolladuras encontrados en el coche de Sara se ajustan a las de ese todoterreno.

El abogado observó la reacción de su cliente, era la de alguien que sabía que había sido descubierto y con la mirada perdida, esperaba el veredicto.

—Es verdad, el coche es mío, pero yo no estuve allí, nunca tuve intención de mancharme las manos de sangre. La instigadora fue Débora.

—He visto su declaración. Mintió usted a la Policía al decir que el día antes estuvo en Urgencias porque se torció el tobillo. En esa época ya estaba todo digitalizado y no consta que fuese usted atendido en ningún hospital.

—Me habían pillado por sorpresa y dije lo primero que se me ocurrió. No estuve en Urgencias, me pasé toda la noche en casa, solo. No tengo ninguna coartada para esa noche.

—Miguel, lo tiene todo en contra. El coche es suyo, no tiene coartada y aunque no estuviese allí, lo acusarán por encubrimiento. Como abogado, le aconsejo que se declare culpable de homicidio imprudente, intentaré llegar a un acuerdo con la Fiscalía, no tiene antecedentes y en cinco o seis años, como mucho, estará usted libre.

—¿Homicidio imprudente? —Miguel, muy a su pesar, tuvo que admitir que no había logrado que le creyese ni su propio abogado. Se cubrió el rostro con las manos mientras sentía impotente cómo sus ojos se humedecían.

Débora entró en la sala donde le habían dicho que su abogado la esperaba. Entrecerró los ojos ante el rostro crítico y desconocido que la observaba.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Jaime, mi abogado de siempre? —preguntó suspicaz.

—Mi nombre es Alfredo y soy amigo de Jaime. Me ha pedido que la defienda yo porque este es un caso muy complicado y él no está demasiado familiarizado en Derecho penal. Créame, soy su mejor opción.

Alfredo abrió un maletín y sacó un papel lleno de garabatos apenas legibles.

—Veamos. Usted ha admitido que estaba en el automóvil cuando todo sucedió, pero que intentó detenerle. Eso nos vendrá bien, la acusarán de omisión de socorro, pero debido a la larga relación sentimental que la une a Miguel, podemos intentar atenernos al grado de parentesco para evitar una condena por encubrimiento, también colaré que le cogió miedo por lo sucedido y que no se atrevió a plantarle cara ni a dejar la relación, errónea desde un principio visto el inmenso amor que le profesa a su marido. —Tras esa última frase, levantó la mirada para comprobar que a ella



le quedaba claro lo que debía decir si los periodistas preguntaban—. Lo de Miguel empezó en un momento de debilidad y no pudo ponerle fin. Su reputación se verá muy afectada, pero lo primero es conseguir que no pise la cárcel.

Setenta y dos horas después de haber ingresado en prisión, Débora salió libre bajo fianza. Fue despojada de su pasaporte porque no podría salir del país hasta que finalizase el juicio.

Miguel no. Como le había aconsejado su abogado, hizo un trato con la Fiscalía, que aceptó los diez años de prisión. Por buen comportamiento y otros factores atenuantes, saldría mucho antes.

## 72. Nada concluyente

El fin de semana pasado, Beth, Esteban y Dani fueron a casa de los padres de estos últimos para llevar a Alex y pasaron allí todo el fin de semana. Celeste no había sido invitada.

Eso le dejó un mal sabor de boca porque creía que estaba integrada en el grupo. Se lo comentó a Beth y esta le dijo que ella lo había propuesto, pero ambos hombres desestimaron la sugerencia.

Lo que Beth no le contó es que cuando le preguntó a Esteban, él le explicó que Dani no quería que pensase que lo suyo iba en serio y llevarla a casa de sus padres daba pie a eso.

La noche anterior habían salido de fiesta y Beth comprobó que Dani era muy popular entre las mujeres, como ya se temía. Más de una lo saludaba con un beso en la boca, cosa de la que nadie, salvo ella, parecía haberse percatado o sería que lo veían como algo normal. Estuvo hablando, bebiendo, bromeando y bailando con la mayoría de ellas. En un momento dado, se acercó a Esteban y le dijo algo al oído, este asintió y acto seguido, Dani salió del local.

Beth esperó nerviosa a que volviese a aparecer en breve, no se atrevió a preguntarle a Esteban dónde había ido o con quién. Tenía muy presente el comentario que Alex había hecho sobre el motel y las chicas que por la noche se le insinuaban de forma directa.

Un par de horas después, Esteban le propuso volver a casa, pero tras salir del local, dieron un rodeo y entraron en otro *pub*. Allí encontraron a Dani jugando una partida de billar. Esperaron a que terminase y juntos regresaron a casa. No se atrevió a preguntarle a Esteban si Dani había estado allí toda la noche, no tenía muy claro si quería saber la respuesta para luego tener que mirar a su hermana a la cara y actuar como si nada.

## 73. Atando cabos

Se oyó un sonido repetitivo en el despacho y todos miraron hacia su lugar de procedencia. Una luz de color azul resaltaba sobre la mesa de Esteban, donde estaba situado el teléfono fijo.

—¿Sí? [...] ¡Por supuesto! Dígale que suba... —Esteban mostró una sonrisa. Sabía de quién se trataba y lo mal que le sentaba, cada vez que iba a verlos, tener que pasar por recepción y esperar una señal de consentimiento cuando sabía que tenía el visto bueno del jefe de antemano. Esteban se levantó de su silla y abrió el despacho de Joseph.

—Dani ya está aquí. Solo falta Cristian.

—Ahora salgo.

Dani y su sonrisa seductora entraron en la oficina. Se le veía como siempre, con esa pose suya sexi y descuidada que le quitaba el aliento a Celeste.

—¡Hola, princesa! ¿Cómo estás? Hace varios días que no sé nada de ti.

—Muy bien, ¿y tú? ¿Qué tal el fin de semana?

—Estupendo, fuimos a llevar a Alex a Madrid, pero eso seguro que ya lo sabes. —Mirando a Beth, se acercó a ella para darle dos besos y luego, le tendió la mano a Joseph.

—Hola, Dani —saludó Joseph con una sonrisa—, no sé con exactitud porqué le he dicho a Esteban que te llamase, pero me he dado cuenta de que siempre estás en todos los meollos, así que para que te lo cuenten después, mejor es que te enteres en compañía de todos y así nos ahorramos malentendidos. Volvió a oírse el mismo sonido de antes, esta vez era Cristian.

Tras cerciorarse de que el despacho había sido cerrado y por lo tanto, insonorizado para el resto de los trabajadores que allí se encontraban, les hizo pasar a la sala de reuniones.

—Esta mañana ha estado aquí la policía —les informó Joseph.

Celeste y Beth entrecerraron los ojos. «Así que aquellos dos hombres trajeados eran policías», pensaron ambas. Por eso Esteban las había enviado a Correos y les dijo que se tomasen su tiempo. Él se quedó y se enteró de todo, como siempre.

—Como ya sabéis, hay escuchas en mi casa y tienen pinchado el teléfono de Débora. —Joseph observó los rostros de las personas que estaban a su alrededor, lo que les iba a contar era la confirmación de lo que todos ellos se temían, todos menos Celeste, que seguía inmersa en su burbuja. Joseph temía el impacto que la información pudiese producirle—. Gracias a esas grabaciones, han averiguado que ella y Miguel están implicados en la muerte de Sara.

Beth sintió que le cogían la mano. Era Cristian. Se la apretó con fuerza, dispuesta a seguir escuchando lo que Joseph tenía que decirles.

—Han sido interrogados y los dos están detenidos. Se culpan mutuamente.

—¿Qué tiene que ver Miguel con todo esto? —preguntó Celeste, bastante ajena a todo lo que estaba pasando. El nombre le sonaba por unas fotos que había visto, pero no lograba ubicarlo en ninguna etapa de sus vidas.

—Extraoficialmente, la Policía me ha confirmado que él y Débora mantuvieron una relación sentimental que se ha prolongado durante años. Cuando murió Sara, él se fue a vivir a Madrid,

pero siguieron viéndose. Han estado detenidos mientras la Policía buscaba más pruebas. Débora ya ha salido bajo fianza, pero Miguel sigue en prisión. Han dicho que nunca tuvieron intención de matarla, solo querían asustarla para que no contactase conmigo ni me dijese que tenía una hija. — Sin proponérselo, se encontró observando a Beth mientras pensaba en cómo habría reaccionado de haberse enterado de todo en aquellos momentos, lo tenía muy claro, hubiese hecho todo lo que hubiese estado en sus manos tanto por Sara cómo por esa chiquilla que tenía ante sus ojos. ¿Qué habría hecho con Débora? ¿Escarnio público? ¿Dejarla a su suerte? ¿Habría intentado recuperar el tiempo perdido con Sara? Observó a Beth y a Cristian, cogidos de la mano con los nudillos blancos por la fiereza con la que ambos apretaban. No. La perdió hacía muchos años, sufrió por su culpa, en esos momentos, era feliz con un marido que la adoraba y una hija adolescente que la necesitaba. Tenía un montón de sueños por cumplir y toda una vida por delante a la que aferrarse, si hubiese tenido una oportunidad.

—Joseph.

Oír la voz de Esteban le hizo volver a la realidad.

—Perdonad, estaba... Bueno, sigamos. En contra de Miguel tienen el coche con la que echaron de la carretera, es suyo. Se lo regaló Debora hace unos doce años. Fue cuando la hicieron madrina de la ONG *Por un futuro mejor*, compró dos 4X4 y un coche pequeño para tener una mayor movilidad, solo que uno de los 4X4 nunca llegó a su destino. Han encontrado extractos de casas de empeños y un poco de dinero en efectivo, pero nada para echar cohetes. Les dijo que el día anterior al accidente estuvo en Urgencias por una torcedura de tobillo. En cuanto a Débora, ha admitido que iba de copiloto, pero que la idea era ir al pueblo y dejarle una nota amenazante bajo la puerta, nada más. Sobre el asunto de mi intento de suicidio, no le han dicho nada, es un golpe de efecto que se reservan para el juicio, lo utilizarán para que caiga del pedestal en el que la tiene todo el mundo y así conozcan de lo que es capaz.

## 74. De vuelta en casa

El sol abrasador de finales de agosto y la sensación de sofoco no habían impedido que la acera de enfrente de la comisaría se llenase de cámaras de video, fotógrafos y periodistas en busca del mejor momento para inmortalizar la gran noticia de los últimos tiempos: la salida de prisión de Débora Guzmán.

El tiempo pasaba con lentitud, al igual que el coche negro con cristales tintados que salió por la puerta reservada para los trabajadores. En su interior, una Débora desecha y con mirada inexpresiva apenas les prestó atención. Nadie se había interesado por la suerte que correría, ni una palabra de ánimo, consuelo o interés recibió más allá del que suscitaba a la prensa y los curiosos. Su hija hacía ya tiempo que se había desentendido de ella, ni en los malos momentos se dignaba a ofrecerle su apoyo, y ahora Miguel. Ya no le importaba a nadie.

El coche se detuvo con suavidad cuando estuvo delante de su casa, Débora giró la cabeza hacia la ventanilla que tenía más cerca, allí también estaba toda la prensa. Les dijo a los agentes que siguiesen avanzando un poco hasta que llegaron ante una pequeña puerta de servicio. Débora, con la llave ya en la mano, se apeó con rapidez.

—Aquí Selene para *TV7*. Débora, por favor, espere, ¿por qué ha estado retenida? ¿Qué se le imputa?

—Toni de *Valencia al Día*. ¿La han tratado bien? Se rumorea que estuvo implicada en un accidente con víctimas hace algunos años ¿Nos lo podría confirmar?

—¿Dónde está su marido? ¿Por qué no ha ido a visitarla?

Débora oyó pisadas que se acercaban a ella provenientes de todas las direcciones, también gritos y miles de preguntas que no llegó a entender mientras veía cómo la llave, que suponía acababa de meter en la cerradura, se caía al suelo. Con movimientos inseguros, se agachó para cogerla y en el último momento, evitó que su bolso tocara el pavimento, la cogió con manos temblorosas y ese movimiento no la abandonó hasta que al fin, logró abrir la puerta para perderse en el interior del inmueble.

Un Audi plateado recorrió la calle y estuvo a punto de poner el intermitente para entrar en la cochera, como hizo la noche anterior. Había repetido durante todo el trayecto la frase que debía decirles a los periodistas: «Yo no sé nada, por favor, déjenme pasar». Pero al ver que todos ellos, en vez de estar repartidos ante las diversas puertas de acceso a su casa, se hallaban concentrados delante de la puerta del servicio, se lo pensó mejor y siguió recto. No se veía capaz de enfrentarse ni los periodistas ni a su madre.

## 75. Unos despiertan simpatía, otros, morbo

Un par de días después, Esteban les habló de un acontecimiento que tendría lugar ese fin de semana.

—Chicos, el sábado hay una cena de gala. Tenemos cuatro invitaciones. Joseph me ha pedido que os lo diga a vosotros. —Esteban alzó el dedo y señaló a Celeste y Dani—. Él no quiere asistir a ese tipo de eventos hasta que no salga el juicio y se resuelva todo, por eso, si os apetece, podéis ir en su lugar.

—¿Qué dices, princesa? A mí sí que me apetece —recalcó Dani.

—No me sentiré cómoda.

—Celeste, tú no has hecho nada. Deberías ir y mantener la cara bien alta. No me separaré de ti, ¿de acuerdo?

—Está bien —aceptó Celeste resignada. Sabía que Dani tenía razón, pero no por ello se sentía preparada para afrontar miradas y cuchicheos a su alrededor, y aún menos, preguntas directas. —Tengo que comprarme algo, toda la ropa elegante que tengo me la he puesto ya varias veces y siempre que voy a una de esas cenas veo muchas caras conocidas.

—¿Siempre van los mismos? —preguntó Beth mirando a Esteban.

—Más o menos. Cuando nos invitan a nosotros, también se lo ofrecen a los demás medios de divulgación. Bueno, al final, ¿qué vais a hacer, vais a ir o no?

—Necesito comprarme ropa —repitió Celeste para sí. Al levantar la cabeza, vio que Dani la estaba observando—. Tendré que pasar por casa de mi madre para vaciar los armarios. Algo tengo en el piso, pero para un acontecimiento de ese tipo, no.

—Iré a ayudarte si tú me acompañas a comprarme algo —apostilló Beth.

—Tengo un vestido azul turquesa con zapatos, pendientes y colgante a juego. Me lo compré muy ajustado porque no había más tallas y quería adelgazar, pero sigue en el armario con la etiqueta puesta. Podrías probártelo, a ver que tal te queda, es precioso.

—Estupendo. ¿Quieres que vayamos ahora?

—Qué impaciente se ha vuelto mi chica de repente —Esteban la miraba con ojos brillantes de diversión. Seguro de que todos estaban pensando lo mismo, pero fue Dani quien lo expuso en palabras.

—Me juego el cuello a que ese vestido y las joyas a juego valen más que todo lo que hay en el armario de Beth.

—Dani, no te juegues nada, sería una pena que perdieses ese cuello tan bonito. —Celeste deslizó uno de sus dedos por él.

Dani entrecerró los ojos y con una sonrisa maliciosa, cogió la mano que le acariciaba.

—Venga, vayamos a tu casa, los cuatro.

El coche de Celeste se detuvo delante del garaje principal a la espera de que la puerta metálica terminase de abrirse. Ante el chirriar de esta, los periodistas que quedaban por allí para informar de los posibles movimientos de Débora se acercaron a la carrera.

—Aquí Selene para *TV7*. Celeste, ¿puede informarnos del estado de su madre? ¿Es verdad que estuvo implicada en un accidente con víctimas y no informó de lo sucedido?

—Yo no sé nada. Por favor, déjenos pasar.

Dani, al ver cómo Celeste apretaba el cambio de marchas, con sus nudillos blancos por la tensión, puso su mano encima de la de ella y se dirigió a los periodistas.

—Buenas tardes a todos.

Todas las cámaras le enfocaron mientras se oía una incesante petición de silencio. Dani continuó hablando:

—Estoy seguro de que su intención no es importunar a mi amiga Celeste ni a nadie de su entorno. Ni ella, ni Joseph, ni ninguno de nosotros sabemos nada de lo que ha sucedido. Manejamos la misma información que poseen ustedes. Débora ha estado retenida durante setenta y dos horas y ha salido bajo fianza hasta que salga el juicio, del que aún no sabemos la fecha.

—¿Quién es usted? ¿Es la pareja de Celeste?

—No, solo soy un buen amigo y no me gusta verla incómoda ante una situación en la que no tiene nada que ver. Ella no puede aportar ninguna información que ustedes no conozcan ya. Así que les agradecería que no nos atosiguen, ni a nosotros ni a nadie que desee entrar o salir de esta casa. Solo Débora puede contestar a sus preguntas. Así que, por favor, déjenos pasar.

Como si hubieran sido unas palabras mágicas, los micrófonos y las cámaras se apartaron y dejaron libre un ancho pasillo por el que circular. Celeste lo agradeció con una sonrisa mientras susurraba «Gracias».

Tras aparcar dentro, Celeste les propuso distintas alternativas:

—Tenemos dos opciones: atravesar la casa de mis padres hasta llegar a mis dependencias o volver salir del garaje y entrar por la puerta del exterior.

—Si salimos, les daremos más munición a los periodistas —reconoció Esteban—. Lo mejor será que atravesemos la casa.

Cogieron el ascensor en el mismo garaje y subieron a la primera planta.

—¡Es preciosa! —exclamó Beth—. La he visto un montón de veces en las revistas, pero en vivo es aún más espectacular. ¿Tú habías estado aquí alguna vez? —le preguntó a Esteban.

—Unas cuantas —contestó Celeste por él con una sonrisa maliciosa—. Cada vez que oía su voz por aquí, me entraban ganas de matarlo. Mi padre no daba lugar a dudas sobre quién era su favorito en el negocio.

Esteban sonrió al recordar cómo era su relación hacía unos meses. Huía de ella como de la peste, hasta que Dani puso las cosas en su sitio.

Llegaron a la puerta que daba acceso a sus dependencias. Celeste sacó las llaves e introdujo una en la cerradura, que enseguida hizo que se moviesen los engranajes, pero Dani interrumpió el proceso sujetando su mano con decisión.

—Princesa, yo no soy de mirar revistas de ese tipo, algo me ha descrito Esteban, pero la verdad es que no le he prestado demasiada atención, ¿por qué no nos la enseñas?

—No creo que sea una buena idea, mi madre está aquí.

—Somos cuatro contra una. En cuanto la detectes, pasamos de largo esa estancia y ya está, aunque no quiero que piense que le tenemos miedo.

Dani sacó la llave de la cerradura, se la pasó a Celeste y tras cogerle la mano, la obligó a darse la vuelta para ir en sentido contrario.

Al ver qué ya estaba todo decidido, Esteban aprovechó para preguntarle algo que le rondaba por la cabeza desde hacía un rato:

—Celeste, me estaba preguntando qué te ha hecho cambiar tanto. De repente, has pasado de no poder ni vernos a pedirnos que contemos contigo para las clases de baile.

—Los rapapolvos de este —dijo levantando la mano por la que ambos estaban unidos—, me hicieron meditar sobre algo que mi padre no había conseguido en todos estos años. Él siempre me decía que si te daba una oportunidad, vería que eres un tipo genial, algo introvertido y cabezota, pero genial.

—¿Ese concepto tiene tu padre de mí?

—Sí, y por cierto, según él, como yerno, eres ideal, incluso antes de saber que Beth era su hija, siempre comentaba lo buena pareja que hacéis.

—Y eso te ponía histérica, ¿verdad? —exclamó Dani.

—Pues sí, nunca daba el visto bueno a ninguno de mis amigos o novios, en cambio, yo veía cómo se le caía la baba con ellos y eso no lo soportaba.

Al pasar por delante de una habitación cerrada, oyeron la voz de Dani: «Les agradecería que no nos atosiguen, ni a nosotros ni a nadie que desee entrar o salir de esta casa. Solo la señora Débora puede contestar a sus preguntas. Por favor, déjenos pasar».



## 76. Venganza

Débora miraba la gigantesca pantalla de su televisor mientras oía la voz del tipo que le había robado a su hija. Según ella, Celeste era su mismo retrato, había empleado mucho tiempo educándola para que fuera una gran señora y todo iba bien hasta que ese idiota irrumpió en sus vidas y lo puso todo patas arriba.

Le acababan de preguntar si era su novio y él lo negó, pero a continuación, la cámara bajó y capturó un primer plano de sus manos unidas.

«¡Estúpida!», masculló con resentimiento. «Nunca has valorado lo que te he dado. ¿Qué has aprendido en todos estos años? ¿A dejar que un hombre controle tu vida por ti? Ayer te vi pasar por delante de la casa, pero no llegaste a entrar. ¿Pasaste la noche con él? ¡Zorra estúpida, ya veo a quien le das tu lealtad!».

Paseó la mirada por el sofá en busca del mando del televisor con la idea de cambiar de canal, no le apetecía para nada en esos momentos ver el rostro de aquellas personas que hasta hacía muy poco comían de la palma de su mano.

«Yo soy la jefa, una gran señora a la que han de tener en cuenta para todo. Celeste depende de mí, Esteban siempre agacha la mirada cuando me ve aparecer y Beth es tan sumisa..., nunca debí haber permitido que tomase la palabra en aquella gala», pensaba.

Al fin, lo encontró, el mando seguía encima de la pequeña mesa situada delante del sofá. Lo cogió con rabia y cambió de canal. En todas las cadenas estaban transmitiendo la misma escena.

Llena de ira, se volvió hacia la puerta, donde hacía apenas unos minutos había oído sus voces en una animada conversación. Sin hacer ruido, se levantó para cerrar con llave. Había notado cómo los pasos se detenían delante de la puerta y había sostenido el aire en el interior de su cuerpo con la esperanza de que pasasen de largo.

«¿Qué hacen aquí? ¿Por qué no están en las dependencias de Celeste?», se preguntó.

Apretaba los distintos números del mando con crispación y de súbito, su rostro se contrajo mientras sus ojos se abrían de forma desmesurada ante la pantalla. En ella salía el rostro de una chica joven con el pelo ondulado y debajo, su nombre: Sara Fernández, 6 de mayo de 2010. El día del accidente. La esperanza de una posible salvación quedó anulada por completo.

Los periodistas seguían indagando, pero todo eran especulaciones, no tenían ningún tipo de confirmación, no se explicaban cómo una mujer de su calado social había podido ser capaz de actuar de esa forma. La tachaban de mujer fría, no de asesina.

Se levantó del sofá y con pasos vacilantes, se acercó a la ventana para poder vislumbrar el exterior, los periodistas seguían allí. Tal vez debería salir y contarles cómo había sido testigo del accidente, que la chica estaba muerta y ya no pudo hacer nada por ella, que su error fue pensar solo en la repercusión mediática de la noticia.

Sus ojos se entrecerraron cuando por la acera de enfrente vio aparecer dos rostros masculinos conocidos y odiados a partes iguales. Caminaban decididos en dirección a los periodistas. Instintivamente, Débora giró la cabeza y se quedó decepcionada cuando vio que no aparecían en

la televisión.

Con la mirada vacía, salió del comedor y con pasos vacilantes, se acercó a la puerta de entrada. Había llegado el momento, daría la noticia a los periodistas. Sabía que enseguida aparcería su hermoso rostro en las televisiones de todo el mundo.

Se echó una última mirada en el espejo antes de abrir y lo que vio reflejado en él le congeló la sangre. ¿Quién era esa mujer de aspecto mundano y mirada huidiza? Se acercó más al espejo para verse mejor, no fue buena idea. Esas setenta y dos horas en el calabozo habían arruinado su rostro. Su piel, antes tersa y luminosa, se veía apagada y resquebrajada, se tocó la parte baja de la nariz con una uña y tras retirar el dedo, pudo ver pequeñas escamas de piel muerta, se las limpió con repulsión y deslizó su dedo por encima del entrecejo, el resultado fue el mismo.

Joseph también había visto a Dani en la televisión, pero su impresión fue muy diferente a la de Débora, cada vez le gustaba más ese chico. Sabía diferenciar cuándo Celeste necesitaba apoyo o una buena reprimenda. Miró a su alrededor con una sensación de desasosiego. ¿Quién le iba a decir qué después de pasarse toda la vida trabajando y amasando una fortuna, terminaría solo y viviendo en una pequeña habitación anexa a su despacho?

No quería ir a su casa, pero tampoco le parecía una buena idea quedarse allí solo, con el estado de ánimo en el que se encontraba. Acababa de recuperar a una hija, a dos, para ser exactos, en esos momentos su vida debería ser dichosa porque sus hijas eran felices. La mayor, Celeste, estaba madurando con rapidez, creándose una personalidad propia de la que carecía hasta hacía bien poco. La pequeña, Beth, había pasado malos momentos, no era nada fácil perder a una madre, pero lo estaba superando y tenía a Cristian, a ese hombre se lo debía todo, siempre estuvo ahí cuando tanto Sara como ella necesitaron apoyo, y también tenía a Esteban, un gran hombre que nunca le fallaría. Entonces, ¿por qué estaba tan deprimido?

Lo pensó un momento antes de abandonar el despacho y coger el coche, sabía muy bien con quién le apetecía estar en esos momentos y dónde encontrarlos, ya que acababan de salir por la televisión entrando en su propia casa.

Estaba llegando a su residencia cuando vio acercarse por la acera de enfrente a Esteban y a Dani muy animados. Cuando les alcanzó, ellos le saludaron levantando la mano y siguieron su camino hasta que vieron una cafetería y se metieron en ella.

Beth no solo se probó el vestido azul turquesa, al ver el armario de Celeste, ambas, como si de dos niñas se tratase, empezaron a sacar ropa y complementos y ella se lo fue probando todo.

Cada vez que Beth desaparecía de su vista, Dani y Esteban se centraban en el partido, pero a los pocos minutos, ella volvía a aparecer y requería su máxima atención. Al final, como el desfile iba para largo, Dani anunció que ellos se iban al bar para terminar de ver el partido y comprobar si los de la prensa le habían hecho caso.

—Mi piso nuevo me gusta mucho más, no pienso volver nunca más a esta casa —aseguró Celeste—. Tranquilos, podéis quedaros.

Ellos cruzaron una mirada preguntándose si no habría captado la indirecta o si lo que quería era

tenerlos cerca, pero eran hombres y estaban hasta las narices de ver tanto modelito y no poder concentrarse en el partido.

En la cafetería, pidieron unos refrescos y enseguida se pusieron en tensión cuando vieron a un miembro de su equipo correr hacia la portería, todos los clientes del bar se levantaron a la vez, emocionados, cuando el balón entró en ella. Entrechocaron sus vasos con una sonrisa divertida, ajenos a lo que pudiera estar sucediendo en aquella grande y elegante casa situada a doscientos metros de donde se encontraban.

Joseph, tras girar en la última curva, saludó a los periodistas con un ligero movimiento de cabeza y ellos respondieron al gesto sin acercarse. Bajó al garaje y tomó el ascensor hasta su casa. Como ya esperaba, la encontró silenciosa y con paso rápido, se dirigió a la puerta de los aposentos de Celeste para descubrir con fastidio que la puerta estaba cerrada y él no tenía llave. Agarró el picaporte y lo bajó de golpe, no se abrió. Estuvo a punto de llamar con los nudillos, pero se lo pensó mejor, Celeste y Beth estaban solas, si llamaba, lo único que conseguiría sería asustarlas.

De camino a su habitación oyó la melodía que desde hacía meses tenía su mujer en el móvil. Sus nervios estaban a flor de piel y ese sonido no le ayudaba a relajarse, más bien todo lo contrario. La puerta estaba entornada. Indeciso, apoyó en ella los cinco dedos de su mano derecha y empujó con suavidad, esperando no encontrarse con su mujer. Entrecerró los ojos sintiendo un mal presagio, algo no iba bien. La luz del vestidor permanecía encendida, se encaminó hacia él, tembloroso, sin saber lo que podía encontrarse allí.

Había mucha ropa esparcida por el suelo y un par de sillas rotas parecían haber sido estrelladas varias veces contra la pared. Su vista se posó en una caja medio escondida entre la ropa, estaba seguro de no haberla visto con anterioridad.

A simple vista, parecía lujosa y no demasiado grande, su mano se adelantó para sacarla de su escondite con una sensación de vértigo en su estómago, adelantándose a lo que su subconsciente había adivinado y él no quería reconocer.

En cuanto la abrió, su rostro se contrajo de horror al ver aquella silueta vacía dentro, levantó la vista con aprensión y la fijó en el interior del armario, allí, donde debía haber una pared de lado a lado, se veía un hueco vacío que daba al armario de la habitación contigua.

Un sudor frío lo recorrió, aquello no podía ser real. Su corazón se aceleró de forma alarmante y la habitación se puso a girar mientras su mente suplicaba que parase. Aspiró con fuerza, su cuerpo parecía tener vida propia, con dos zancadas, atravesó el armario y echó a correr por el pasillo en busca de las escaleras mientras una sola palabra se abría paso desde lo más hondo de su ser y un grito desesperado la lanzaba a través de su garganta hasta escapar por su boca, un solitario y desgarrador «¡¡No!!».

Minutos antes, Débora, desde su vestidor, había accionado una palanca para desplazar una lámina y entrar en las dependencias de Celeste.

Había sido idea de Miguel. Cuando Débora, enfurruñada, le comunicó que no tenía acceso a esa parte de la casa, este no le dio importancia, en cuestión de días, su hija se daría cuenta de lo

cómodo que era tener un plato de comida caliente sobre la mesa y una chacha para hacerle la faena. Pero se equivocó, Celeste no volvió con el rabo entre las piernas, como todos los pronósticos auguraban.

La parte de Celeste permanecía bastante limpia porque, claro, no estaba nunca en ella y por lo tanto, no le daba tiempo a ensuciar. Rara vez iba a comer y por la noche solía cenar una de esas ensaladas preparadas, a juzgar por los envoltorios que Débora vio en la basura.

Ahora, no solo debía hacerse a la idea de que su hija prefería estar con los pobretones, esos a los que ella consideraba «amigos», sino que debía tolerar también un asalto por parte de ellos en su propia casa, porque sí, seguía siendo suya.

Vio en un rincón un par de sillas que solía usar para ponerse las medias y los zapatos. Cogió una de ellas con rabia y la estrelló varias veces contra la pared.

«¿Qué se han creído esas dos, que van a quedar impunes después de haberme destrozado la vida? ¡Pues no!». Cogió la silla que aún estaba intacta y con un grito de frustración, la lanzó con furia desmesurada contra una de las estanterías.

Una vez liberada parte de la tensión, buscó un mono de camuflaje de color negro, su boca se curvó de una forma cruel mientras se despojaba de su ropa y se vestía con el atuendo negro que le había facilitado Miguel en su última visita.

Abrió la caja que había subido desde la planta inferior y con celeridad, pasó un dedo por el contorno del puñal que allí dentro se encontraba. Solo tres veces había salido de su estuche, la primera fue cuando hicieron el pacto de sangre; la segunda, el día del accidente, no llegó a cumplir su cometido porque el ruido de un motor truncó su propósito, y la tercera, el día en que sentenció a Joseph a muerte, también ese día falló.

Esta vez cumpliría su cometido. Su vida estaba destrozada, pero se llevaría con ella a la causante de todo, nada de eso estaría pasando si Sara no hubiese aparecido en sus vidas.

El espejo le devolvió una figura amorfa vestida de negro. No, ella no deseaba eso, quería que le viese bien la cara cuando terminase con su vida, bajó la mano derecha hasta apoderarse del borde de la prenda y con un movimiento lento y uniforme, se despojó de ella. El espejo le devolvió una risa desquiciada, pero ella solo veía a una mujer decidida, con un propósito muy firme.

En cuanto atravesó el armario y se volvió a ver en la zona donde se le había prohibido la entrada, una extraña serenidad la invadió.

El puñal, en su mano izquierda, iba dejando una grieta a lo largo de la pared de la escalera, pequeños trocitos de escayola se amontonaban en los laterales de los desniveles, pero eso no alteraba el silencio reinante en la casa. Cuando llegó al final, se detuvo y miró a su alrededor.

Una puerta se abrió, vio salir a Celeste de su habitación y dirigirse a la cocina. Casi no le dio tiempo a esconderse detrás de un mueble que se encontraba junto a la escalera. De haber estado atenta, Celeste la hubiese descubierto. Hasta en eso el destino estaba de su parte.

Caminó despacio hacia la habitación de donde Celeste acababa de salir, pero en el último momento, se lo pensó mejor, debía impedir que su hija debiese tomar partido por una de las dos. Cambió de dirección y fue hacia la cocina para cerrar la puerta de golpe, atrancarla y así dejarla incomunicada.

Oyó los gritos y golpes que provenían del interior de la cocina, pero los ignoró.  
¡Beth estaba sola!

## 77. La pelea final

Beth oyó los gritos de Celeste y salió a la carrera, pero no llegó muy lejos, en cuanto abrió la puerta, se encontró el rostro de Débora frente a ella.

—Buenas tardes, Beth. Pareces sorprendida, ¿no esperabas verme aquí? Al saber que estabas en mi casa, he decidido salir a saludarte.

Beth se quedó paralizada. «¿Qué le digo? ¿Qué hago?», se repetía una y otra vez sin que a su mente llegase ninguna respuesta.

Débora cruzó los brazos, indolente, dejando al descubierto el puñal que hasta esos momentos había permanecido oculto bajo su mano. Su rostro estaba deformado por unos labios que habían olvidado su manera armoniosa de curvarse, dándole un aspecto siniestro.

Beth sintió cómo su corazón se aceleraba mientras el aire se resistía a llegar a sus pulmones. Retrocedió, adentrándose en la habitación, cuando vio que Débora daba un corto paso hacia ella.

—Vaya. ¿No dices nada? Pensaba que eras una chica educada. Te he dado las buenas tardes, ¿no me vas a devolver el saludo?

—Por supuesto, Débora, buenas tardes.

—Ves cómo no ha sido tan difícil. —Débora estiró el brazo derecho en toda su longitud, de manera que el puñal parecía una extensión del mismo.

Beth no podía apartar la vista de la afilada hoja, todos sus sentidos permanecían alerta. Estaba acorralada y las dos lo sabían.

—¿Te gusta mi puñal? Es precioso, ¿verdad? —Pasó por el filo la yema de un dedo y emergió una pequeña gota de sangre que chupó sin apartar su mirada del rostro de Beth—. Lo compré para tu madre, ¿lo sabías?

—¿Qué quieres decir? —preguntó con un hilo de voz, viendo cómo Débora se acercaba a ella a paso lento.

—El día del accidente quise clavárselo mientras ella me suplicaba por su vida. No había decidido dónde todavía, si en el corazón —levantó la mano sosteniendo el puñal y lo acercó al costado de Beth, subiéndolo con lentitud hasta detenerse justo debajo de su pecho, donde suponía que se encontraba este—, o rebanarle el cuello para ver cómo la sangre abandonaba su cuerpo hasta su muerte. Me lo impidió la llegada de un coche justo en ese momento, tuve que marcharme de allí a toda prisa.

Joseph, con un nudo en la garganta y el corazón oprimido, bajó las escaleras con rapidez, rezando para que no fuese demasiado tarde. Al llegar abajo, unos gritos acompañados de golpes en la puerta de la cocina lo alertaron, se dirigió hacia allí y quitó la silla que la tenía trabada. Celeste se echó en sus brazos con un patente nerviosismo.

—Celeste, quédate aquí y llama a la Policía.

—Papá, ¿qué sucede? —preguntó al borde del llanto.

—Hazlo, llama a la Policía y diles que Débora está aquí amenazando con un puñal —insistió

mientras, caminando de espaldas, se alejaba de ella para dirigirse a su habitación.

Abrió la puerta causando un considerable estrépito, dejando una abolladura en la pared y un montón de astillas en el suelo.

—Hola, Joseph. Ahora sí estamos todos —exclamó Débora con una sonrisa, como si aquella situación fuese de lo más normal.

—Débora, por lo que más quieras, no le hagas daño —suplicó Joseph con las palmas de las manos extendidas en señal de calma y acercándose a ellas.

Con un rápido movimiento, Débora se situó detrás de Beth y puso el filo del cuchillo sobre su garganta.

—Tranquila, Débora, no me voy a mover de aquí. Suéltala y cógeme a mí en su lugar. Ella no tiene culpa de nada.

—Claro que la tiene —exclamó con resentimiento—. Ella también debió morir, como su madre.

—¿De qué hablas? Ella no iba en el coche —argumentó Joseph entornando los ojos.

Débora le hizo una señal con la cabeza para que retrocediese más y dio unos pasos agarrada a Beth, con el cuchillo aún en su cuello. Un fino hilo de sangre empezó a manar de él hasta perderse dentro del jersey, una mancha roja empapó la tela azul, que fue adoptando un color morado y se expandió con rapidez.

—Ya sé que no iba en el coche, pero estaba sentenciada a causa de la leucemia. ¡Maldita hija de puta, ¿de dónde sacaste las fuerzas para seguir viviendo?! No te quedaba nadie, apenas tenías posibilidades de seguir con vida. Debiste haberte dado por vencida e ido al otro mundo con ella.

—Débora, por Dios, ¿te estás escuchando? ¡La vas a matar! Por favor, mátame a mí, yo soy el causante de todo.

—¡No! ¡Lo sois los dos! Lo teníamos todo, dinero, estatus social, la gente nos envidiaba..., y tú estabas decidido a tirarlo todo por la borda para irte con ella. ¡Mírate! Estás suplicando por ella, como lo hiciste hace veinte años. ¿Qué quieres? ¿Un final de cuento de hadas?

—¿Final de cuento de hadas? ¡Por el amor de Dios! ¡La mataste! Acabaste con su vida a sangre fría. ¿Para qué? Estaba casada y era feliz, tenía una vida completa. Sara solo quería pedirme ayuda para salvar a su hija.

Débora lanzó una mirada extraña. Con la mano libre, cogió el pelo de Beth y estiró con fuerza hacia atrás para poder verle la cara sin apartar el cuchillo. Como si quisiera asegurarse de quién era la persona que tenía amenazada.

—¿Estarías igual de preocupado si en vez de la de esta, estuviese en juego la vida de tu otra hija? —El puñal se clavó aún más.

—Por supuesto que lo estaría.

—¡Mientes, como todos! Le prometiste la luna y luego, te desentendiste de ella.

—¿Cómo puedes decirme eso después de todo lo que ha pasado? ¡No me diste opción! A Sara la dejé en la estacada y en cuanto a ti, cumplí mi palabra, jamás volví a contactar con ella.

Débora hizo caso omiso de sus palabras, perdida en sus pensamientos.

—Eres como Miguel. Dijo que estaría a mi lado, ¡me lo prometió! —gritó—. Y en el último momento, no se presentó. Me puso una excusa estúpida, creyendo que no me daría cuenta de nada. Pobre infeliz. Pero no se va a librar de todo esto, voy a convencerlos a todos, ¡estaba allí, era él

quien conducía! Ya está en prisión y no saldrá de allí en mucho tiempo, ya me encargaré yo de eso. —Una risa enajenada salió de su garganta.

Beth tenía la mirada desorbitada, pero intentaba mantenerse a flote. Aquello no iba nada bien, Débora parecía cada vez más desquiciada. Notaba cómo el filo penetraba más en su piel, el dolor era intenso, pero aún lo era más el saber que estaba viviendo los últimos momentos de su vida.

Cerró los ojos y levantó la cabeza hacia el cielo, oculto por las capas de cemento y escayola. «Mamá», suplicó en silencio, sin saber qué decirle, si pedirle fuerzas para seguir viviendo o anunciarle que dentro de poco estarían juntas.

—¡Mamá! —exclamó Celeste. Había decidido desobedecer la orden de su padre cuando vio que todo se estaba descontrolando—. Suelta ese cuchillo y ven conmigo, necesitas ayuda...

—¡No te acerques! —exclamó Joseph, angustiado, pero la advertencia llegó demasiado tarde.

Celeste ya estaba junto a su madre y con lentitud, levantó la mano, sin hacer movimientos bruscos, con la esperanza de hacerla entrar en razón.

Débora giró la cabeza ante la amenaza que sentía cernirse sobre ella y para quitarse a su hija de encima, levantó el codo con un movimiento instintivo y lo estrelló contra su cara.

Joseph, angustiado, sabedor del estado psicótico de su mujer, se lanzó sobre ella y la hizo caer al suelo. Beth, incapaz de sostener el equilibrio, se vio lanzada contra las baldosas y se quedó inerte.

El puñal cayó al suelo, provocando un sonido estridente, y como si tuviese vida propia, se alejó de los dos oponentes rodando por el suelo mientras ambos, sin apartar la vista del arma blanca, se lanzaban a por él.

Débora, como un león enjaulado, pataleaba para quitarse a Joseph de encima. Él le agarraba las piernas para impedir que siguiese avanzando. Poco le importaba la suerte que pudiese correr su mujer cuando la vida de sus hijas estaba en juego. Consiguió hacerse con el cuchillo, pero Débora no pensaba quedarse quieta, le cogió las manos y las inmovilizó bajo sus rodillas. Ella comenzó a mover la cabeza como si estuviese poseída y Joseph la cogió del cuello sin ser consciente de que su fuerza era muy superior a la de ella.

El puñal se elevó sobre el pecho de Débora y la mano que lo sostenía comenzó a temblar.

A lo lejos, empezaron a oírse las sirenas de la policía, en una cafetería, dos jóvenes se miraron confusos y de un brinco, se levantaron y abandonaron el local a la carrera. Llegaron sin resuello ante la casa e hicieron oídos sordos a las advertencias de los policías, les ordenaban que se detuviesen, pero no hicieron caso.

Cuando entraron, se encontraron con una escena espeluznante.

Joseph, arrodillado encima de Débora, sostenía un puñal por el mango con ambas manos, por encima del cuerpo de su mujer y con el filo apuntando a su pecho mientras ella gritaba fuera de sí: «¡Ten cojones por una vez en tu vida y acaba conmigo! ¡Yo las maté a las dos!».

Beth yacía inerte en el suelo, la sangre salía de un corte de su garganta y se deslizaba por su cuello y mejilla hasta llegar al suelo, goteando, formando una mancha enorme.

Celeste lloraba, desconsolada, y gritaba el nombre de su hermana mientras un feo y sangrante corte en su labio provocaba que este se hinchara por momentos, dándole a su rostro un aspecto



terrorífico.

Esteban, tras lanzar un grito ensordecedor, corrió hasta donde estaba Beth. Llorando, después de quitarse el jersey para taponar la herida, la acunó entre sus brazos.

Sintiendo que la movían, Beth abrió los ojos y le sonrió con debilidad. Esteban dejó caer la cabeza junto a la de ella para susurrarle al oído.

—Beth, por lo que más quieras, no me dejes. La ambulancia viene de camino.

—Tranquilo, no me voy a ir a ninguna parte —murmuró—. ¡Te quiero! Y dile a mi hermana que deje de gritar, me duele la cabeza.

—Eso está hecho. —Esteban sonrió a medias para infundirle ánimos y Celeste cerró la boca.

Ante ese gesto, Esteban volvió a la realidad, las voces a su alrededor empezaron a cobrar sentido. Los policías le estaban pidiendo a Joseph que no hiciese ninguna tontería, no valía la pena quitarle la vida a aquella mujer y pasar el resto de su vida en la cárcel por su culpa, le decían.

—Pero las ha matado, a las dos. ¿Cómo voy a poder vivir con eso? Le he vuelto a fallar —decía Joseph entre sollozos.

Esteban vio cómo una mano de mujer, con las uñas pintadas de un llamativo color morado, se posaba sobre la de Beth. No necesitó desviar la mirada para saber que era la de Celeste.

Mientras los policías intentaban tranquilizar a Joseph, sin acercarse demasiado para evitar que hiciese algo de lo cual después pudiera arrepentirse, vieron cómo un tipo con rastas se colocaba delante de él, a una distancia prudencial, y le decía con voz calmada:

—¡Joseph! Soy yo, Dani. Ellas están bien. ¡Míralas! —Señaló un punto concreto de la estancia y Esteban, con un gesto, indicó a Beth y a Celeste que miraran a su padre. Ellas le sonrieron y un policía aprovechó para quitarle el puñal y levantarlo con la intención de esposarlo.

—No —dijo su superior—, las esposas son para ella.

—¿Está seguro, señor? —preguntó su subordinado.

—No me cabe ninguna duda.

El policía parecía contrariado por el final de los acontecimientos, no era normal, le ordenaban dejar libre al hombre que habían encontrado amenazando con un cuchillo en las manos y en su lugar, detener a la supuesta víctima. Pero el jefe mandaba.

—No serás capaz de permitir que ponga sus sucias manos sobre mí, ¿verdad? Esto no va a quedar así. ¿Sabes quién soy? Haré que te despidan.

—¡Hágalo, señora! —exclamó el inspector mientras él mismo juntaba con fuerza los brazos de Débora por detrás para ponerle las esposas—. ¡Llévensela!

La última imagen que vio Débora, después de salir de la casa custodiada por los policías, fue la de una camilla, en ella se llevaban a Beth, rodeada por Esteban, Joseph, Dani y Celeste.

## 78. De nuevo en el pueblo

Hacía una semana que Débora había salido para siempre de sus vidas. Era curioso cómo había cambiado todo en tan pocos días. En el despacho se respiraba un ambiente sano y armonioso, el sonido de las risas y la camaradería lo inundaba todo.

Joseph se emocionó cuando recibió por parte de Beth una sincera invitación para ir de pícnic al pueblo el siguiente domingo.

Seguía tan bonito como lo recordaba y le pareció que la casa de Sara continuaba siendo la misma, al menos el exterior, por dentro no la conocía porque nunca llegó a entrar.

En cuanto llegaron, cogieron la cesta con la comida y se dirigieron al bosque.

Observó a su alrededor, Celeste y Dani charlaban alegres mientras extendían una manta y se tumbaban sobre ella. Esteban y Beth empezaron a besarse después de dejar la cesta con la comida en una de las mesas elegida para la ocasión y tras unos largos minutos, volvieron junto a los demás. A Cristian se le veía animado, disfrutando del paisaje, la sonrisa dibujada en su rostro hacía pensar que estaba recordando tiempos pasados, mucho más felices para él.

De pronto, Joseph se quedó paralizado ante una repentina imagen mental. Se vio a sí mismo mucho más joven, tumbado junto a Sara, apoyando la cabeza en una mano y bajándola con lentitud en busca de un beso prohibido. La imagen se esfumó con la misma rapidez con la que se presentó.

Una suave brisa trajo consigo el olor a lavanda y flores silvestres y un rayo de luz atravesaba la tupida copa de los árboles para abrirse camino por encima de ellos. Era una visión un tanto peculiar, había cientos de partículas brillantes en suspensión. Joseph miraba el cielo, buscando el hueco por donde se había colado aquel rayo de luz, cuando oyó la voz de Beth, ella también miraba en la misma dirección.

—Mamá. —Su voz adquirió un dulce matiz.

Joseph miró confuso a su alrededor.

Esteban, con una sonrisa en los labios, apoyó la mano en la manta para darse impulso y levantarse antes de caminar con rapidez hasta donde estaba Beth, le rodeó la cintura con sus manos y apoyó la barbilla en el recodo de su cuello.

—Hola, Sara... —dijo Esteban después, mirando hacia arriba.

Joseph no pudo oír nada más, las palabras se perdieron lejos de sus oídos. Cruzó una mirada con Cristian y este le sonrió. Parecía que Celeste y Dani no habían notado nada raro, o no era la primera vez que presenciaban algo así y ya estaban acostumbrados.

Al cabo de unos minutos, Esteban y Beth regresaron cogidos de la mano y con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Tenemos que daros una buena noticia! —exclamó Beth, entusiasmada—. Pero antes queríamos comunicársela a mamá.

Esteban se situó detrás de ella y puso las manos sobre su abdomen para acariciarlo con movimientos lentos y circulares.

—¡Estoy embarazada!

Cristian entrecerró los ojos, sobresaltado por la inesperada noticia.

—Cristian, me amenazaste con cortarme los huevos si pasaba esto. Espero que no lo hagas, sería una lástima no poder darte más nietos.

—Pero habrá boda, ¿no? —preguntó con seriedad.

—Sí, cuando el peque pueda llevar los anillos.

Cristian no cabía en sí de júbilo, en realidad, poco le importaba si habría boda o no. Se les veía contentos y la palabra «abuelo» le sonaba muy bien.

—¡Sara! ¿Has oído eso? ¡Vamos a ser abuelos!

## Epílogo

Se oyeron varios zumbidos antes de que un familiar clic indicara la inminente apertura la puerta. Por ella entró un hombre joven y musculoso con una tupida barba morena. Antes de saludar a su paciente, se giró y cerró la puerta.

—Buenos días, Débora. ¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó mientras sacaba de su bolsillo un tensiómetro y se lo colocaba.

—Pues mal, ¿cómo quieres que esté? Mira esto. —Se levantó la manga del mono blanco, este no tenía cinturón ni nada metálico, como todos los que vestían los demás internos, para evitar autolesiones—. Tengo la piel seca y agrietada, quiero mi loción corporal y crema para la cara.

—Aquí tienes todo lo necesario para tu higiene diaria. Si quieres algo más específico, puedes pedirselo a tus familiares o amigos cuando vengan de visita, ya lo sabes.

La observó con detenimiento, en los dos meses que llevaba allí, había cambiado mucho, no era solo su piel, también su pelo, se veía sin lustre, con las puntas abiertas y el color amarillo apagado contrastaba con las blancas raíces. También se podían apreciar unas zonas de piel hundida y más oscura debajo de sus ojos.

El doctor se preguntaba si su carácter también habría sufrido un cambio radical o por el contrario, ella siempre había sido así de infantil y superficial, se decantaba más bien por lo último.

—¿Cuándo va a venir mi estilista?

El médico, cansado de aguantar todos los días la misma historia, la mandó callar con un siseo para que no se alterasen los resultados.

—¿Quién te has creído que eres para tratarme de esa manera? ¿Sabes con quién estás hablando? —le espetó fuera de sí.

—Por supuesto.

—No puedo recibir así a los periodistas.

—Tranquila, no va a venir nadie.

—¿Cómo puedes decir eso? Soy noticia, siempre lo he sido.

—Ya no. Cuando llegaste aquí, saliste por la noche en todos los noticiarios. Fue muy chocante, nadie podía creerse lo que habías hecho. Al día siguiente, tu marido dio una rueda de prensa para todos los que quisiesen asistir y lo explicó todo.

—¡No te creo! A Joseph nunca le gustaron las entrevistas, solo aceptaba que se las hicieran por mí.

—Sí, eso también lo dijo. Según él, vuestro matrimonio era una farsa, se enamoró de una chica y tuvo que renunciar a ella debido a tus amenazas, total, para que terminaras acabando con su vida años después provocando un accidente. Habló de Beth, hija de la fallecida y la mejor amiga de Celeste, siempre la viste como una amenaza e intentaste matarla.

—Todos vosotros sois unos ingenuos —afirmó con desprecio—. Yo contaré la verdad. Llama a los periódicos y diles que les concedo una exclusiva. ¡Lo contaré todo! ¡Tú no entiendes nada! Volveré a la palestra, mi rostro aparecerá de nuevo en las revistas de glamur, si me ayudas, te harás famoso, yo me encargaré de ello.

El enfermero la dejó gritando tras darse media vuelta y salir de aquella insulsa habitación. Cerró la puerta e introdujo el código para bloquearla.

Antes de marcharse, se asomó por la ventanita de medio metro cuadrado, todas las puertas la tenían para poder ver a los pacientes a través del enrejado sin necesidad de abrir. Débora estaba dando puñetazos a la pared blanca y acolchada, lanzando insultos y exigiendo que los periodistas fuesen a verla.

—¿Para qué? Tus mentiras y divagaciones ya no le interesan a nadie —le hizo saber el enfermero.

Los golpes e insultos se multiplicaron. El enfermero frunció los labios y negando con fastidio, deslizó la plancha de hierro que aislaba por completo la habitación con un seco movimiento de la mano y todo quedó en silencio.

**FIN**

## BIOGRAFÍA

*Karen Wells*, es mi seudónimo. Soy española, tengo cuarenta y pico años, casada, madre de un niño preadolescente y la última persona que te imaginarías escribiendo algo así.

Lo pensé mucho antes de publicar este libro. Soy muy tradicional y mucha gente de mi entorno no verá con buenos ojos ciertas escenas, de hecho, yo tampoco me siento cómoda con ellas, pero si no las pongo, al libro le faltaría ese «algo» que lo hace especial.

Después de todo el tiempo dedicado (sigo preguntándome de dónde lo he sacado) y de la emoción vivida cada instante con él, al ver el resultado, me resistía a que se quedase olvidado en un cajón.

Cuando lo leas, espero haber sido capaz de hacer que te sumerjas en la historia y ponerte en la piel de los protagonistas.

Este es mi primer proyecto en el mundo literario y me gustaría que me comentases si te ha gustado, puedes contactar conmigo en:

Mi página de Facebook: **Karen Wells**

Twitter: [@KarenWe1974](https://twitter.com/KarenWe1974)

Instagram: [@karenwellsunsinfinesecretos](https://www.instagram.com/karenwellsunsinfinesecretos)

O escribiéndome un correo a:

[karenwellsunsinfinesecretos@gmail.com](mailto:karenwellsunsinfinesecretos@gmail.com)